

SERGIO PITOL

El desfile del amor

Premio Herralde de Novela



Lectulandia

El desfile del amor, «a la vez un fresco histórico, una trepidante investigación detectivesca, una divertidísima comedia de equívocos» confirma a Sergio Pitol como uno de los más notables y personales escritores latinoamericanos. México, 1942: este país acaba de declarar la guerra a Alemania, y su capital se ha visto invadida recientemente por la más insólita y colorida fauna: comunistas alemanes, republicanos españoles, Trotsky y sus discípulos, Mimí sombrerera de señoras, reyes balcánicos, agentes de los más variados servicios secretos, opulentos financieros judíos. Mucho tiempo después, tras el hallazgo casual de unos documentos, un historiador interesado en tan apasionante contexto intenta esclarecer un confuso asesinato perpetrado entonces, cuando él tenía diez años, y la narración «que atraviesa los polos excéntricos de la sociedad mexicana, los medios de la alta política, la *intelligentzia* instalada, así como sus más extravagantes derivaciones» permite a Sergio Pitol no sólo pintar una rica y variada galería de personajes, sino también reflexionar sobre la imposibilidad de alcanzar la verdad. Como en una comedia de Tirso de Molina, nadie sabe a ciencia cierta quién es quién, las confusiones se suceden sin cesar y el resultado es este regocijante desfile, que por algo lleva el nombre de una de las más famosas comedias de Lubitsch. *El desfile del amor* obtuvo en su segunda convocatoria, en 1984, el Premio Herralde de Novela, otorgado por unanimidad por el siguiente jurado: Salvador Clotas, Juan Cueto, Luis Goytisolo, Esther Tusquets y el editor Jorge Herralde.

Lectulandia

Sergio Pitol

El desfile del amor

Tríptico de carnaval - 1

ePub r1.0

Titivillus 06.05.16

Sergio Pitol, 1984

Traducción (de «Desconfianzas»): Carlos Gumpert

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

DESCONFIANZAS

(mini-*baedeker* aconsejable para viajar por el mundo de Pitol)

1. PRIMERA DESCONFIANZA (LO QUE DICE GADDA)

Carlo Emilio Gadda invitaba a desconfiar de los escritores que no desconfían de sus propios libros. La advertencia del Ingeniero escritor, de tono oscuro y oracular, como son algunas sentencias suyas aparentemente extravagantes que sólo enuncian la síntesis, dejando al lector el rompecabezas de presuponer tesis y antítesis ausentes, me ha guiado en estos años a través de mis recorridos literarios como a ciertos automovilistas que, más que por las señales de tráfico del código de la circulación, prefieren dejarse llevar por señales no codificadas, enviadas por la corteza cerebral, por la hipófisis o por quién sabe qué. Tal vez sean «informaciones» en estado primigenio de cuando éramos pitecántropos, que han permanecido en alguna parte desconocida de nuestro equipaje genético y salen a la luz en el momento oportuno.

Una brisa, una frase, un rayo de sol, dos gotas de lluvia, un color: y ese automovilista gira a la izquierda en vez de a la derecha, o a la derecha en vez de a la izquierda, sin que estuviera programado, acaso contra lo que estaba programado. Y acaba en un paisaje a su gusto.

Esa advertencia gaddiana, seguida durante años con eso que podría denominarse «olfato» (o «intuición»), se ha ido transformando sucesivamente en una convicción (obviamente, del todo arbitraria) que me ha explicado el sentido de esa advertencia. Los escritores que no desconfían de sus propios libros (por buenos o malos que éstos sean, ésa no es la cuestión), aunque su encomiable propósito fuera el sacrificio salvífico, es decir, sumergirse en el inexplorable laberinto del alma humana quizá para no salir jamás, acaban inevitablemente por volver a la superficie para entregarnos las instrucciones de uso. Porque los senderos, los meandros, los perímetros, los dibujos que creíamos fractales irreductibles a Euclides, han sido dispuestos por ellos en una ordenada geometría, una especie de «jardín a la italiana» rodeado de setos verdes y perfumados, en cuyo centro, naturalmente, está él, el Escritor que no desconfía de sus propios libros. Y que nos dirá: «Hijos míos, el mundo es ciego, el mundo es un laberinto. Pero no os preocupéis, yo conozco al Arquitecto y hasta tengo una linterna de bolsillo.»

Y así entenderemos por qué nos advertía Gadda que desconfiáramos de escritores semejantes, porque éstos, más que escritores, son filántropos. Y están llevando a cabo una función que desde hace miles de años filósofos y sacerdotes nos han preparado de manera excelente, en caso de que fuera de nuestro agrado. Ésa es la razón fundamental por la que nosotros, automovilistas casuales que no buscamos la

«verdad» en una novela, sino solamente un compañero de viaje, nos alegraremos de no haber seguido la señal obligatoria del código de circulación y de haber encontrado a Sergio Pitol. Que nos dirá: «Queridos amigos, esta vida es un verdadero laberinto, y sobre todo, no creo que podamos salir de aquí. De modo que lo único que nos queda es hacernos un poco de compañía.»

2. SEGUNDA DESCONFIANZA (LO QUE DICE CARDOSO PIRES)

Un día, en mi presencia, un periodista le dijo a Cardoso Pires que, leyendo sus libros, se tenía la impresión de que desconfiaba de sus personajes. «Por supuesto que desconfío de ellos», respondió Cardoso Pires, «los personajes no son tan obedientes como podría pensarse, y no sabes nunca la que te pueden montar en el capítulo siguiente.» Y después continuó con aire malicioso: «Pero yo diría que eso es algo bastante normal. Lo bueno es cuando ellos también desconfían de mí. ¡Entonces sí que hay tensión en la novela!»

Cuando se publicó *Domar a la divina garza*, Mercedes Monmany, en un agudo artículo aparecido en *Diario 16* y titulado «Un brillante antagonista», empezaba su crítica hablando precisamente del novelista «que se propone escribir una obra y que tiene que comenzar escogiendo un personaje». Y resaltaba después el poder de atracción y de repulsión del personaje de la maga Marietta Karapetiz. Personaje «desmedido, que encarna la fiesta» (Monmany) y resulta imposible de domar hasta para su autor, quien ama mucho la fiesta, como veremos, pero que también desconfía de ella. Porque los domadores saben bien que de ciertas fieras salvajes conviene desconfiar. Porque es imposible vencer su desconfianza hacia sus domadores. Por eso no dejarán nunca de ser salvajes.

La tensión sobre la que se sostiene esta novela, como otras novelas de Pitol, nace precisamente de esta recíproca desconfianza. El personaje sabe que debe realizar sobre la pista del circo esos precisos movimientos que su domador le impone. De modo que va dando vueltas a su alrededor, se aleja y se acerca, pero no osa atravesar jamás cierta línea imaginaria, porque sabe que lo alcanzaría un latigazo implacable. A su vez, el autor sabe que el personaje está ejecutando obedientemente todos los movimientos que él desea. Pero debe mirarlo constantemente a los ojos, sin perderlo nunca de vista. Porque si se distrajera sólo un instante, dándole la espalda para responder a los aplausos del público, la fiera lo agrediría y se lo comería de un solo bocado. En las novelas pasa eso a menudo, y sucede como en el mito: el devorador se transforma en devorado y se convierte en un hiperautor, divinidad absoluta y tranquilizadora porque nadie desconfía ya de él y él no debe desconfiar ya de nadie, ni siquiera de sí mismo (cfr. la primera desconfianza de este baedeker).

3. TERCERA DESCONFIANZA (LO QUE DICE JANKÉLÉVITCH)

La lectura de Pitol presupone una constante desconfianza hacia nuestra presunta capacidad de descifrar los enigmas de la vida. Por ejemplo, eso que llamamos «equívoco». Porque el lector apresurado, que subestime la naturaleza que fundamenta el equívoco en las novelas de Pitol, corre el riesgo de equivocarse. Lo que quiero decir es que el equívoco del que habla Pitol no es, desde luego, el simple malentendido que no deja huellas en la existencia y que, sobre todo, puede ser aclarado. El equívoco de Pitol es «algo» que se carga de significados imprevisibles en su desarrollo, ese «algo» del que hablaron los presocráticos, que fue cultivado por los hombres del barroco y que atañe a la naturaleza de las cosas. Sólo puede ser interpretado, como se interpreta el signo de un oráculo, o desvelado por la liturgia sin cánones de la escritura literaria. Y puede verse, a este propósito, cómo, por una parte, la intuición del equívoco en los avatares de sus personajes consiente a Pitol construir la trama de *El desfile del amor*, y por otra, cómo la interpretación de los acontecimientos de su propia vida es la revelación de la «elección obligada» (el equívoco) de cierto restaurante de Palermo donde tuvo lugar el tiroteo de la Mafia que, en etapas sucesivas, guía a Pitol hasta la toma de conciencia de su escritura.

Vladimir Jankélévitch dijo que el equívoco nace del ambiguo comercio de las conciencias y, sobre todo, «de nuestra incapacidad de reconocer la realidad efectiva de un acontecimiento y su influjo sobre nuestro destino».

Creo que leer las novelas de Pitol a la luz de esta definición ayuda a comprender el alcance ineluctablemente trágico o ineluctablemente cómico que el equívoco tiene en sus historias y en las de otros escritores cuya preferencia creo compartir con él.

4. CUARTA DESCONFIANZA (LO QUE DICEN BAJTIN Y SÁBATO)

Los antiguos nos han enseñado a desconfiar de las apariencias. Las apariencias ocultan a menudo una naturaleza que, según se supone, es la «verdadera». El disfraz es un subrayado de las apariencias. En los mitos griegos o en Homero, cuando los dioses quieren aparecerse a un mortal, adoptan falsos semblantes: una cierva, una paloma, un pastor. Ocultan bajo las apariencias su naturaleza divina. También los héroes antiguos, para superar determinadas pruebas, se enmascaran: Ulises consigue derrotar a los Prócidas porque se disfraza de viejo mendigo.

El principio del disfraz, que es el mismo del carnaval, ha sido estudiado magníficamente por Bajtin como subversión del orden establecido. El carnaval es el «mundo al revés»: los pobres fingen ser ricos y los ricos, ser pobres; los hombres fingen ser mujeres y las mujeres, hombres; los feos, ser guapos, y los guapos, feos. Pitol declara admirar a Bajtin por las enseñanzas que ha proporcionado a sus novelas. Pero creo que hay que desconfiar de una lectio faciliior de esta declaración de

admiración, al igual que hay que desconfiar de Bajtin y de su interpretación de la máscara. Hipótesis más maliciosas, que no creo disgusten a Pitol, nos invitan a ir más allá de esta interpretación excesivamente ejemplar (y que el propio Bajtin dejó en la ambigüedad). El dilema, en pocas palabras, podría plantearse del siguiente modo: la esencia de lo Verdadero ¿se halla en lo que está bajo la máscara o en la propia máscara? Por lo demás, gran parte de la mejor literatura del siglo xx ha debatido este dilema. Los Seis personajes en busca de autor de Pirandello que recitan el guión de sus vidas, recitan en realidad su propia vida. Pessoa en su Autopsicografía escribe que «El poeta es un fingidor. / Finge tan completamente / que hasta finge que es dolor / el dolor que en verdad siente.»

Sería demasiado fácil descubrir que bajo la máscara de un hombre valeroso se esconde un pusilánime, o viceversa. Eso sucede sobre todo en el vodevil o en las «comedias de equívocos» (cfr. la desconfianza número 3), lo que no es, a fin de cuentas, excesivamente interesante, aunque no niego que pueda ser divertido.

La sustancia es ontológica, la apariencia es existencial. Eso es lo que nos enseñan los filósofos sensatos. Que en el fondo es como decir: la sustancia está dentro, la apariencia está fuera. Pero ya en las tragedias de los antiguos, a las que me veo obligado a volver, era imposible despegar la máscara del rostro. Tal vez no seamos lo que somos, sino lo que la vida nos obliga a ser. O aquello que deseamos ser. La literatura lo ha intuido desde siempre. Últimamente, Freud y Bachelard nos han proporcionado una sólida contribución para hacer más sistemática semejante sospecha.

Es evidente que esta lógica puede aumentar de exponente hasta el infinito. En el prefacio a un libro autobiográfico publicado recientemente, Ernesto Sábato afirma que si un día le fuera concedido el privilegio de ver a Dios, sin duda éste estaría enmascarado.

Yo tenía un amigo que adoptó durante toda su vida una actitud de hombre valeroso, porque deseaba ser un hombre valeroso. Todos nosotros, sus amigos, con esa complicidad mezclada con hipocresía que a menudo se confunde con la piedad, cuando estábamos con él fingíamos, es decir, lo tratábamos con la consideración y admiración debidas a las personas dotadas de gran coraje. Él «sabía» que nosotros estábamos simulando. Cuando se marchaba, no era raro que algunos intercambiaran con incomodidad una furtiva mirada de conmiseración. Sólo ahora, gracias a la evidencia de lo que nos ha dejado, hemos descubierto con irremediable retraso que era en verdad un hombre valeroso. Mi mayor remordimiento es no habérselo dicho cuando hubiera podido decírselo. Porque él vivió convencido de lo contrario.

5. QUINTA DESCONFIANZA (LO QUE DICEN PITOL Y FLAUBERT)

Sergio Pitol, en la frase final de su prefacio a este tríptico (prefacio que Jorge Herralde, con ejemplar falta de corrección, me ha mandado a espaldas del autor — con variaciones autógrafas del propio Pitol—, regalo precioso por el que quedo agradecido a Jorge) declara: «Vuelvo la mirada hacia atrás y percibo el cuerpo de mi obra. Para bien o para mal, está integrada. Reconozco su unidad y sus transformaciones. Me desasosiega saber que no ha llegado al final. Temo que en el futuro pueda, sin darme cuenta, volverme complaciente con ella, cegarme al grado de disimular con “efectos” sus blanduras, sus torpezas, del mismo modo que lo hago ante el espejo del baño cuando trato de disimular las arrugas con mis muecas» (las cursivas son mías).

Temo que sea necesario desconfiar de esta frase. Porque aunque Pitol, al recordar a sus escritores predilectos (Quevedo, Rabelais, Gogol, Gadda, Gombrowicz) no cite nunca el nombre de Gustave Flaubert, estoy seguro de que Flaubert forma parte de su familia de escritores (por lo demás, los cónyuges de *La vida conyugal* deben de haber leído a Flaubert con devoción para haber aprendido tan bien de Madame Bovary el arte de una insatisfacción fútilmente trágica y de Bouvard y Pécuchet su serena y sistemática imbecilidad). Y estoy más que convencido de que Pitol, fingiéndose inocente, comparte secretamente la afirmación que el gran Malhumorado dejó escapar un día: «*La bêtise, c'est vouloir conclure.*»

6. CONCLUSIÓN (LO QUE DICE TABUCCHI)

Querido Sergio Pitol, lo siento, pero declaro públicamente que desconfío de ti.

Porque nosotros, tus lectores, sabemos cuánto te inquietaría la idea de llegar a una conclusión. Porque, en ese caso, serías el escritor que no eres, ese que conoce ya el lugar de llegada y que, para tranquilizarnos, nos explica el recorrido (confróntese con la desconfianza número 1). Y, en cambio, si nosotros te hemos elegido, al igual que tú nos has elegido a nosotros, es para realizar juntos un hermoso viaje errabundo que nos lleve a ese *anywhere* del arbitrio, sede de aquella idea de Marsilio Ficino que tenía su centro en todas partes y la circunferencia en ninguna.

Tampoco puedes hacernos creer que puedes llegar a volverte complaciente con tu obra. Explicar por qué sería pura repetición (confróntese con la desconfianza número 2). En cuanto a tu aserto de la disimulación de las arrugas, te ruego que no nos subestimes, porque nos volveríamos aún más suspicaces hacia ti, y aunque no lo digamos en público, nutrimos la secreta convicción de que la verdad no son las arrugas, sino las muecas con las que intentamos disimularlas. Tú, escribiendo. Nosotros, leyendo (confróntese con la desconfianza número 4).

Querido Pitol, sabes bien que el final no se cierra. Y sabes también que tú seguirás abriéndolo aún más. Porque la vida es vasta, como la escritura. Y por eso aguardamos tus próximos libros. Sosiégate, querido Pitol, sigue escribiendo mientras

finges que estás desasosegado. Porque nosotros sabemos que lo estás de verdad. Y ésa, paradójicamente, es la única manera de tranquilizarnos. Además, de acuerdo con Flaubert, me doy cuenta de que la ambición de concluir es una idiotez (confróntese con esta conclusión). Tuyo,

ANTONIO TABUCCHI
(Traducción de Carlos Gumpert)

PRÓLOGO

1. Uno dice: «No sé, no me he dado cuenta cómo ha pasado el tiempo.» Y la verdad es que cuesta dar crédito a esa evidencia. Recuerde usted la experiencia del espejo a la hora de afeitarse: el rostro senil que uno se resiste a reconocer, los esfuerzos por revivir ciertos gestos con que treinta o cuarenta años atrás imaginaba fascinar al mundo. ¡Qué infinita fe de carbonaro para suponer que esas muecas que devuelve el espejo tengan alguna relación con las fotos de juventud! Hay un genuino resentimiento ante la injusticia cósmica por no haber una señal explícita de la aproximación del desastre. O tal vez la hubo y no logramos detectada. Parecería que la metamorfosis de lo lozano a lo marchito nos hubiese ocurrido en estado de coma. En fin, la cosa es que uno se ha hecho viejo.

Cuando miro hacia atrás advierto resultados más bien pobres. Los años vividos pierden cuerpo; el pasado me parece un manojo de fotografías ajadas, amarillentas, abandonadas en el interior de un mueble al que nadie se acerca. En cuanto al presente, me encuentro a los sesenta y cinco años y resido en una ciudad donde nunca pensé vivir, pero donde me siento perfectamente, del todo ajena al marco cosmopolita que encuadró buena parte de mi pasado. Si tuviera que salir a un puesto de periódicos no encontraría la prensa en doce o quince idiomas como me era natural en algunas ciudades en que he vivido. Por otra parte, tampoco encuentro la extrañeza refinada, obsoleta, displicente, ajena a la contemporaneidad de Ronda, Wiesbaden, Marienbad, Kotor, Zacatecas, por ejemplo, retiros donde solía esconderme para descansar y escribir; menos aún, los paisajes naturales de un mundo antagónico: pequeñas aldeas de Madeira, Lanzarote, Fuerteventura, Almería, los altos Tatras, los Tuxtles. Todo eso ha desaparecido. ¿Qué es mi pasado sino desvaídos fragmentos de sueños no del todo encendidos?

Recuerdo un banquete celebrado en honor de un ilustre escritor alemán, un auténtico sabio, en un palacio elegantísimo de Roma. Alguien mencionó el tema de la vejez, me parece que refiriéndose a Berenson, y el homenajeado scandalizó entonces a los concurrentes al decir, con una voz estruendosa que acalló las otras conversaciones, que había momentos en que recordaba con ternura una purgación juvenil contraída en un barco y las rudas curaciones que requería, sobre todo al compararla con algunos de esos repugnantes males que aquejan a los viejos y terminan convirtiéndose en su Némesis: los de la vejiga, la próstata, la ciática, las urticarias del cuero cabelludo, los escalofríos, la debilidad de los esfínteres, el temblor de manos, y en ese momento los elegantes invitados, viejos en su enorme mayoría, levantaron con estruendo la voz y al unísono declararon que ellos y ellas no sentían para nada la vejez, que ni siquiera la advertían, que nunca se habían sentido en mejor forma, que la capacidad de creación se les había ampliado, que su último manejo del lenguaje era en verdad suntuoso, profundo, ático, barroco, que cada uno escribía mejor que los demás, mientras el viejo priápico oía hablar, en tonos

enfáticos, acalorados, histéricos, a esa tribu negadora de la vejez, con los ojos semicerrados, como si disfrutara ausentarse del presente y se hundiera en los goces del pasado: las hazañas de su pene incontinente, las manchas como condecoraciones descubiertas en su ropa interior. Su única manifestación de vida era una sonrisa de sorna dedicada a la concurrencia.

2. Hay días en que despierto convencido de que cualquier acto realizado en mi vida no ha sido producto de la voluntad, sino de la predeterminación. Si el libre albedrío ha intervenido, lo hizo de manera menguada. ¿He sido entonces una figura intercambiable, cuyos deseos, proyectos, sueños, iniciativas no surgían de mí sino me eran impuestos desde el exterior? ¿Soy acaso una marioneta manejada por algún desconocido? ¡Sí, lo eres! ¿Y eso que daba yo en llamar «mi voluntad» no me alcanza sino para elegir uno de los varios platillos que ofrece la carta de un restaurante? ¡Sí, para eso! ¿Pedir un plato de mariscos en vez de carne, preferir los espárragos del tiempo a las setas?, ¿tan sólo a eso llegan mis posibilidades de elección, los alcances de mi albedrío? ¡Sí, has entendido bien!

Al parecer, ni siquiera el restaurante en las cercanías de Palermo, donde opté por las setas sobre los espárragos del tiempo, cuya fachada adornada con antiguos motivos populares me impulsó a cruzar la calle y a entrar en sus salones, fue una elección propia, pero, claro, de eso no se enteró uno sino mucho después. Era evidente que tenía yo que ir a parar por fuerza a ese local donde ocurrió algo que enlazó hechos de mi pasado con otros del futuro que, por supuesto, no me era posible adivinar entonces. Todo estaba prefigurado, trabajado hasta el más mínimo detalle, y era evidente que mi hora no había llegado aún. Sonaron las ráfagas de metralla, el aire se llenó de humo, sentí un dolor inmenso en la frente y en un hombro y debí caer al suelo. Cuando desperté, vi a mi alrededor un mundo de enfermeras, de doctores, policías, mujeres lanzando aullidos, y de cadáveres o heridos, como yo, tirados por el suelo. Había estado varias veces a punto de morir, una vez en un accidente de automóvil, otra a consecuencias de una intervención quirúrgica. Y esa que ahora rememoro, un ajuste de cuentas entre tenebrosas mafias sicilianas. Siempre supuse que moriría en un incidente violento antes de cumplir los cincuenta años, y en un lugar público para mayor afrenta. Paladeaba de antemano las notas de la prensa, el misterio, las comidillas, el escándalo. En aquella ocasión los cadáveres fueron varios; no sé cuántos mafiosos ni cuántos turistas accidentales pasaron a mejor vida. En la ambulancia oí a una enfermera decirle al camillero que le parecía que el narco (hablaba de mí) no llegaría con vida al hospital. Pero sí, salí de ahí con mis propios pies y han pasado de eso muchos años y sigo escribiendo y todas las mañanas paseo con mis perros por las veredas serpenteantes en una colina de mi jardín. Hoy apenas comprendo el por qué de esa sobrevivencia. Me he salvado de tres crisis peligrosas, he llegado al umbral definitivo y pude retroceder para poder encender la televisión esa mañana, 25 de noviembre de 1998, y enterarme por un noticiero de la noticia más prodigiosa que alguien hubiera podido concebir. La inmundicia ha llorado hoy de

rabia, el día de su cumpleaños, al enterarse de que no podía abandonar, aún, como estaba seguro, el hospital de enfermedades mentales en donde se le ha recluso.

Pienso en un escritor que no ha sucumbido a la fase vegetativa del oficio, escribe sin compromisos, que no halaga ni a los poderosos ni a la masa, vive en estados de iluminación y pausas de abulia, es decir momentos de búsqueda pasiva, de recepción de imágenes, o de frases que alguna vez, a lo mejor, podrían servirle de algo. En sus momentos enfáticos llega a decir que la literatura ha sido el hilo que conecta todas las etapas de su vida. Por eso no le resulta difícil admitir que no ha elegido su oficio sino que ha sido la propia literatura la que lo ha incorporado a sus filas.

Adoro los hospitales. Me devuelven las seguridades de la niñez: todos los alimentos están junto a la cama a la hora precisa. Basta oprimir un timbre para que se presente una enfermera, ¡a veces hasta un médico! Me dan una pastilla y el dolor desaparece; me ponen una inyección y al momento me duermo; me traen el pato para que orine, me ayudan a levantarme para ir a hacer del dos; me pasan libros, cuadernos, plumas. Me dijeron que eran rozaduras de balas, que no había ningún riesgo, que sólo era cuestión de paciencia, de mucha tranquilidad; obedezco en todo, como niño aplicado, pero la fiebre no desaparece, es más, por la noche se eleva peligrosamente, tengo vendas en todas partes y un pie enyesado, una mañana me introdujeron una aguja inmensa por la espalda para sacarme agua a través de la pleura, no resistí el dolor, me desmayé, desperté ya en mi cuarto. Al abrir los ojos vi varios libros a mi lado y una tarjeta con el nombre del cónsul honorario de México en Palermo. Fue él quien me dejó esas lecturas, en italiano todas: *EL sendero de los nidos de araña*, de Calvino; *EL gatopardo*, de Lampedusa; *La piedra Lunar*, de Landolfi, y *Los cantos*, de Leopardi. Si el cónsul los eligió tiene un gusto óptimo, pensé; sólo faltaba que me trajera algo de Svevo o Gadda para merecer un cum Laude. Entiendo casi todo lo que me dicen en italiano, a pesar del acento y de los modismos sicilianos, puedo también hablarlo, pero en los primeros días me resulta imposible leer. Hojeo los libros, los periódicos, y no entiendo casi nada. Sin embargo me gusta leer la poesía de Leopardi, sólo por sentir su música en mis labios, el ritmo es todo lo que percibo y esa simple emoción me hace llorar. En los diarios y en las revistas aparecen fotos horrendas. Militares de rostros perversos, tanques, filas de prisioneros en cadenas y tengo que llamar a la enfermera, quien me dice cosas que entiendo mal.

Me parece recordar que en los días peores, cuando ni siquiera podía fijar los ojos en los libros, me complacía pensar en el lenguaje, ese don prodigioso que nos fue otorgado desde el inicio. El escritor sabe que su vida está en el lenguaje, que su felicidad o su desdicha dependen de él. He sido un amante de la palabra, he sido su siervo, un explorador sobre su cuerpo, un topo que cava en su subsuelo; soy también su inquisidor, su abogado, su verdugo. Soy el ángel de la guardia y la aviesa serpiente, la manzana, el árbol y el demonio. Babel: todo se vuelve confusión porque en literatura casi no hay término que para distintas personas signifique la misma cosa,

y ahora me harta seguir rumiando ese inútil dilema al que a veces doy tanta importancia sobre si un joven se transforma en escritor porque la Diosa Literatura así lo ha dispuesto, o, por el contrario, lo hace por razones más normales: su entorno, la niñez, la escuela a la que acude, sus amigos y lecturas, y, sobre todo, el instinto, que es fundamentalmente quien lo ha aproximado a su vocación. Por otra parte, fuera de la obra lo demás no importa.

No recuerdo cuánto tiempo pasé allí hasta recuperar pasablemente la salud. Hubo un momento en que era ya sólo cosa de espera, de irritación, de lecturas, de cartas que volaban de Palermo a México y de México a Palermo. Cuando me descendió la temperatura comenzó a visitarme un sacerdote; se presentó diciendo que visitaba regularmente a los pacientes para impartirles auxilio espiritual. Al principio me sondeaba sobre mi presencia en aquel restaurante donde un capo mafioso celebraba una fiesta familiar y una banda enemiga se presentó para arruinársela, después comenzó a insinuar que lo que acababa de pasar en Chile era saludable manifestación de una sociedad asfixiada por el comunismo, una victoria de los creyentes contra los enemigos de Cristo, y de día en día subía el tono hasta llegar a entonar vítores a los militares y al héroe providencial, el gran general, quien arriesgó su vida por la causa de Dios. Yo no quería discutir, el golpe de Estado, aquella insensata crueldad, el desprecio por la vida me alteraban demasiado. Le respondía de mala gana que mi opinión no era ésa; que recibía las noticias de México, no concordantes con sus puntos de vista, y le pedía permitirme dormir porque sufría una fuerte jaqueca. En el transcurso de la visita entraba una enfermera, una religiosa española, que silenciosamente arreglaba mi cuarto, me tomaba la temperatura, la presión y alargaba casi siempre su visita para permanecer en el cuarto después de que salía el sacerdote. Entonces me prevenía, me decía que no hablara, que ni siquiera le respondiera, que aquél era un hombre malo, un fanático de la tiranía, que adoraba a Franco, el verdugo de su país, y de repente miraba el reloj, se detenía como sorprendida a mitad de una frase y salía a toda prisa. A veces me dejaba su Unita para que leyera la crónica sobre Chile. No recuerdo su nombre, quizás nunca lo supe, pienso en ella como la monja roja de Valladolid. No era joven entonces, lo más probable es que haya muerto; pero me gustaría que no fuese así, que viviera aún y hubiese visto el noticiero de la mañana, que supiera que hoy en Londres un juzgado especial de la Cámara de los Lores dictaminó que ni la edad avanzada ni el cargo de Senador eximen al viejo torturador de Chile, recluido desde hace un mes en un manicomio de lujo en las afueras de Londres, de ser juzgado por crímenes contra la humanidad. La vieja rata de albañal lloró, pensaba celebrar su cumpleaños con amigos y familiares y se puso a llorar al saber la noticia. Estaba seguro de que todo estaría listo para volver al país que por muchos años convirtió en un infierno.

3. En la memoria debe seguramente estar archivado, ordenado y clasificado mi mundo de ayer, desde la acomodación en el seno materno hasta el momento radiante en que escribo estas líneas. Percibo a veces un eco de las sensaciones y emociones de

mi vida pasada, vislumbro gestos, oigo voces. Las pulsaciones de las que nacieron mis primeros cuentos me llegan intermitentemente como reflejos dorados. Ahí estoy, a mediados de los cincuenta: aún percibo la energía de aquel fantasma. Sueño con chaparrones violentos y relámpagos que cierran el horizonte con formas de árboles gigantescos, como inmensas radiografías fosforescentes. Me regocijo de sobrevivir al desorden, al caos, al terror, a la mala salud. Mis primeros relatos me parecen ahora como un intento de expulsar de mí a la infancia. Me resulta extraño; siempre creí que esos cuentos eran un homenaje a mi niñez, a la vida rural, a mis enfermedades iniciales, a mi neurastenia precoz y resulta que tal vez no haya nada de eso. En el fondo, enmascarado, intentaba liberarme de toda ligadura. Quería ser sólo yo mismo. ¡Qué perturbación! Y para lograr esa anhelada independencia me apoyaba —y eso sí conscientemente— en los procedimientos literarios empleados por dos autores que admiraba: Jorge Luis Borges y William Faulkner.

En esa primera etapa, mi escritura tendía a la severidad. Los personajes de esas historias muestran permanentemente un rictus trágico. Era un mundo carente de luz, a pesar de estar enclavado en el trópico mexicano, muy cerca del mar. Todo se marchitaba y descomponía en las viejas casas de hacienda; la vida se desangraba en un continuo, lento movimiento hacia la desintegración. El peor temor de los mayores parecía residir en una próxima visita al zapatero, y que aquél comentara que sus zapatos ingleses no soportarían ya ningún nuevo remiendo. Sabían que no saldrían descalzos a la calle, pero en el fondo casi lo preferían a meter sus pies en los horrendos zapatos nacionales. Las casas estaban habitadas por parientes viejos, solteronas de distintas edades, sirvientes gruñones y malhablados y niños patéticos, enfermizos, hiperestésicos, incomparablemente tristes, cuyos ojos escrutan todos los rincones de la casa y hasta los más mínimos gestos de los moradores, y cuyos ademanes desarticulados y voces chirriantes hacían presentir que el derrumbe final era inminente. Las mujeres y hombres jóvenes que permanecían en esos caserones debían dejar una impresión de invalidez, de pasmo, de pérdida en el mundo; los aptos, los listos, los seguros, una vez terminada la revolución se habían marchado a las ciudades o sencillamente habían preferido dejarse morir.

En cambio, mi siguiente etapa narrativa, la segunda, fue vitalmente contundente. Recién ingresado a la universidad en la ciudad de México comencé a viajar. Fue la manera de contradecir el encierro infantil en habitaciones impregnadas de un dulzón olor a pócimas y a yerbas medicinales. Estuve en Nueva York, en Nueva Orleans, en Cuba y Venezuela. En 1961 decidí pasar unos meses en Europa y me demoré cerca de treinta para volver a casa. En aquel tiempo escribí dos libros de relatos y mis primeras dos novelas: *El tañido de una flauta* y *Juegos florales*: me asombra la asiduidad de mi trabajo en esa época tan movida. Así como en la infancia me pareció un don del cielo haber contraído la malaria, puesto que, fuera del agobio de la fiebre tenía la ventaja de permanecer siempre en casa, donde leía novelas sin cesar y compadecía a mi hermano por ocupar su tiempo en actividades tan poco atractivas

como ir por la mañana a la escuela y por la tarde a jugar tenis o montar a caballo, en la juventud, por el contrario, era yo feliz por no hacer una vida encajonada en ninguna parte. Me movía por el mundo con una libertad absolutamente prodigiosa, no leía sino por razones hedonistas; había eliminado de mi entorno cualquier obligación que me pareciera engorrosa. Pasaron catorce años entre el final de mis estudios universitarios y la obtención de la licenciatura. No pertenecía a ningún cenáculo, ni era miembro del comité de redacción de ninguna publicación. Por lo mismo, no tenía que someterme al gusto de una tribu, ni a las modas del momento. Tel Quel me resultaba letra muerta. Comencé a integrar libremente mi Olimpo. Frecuenté a los centroeuropeos cuando, fuera de Kafka, no eran leídos aquí por nadie: a Musil, Canetti, Van Horváth, Broch, Van Doderer, fascinado de conocer esa tradición; pasé luego a los eslavos, a quienes no enumero porque llenaría más de una página de nombres. En cada país por donde pasé hice buenos amigos, algunos de ellos escritores. Siempre me ha sido necesario conversar sobre literatura; la discusión con esos pocos amigos escritores versaban más bien sobre nuestras lecturas y cuando nos conocíamos mejor, sobre los procedimientos que cada uno empleaba, los tradicionales y los que creímos ir descubriendo por nosotros mismos. La única alteración de esa forma de vida fue un período de dos años y medio en Barcelona, ciudad a la que llegué con una quiebra absoluta, sin un centavo en el bolsillo; encontré mi *modus vivendi* en el medio editorial, y eso me permitió conectarme en poco tiempo con el mundo literario. Pero aun así, me mantuve ajeno a cualquier competitividad literaria. Podría pensarse que era una mala situación. Pero a mí me parecía fantástica. Gozaba de una libertad absoluta, delirante. Me sentía el buen salvaje y el mal salvaje al mismo tiempo. Yo era el único que dictaba mis reglas y me imponía los retos. En Barcelona terminé de escribir mi primera novela: *El tañido de una flauta*. Mi experiencia en esa ciudad fue muy intensa; definitiva, diría yo, pero mantuve mi propia literatura como algo secreto. Todavía no era el tiempo de manifestarme.

Durante esa larga estadía europea enviaba mis manuscritos a México. Después me olvidaba del asunto. Un año más tarde recibía un paquetito con ejemplares del libro, mis amigos me enviaban las notas bibliográficas, pocas, poquísimas, una o dos por lo general. Durante veinticinco años me sostuvo el apoyo brindado por ese mínimo puñado de lectores.

En este segundo período la escritura se convierte en una continua secreción de mis circunstancias personales; recibe de ellas las gratificaciones y también las migajas. Mis libros de cuentos y mis dos primeras novelas son un espejo cierto de mis movimientos, una crónica del corazón, un registro de mis lecturas y el catálogo de mis curiosidades de entonces. Son los cuadernos de bitácora de una época muy agitada. Si leo unas cuantas páginas de alguno de esos libros sé de inmediato no sólo dónde y cuándo las escribí, sino también cuáles eran las pasiones del momento, mis lecturas, mis proyectos, mis posibilidades y tribulaciones. Podría decir qué cosas

había visto en el teatro o en el cine durante los días circundantes, a quién llamaba por teléfono cada día y muchos otros detalles referentes a la trivía cotidiana de la que nunca he soñado prescindir. Uno de mis libros se llama Los climas, otro No hay tal lugar; el primer título alude a la búsqueda de un espacio, el segundo lo niega. Entre ambos extremos se halla la respiración de mis novelas.

4. El siguiente movimiento, el tercer aire de mi narrativa, está marcado por la parodia, la caricatura, el relajo, y por una repentina y jubilosa ferocidad. El corpus del período lo componen tres novelas: El desfile del amor (1984), Domar a la divina garza (1988) y La vida conyugal (1991). Ahora, a la distancia, no me asombra la irrupción de esta vena jocosa y disparatada en mi escritura. Más bien, me debería sorprender lo tardío de su aparición, sobre todo porque si algo abunda en mi lista de autores preferidos son los creadores de una literatura paródica, excéntrica, desacralizadora, donde el humor juega un papel decisivo, mejor todavía si el humor es delirante: Gogol, Sterne, Nabokov, Gombrowicz, Beckett, Bulgákov, Goldoni, Borges (cuando es él, y también cuando se transforma en Bustos Domecq), Carlo Emilio Gadda, Torri, Monterroso, Firbank, Monsiváis, César Ayra, Kafka, Flann O'Brien, y otros más, Thomas Mann por ejemplo, cuya inclusión en este conjunto a primera vista parece sospechosa sólo por rebasar el género, pero que es el más original creador de parodias en nuestro siglo. Después de publicar la última novela, varios críticos han considerado al grupo como una obra única dividida en tres partes, y poco después se aludía a ella como un tríptico del carnaval. Rumié El desfile del amor durante varios años. Un día en Praga, donde era entonces embajador, bosquejé en unas cuantas horas el trazo general de la novela. A partir de ese momento y durante varios meses la escribí enloquecidamente, con una celeridad jamás antes conocida. Era mi mano quien pensaba. Es más, la pluma volaba y era ella quien dirigía las maniobras. Yo contemplaba con estupefacción los infinitos cambios que se sucedían sin cesar: el nacimiento de nuevos personajes o la desaparición de otros a quienes había considerado imprescindibles. ¡Y las cosas que esa gente decía! Me sonrojaría al transcribirlas. Era una historia de crímenes, y de la consecuente investigación policiaca que, como de costumbre, nunca llegaba a nada. Los personajes eran personas muy destacadas: familias rancias y nueva casta revolucionaria, también artistas e intelectuales, un chantajista, un misterioso Castrato mexicano y varios extranjeros de distinto pelaje.

Todo ocurre en el año 1942, cuando México declaró la guerra a los países del Eje y la capital se convirtió en una torre de Babel adonde llegaron miles de prófugos de la guerra. El lenguaje se extravía a cada momento, cada declaración de un testigo, cualquiera que sea, es de inmediato refutada por los demás; el discurso marcha a trancas, interrumpido a cada momento con chocarrerías paralizantes. Tanto el fluir de las palabras como los silencios son muestras de una misma neurosis. El desfile del amor recibió el Premio Herralde de novela en su segunda convocatoria. A partir de entonces, México comenzó a descubrirme. El mínimo puñado de entusiastas fue

paulatinamente ampliándose.

A mediados de los ochenta pasé una temporada de convalecencia en Marienbad. Allí leí el libro portentoso de Mijaíl Bajtin: La cultura popular a finales de la Edad Media y principios del Renacimiento. Cada página me procuraba alivio. Su teoría de la fiesta me pareció genial. Durante semanas no pude dejar de releer a Bajtin; de allí pasé al teatro y a la prosa de Gogol, que bajo el enfoque del pensador ruso adquiría luces sorprendentes. Había llevado conmigo a Marienbad los apuntes iniciales de mi próxima novela, Domar a la divina garza. El papel de Gogol es importantísimo en la vida del personaje central de la historia. Aunque en mi novela se menciona el nombre de Bajtin y hasta el título de su libro, estoy convencido de que en ella se encuentra aún más presente el fantasma de otro eslavo famoso, el polaco Witold Gombrowicz, así como otros ingredientes más: el teatro español de género chico; la novela picaresca del Siglo de Oro, las teorías antropológicas de Malinowski, las comedias de Noel Coward; Quevedo, Rabelais, Jarry: en fin, un buen remedo del caldero fáustico.

Si El desfile del amor fue una comedia de equivocaciones, donde cada personaje era un saco atestado de secretos, graves unos, triviales los más, en Domar a la divina garza resulta aún más difícil desentrañar hasta la propia identidad de los personajes. Ellos tienden a aparecer y desaparecer como si obedecieran a un conjuro. El lector no sabe si son verdaderos personajes de novela, o marionetas, meras visiones, musarañas. Un personaje central impresentable, una de esas monsergas monumentales que cuando uno la encuentra en la calle, se da la vuelta para evitar el encuentro, se presenta en casa de una familia donde desde hace años ha dejado de ser grato e impone su calidad de visitante, de antiguo amigo (lo que nunca fue) y comienza un relato absurdo, soez, grotesco durante horas y horas hasta desembocar en historias fecales repugnantes y acabar convertido él mismo en materia fecal. A medida que avanza en el relato el personaje cambia, se enreda, pierde espesor y gana en grosería. En Domar a la divina garza aun la realidad más evidente, la más tangible se convierte en dudosa y conjetural. La única verdad visible en la novela es el humor, esta vez, más bien cuartelario.

Con La vida conyugal se cierra el tríptico. Un relato metafórico sobre una de las instituciones más socorridas por la sociedad: el matrimonio. El propósito, si hay alguno claramente delineado, sería demostrar la obsoleta estructura de nuestras instituciones, la inmensa capa de estuco colorido con que las llamadas fuerzas vivas, la gente del poder y las instituciones enmascaran la realidad, hasta transformarla en una trampa. Si algo se parece a una moraleja es la indicación gombrowicziana de que la función del escritor y del artista es destruir esas fachadas para poder hacer vivir lo que durante siglos ha permanecido oculto. Entre estas tres novelas se tiende una amplia red de conexiones, de corredores, de vasos que potencian su carácter carnavalesco, fársico, delirante y grotesco.

5. Alea jacta est: así pasan las cosas. Uno no advierte el proceso que lo conduce a la vejez. Y un día, de repente, descubre con estupor que el salto ya está dado. Mido el

futuro por décadas y el resultado es escalofriante: si bien me va, me quedan aún dos. Vuelvo la mirada hacia atrás y percibo el cuerpo de mi obra. Para bien o para mal, está integrada. Reconozco su unidad y sus transformaciones. Me desasosiega saber que no ha llegado al final. Temo que en el futuro pueda, sin darme cuenta, volverme complaciente con ella, cegarme al grado de disimular con «efectos» sus blanduras, sus torpezas, del mismo modo que lo hago ante el espejo del baño cuando trato de disimular las arrugas con mis muecas.

SERGIO PITOL

*Para Luis y Lya Cardoza y Aragón,
Luz del Amo, Margo Glantz,
Carlos Mosiváis y Luis Prieto.*

1. MINERVA

UN hombre se detuvo frente al portón de un edificio de ladrillo rojo situado en el corazón de la colonia Roma, una tarde de mediados de enero de 1973. Cuatro insólitos torreones, también de ladrillo, rematan las esquinas del inmueble. Durante décadas, el edificio ha constituido una extravagancia arquitectónica en ese barrio de apacibles residencias de otro estilo. A decir verdad, en los últimos años nada desentona, ya que el barrio entero ha perdido su armonía. Las pesadas moles de los nuevos edificios resquebrajan las casas graciosas de dos, a lo sumo de tres plantas, construidas según la moda de comienzos de siglo en Burdeos, en Biarritz, en Auteil. Hay algo triste y sucio en ese rumbo que hasta hacía poco lograba sostener aún ciertos alardes de elegancia, de antigua clase poderosa, maltratada pero no vencida. La apertura de la estación del metro, las bocanadas de desarrapados que vomita regularmente, los innumerables puestos de fritangas, tacos, quesadillas y elotes; de periódicos; los vendedores de perros, de juguetes baratos, de medicamentos milagrosos, han señalado el auténtico fin de esa parte de la ciudad, el comienzo de una época distinta.

Comenzó a anochecer. El hombre empujó la puerta de metal, caminó hasta el patio central, levantó la mirada y recorrió con ella el espectáculo escuálido que ofrecía el interior de aquella construcción al borde de la ruina. Así como el edificio no correspondía al barrio, y, bien mirado, ni siquiera a la ciudad, su parte interna tampoco era coherente con el gótico falso de la fachada, con las mansardas, las ventanas en ojo de buey y los cuatro torreones. La mirada del hombre recorrió los corredores que circundaban cada planta del edificio, los oasis creados irregularmente por conjuntos de macetas y botes de hojadelata de distintas formas y tamaños donde crecen palmas, lirios, rosales, buganvillas. Esa disposición de las flores rompe la monotonía del cemento, crea un juego asimétrico a fin de cuentas armonioso y recuerda el interior de las vecindades humildes de la ciudad.

«En las jardineras crecían palmas de tallos espigados», se dijo. Se preguntó si la memoria no le estaría tendiendo una celada. Su estancia en aquel lugar aparece, se pierde, y vuelve a surgir en sus recuerdos como enmarcada por un escenario palaciego. Y en ese momento, al examinar con cuidado el interior, los espacios, a pesar de su amplitud, le parecen bastante más reducidos de cómo los ha retenido en sus recuerdos. Lo inunda un torrente de palabras pronunciadas treinta años atrás, de ecos de conversaciones que insisten en la elegancia, en el prestigio social de aquel inmueble, en su interior Art Decó diseñado en 1914 por uno de los arquitectos más prestigiosos de aquel tiempo, el año precisamente de su libro, estilo sobrepuesto al original de ladrillos sin revestir, tal como aparece en el exterior. Lo que en esos momentos ven sus ojos son muros a punto de tronar, de desvencijarse.

El personaje debe de tener cerca de cuarenta años. Viste pantalones de franela

gruesa, café oscuro, y una chaqueta de tweed, del mismo color, ligeramente jaspeada. La corbata es de lana tejida, ocre. En esa esquina, y, sobre todo en ese pórtico, su atavío, así como cierto modo de permanecer de pie, de llevarse la mano al mentón, resultan absolutamente naturales, a tono con las altas y sucias paredes de ladrillo rojizo, semejantes a muchos muros y pórticos londinenses. Lleva bajo el brazo las pruebas recién corregidas de su último libro y un estudio sobre el lenguaje de Maquiavelo, que acaba de comprar en la vecina librería italiana.

Podía calificar francamente de malos los dos últimos días, dedicados a revisar las pruebas del libro en que se trabajó durante los últimos años: una crónica de los sucesos ocurridos en la ciudad de México, desde la salida de Victoriano Huerta hasta la entrada de Carranza. El estilo le resultó duro y presuntuoso. A momentos deslavazado y pedagógico; otros, relamido en exceso. Pero lo peor fue que el espíritu del libro comenzó a escapársele. ¿Tenía en realidad sentido haber pasado tanto tiempo sepultado en archivos y bibliotecas, respirando un aire viciado, empolvándose el cabello y los pulmones para lograr resultados tan mediocres? Tiene la impresión de que en cada una de las vacaciones pasadas en México no había hecho otra cosa que no fuera buscar, clasificar y descifrar papeles. De pronto, mientras recorría con fatiga esas planas ya limpias de erratas que sólo esperaban su aprobación final, sintió que su trabajo podía haber sido realizado por cualquier amanuense poseedor de una mínima instrucción sobre la técnica de evaluar y seleccionar la información dispersa en cartas, documentos públicos y privados, y la prensa de una época determinada. Su libro se llamaba *El año 14*, aunque la acción ocupaba también un amplio sector del siguiente. Había utilizado el 14 en el título por ser el año de la Convención de Aguascalientes, fundamental para el trazo de su obra. La historia de una ciudad sin gobierno: la capital que, al estar en manos de las distintas facciones, no queda bajo el control de ninguna. En semejante desamparo, en el corazón del caos todo puede ocurrir: Vasconcelos improvisa un Ministerio de Instrucción Pública; frente a su puerta los soldados de vez en cuando disparan al aire sus carabinas, a saber en obediencia a qué reflejos, etc.

Había que dejar por la paz ese México lejanísimo. Si algo lo mantenía por el momento en pie era un interés muy vivo por estudiar una serie de materiales que pugnaban ya por integrar un nuevo libro. Había descubierto hacía unos meses, aún en Bristol, la correspondencia entre el administrador de una empresa petrolera inglesa de la Huasteca y su central en Londres, durante los conflictos petroleros que desembocaron en la expropiación de las empresas y la consiguiente ruptura de relaciones entre Inglaterra y México. Extendió su curiosidad a la continuación de esas relaciones difíciles cuya reanudación hizo posible la guerra, a las visitas de destacados intelectuales y periodistas británicos al general Cedillo (¡Waugh, nada menos!), quienes se obstinaban en verlo como al buen salvaje en el cual sí había germinado la siembra de la catequización. El hombre necesario para derrotar el caos. La prensa mundial se expresaba sin el menor sentimentalismo: si Cedillo se negaba a

encabezar la rebelión, o si era derrotado, el único camino a seguir debía ser la intervención armada. Poner punto final al desorden. Tomó entonces algunas notas; las había repasado y ampliado en México. Y hacía apenas dos o tres semanas, poco antes de terminar el año, encontró a una condiscípula, Mercedes Ríos, con quien comentó sus lecturas del momento y le habló de algunos aún vagos proyectos de trabajo. Mercedes le prestó unas copias fotográficas de un legajo referente a las actividades más o menos clandestinas de ciertos agentes alemanes activos en México durante ese mismo período. Habían pertenecido a un tío suyo, alto funcionario de la Secretaría de Gobernación en el período de la guerra, y supuso que podían resultarle sugestivas, pues de alguna manera se ligaban con su tema. Él había pensado en una investigación más restringida: la acción de las empresas petroleras contra México, el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la participación del país en la causa aliada; soluciones de facto a los problemas creados por la expropiación, etc., pero la lectura de aquellos documentos le hizo advertir mil posibilidades nuevas. Se propuso ampliar el ámbito, estudiar la situación mexicana en relación a la internacional, y no sólo respecto a los países a quienes pertenecían las empresas expropiadas. Un período muy estimulante. En otras partes comenzó a encontrar materiales que renovaban su interés en dicha época fundamental, la que, a pesar de su cercanía en el tiempo, parecía tan remota como aquella en que José María Luis Mora intentaba ambientar en el país las tesis de la Ilustración y acercar el tiempo mexicano al Siglo de las Luces. Mercedes había acertado en cuanto al interés que le despertarían tales documentos. Se sumió en ellos un fin de semana. Un perfume amargo, el del misterio, emanaba de esas escuetas fichas biográficas. De alguna manera recreaban la atmósfera de ciertas películas, de ciertas novelas, que uno estaba acostumbrado a situar en Estambul, en Lisboa, en Atenas o Shangai, pero jamás en México. Eran poco más de cincuenta páginas. Las leyó un sábado por la noche y fue tanta su excitación que ya no pudo dormir. El domingo volvió a estudiarlas, a tomar notas, a reflexionar sobre esos datos. Debido a tal lectura estaba allí, en el patio del bizarro edificio de ladrillo rojo, y miraba de manera imprecisa una esquina del primer piso, donde suponía, sin tener ya la entera seguridad, que había estado su dormitorio hacía treinta y un años, durante los meses que pasó en casa de sus tíos Dionisio y Eduviges. Dionisio Zepeda y Eduviges Briones de Díaz Zepeda, como a ella le gustaba puntualizar.

El legajo que lo había emocionado consistía casi exclusivamente en eso: una seca colección de fichas biográficas, carentes casi por completo de comentarios marginales. La mayor parte de esas biografías sinópticas estaban en apariencia desprovistas de interés, al menos por el momento. Como historiador, lo único cierto que ha aprendido es que no hay punto que, en determinado momento, no sea propicio a las más jugosas revelaciones. Existía la posibilidad de que los nombres incluidos en esa lista y la serie de datos que la acompañaba, por el momento neutros, una vez que comenzaran a ligarse con otros, con las personas e instituciones correspondientes, se dilataran, se expandieran e introdujeran al investigador en campos más amplios,

algunos de verdadera significación.

Su existencia en sí conformaba un pliego de preciosa información:

Johannes Holtz, por ejemplo. Desembarcó en Veracruz en febrero de 1938; trabajó como ingeniero químico en una empresa de fabricación de esencias y perfumes. Tenía veintisiete años cumplidos a la fecha de su llegada. Fijó su domicilio en Anatole France, 68 bis, colonia Polanco. Estableció contactos en los primeros meses de su estancia en el país con Rainer Schwartz y Bodo Wünger, propietarios ambos de negocios de fertilizantes. Holtz viajaba a menudo, a veces solo, otras con algunos de los mencionados súbditos alemanes, a Cuernavaca, donde asistía a reuniones de las que se sospechaba una finalidad de instrucción política, aunque bien pudieran ser de mero recreo. Tenía relaciones, cuyo carácter íntimo se daba por descontado, con la viuda Eliza Franger, hija de padre alemán y madre colombiana, en cuyo departamento, sito en Luis Moya 959, dormía regularmente todos los viernes. El 10 de abril de 1943 embarcó en Tampico con destino a Brasil. Hasta donde se sabía, no había vuelto a ingresar a México, por lo menos con el nombre de Johannes Holtz.

Una parte de los enlistados eran alemanes nacidos en Guatemala, educados en Alemania, perfectamente bilingües, ocupados en realizar una labor no demasiado peligrosa: establecer contactos con los alemanes residentes en México y propiciar labores de proselitismo. En un local, situado en un edificio de la avenida Juárez, casi esquina con Dolores, dos o tres de ellos, éstos sí profesional mente adiestrados en trabajos complejos y delicados, perfeccionaban métodos de alta sofisticación, según el informe de Gobernación, para despachar mensajes a una central receptora en Alemania. Todo aquello formaba la pequeña crónica, las andanzas de un puñado de individuos grises, comunicados sólo de modo tangencial con alguna arista de lo que consideramos la verdadera historia. De hecho, se trataba de un pobre y somero expediente policiaco. Fichas, fichas y más fichas de individuos con nombres teutónicos, que repetían con monotonía el año de ingreso a México, el domicilio, las conexiones y viajes por el país. No existía allí ninguna mención, que sería lo que las podría hacer de verdad interesantes, de sus contactos con los centros del naciismo nacional, con esos apóstoles dementes y exaltados de la derecha radical mexicana. Tal vez eso estaría reseñado en otro expediente, en algún archivo de manejo reservado. ¡La temida quinta columna! En fin, debían ser otros los expedientes importantes y era posible que ya hubiese llegado el momento en que fuera accesible su consulta. Debía intentarlo. Hacer tal vez una visita al Archivo General de la Nación. Cabe decir que entretanto no había permanecido inactivo, y en las pausas en que no corregía las pruebas del libro en el que prefería no pensar, había hecho una visita a la hemeroteca y leído los diarios del mes de noviembre de 1942. Necesitó corroborar ciertos datos de 1914 de los que no estaba muy seguro, aunque en verdad debía confesar que hizo esa visita por una razón más íntima.

Las neutras fichas de su amiga le habían resultado apasionantes por dos motivos, uno menor, y más bien divertido: saber que el padre de un compañero de leyes, a

quien en un momento había comenzado a destacar, estuviese ligado a esa red de actividades clandestinas y hubiera transportado a algunos agentes alemanes en una avioneta de su propiedad, una vez a Tampico y en reiteradas ocasiones a San Luis Potosí. Lo había llegado a conocer. Sí, una figura borrosa a la que vio atravesar dos o tres veces el jardín de la casa de su detestado compañero con la mirada vaga y el aire de estar metido en un laberinto de salida imposible. Al final de la ficha, un comentario lo descalificaba como agente peligroso; por el contrario, celebraba sus múltiples indiscreciones (gracias a las cuales había sido posible enterarse de algunos movimientos sospechosos de aquella gente). El alcohol, según se decía, le producía una verborrea incontenible. Le extrañó que el personaje pudiera ser el viejo maniáticamente silencioso a quien había conocido; sin embargo, no había lugar a dudas sobre la identidad. Ahí estaban registrados su nombre y dirección, la misma casa a la que fue tantas veces durante la adolescencia y a la que cada vez juraba no volver. Se imaginó al padre de su amigo en aquella época: un joven fanfarrón, recién llegado, al país, a quien dos copas de aguardiente convertían en un papagayo dispuesto a hablar hasta por los codos. La jactancia de sus hazañas había sido aprovechada ampliamente por las autoridades. Tal vez su silencio posterior tuviese un carácter expiatorio. Todos los proyectos en que intervino fracasaron por su culpa.

La otra sorpresa, y ésta sí le produjo un sobresalto, una indefinible excitación, estaba contenida en los dos renglones finales del expediente. Se indicaba que los asesinatos del edificio Minerva, el mismo en cuyo patio se encontraba en ese momento, estaban posiblemente ligados a un drástico ajuste de cuentas entre agentes alemanes y sus secuaces locales. ¡Él había vivido en esta casa en el momento de ocurrir tales hechos! Tendría entonces diez años.

Una edad en que es posible recordar todo, o casi todo... Y, por supuesto, recordaba muchas cosas... ¡Pero de qué absurda, desmadejada e incoherente manera! Posiblemente los hechos que tenía en mente no fuesen los aludidos en el legajo. ¿En dónde se había producido la balacera?, por ejemplo. ¿En el patio frente al cual estaba? ¿En las escaleras? ¿Dónde en realidad habían tenido lugar los disparos? Alguna vez, al recordar su infancia, había sentido un aleteo, el eco de recuerdos perdidos, que lo relacionaba con los disparos y la gran perturbación producida en la vida de sus familiares. Lo que le llegó fue un eco muy vago, a pesar de la significación que aquella noche tuvo en su vida. Tan importante, que no pudo concluir el año escolar y tuvo que abandonar la ciudad de México.

Mil veces, al pasar frente al edificio durante los años universitarios, cuando sus compañeros comentaban con una mezcla de entusiasmo y burla la excentricidad de aquella arquitectura, el aire espectral que gradualmente fue envolviéndola, el aspecto de ilustración de novela de Dickens que se desprendía de sus balcones, muros y torres, él se enorgullecía en descubrirles que parte de su infancia había transcurrido en ese mismo edificio. Y repetía frases extraídas del legajo de nostalgia familiar: nadie podía imaginarse al pasar frente a esa ruina la elegancia de sus interiores, la

excelente madera de sus pisos y puertas, la amplitud de los salones, la altura de los techos. El edificio, explicaba, había sido construido, igual que otro gemelo situado en las calles de Marsella, con el propósito de ofrecer un alojamiento de calidad al personal de las embajadas y legaciones extranjeras, menos costoso y más fácil de atender que una casa independiente. Los departamentos de la planta baja no podían considerarse buenos; eran oscuros y pequeños. Los del primer piso, donde vivió con sus parientes, eran, en cambio, palaciegos. El piso estaba ocupado por dos únicos departamentos, cada uno con buenos salones, amplio comedor y largos pasillos que comunicaban a un sinfín de dormitorios, estudios, cuartos de costura, etc. En los pisos superiores, las viviendas perdían espacio, aunque no categoría: sencillamente estaban hechas para familias menos numerosas. El sistema de corredores en torno a un amplio patio interior, tan poco usual en la época de su construcción, a finales del siglo XIX, cuando ya se había desatado en México una feroz especulación inmobiliaria, lo hacía diferente a cualquier otro edificio de la ciudad, contemporáneo o posterior.

Desde las ventanas interiores los inquilinos podían enterarse de la clase de visitas que recibían los vecinos. Eso, en un México como el de los años cuarenta, lleno aún de resabios provincianos, debió de tener muchos atractivos. Veía a los inquilinos extranjeros saludarse pausadamente, cambiar unas cuantas palabras en idiomas incomprensibles, despedirse con la misma prosopopeya y seguir su camino. Imagina que se visitarían sólo cuando lo hubieran convenido previamente. Nadie se inmiscuiría en los asuntos ajenos, aunque no puede saberlo con exactitud, pues en lo referente a su tía Eduviges, ésta no había hecho sino entrometerse en los asuntos de los demás. Su hermano, Arnulfo Briones, un vejete que siempre le inspiró disgusto, de voz chirriante, dientes y bigotes manchados de un amarillo sucio, y ojos inexpresivos que parecían de vidrio, lo sometió en varias ocasiones a verdaderos interrogatorios, secos, inhóspitos, carentes de afecto, sobre los niños con quienes solía jugar en el patio central y sus familias; interrogatorios a los que según vio después sometía también a su tía Eduviges, a Amparo y hasta a las sirvientas. Sí, era cuestión de hurgar en la memoria. Ya él había cumplido diez años cuando mataron al alemán.

A esa edad se recuerda todo, había dicho; pero sucedía que en su caso no era verdad. En dos o tres ocasiones estuvo en la galería de Delfina Uribe, había cambiado algunas palabras con ella, y, sin embargo, no tuvo una noción precisa de que estuviera tan ligada a la tragedia, sino hasta días atrás, al visitar la hemeroteca y consultar una serie de periódicos viejos. Conocía mejor, aunque tampoco eso significaba mucho, a Julio Escobedo. En una época lo había tratado con relativa frecuencia. En su boda, unos primos de Cecilia, su esposa, les habían regalado un óleo suyo, que llegó a convertirse en su cuadro favorito: un gato gris jugando con un trompo. Al fondo, un vaso de flores azules y moradas. Nunca, está seguro, supuso que aquella fiesta que tan mal fin había tenido hubiera sido ofrecida en su honor. Lo cierto es que sabía y a la vez no sabía nada de lo allí ocurrido. Tampoco un niño de diez años tenía por qué

saber que en el departamento de al lado se ofrecía una fiesta a un pintor que con el tiempo se volvería famoso. No había ido a la hemeroteca con el propósito de enterarse de los detalles del caso (en el expediente de Gobernación se usaba, cosa que le intriga, la palabra «asesinatos», en plural, como si el hijastro de Arnulfo Briones no hubiera sido la única víctima), sino para cotejar algunos datos sobre los que de pronto no se había sentido muy seguro al leer las últimas pruebas de Elaño¹⁴. Se quedó satisfecho. No encontró errores. Los datos sobre los que en cierto momento había tenido dudas eran los correctos, pero ya que estaba allí, se dijo, aprovecharía la oportunidad para leer la prensa de 1942. No fue difícil precisar la fecha. Cursaba el cuarto año de primaria, de modo que debía ser 1942. La época de los apagones: simulacros de ataques aéreos sobre México. La ciudad se oscurecía por entero bajo el ruido de los aviones que volaban sobre ella. La balacera debió ocurrir, creía, hacia el final del año. No le llevó más de media hora encontrar los diarios que buscaba. La fiesta, según comprobó, tuvo lugar la noche del 14 de noviembre de 1942. En la primera página de un periódico aparecía con grandes titulares la noticia: «Crimen cometido en casa de una hija de Luis Uribe», y se remitía al lector a dos secciones interiores, a la página de sociales y a la nota roja. Leyó primero la crónica social. Delfina Uribe celebraba la apertura de su galería y la exposición de Escobedo con que la había inaugurado la semana anterior. Leída treinta años después, la lista de invitados era un revelador documento de época. Esa noche había estado presente medio mundo. Pintores, escritores, políticos, cineastas, gente de teatro. Figuras legendarias, en su mayoría desaparecidas. Lo impresionó lo compacto del medio. Una ciudad pequeña donde, por lo mismo, sus individualidades sobresalían con mayor nitidez. Las relaciones familiares de Delfina y su talento personal le permitían sin demasiados esfuerzos reunir al todo México. La cronista describía con algo semejante al éxtasis la elegancia de aquel «departamento insólito que, por el modernismo de su atmósfera, hubiera sido el orgullo de lugares como Los Angeles o Nueva York, al que concluía por calificar como “¡un sueño de Hollywood!”». Citaba comentarios de algunos concurrentes sobre unas columnas de aluminio, un conjunto de máscaras prehispánicas, y el retrato de la anfitriona, hecho años atrás por el joven Escobedo. Hablaba de los platillos franceses y mexicanos de la cena; se detenía en describir los trajes de algunas de las figuras sociales más destacadas del momento, el contraste, por ejemplo, entre el opulento traje bordado de Oaxaca de Frida y la túnica drapeada al estilo griego que llevaba la Del Río. Comentaba el ambiente cosmopolita que súbitamente floreció en algunos salones de la ciudad donde «para el espíritu refinado, una reunión como la de Delfina Uribe constituía una auténtica efemérides, la entrada a un espacio privilegiado donde se podían escuchar y practicar todas las lenguas». La nota era un canto a la armonía. De haber sido cronista político, su autora hubiese hecho alusión a la consigna de unidad nacional que estaba a la orden del día. Políticos y artistas convivían en esa reunión en una paz perfecta; damas y caballeros descendientes de las antiguas familias se mezclaban y de partían sin recelo con

quienes sólo en fechas muy recientes, ¡ayer como quien dice!, habían ascendido en la escala social. Igual que los platillos servidos esa noche, los invitados nacionales y los extranjeros parecían coexistir de la manera más tersa. La cronista de sociales abandonó alborozada la reunión para caer en un nuevo deliquio ante el espectáculo celeste. La noche, aún demasiado fría para esa época del año, dejaba ver un cielo más claro que el habitual. Cada una de las estrellas que integraban la constelación de Orión entonaba loas en honor de Delfina Uribe y su nueva galería, y presagiaban felicidad a los demás presentes. ¿Acaso la comentarista se habría retirado de la fiesta antes de los disparos? Le parecía evidente que fuera así, y, sin embargo, sentía en su tono oropelesco una inflamación hecha de intento de ocultar algo terrible. En el mismo periódico, en la bronca página criminal, se comentaba la misma reunión en términos muy diferentes. La calificaban de tenebrosa. Un artero complot dispuesto por un cerebro altamente criminal. El saldo: un alemán asesinado y dos nacionales que agonizaban en el hospital. El muerto, eso lo sabía muy bien, era el hijastro de Arnulfo Briones, el hermano de su tía Eduviges, un muchacho llegado hacía poco a México. Los heridos, el propio hijo de Delfina y un tal Pedro Balmorán, cuyo nombre le sonó vagamente conocido, sin logrado ubicar. Revisó los periódicos de ese y los siguientes días. Por desgracia, no encontró en la hemeroteca revistas escandalosas de la época, las que con seguridad serían más explícitas. De cualquier modo, las secciones de los periódicos dedicadas a la nota roja eran virulenta y escandalosamente amarillistas. Delfina declaró no conocer al occiso, de nombre Erich María Pistauer, ni haberlo invitado a su casa. Durante los diez días posteriores todos los diarios aludieron a los motivos pasionales y políticos del crimen. Las notas de una u otra manera insinuaban alguna liga de Delfina con el asesinato. Un periódico la consideraba ejemplo de la corrupción revolucionaria: dinero fácil, lujo escandaloso, amores de paso, frivolidad a pasto. Se decía que la pelea había empezado en su departamento, que los hermanos Uribe habían corrido a los alborotadores y que al llegar a la calle se habían producido los disparos. Otro periodista comentaba algunos rumores circulantes: el esfuerzo de realizar desde arriba, por decreto, una artificiosa unidad nacional había resultado un fracaso. Desde un principio se habían advertido unas fisuras que terminarían por convertirse en grietas profundas. Aquel crimen se presentaba al público como fruto de una nueva escisión de la familia revolucionaria. El general Torner había amenazado pistola en mano a Julio Escobedo, un pintor. El programa unitario no dejaba de ser una ficción. Los militares, eso era evidente, hacían sentir el peso de sus armas sobre los civiles. ¿Volvían los caciques a luchar por el poder? ¿Qué era lo que a fin de cuentas se proponía el maquiavélico licenciado Uribe? ¡Que hablara! ¡Que pusiera con honradez sus cartas sobre la mesa! Un periodistillo con resabios de letrado comentaba en un periódico de la extrema derecha que no era una anomalía que la tragedia hubiese ocurrido en ese lugar. El edificio Minerva se había vuelto una nueva peligrosísima Babel, invadido por extranjeros de la peor calaña. Semitas surgidos de las cloacas más turbias de Lituania y el Mar

Negro lo habían convertido en su teatro de operaciones. Pero la policía seguía con atención sus actividades. Hizo hincapié en el hecho de que la hebrea Ida Werfel había iniciado la batalla al intentar transmitir un mensaje cifrado usando como cobertura, ¡el colmo!, frases del inmortal religioso español, autor de autos sacramentales, Tirso de Molina. ¡Debían tener cuidado la Werfel y sus secuaces! Las autoridades no eran ciegas ni sordas; en unos cuantos días se revelarían noticias asombrosas. No se publicó ninguna esquila. El nombre de Arnulfo Briones se mencionó con relativa discreción en dos o tres ocasiones. Quince días después desaparecieron las noticias, salvo una que otra muy fugaz, colada en los diarios más incontrolables, referidas a la pelea entre el general Torner y el pintor Escobedo. Siempre en un mismo tenor de irrealidad. Era evidente la intervención del padre o los hermanos de Delfina para acallar el escándalo. Quizá la importancia de varios de los asistentes a la fiesta, dos miembros del Gabinete entre ellos, contribuyera también a ese silencio.

La consternación reinó en casa de sus tíos. Mentiría si dijera que había oído los disparos esa noche. Su habitación no tenía ventanas a la calle. Por la mañana, Amparo despertó a primera hora para decirle que habían matado a Erich, el hijo de la esposa alemana de su tío Arnulfo. Se vistió con toda rapidez y se reunió con la familia en el comedor donde estaban ya desayunando. Su tía parecía haber enloquecido. Ni ella ni su tío Dionisio se habían acostado en toda la noche. En un momento, se puso de pie y con gesto imponente les hizo jurar a él y a Amparo que no saldrían del departamento en todo el día. Luego se dejó caer sobre una silla y con voz y gestos de derrota les pidió que no entraran en la habitación de Antonio a preocuparlo con las noticias, pues para un niño enfermo del hígado cualquier sobresalto podía resultar fatal. Con nadie debían hablar de lo ocurrido. Ni con los vecinos ni con las criadas. «¡No hablar! ¡Cerrar la boca! ¡Ni una sola palabra a los extraños!», gritaba. Ella, en cambio, no hacía sino enviar a las sirvientas a averiguar lo que pudieran y luego transmitir por teléfono la información recibida a quién sabe cuántos lugares. Cuando al mediodía volvió su tío, la encontró desfallecida aunque capaz de revivir de inmediato para enterarse de algún nuevo rumor proporcionado por la portera, los vecinos, las sirvientas de Delfina y las de los diplomáticos colombianos y uruguayos que vivían en un piso superior. Se encerró un rato con su marido, salió después muy alterada, diciéndole que estaba equivocado, que en su familia no se conocían hechos de sangre, que el responsable de lo ocurrido, lo venía afirmando desde la noche anterior, lo había profetizado desde mucho antes, era uno de los heridos, a quien Del Solar pudo identificar en los periódicos como Pedro Balmorán. El hecho de que hubiera resultado herido de gravedad parecía no convencerla de su inocencia. Durante el día entero trató de localizar a Delfina, pero no había vuelto del sanatorio donde operaron a su hijo. Supo que varios inspectores de policía fueron a su departamento, y que los Uribe se habían encargado de recibirlos y despacharlos. Amparo y él estuvieron largo rato en una cómoda al lado de una ventana para ver trabajar a los fotógrafos con sus cámaras. Luego también al departamento de ellos

llegaron los inspectores y su tía Eduviges gritó que no sabía nada, que estaba aterrorizada, que era una pobre madre desolada con un hijo enfermo de hepatitis precoz cuya vida peligraba a cada minuto, que eso le pasaba por vivir en aquel edificio siniestro, que lo único que podía declarar era que Pedro Balmorán, quien se decía escritor y periodista y vivía en el último piso, era un pillo de marca mayor, seguramente inmiscuido en el asesinato de Pistauer.

Al correr los días, la calma pareció volver al edificio, pero no a reinar en casa de sus tíos. Arnulfo dejó de visitarlos. Del Solar nada supo sobre el entierro de Erich. A la madre, alemana, sólo la recuerda haber visto en una ocasión, cuando su tía lo hizo acompañarla a una visita de la que volvió muy disgustada. No habían logrado entenderse porque la alemana, una mujer alta, rubia, que no sonrió una sola vez, no hablaba español ni francés, y su tía no comprendía una palabra de alemán. La visita, muy breve dada la enemistad con que fueron recibidos, consistió en una mera inspección a la cocina, en especial al refrigerador, en muchos gestos desesperados que habían querido significar que la mantequilla no era tan buena como la que ella compraba en el mercado de San Juan, que con el pescado había que tener mucho cuidado y que sólo debía comprarlo cuando conociera muy bien al pescadero, que el mejor filete de res se compraba en una carnicería de la colonia Juárez, aunque también en San Juan sabían cortarlo como era debido; y en ulteriores y amargos comentarios, ya de regreso a casa, exclusivos para él, pues Amparo se había quedado haciéndole compañía a Antonio, sobre los disparates de su hermano Arnulfo, el último consistente en liarse con aquella mujer tan antipática que acabaría por meterlo en un lío. Lo que finalmente ocurrió. La policía detuvo a las dos muchachas que trabajaban en la casa para ser interrogadas, y su tío tuvo que ir a buscarlas a la comisaría, pero ya no quisieron trabajar con ellos; volvieron, muertas de miedo, sólo a recoger sus bultos. Su tía permaneció muda, o casi, durante varios días, con los ojos llorosos. Amparo se enteró de que tendrían que mudarse de casa, que su tío Arnulfo había desaparecido junto con su mujer y ya no les pagaría la renta; que les habían ofrecido una casita de alquiler más modesto en el mismo rumbo, a unas cuantas cuadras del edificio. El médico estaba muy preocupado por la mala evolución de la enfermedad de Antonio; decía que el nerviosismo de la casa penetraba en su dormitorio y envenenaba su organismo, que a lo mejor lo internarían unos días en un sanatorio para que el cambio de casa no le afectara. Él ya no vivió la mudanza, pues, aunque le faltaban varios meses para finalizar el año escolar, sus padres decidieron que se reuniera con ellos en Córdoba, donde vivió los siguientes años, continuó sus estudios, hasta que llegó el momento de volver a México e ingresar en la Universidad.

Al examinar de nuevo el edificio sintió que los juegos en el patio, la experiencia de los apagones, las exaltadas confianzas de su tía habían formado parte de una existencia paradisíaca que el olvido apenas había velado un poco. Más falta que los juegos infantiles le habían hecho los misterios sin fin intuidos en los diálogos de su

tía Eduviges con su marido, con su hermano Arnulfo, con interlocutores desconocidos con los que se comunicaba por teléfono. La exuberancia incontenible de su tía, que de adulto le pareció siempre detestable, resultó quizá el elemento entonces más añorado. ¡Aberrante pero cierto! No advertía que Eduviges era un monstruo y que con el tiempo se volvería peor. El hecho de hablarles a él y a Amparo como a un par de personas mayores, y comentar con ellos, casi en calidad de cómplices, las mil y una peripecias de su vida diaria, a pesar de que ellos sólo pudieran comprender una mínima parte del torrente verbal, le había proporcionado a Miguel del Solar un placer que nunca más volvió a hallar en el trato con la gente. A Antonio, por supuesto, casi no lo registra en esa época, invisible como estaba en su cuarto de enfermo.

Tal vez el hecho de alimentarse en una fuente que siempre confundió las tribulaciones familiares con los desastres del país definió su vocación posterior, su empeño en seguir contra la opinión familiar, que los consideraba poco serios, demasiado imprecisos, los estudios de historia. Sí, abandonó la carrera de derecho al año de iniciarla para dedicarse de lleno a la historia.

Aquel edificio de muros gangrenados, el Minerva, no era ni la sombra del que había conocido. Le faltaba pintura, carecía de dignidad; su excentricidad se mezclaba con la miseria, categorías que juntas jamás funcionan bien. Algunas partes le recordaban más una vivienda popular colectiva que los recintos originalmente contruidos para inquilinos elegantes. Aún así, no se le podía negar su encanto. El departamento de sus tíos comprendía dos alas, que formaban una escuadra. Sin embargo, no logró precisar el sitio de su propia habitación.

En el fondo del patio, alrededor de una pequeña fuente, unas personas trataban de hacer funcionar, al parecer sin éxito, una bomba de agua. Una mujer joven, humilde, de sonrisa muy fresca, se le acercó a preguntarle si buscaba a alguien, si se le ofrecía algo, y añadió:

—Soy la portera.

Se sintió descubierto en una acción inocua. Dijo atropelladamente que al pasar por allí se había interesado en saber si estaba disponible algún departamento.

—Me parece que no —le respondió la joven—. Pero ¿quién puede saber si pronto va a desocuparse alguno? El administrador podría informarle, pero ahora no está. ¿No quisiera usted pasar más tarde?

Se despidió. No, desde luego no pensaba vivir allí. Volvió a recorrer con la mirada el interior del edificio. Una casa de brujas. Una ruina, con mucho carácter, sí, pero seguramente inhabitable. Si no estuviera por terminar el año sabático, tal vez lo pensaría. Minutos después se encaminó hacia las calles de Tabasco, donde debía entregar las planas ya recogidas de su libro.

Es historiador, eso ha quedado claro. Se llama Miguel del Solar. Ha enviudado hace poco. Desde hace unos siete años vive en Inglaterra, donde es profesor de historia latinoamericana en la Universidad de Bristol. La visita que acaba de hacer lo

ha conmovido. Siente una necesidad casi física de conocer las circunstancias y pormenores de ese crimen relacionado con el edificio Minerva. Considera que lo toca muy de cerca.

2. LA PARTE DERROTADA

HABÍA sido una prueba de paciencia localizar a su tía. Cuando la llamó, una voz de mujer preguntó quién era. Dijo su nombre. ¿Qué deseaba decirle a la señora?, quisieron saber. Insistió: era su sobrino; quería sólo saludarla. Un silencio y luego otro pregunta. ¿Qué sobrino? ¿Cómo había dicho que se llamaba? Debía esperar un momento; verían si por casualidad se encontraba aún en casa la señora Briones de Díaz Zepeda. Unos minutos después se oyó en el auricular una voz masculina. Un tono más bien bronco. Quería saber quién hablaba. Del Solar explicó, a punto de perder la paciencia, quién era, y que sólo se proponía saludar a su tía. De nuevo: que esperara por favor un poco; al parecer la señora había salido... Pasaron dos o tres minutos y volvió a contestar otra voz. En falsete. Era difícil saber si pertenecía a una niña o a una anciana. Una voz desagradable, en extremo artificiosa. Todo parecía ya una broma. Volvieron a hacerle las mismas preguntas. Estaba más que impaciente, pero decidió no colgar.

—¡Del Solar! ¡Miguel del Solar! —gritó.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué no lo habías dicho? —le respondieron—. ¿Por qué tantos misterios? —La voz era estridente, antipática, pero de alguna manera más normal—. ¿Estás en México? Hablas con Amparo. Mamá no puede venir. No puede moverse ahora. Le pusieron una inyección sedante. Tiene que quedarse en cama por lo menos una hora después de que la inyectan. Ayer la molestaron toda la noche por teléfono.

Aclaró que por su parte no había el menor misterio; había dicho desde un principio quién era, y que sólo deseaba saludarlas. Le preguntó a su prima cuándo podría hacerles una visita.

—Déjame comentarlo con mamá. ¿Preferirías venir a comer o a cenar? —y luego sin transición le preguntó si seguía viviendo fuera o había decidido quedarse en México. Si se sentía a gusto en Inglaterra, un lugar tan húmedo. A Del Solar le pareció que su prima quería ganar tiempo, desviar la conversación, convertir la cita en algo del todo impreciso, despedirse sin llegar a nada. Por eso insistió. No deseaba molestar a su tía imponiéndose una comida o cena, le dijo, lo único que se proponía era pasar a saludarlas y a tomar con ellas un café; eso era todo.

—Tengo muchas ganas de verlas —volvió a repetir.

—Raro que las tengas, después de tanto tiempo de ni siquiera llamarnos, ¿no?

Decidió ignorar la impertinencia, y continuó hablando como si entre ellos existiera la misma confianza de cuando eran niños. Era probable que se quedara todavía un año en Bristol; tal vez volvería el año próximo para instalarse definitivamente en México. En ningún lugar, de eso está convencido, podría trabajar mejor que en su país; estaba más que harto de dar clases a estudiantes que nunca acabarían de entender nada. Además, sus hijos necesitaban volver. Tenerlos sin su

madre en Inglaterra era de hecho imposible.

Y sin darle tiempo a titubeos o negativas, le dijo que pasaría a verla —usó astutamente el singular— al día siguiente por la tarde. ¿Era buena hora las seis? Amparo dijo que sí, se despidió un poco confusa y colgó.

Del Solar comentó con su madre lo extraño de aquella llamada; las distintas voces que había oído al principio, el tono reticente de Amparo. Le preguntó si entre ella y Eduviges las relaciones habían empeorado.

—Malas no creo que sean —dijo, y después de una pausa añadió—: tampoco buenas; más bien inexistentes; lo que equivale a decir que tiran a malas, ¿verdad? No me había puesto a pensar en ello. Desde que enviudó apenas nos vemos. La carrera de Antonio la tiene mareada. De vez en cuando tropezamos en casa de alguien. Una vez fui a visitarla a Coyoacán. Se ha vuelto más impertinente y arbitraria, si cabe, que antes. Cuando murió Dionisio fui la primera que se presentó en su casa. No vivían ni con mucho con la holgura que ahora, tú vas a darte cuenta. Al ver su casa, me pareció que se había acorrentado. ¿Tú crees que eso sea posible a esa edad? Perder gusto, digo... —guardó un silencio largo, luego continuó—: Antonio parecía ese día muy afectado. Sólo entonces me di cuenta de lo apegado que estaba a su padre. Siempre creí que no iba a ser gran cosa, y ya lo ves, un muchacho muy brillante. A veces pienso que Eduviges consideró la muerte de Dionisio como una victoria, para quedarse por entero con el hijo. Cualquiera otro se hubiera vuelto apocado, como le ocurrió a Dionisio desde que se casó con ella, pero con Antonio no fue así. Al contrario, el muchacho se llenó de ambiciones. Con este gobierno me parece que no acaba de entenderse, no sé si habrás visto cómo lo tratan los periódicos. Algo debió hacer mal porque le están creando demasiadas dificultades. Después del entierro no lo he vuelto a ver. Me preguntó por ti, por tus trabajos. La misma Eduviges cuando apareció tu libro parecía enorgullecerse del parentesco; fue sólo el principio, luego cambió, pues siempre ha sido egoísta. Quisiera todos los éxitos sólo para su hijo.

Al día siguiente, a las seis, como había convenido con su prima, Del Solar entró en una casa de Coyoacán de mediados del siglo XVIII. Pasó por un amplio jardín rodeado de arcos. Caminó tras la sirvienta que salió a abrirle el portón. Atravesaron un salón poco iluminado. Trató de fijar la atención en dos cuadros antes de subir la escalera. Dos paisajes franceses muy bellos, tal vez también del siglo XVIII. La sirvienta había prendido la luz. El resto era tumultuoso, incoherente y trivial. Un exceso de objetos costosos en desorden; bronces, porcelana, cristalería. Buena plata, pero demasiada. La sirvienta hizo una pausa, como si la reunión fuera a tener lugar en ese salón. A Del Solar le pareció que se trataba de una escala obligatoria para que los visitantes pudieran apreciar muebles y objetos. Subieron luego una escalera de anchas baldosas rojas, y siguieron por otro corredor hasta llegar a la pequeña sala donde lo esperaba su tía. Un lugar, en contraste con la gran confusión de la planta baja, bastante más agradable.

No era fácil abarcar la totalidad de su tía a la primera mirada. La había dejado de

ver hacía una buena docena de años. Ya entonces se había iniciado el proceso de expansión de su cuerpo, el cual, dada su estatura, llegó a adquirir formas auténticamente monumentales. Su madre se lo había comentado, pero el efecto fue mucho mayor de lo previsto. Una montaña en incesante movimiento envuelta en lana. Mantenía su manera anacrónica y enteramente personal de vestir, cosa que le gustó. La misma ropa con que la había visto de niño. Una especie de vestido de noche que le llegaba al tobillo, hecho con una franela gris, espesa, desde luego más apropiada para un abrigo masculino, con remates de viejo terciopelo negro en el pecho y en los puños, y unos hilos verticales de azabache cosidos a ambos costados. El tipo de vestuario anunciado en las revistas y periódicos de 1914, que acababa de revisar. Como si su tía se hubiera prendado en la infancia de la ropa de sus mayores y decidido mantenerse fiel a esa moda. Sus lentes, igual que treinta años atrás, se ataban al cuello con una gruesa cinta de terciopelo negro. Le sorprendió el aspecto acentuado de desorden, la falta de pulcritud de su persona: el maquillaje mal puesto, las uñas descuidadas, el pelo desmadejado, al parecer tan sucio como el de la marta que llevaba alrededor del cuello. Parecía haber dormido varias noches con ese mismo vestido, sin pasar a un tocador ni al baño.

Al ver a su sobrino saltó del asiento con ligereza inaudita. Corrió hacia él, lo abrazó y luego lo empujó sin miramientos hacia otro asiento, como si de pronto se hubiera cansado de él, o llegado a la decisión de que no tenía por qué ser tan afectuosa. Se llevó las manos a la cabeza y se alborotó aún más el pelo. Tendió las manos en expresión dramática y las dejó posar abiertas sobre la superficie de una cómoda. Tenía las uñas recortadas casi al ras, muy maltratadas y algo sucias. Se encaminó hacia el sofá donde había estado apoltronada cuando él llegó, y estuvo a punto de desplomarse en él cuando a último momento cambió de opinión. Casi a punto de caer irguió el cuerpo en una pirueta que le recordó la de los delfines en alta mar. Volvió hacia él, lo tomó en las manos, lo hizo levantarse, y lo llevó al fondo de la habitación, donde al fin le permitió sentarse en un diván con alto respaldo. Luego se desplomó con pesadez a su lado, precisamente junto al respaldo. Del Solar no había pronunciado ni siquiera las palabras más elementales de saludo cuando ella volvió a levantarse. Tropezó con las rodillas de su sobrino, con una cesta repleta de periódicos y revistas, con una mesa donde apoyó las manos y pudo al fin restablecer el equilibrio. Allí tocó un timbre eléctrico.

—Pediré que nos traigan algo. No sé qué se te antoje, yo voy a tomar un té de menta porque el café me pone muy nerviosa. Me está viendo el doctor Murillo. No me permite tomar más de dos tazas al día, una en el desayuno y otra después del almuerzo. Tal vez tú prefieras un whisky. —Esperó en la puerta a la sirvienta, y cuando llegó le pidió contra todo lo que había dicho, una jarra de café y dos tazas—. Luego te ofreceré otra cosa. El café tendrá lo suyo; Murillo lo sabe mejor que nadie, pero lo cierto es que para este frío no hay bebida mejor.

Del Solar empleó con su tía, a fin de sosegarla, ese recurso que por lo general

siempre le daba buenos resultados: comenzó por decirle que la veía muy bien, que el tiempo no había pasado por ella; desde la época en que vivían en el edificio Minerva no la encontraba tan en buena forma.

—¿Tú crees? —le preguntó con cierto recelo—. Me parece que he engordado un poco. He descuidado en estos años un poco la línea. ¿No me encuentras más gorda?

—Me parece que es el vestido. Llevas hoy una lana muy gruesa.

—No, no, no —repitió ella de modo categórico—. En los últimos tiempos he subido algunos kilos. Y no he andado nada bien de salud. Me encuentras hecha un asco, la vesícula mal, la presión y el colesterol muy altos. Sobre todo los nervios. ¡Me he sentido tan mal! ¿Te enteraste que han comenzado a inventarle a Antonio una cantidad de falsedades? No es posible que me reponga mientras esta situación no se aclare. Hay gente que se empeña en perjudicarlo; quieren hacerlo caer en una trampa. El licenciado Armendáriz le recomendó irse del país. Pasar fuera una temporada, un año digamos, en el extranjero. Irse, por ejemplo, a España. En caso de que deba salir, y ojalá no haya de llegar a esos extremos, creo que no me quedará más remedio que irme con él, por lo menos un tiempo. A él le gusta Madrid, pero en este caso tal vez lo mejor sea refugiarse en un lugar menos visible, Málaga, o, ¿por qué no?, Torremolinos. No resisto el veneno de sus detractores, menos aún el de sus falsos amigos. No sabes cómo me martirizan por teléfono. Me hiere el rastacuerismo de toda esa gente a quien mi hijo colmó de favores. Si me encuentran, simulan no verme, o de plano me reciben con mofas. He acabado por no salir de casa. Hiciste muy bien en irte, en zafarte de la barbarie. Acabarán con nosotros, vas a verlo. Hace mucho que se lo propusieron y lo han ido logrando. Nos la tienen jurada, así como lo estás oyendo, Miguel. —Su tía emitía aquellos lamentos con velocidad prodigiosa, y abundante variedad de gestos y movimientos. El rostro se le había vuelto de plastilina. Movía con exageración los labios y al final de cada frase las comisuras le caían tanto que por momentos parecía un viejo bulldog. Las macizas mejillas se contraían y dilataban igual que sus fosas nasales. Los ojos por momentos no eran sino rendijas perdidas en aquellas carnes abundantes y en otros se desorbitaban como si fueran globos—. En nuestra familia, tú mejor que nadie lo sabes, para algo eres historiador, no ha habido quien se haya manchado con dinero ajeno. ¡Nadie! ¡Soy capaz de pararme frente a Palacio Nacional y gritarlo a pleno pulmón! ¡Nadie! ¡Eso es lo malo! Una lección de dignidad que no nos perdonan. El de abajo es quien roba y lo primero que hace es culpar al superior. Seis años después te encuentras a esos mecos disfrazados de caballeros. Hemos sido siempre señores. Ustedes, no te ofendas, ustedes no tanto como los Briones, pero honrados a carta cabal, ni quien lo dude. Mi marido acabó de pagar la casa en la colonia del Valle sólo un año antes de morir. —Hizo una pausa; volvió a tocar el timbre, esperó a que subieran el café y luego prosiguió—: Con Antonio, te lo juro, no van a hacer lo que con mi hermano. No voy a permitir que lo toquen. Tengo mucho que decir. ¡Si me decidiera a hablar! —Se convirtió de pronto en el fantasma de la justicia, una diosa poderosa del castigo,

la reina de espadas, Turandot la despiadada. Pero el efecto duró sólo un instante; de golpe se derrumbó. Comenzó a revolcarse sobre el diván: una masa indefensa, gelatinosa, amedrentada—. Estoy muy asustada —jadeó con voz débil—. Hacía tiempo que no sentía tanto miedo. —Sorbió en dos tragos su taza de café y se sirvió otra, embadurnó una tostada con mermelada de naranja que devoró con la misma ferocidad con que bebió el café. Pareció olvidar que había otra persona en la habitación y comenzó a hojear unas revistas. Del Solar carraspeó. Al fin ella volvió a advertir la presencia de su sobrino. Lo miró con ojos de perplejidad, con la boca entreabierta y le dijo—: Te agradezco que hayas venido a hacerme compañía en estos momentos. ¿Has sabido algo nuevo? ¿Viniste a decirme algo?

—No, ni siquiera me imaginaba que la situación fuera tan grave. —Dijo que su madre tenía la idea de que Antonio se había echado algunos enemigos que trataban de desplazarlo; pensaba que la situación era una mera rotación sexenal para dejar afuera políticamente a algunos funcionarios y cubrir con otras personas los espacios liberados.

—Tu madre nunca ha entendido, perdona que sea yo quien te lo diga, de la misa la media. —Y volvió a sus lamentos. Su hijo había levantado unas empresas del gobierno que había encontrado en plena quiebra, y al salir las dejó florecientes, dijeran lo que dijeran. No hacía concesiones, eso era todo. Su único crimen consistía en pertenecer a una familia a la que desde hacía mucho tiempo se obstinaban en desprestigiar, en eliminar...

Si la dejaba hablar se pasaría la tarde repitiendo la misma cantilena, sin poder llegar a tratarle el punto que le interesaba. Era el momento de incidir en la conversación. Le preguntó si a su juicio se habían encarnizado más con su familia, en esos días o en la época en que vivían en el edificio Minerva.

—¿Cómo que si entonces o ahora? —gritó con el rostro estupefacto—. ¿No te estoy diciendo que siempre? ¡Parece mentira que seas tú quien lo pregunte! ¡Tú, el historiador! Nos han perseguido desde que comenzó este siglo, tal vez desde antes, desde que el doctor Mora, a quien con tanto ardor defiendes, organizó en este país la masonería. Conocí en persona, antes y después de casarme, las verdaderas necesidades. Y he vivido casi siempre en el terror. Mi marido, igual que tú, nunca llegó a enterarse de nada, ni siquiera le interesaba hacerlo.

—Pero a mí sí me interesa. Aún de chico, cuando viví con ustedes en la colonia Roma, me daba cuenta de que a nuestro alrededor pasaban cosas muy raras. ¿Recuerdas la balacera que tuvo lugar en el edificio? Mataron a un muchacho alemán, si no me equivoco.

Eduviges Briones entrecerró los ojos; dos ranuras se fijaron en él con absoluta malevolencia. Parecía no decidirse a hablar. Al fin, dijo con despecho y mal humor:

—Era austríaco, no alemán, se apellidaba Pistauer. Erich María Pistauer era su nombre completo. Todo el mundo dice siempre el muchacho alemán y la mujer austríaca, y era todo lo contrario. Adele era alemana, y Erich y su padre austríacos.

Vivían en Berlín. Allá, para su desgracia, conoció mi hermano a esa mujer tan detestable.

—Me parece volver a vivir aquellos días —dijo Del Solar, sin hacer demasiado caso a la aclaración sobre nacionalidades en que su tía seguía embarcada—. ¿Has vuelto al Minerva?

—¡Jamás! —Gritó con tal violencia, e hizo tan profundo gesto de asco, que él consideró fuera de toda relación esos extremos con la anodino de la pregunta—. ¿Cómo iba a volverme a parar allí? ¿Para qué, me quieres decir? ¿Para que a mí también me dieran un balazo? ¿Para que me arrojaran un automóvil encima? Cuando Antonio tuvo poder, no me cansé de pedírselo, debió haber ordenado una limpieza en varios sitios, ése en especial. Sacar del país, por los medios que fuera, al degenerado del cuarto piso responsable de cuanto mal nos ha ocurrido. Uno de los culpables, porque tras él debe de haber gente poderosa. Alguien lo mueve, eso no me lo quitarán de la cabeza. Si fuera yo hombre, desde hace tiempo habría acabado con el tal Balmorán, te lo aseguro. No le habría dejado hueso sano. Ha sido el promotor de nuestra ruina. Se lo dije a Arnulfo, pero no me hizo caso y acabó asesinado.

—¿El muchacho alemán? Era su hijastro, ¿verdad? —preguntó Del Solar, sin comprenderla.

—¡El muchacho austríaco! —gritó—. ¡Erich María Pistauer era austríaco! Sí, me refiero a él, pero también a Arnulfo, mi hermano. ¿Vas a decirme que no estás enterado de su muerte? Lo mataron. No quisieron seguir investigando. Mi marido pasó bastante tiempo sin trabajo. Nos mantuvimos con sus traducciones. Fueron años atroces. Ni siquiera sé cómo logré sacar adelante a Antonio. Y treinta años después la historia vuelve a repetirse. También ahora apareció la mano de Balmorán.

—¿Balmorán? ¿Alguien a quien también hirieron en el Minerva?

—Déjame decirte sólo una cosa. Un día de la semana pasada abrí el periódico. Había un artículo infame donde calumniaban a tu primo, sí, a Antonio, y en la misma página, al lado de esa sarta de infamias, una entrevista donde Balmorán hablaba de la corrupción pública. Declaraba que por primera vez en muchos años concedía una entrevista a la prensa. ¿Tú crees en esas casualidades? ¡A otro perro...! Se le olvida que vengo de regreso. Sé demasiado de él, sé cómo se las gasta. Desde hace tiempo me persigue. A mí y a los míos. ¿Al servicio de quién está? Eso es lo que no he logrado saber. Sospechas, claro, y muchas, las tengo. Él no nació para cabeza, nunca ha tenido arrestos. Es demasiado poca cosa. Obedece órdenes; pero el caso es que pone todo el ahínco del mundo en cumplirlas, es decir, en vituperarnos, en destruirnos. Hace muchos años fue a visitarme, todavía vivíamos en el Minerva. Quería saber si era cierto que estaba emparentada con Gonzalo de la Caña. Y la verdad es que sí. Era mi tío abuelo. Me dijo que estaba haciendo un estudio y le interesaba ampliar su información sobre aquel poeta maldito. Mira, Miguel, ni siquiera sé por qué te cuento esto. Prometí un día no decírselo a nadie. Sé que no vas a divulgar lo que hablemos; por favor, te lo pido, no me pierdas... Gonzalo de la

Caña fue un perdulario que publicó cuentos y poemas en revistas de Guadalajara y de aquí. Me parece que nunca aparecieron en libro, pero no estoy segura. Tablada admiraba sus cuentos. Pero para la familia fue sólo una cruz. Era el hermano menor de mi abuela. Fuimos una familia culta. Has de saber que la biblioteca de mi padre no tenía igual en México. En varias ocasiones vi a Gamboa consultándola; también a Nervo, y a muchos más. La gente nunca se pone a pensar en esas cosas. Entre los nuestros siempre ha abundado el talento. No sé si has hablado en los últimos tiempos con Deryn; él te puede decir cosas muy interesantes. —Hubo que volver a conducirla al tema, a la visita de Balmorán—. Ah, sí. Te contaba que un día me llegó a ver un muchacho con cara larga, de vicioso. Tenía todos los defectos que aborrezco en una persona, voz chillona, manos sudadas, ningún gusto para vestir. ¡Un auténtico roto! Para que te des una idea, llevaba puestos unos calcetines color mostaza... Podré olvidar todo menos eso. ¡Un rotundo don nadie! ¡Pero hubieras visto las ínfulas que se daba! Se presentó como periodista y estudiante de literatura. Desde el primer momento algo me advirtió que aquel mentecato me iba a acarrear una desgracia; esas cosas se intuyen. No quería invitarlo a pasar. Pero se metió a la sala y se sentó. Me dijo que escribía una tesis sobre autores desconocidos y que le había seguido el rastro a Gonzalo de la Caña. Se había enterado de que era pariente mío. ¿Cómo? ¡Aún no acierto a explicármelo! Me dijo que le parecía el colmo de la buena suerte poder hablar conmigo. Sentí helárseme la sangre. Desde niña me habían prohibido pronunciar el nombre de mi tío. Vivió no sé cuántos años, toda su vida adulta, encerrado en una covacha en la parte trasera de casa de mis abuelos. Había mucha diferencia de edades entre él y sus hermanos. Eran trece; Gonzalo, el menor. Yo llegué a verlo algunas veces al final de su vida. Un espectáculo horrible, de muchacho lo habían llevado a Europa, y en París una enfermedad lo fue volviendo idiota. Cuando lo trajeron a México tenía sólo veintidós años. En aquella época no se trataban estos temas delante de una soltera. Hoy puedo imaginarme de qué enfermedad se trataba. Se nos prohibía mencionar hasta su existencia. Fue la pesadilla de la casa. Una verdadera cruz para todos. Las criadas nos contaban cosas horribles. A vez se desnudaba delante de ellas y les mostraba entre risotadas sus partes pudendas. Era el diablo. Con decirte que la comida se la tenía que llevar el jardinero. Al final, por fortuna, se le pasaron las rachas violentas. Vivió los últimos años como un fardo, sin hablar, sin moverse, hinchándose sin cesar. Le dije a Balmorán que no sabía de qué me hablaba. Aquel poeta no era familiar mío; en la vida había oído su nombre. Y aquel mamarracho se atrevió a decirme que con toda seguridad mi familia me había ocultado el hecho como a todo el mundo, y que habían alterado las fechas de su muerte y entierro. Dijo que acababan de encontrarse las cartas de otro poeta, amigo de De la Caña, en una de las cuales acusaba a mi abuelo de haber secuestrado al escritor enfermo. El poeta escribía que temía hasta por su vida. Balmorán me dijo, creo que para incitarme a hablar, que tal vez lo habían castigado por escribir un cuento muy decadente, muy perverso, el último que había

publicado, donde describía con lascivia un cuerpo y declaraba que era el de una de sus hermanas. ¡Te podrás imaginar, Miguel, todo lo que sufrieron en casa con aquél bárbaro! Me propuse no mostrar nerviosismo ni miedo. Logré contenerme durante toda la entrevista y hasta pude despedirme de él con naturalidad. Creí convencerlo de que no sabía nada porque no había nada que saber, que estaba siguiendo una pista equivocada. Ya en la puerta me espetó que nos veríamos a menudo porque también él vivía en los apartamentos Minerva. ¿Te das cuenta? ¿Con qué medios? No logré averiguarlo. En ese momento pensé que viviría en la azotea, que alguien le estaría rentando un cuarto de servicio, práctica a la que nos oponíamos tu tío Dionisio y yo. Habíamos protestado con los propietarios, pues percibíamos que en nuestro mundo comenzaba a infiltrarse la gentuza. Pensábamos que se podían colar elementos perniciosos, delincuentes. Nunca nos hubiésemos podido imaginar que el enemigo había penetrado ya, que vivía entre nosotros. Por las criadas supe que Balmorán vivía mejor de lo que me imaginaba; se había instalado en un departamento del último piso, un estudio; sólo dos cuartos, sí, pero con cocina y baño. Ya no lo perdí de vista. Un día le pregunté a Delfina Uribe, la hija del revolucionario, si conocía a Balmorán. No te has de acordar de ella, vivía al lado de nosotros, mientras le terminaban de construir su casa en San Angel. Me dijo que sí, que lo conocía bien, que eran amigos, y que estaba escribiendo un libro muy entretenido sobre un castrado. Nunca pregunté ni nadie me habló de la enfermedad que padecía mi tío, sólo sabía que había enloquecido, y de repente se me ocurrió que aquel hombre se proponía incriminar a mi familia, mostrar un secreto mantenido oculto con todo cuidado, y quizás hasta acusar a mi abuelo de haber castrado al demente, para que no anduviera mostrándole sus órganos a las muchachas. Por lo que me contaron mis primas y las sirvientas, cuando lo llevaron a la casa y lo encerraron no tenía nada de castrado, todo lo contrario, no podían ni acercársele. Me pareció muy mal que Delfina auspiciara esas conversaciones y que las repitiera. Se lo dije, y nuestra amistad se resintió para siempre. Advertía yo que se comenzaba a tejer una trama para perjudicar a mi hermano. No sabía cuál, ni en qué consistía, sólo que había gente que lo detestaba, Delfina y sus familiares entre otros.

Pareció quedar tan extenuada al llegar a ese punto, que no podía pronunciar una palabra más. Incluyó hacia adelante su magno cuerpo, reclinó la cabeza, aspiró aire por la boca, y luego se echó de golpe hacia atrás, hasta topar con el respaldo del diván; resopló dos o tres veces profundamente, se llevó las manos a la cabeza y se desordenó más el pelo.

—¿Por qué lo odiaban?

—Otro día te lo explicaré. La personalidad de Arnulfo no era fácil. En más de una ocasión me armé de valor y me atreví a hablar con él. Era un hombre demasiado intransigente. Ya en ese tiempo no se usaba que los hombres siguieran siendo así, pero él estaba muy chapado a la antigua; más que mis padres, por ejemplo, y hasta que mis abuelos. Por eso me extrañó tanto que se hubiera casado con la alemana. Me

armé de valor, ¿qué quieres? En casa nos habían enseñado que ciertos temas no puede uno tratarlos nunca, menos entre hermanos. Pero yo me atreví a hacerlo, sabiendo que era por su bien. ¡Si me hubiera hecho caso entonces! Si se hubiera protegido a tiempo, quizás ahora estaría aquí, hablando con nosotros. Le dije que un tipo que vivía en el edificio me había hecho una visita muy sospechosa, pues quería saber ciertas cosas íntimas de nuestra familia. Le conté su versión sobre Gonzalo de la Caña, nuestro tío, que me había puesto la carne de gallina. Exageré un poco el tono para obligarlo a actuar, pero ni así lo logré del todo. Le dije que Balmorán, como se llamaba aquel fulano, había comenzado a hacer indagaciones entre los vecinos para saber todo lo que podía sobre nosotros. Sabía yo qué lado iba a dolerle, de modo que añadí que Delfina, la hija del licenciado Uribe, me había contado que Balmorán estaba enterado de que un familiar nuestro no era del todo normal, que no estaba del todo completo, y que presumía tener papeles con que probarlo. La verdad, he sido, te lo juro, de una inocencia que nadie podría concebir, y no sabía sino por aproximaciones de qué estaba hablando. Me di cuenta de que después de mencionar a Delfina Uribe me oyó con mayor interés aunque intentara disimularlo. Al fin dejó de leer el periódico y me preguntó quiénes visitaban a Delfina, y algunos datos sobre su amistad con Balmorán. Pocos días después, un hombre de sus confianzas al que yo no podía ni ver ser presentó en el departamento a una hora en que Arnulfo no acostumbraba estar, lo que me pareció muy raro. Es más, era la primera vez que aquello ocurría desde que Arnulfo había llegado de Alemania. Hice pasar a Martínez, que así se llamaba aquel tipajo, al despacho de Arnulfo, y no bien lo había hecho cuando recordé las órdenes de mi hermano de no dejar entrar a nadie, a nadie en absoluto, ni siquiera a su mujer si me lo pedía. Entré a decirle que pasara mejor a la sala a tomar un café conmigo. Me pareció que eso era lo que quería. Tenía una labia muy envolvente. Dije que sí, que por desgracia todo era distinto. Tenía un modito de presionarlo a una, que una comenzaba a hablar sin darse cuenta, aunque yo estoy segura de que no dije nada que pudiera comprometer a nadie. No era un secreto que a mí me disgustaba el medio en que estaba viviendo. Lo único que hice fue decirle lo que pensaba, es decir, que me sentía mal en este ambiente. Le describí a todos y cada uno de los inquilinos hasta llegar a Balmorán. Allí sí me di lujo, claro que sí. Le repetí lo mismo que a mi hermano. Le conté lo que sabía de mi tío, el poeta. Se interesó mucho, demasiado. Pero yo pensé que como mi hermano se ponía nervioso al hablar conmigo de ciertos temas, me había enviado al susodicho Martínez para que me explayara con mayor amplitud, como si me fuera a resultar menos difícil hablar de aquellos asuntos con un desconocido que con él. Y en eso no se equivocaba. Arnulfo era un enfermo, un pusilánime. Por eso las relaciones con sus mujeres aún ahora me siguen resultando incomprensibles. Bueno, sigo. Pensé que después los dos comentarían el asunto a solas sin que tuviera yo que volver a tocar ningún detalle osado delante de mi hermano. Pero cuando legó Arnulfo, le dije que había estado allí su pistolero, pues me costaba trabajo decirle su consejero, y de ninguna manera podía

pensar que fuera su socio, como algunas veces lo insinuaba el propio Martínez. No podía ser su socio. Mi hermano no podía tolerar que una persona tan mediocre estuviera ligada en negocios con él. Martínez era un pelado venido a más. Ahora que si pienso en algunas rarezas de Arnulfo, ya no me extrañaría. En fin, vi a mi hermano tan disgustado que no me atreví a repetirle mi conversación. Ya sin eso vivía acusándome de imprudencia. Los hombres no tienen idea de nada. Me acusaba de ser imprudente, pero aquí me tienes, enferma pero viva, y él, en cambio, ¿adónde está? ¡Tres metros bajo tierra! A mi hijo le han llenado la cabeza con esa misma cantaleta, mi imprudencia, mi desbocamiento, mi falta de tacto, párale de contar. Si me hubiera oído, si hubiera puesto en orden a cierta gente no estaría hoy en el predicamento en que se encuentra. Soy una mujer sincera, que es distinto, que ha sabido, además, ver más lejos que ellos. No quiero hablar ya de eso. ¿No te parece anormal que no regrese Amparo? —preguntó de repente, dispuesta por lo visto a cambiar de tema—. Tenía que reunirse con Gilda, mi nuera, en el despacho de Armendáriz. Sabe que tiene mi vida en un hilo y disfruta haciéndome esperar. Siempre ha sido así, desde niña, tú te has de acordar. Lo hace a propósito para angustiarme. Todas las satisfacciones que en la vida me ha proporcionado Antonio me las devuelve ella con disgustos. Hoy estaba entusiasmada con la idea de verte. Fue al salón de belleza esta mañana, ¡como si fuera a servirle de algo! A veces me parece que su defecto se vuelve más notorio con los años. Si tanto quería verte, se habría dado prisa, ¿no te parece? Estaba ilusionadísima. Pero después de la comida mi nuera mandó a recogerla. Hace más de dos horas que debía haber vuelto. Podía al menos telefonear para avisar que iba a llegar con retraso, digo yo. ¡Dios mío, me muero por saber si pudieron firmar esos papeles!

Del Solar vio la hora en su reloj. ¡Tenía que retirarse! Estaba invitado a una cena. Comenzó a despedirse, pero ella no parecía dispuesta a dejarlo partir. Volvió a hacer votos de honradez. Eran honrados por familia. Su familia no pudo llevarla a Europa por lo apretados que vivían. Esa casa parecía muy ostentosa, pero no lo era. Antonio la había comprado por una bicoca. Había ganado muy buenos sueldos y había sabido invertir bien su dinero. Ella, además, se había preocupado en casarlo bien. Gilda era hija de un hombre de gran fortuna; una cabecita hueca, la pobre, pero eso era otra historia. Ni un centavo se le había pegado a su hijo. Eso estaba a la vista, a menos que alguien le quisiera buscar seis pies al gato. Sólo faltaba que Gilda no estuviera de acuerdo en que algunos bienes pasaran a manos de Amparo, nominalmente, se entiende. Sería una medida temporal para protegerse. ¡Para proteger a Antonio! Esa muchacha descendía de una familia de imbéciles. Era capaz de pensar que, en esos momentos, ellas querían quedarse con propiedades que, después de todo, en cierta forma les pertenecían. Los intereses de Antonio estarían mejor custodiados en manos de ellas que en las de la tal Gildita.

Y ya con el abrigo puesto, mientras la otra se ahogaba en sus arrebatos, él le preguntó con la mayor sangre fría:

—¿Por qué mataron al muchacho alemán en casa de Delfina Uribe?

—¿A Erich? ¿A Erich María Pistauer? —respondió desconcertada—. ¿Por qué tendría yo que saberlo? —y luego añadió con furia, tal vez por haber sido distraída de su preocupación fundamental—: Ya te he dicho que no era alemán, sino austríaco. La alemana era su madre, Adele. Además no lo mataron en casa de Delfina, sino a la entrada del edificio.

Sonó el teléfono. Eduviges le gritó algo a la sirvienta desde la puerta; desconectó el auricular, y se puso a oír con concentración sin emitir palabra. Colgó con furia. Del Solar había vuelto a sentarse. No la dejó explicar quién había llamado.

—Estuve leyendo varios periódicos de la época —dijo—. Decían que había sido en una fiesta de Delfina Uribe.

Eduviges hizo una pausa como para ordenar sus ideas. No se sentó, dio unos pasos que hacían aún más absurda su inmensidad, su vestuario inverosímil, su marta al cuello, sus joyas. Al fin abrió la boca, aspiró aire a bocanadas, y dijo:

—Sí, Erich estuvo en la fiesta. Delfina quiso incriminarme y declaró que con toda seguridad yo lo había llevado a su casa. ¿Te imaginas algo más absurdo? ¿Qué interés podía yo tener en llevar al hijastro de mi hermano a esa guarida de lobos? Más claro ni el agua: Delfina se había propuesto seducirlo. Su pasión eran los jóvenes. Había tenido un amante más joven que su propio hijo; ella misma me lo contó. A Erich lo mataron al salir del edificio. Delfina se quiso lavar las manos. Declaró no entender qué hacía allí el muchacho. Por supuesto que nadie le creyó una palabra. Aquello no había tenido más propósito que mortificar a tu tío. Era una llamada de atención, lo estaban acorralando. Las corrientes en que nos movíamos eran muy turbias, pero algo saqué en claro: Delfina estaba en combinación con mucha gente, con Balmorán, con el general Torner. Ya te digo que ella fue quien me habló por primera vez de la historia del castrado. Estaban en combinación. El padre de Delfina, no hay que olvidarlo, era uno de los hombres más poderosos de México. Entre todos habían tejido una red muy tupida para atrapar a mi hermano. Y él, pobre tonto, que se creía tan experimentado, cayó. Primero le mataron al hijastro. No debía de tener más de veinte años. Cayó fulminado. Cubrieron todo con una cortina de humo. Nunca apareció el culpable. Cuando me encuentro con Delfina apenas la saludo. Nada me extrañaría que también ahora estuviera ella detrás de Balmorán. Qué casualidad, vuelvo a repetirse, que en un periódico aparezca un artículo contra tu primo y al lado una entrevista con ese miserable, hablando de funcionarios corruptos. Sólo faltaba una foto de Delfina para completar el cuadro. El general Torner murió hace poco. Esa noche en casa de Delfina tuvo una actuación muy rara. Quería matar al pintor Escobedo.

—¿Ella vive todavía?

—¿Quién, Delfina? Claro que vive. Está hecha una bruja, pero millonaria. Por supuesto nadie la persigue ni la investiga. ¡Así anda la justicia en este bendito país!

Sonó el teléfono. Eduviges volvió a actuar de la misma manera: a oír mientras,

abajo, la sirvienta o el chófer respondía. De pronto se le iluminó la cara, gritó que sí, que por supuesto era ella, que por favor le permitieran dos minutos para despedirse de su sobrino. Y entonces llamó a la sirvienta, a él lo abrazó efusivamente y lo hizo salir a toda prisa. Cuando estaba ya casi en la parte inferior de las escaleras, volvió a oír su voz. Había reanudado con gran brío su conversación telefónica.

3. ANFITRIONA PERFECTA

VISITAR la galería de Delfina Uribe es un acto que todo mexicano parecido a Miguel del Solar ha realizado a través de los años de manera regular. Equivale a asistir a un concierto en Bellas Artes, por ejemplo, a las muestras retrospectivas del Museo de Arte Moderno, a la anual reseña cinematográfica; es decir, forma parte del circuito por donde necesariamente fluye ese sector de la población interesado en las artes o en lo que las rodea. Con Cecilia, realizó ese ritual regular en los años anteriores a su viaje a Inglaterra. Conoce a Delfina, la ha saludado alguna vez en sus dominios y ha cambiado con ella una que otra fase casual sobre los méritos de una exposición, las virtudes o carencias de tal o cual pintor. Si lo pensara bien tendría que confesar que, en verdad, nunca ha sostenido una conversación con ella.

Desde su juventud, por diversas circunstancias, Delfina ha sido una figura pública. Su galería se convirtió en un punto de referencia necesario para trazar la historia reciente de la pintura nacional. Gozaba fama de inteligente, de cultivada, de generosa. Tenía, además, el número requerido de detractores, quienes, sin suponerlo, contribuían a consolidar su prestigio. Pintores que sentían no haber sido tratados con justicia; cuya obra, debido a negligencias de su parte, no era reconocida ni situada en la escala debida. A unos les molestaba sus veleidades sociales, sus cualidades de anfitriona; hasta su actitud, que los hechos nunca corroboraban del todo, de mecenas.

Cuando Del Solar visitó su casa, no le sorprendió ni la disposición de los espacios ni su contenido. De alguna manera se la había imaginado así. Galería y casa se incorporaban mutuamente y continuaban un estilo personal, el de la ascética y rigurosa figura física de Delfina. Tal vez había esperado encontrar más cuadros colgados, un mayor abigarramiento de color en las paredes. Era la única y mínima discrepancia entre lo imaginado y lo visible.

—La señora llegará dentro de unos minutos —le informó una sirvienta, al mismo tiempo que le ofrecía un café.

Mientras aparecía Delfina, Del Solar se dedicó a examinar la planta baja de su casa; dos grandes cubos luminosos, el primero una sala, y el otro comedor, abiertos a otros espacios menos amplios. Un orden severo y estricto, pero no necesariamente frío. El reparo más serio que pudiera hacerse a esta casa, pensó, provenía de su aire levemente escenográfico, como el de casi todos los lugares que se viven poco. Algunos techos estaban pintados de un solferino muy pálido, dos de las paredes de color rojo Siena. Lo demás era todo de blancura radiante, morisca. Había un par de muros de cristal, uno en el comedor, otro en una pequeña salita; ambos daban a un jardín casi tropical. Los muebles, de línea muy escueta, poseían una comodidad inadvertida a simple vista. Delfina le explicó más tarde que el diseño era de Alvar Aalto, y le contó que en México se había creado en los años cuarenta una fábrica que realizaba la obra de los diseñadores más novedosos de la época. Había invertido

algún dinero, pero la empresa no prosperó. Eran muebles muy caros y de ningún modo daban la idea de opulencia que la clientela de momento requería. Del Solar se paseó largo rato frente a los cuadros. De la pared pendía un gran Tamayo: una figura humana, compuesta por discos sobrepuestos de un rojo relampagueante, asomada a una ventana de anchos marcos de un gris casi ontológico. En las demás paredes, muy separados unos de otros, pudo ver los demás cuadros: un auroretrato de juventud de Frida Kahlo; una naturaleza muerta de Lazo; un Julio Escobedo firmado el año 1937: unas ramas de nísperos transportadas por dos ángeles barrocos que parecían enmarañarse en ellas. En una de las salas pequeñas, un trémulo dibujo de Matisse, frente a una calavera color cera de Soriano. Todo en la casa, la arquitectura, los muebles y su disposición, los cuadros, constituía un muestrario de excelencias de finales de los años treinta y comienzos de los cuarenta. La casa de Delfina se obstinaba en detener el tiempo en los momentos en que inauguró su galería, cuando él, a los diez años, la veía pasar a toda prisa enfundada en unos vestidos de organdí blanco con lunares azules, calzarse unos guantes seguramente azules y subir a un coche blanco que, a veces, ella misma manejaba. Al final de la gran sala, sobre una angosta mesa negra de patas espigadas, le rugía al mundo, magnífica y feroz, una enorme cabeza de madera y clavos metálicos; a pesar de sus dimensiones y agresividad no lograba dominar más que un reducido espacio circundante. En la pared de enfrente, sobre una gruesa viga, seis o siete figurillas totonacas se reían con sorna de la cabeza africana. Delfina le había hecho la promesa de contarle ese día todo lo que recordaba sobre la tragedia con que concluyó su fiesta del edificio Minerva.

Le habían advertido que resultaba difícil hablar con ella. Mejor dicho, difícil lograr hacerla hablar de algo que no fuera pintura. Y para ella, murmuraron sus informantes, la pintura se constrenía a una disertación sobre el negocio de cuadros, las cotizaciones últimas, las altas y bajas en los precios de Tamayo, de Gerzso, de los muralistas, a contar anécdotas sobre el trato con los pintores de su galería. Pero todo había ocurrido de manera distinta, podía decirse sorprendente. Después de una primera y desabrida conversación era casi imposible suponer que la esperaría poco después en su propia casa para comer con ella y oír de sus labios los auténticos pormenores no revelados por las crónicas periodísticas del asesinato de Erich María Pistauer. Sin embargo, así era.

Había desechado el uso de cualquiera de las personalidades eminentes que giraban en torno de ella y de su galería para arreglar un primer encuentro; suponía que, en ese caso, todo se entiesaría desde el principio, que se volvería imposible hasta hablar con naturalidad de los documentos en que se mencionaban los crímenes del Minerva (o unos crímenes, mejor dicho, que, él suponía, habían ocurrido en el Minerva). Recurrió, en cambio, a una sobrina de Delfina, María Elena Uribe, a quien había conocido de modo superficial en la Facultad. Le pidió acompañarlo a visitarla, y en el término de dos semanas había hablado con ella en dos ocasiones, y para esa

tercera, la de la invitación a comer, había sorprendentemente accedido a auxiliarlo en sus pesquisas.

La primera vez lo citó a media mañana en la galería. Del Solar le llevó su libro sobre el doctor Mora, fastidiado de que tardara tanto en aparecer el nuevo, el referente a 1914, donde en varias ocasiones se detenía a comentar las ideas y la gestión política de Luis Uribe, el padre de Delfina.

Casi no había cambiado durante los años en que Del Solar vivió fuera de México. La encontró un poco más delgada; eso era todo, Más pequeña, más reconcentrada en sí misma, terminó por precisar. El mismo modo de vestir, al margen de las modas, por lo que en un momento sintió la tentación de compararla con su tía Eduvigis, aunque rectificó de inmediato, pues el estilo de Delfina carecía de cualquier toque de excentricidad y de voluntario anacronismo. Delfina no imitaba estilos. Los vestidos de su tía en cambio pretendían expresar la plenitud de posibilidades físicas de su madre, de sus tías, las Briones, las Calcaño, las Landa de Calcado, las Landa y Zerón, que la muchacha empobrecida, por temor a aventurarse en terrenos desconocidos ya que su carencia de recursos la llevara a cometer equivocaciones garrafales, adoptó con entera naturalidad y para toda la vida como suyos. Del Solar hurgó en sus impresiones de infancia. Delfina le pareció igual entonces que en las distintas visitas que a lo largo de los años había hecho a su galería. Desprendía una sensación de asepsia, de soltura, de calidad. Cuando era niño le parecía una figura más adecuada para la pantalla que para contemplarla en la vida real. Todo en ella resultaba siempre concentrado, ligero, y, a la vez, sin que se supiera por qué, fastuoso. Sus movimientos, durante la entrevista en la galería, le recordaron los de un gato. Fumaba, como en los tiempos remotos en que él vislumbraba sus paseos desde los corredores o el vestíbulo del edificio Minerva, en boquillas negras o de color miel. Sólo que en la niñez aquellas boquillas le parecían enormes, y tal vez lo fueran.

Era evidente que Delfina y María Elena habían conversado sobre él, pues, cuando apareció en la galería fue tratado como un igual, haciéndosele sentir con tacto, con suavidad y humor que Delfina conocía y apreciaba sus actividades profesionales. Algo en ella, incorporado de manera tranquila, pero de cualquier manera presente en todo momento, denotaba su condición de triunfadora, el hecho de haber impuesto al mundo sus reglas y ganado la partida. Su personalidad se integraba con elementos antagónicos; configuraba un oxímoron múltiple: sociabilidad y retraimiento; soltura y discreción; inteligencia y frivolidad. Se podrían enumerar muchos más pares de opuestos. No era fácil saber si su comportamiento era producto del largo trato con pintores, con sus amigos escritores, con un grupo de clientes refinados y poderosos. O si, por el contrario, una serie de virtudes innatas habían logrado convertir toda relación en un éxito. Comprendió que el único modo posible de tratar con ella era diciéndole la verdad. Hubiera sido absurdo insinuar cierto interés en la compra de cuadros para, tan pronto obtenida su confianza, hacerla revelar los secretos de aquel noviembre de 1942. Ese camino sólo lo llevaría a ponerse en ridículo y

desbarrancarse en escenas bochornosas. Habló, pues, de su crónica de 1914 a punto de aparecer, y de cómo su interés por ese tipo de investigaciones le había llevado a proyectar otro libro, esta vez sobre el año 1942. Un estudio que tuviera en cuenta las presiones ejercidas sobre México en vísperas de la guerra mundial, la posterior ruptura con los países del Eje, la casi inmediata declaración de guerra y sus consecuencias internacionales.

—Nos tocó ver —exclamó Delfina, súbitamente interesada— cómo de la noche a la mañana se produjo un cambio de ubicación de nuestro país en el mundo; la adjetivación, por supuesto, se modificó de manera radical. Donde se escribía «caótico» se leyó «ejemplar»; las «prácticas inadmisibles de la política mexicana» se transformaron en «luminoso ejemplo de acción democrática para el Continente».

—Quería tratar —añadió Del Solar— ese tema, y hacer una primera incursión en la microhistoria.

Dijo envidiar a los novelistas. Se proponía estudiar las consecuencias de ese conflicto en el comportamiento de varios grupos sociales, de ser posible de unas cuantas personalidades representativas y algunas otras sin gloria, sin nombre ni prestigio. Todavía no tenía claridad al respecto. Delfina lo escuchaba con atención. Del Solar contó entonces la manera en que nació el proyecto; le habló de la correspondencia que había descubierto entre el gerente de una empresa petrolera de Tamaulipas y su central en Londres, de las presiones ejercidas sobre el gobierno que se desprendía de esos papeles, del apoyo inglés a Cedillo; también de los documentos que una amiga le había prestado hacía poco sobre las actividades subversivas en México durante el período de la guerra y la referencia a un hecho de sangre que había tenido lugar precisamente después de una fiesta en su departamento, o sea el asesinato de Pistauer, un ciudadano austríaco. Mientras oía aquella relación, la actitud facial de Delfina fue transformándose de modo visible. Algo se contrajo en su rostro. La expresión fue, sobre todo, de sorpresa.

—¡Cómo! —exclamó con voz alterada—. ¿Mencionan mi fiesta en esos documentos?

—¡Para nada! Lo que allí se anota es que las actividades de algunos ciudadanos alemanes o próximos a los alemanes tuvieron relación con los asesinatos del edificio Minerva. Me extrañó el plural, como si se tratara de varios asesinatos, raro, ¿no? Busqué información en los periódicos del momento y leí las crónicas de su fiesta. Debo confesarle que mi curiosidad en este asunto es del todo diferente a la que tuve cuando escribí el libro sobre 1914, no se diga cuando trabajé en el del doctor Mora y los liberales mexicanos. En este caso se trata de una curiosidad personal, y concreta, pues en la época en que murió Pistauer yo también vivía en el edificio Minerva. Sí, era vecino suyo, Delfina. Pistauer era hijastro del hermano de una tía mía; el esposo de mi tía era primo de mi madre... —terminó de manera confusa, taladrado por la mirada glacial de Delfina.

—¿Quiere decir que es usted sobrino de Arnulfo Briones?

En apariencia nada había cambiado, pero la simpatía en el trato había desaparecido. Era muy perceptible su crispación al pronunciar el nombre de Briones.

—No, no de él. Su hermana, Eduviges Briones, estaba emparentada políticamente con mi madre. Las familias nunca se frecuentaron demasiado. Tengo idea de que mis tíos vivían momentos difíciles. Mis padres les pasaban una pensión que debía serles de alguna utilidad. —Volvió a sentir que se embrollaba cada vez más. Estaba seguro de que había equivocado el camino. Delfina seguía callada. Del Solar prosiguió—: Me acuerdo de usted muy bien; la vi muchas veces en el edificio. Quizá lo que más me gustaba era verla arrancar en un coche blanco descapotado.

Volvió a hacerse el silencio. Delfina barajó, como si de pronto fuera consciente de sus tareas en la galería, unas tarjetas e introdujo cada una después de leerla en una caja rectangular de madera. Posiblemente se trataba de un directorio de clientes. Habló luego por un audífono en tono severo, pidió unos datos sobre una galería de San Francisco, y entonces, como si pareciera volver a reparar en Del Solar, dijo de manera afirmativa y muy seca:

—Debía usted tener seis o siete años para esas fechas. —Y lo miró de pies a cabeza con un disgusto que no se esforzó en disimular.

—Diez.

—¿Habló ya con Eduviges sobre aquel crimen? Si alguien sabe qué ocurrió me imagino que es ella. El alemán era hijastro de su hermano. Además, siempre ha pretendido saberlo todo. Todo de todo. Por supuesto no es cierto, pero en este caso concreto estoy segura de que sabe más de lo que entonces dijo. El asesinato fue cometido al final de una fiesta celebrada en mi casa, pero eso fue una mera casualidad. Yo no conocía a Erich... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Pistauer. Erich María Pistauer. Era austríaco.

—Yo no lo conocí; nunca lo había visto, salvo esa noche, y de manera fugaz pues había mucha gente. Hasta el apellido se me había olvidado. Si alguna vez lo supe fue por tener que leerlo durante los días siguientes a su muerte en los periódicos. ¿Qué hacía en mi casa? Nadie lo invitó. Pregúntele a Eduviges con qué fin lo llevó. ¿Y por qué negó después haberlo hecho?

—Usted la conoce bien. Sabe qué difícil es hacerse claridad con ella. Hace unos días fui a verla y acabé por no comprender nada. Su relato me resultó demasiado confuso. Según ella, apenas conocía a Pistauer; puede que sea verdad. No hubo tiempo para que se desarrollara una amistad entre ella y la familia de su hermano. Para empezar, su cuñada no tenía el menor interés en tratarla, eso a mí personalmente me consta. De lo único que parece convencida es que un periodista que vivía en el mismo edificio, dedicado a escribir la historia de un poeta maldito, tuvo alguna injerencia en el crimen.

Delfina pareció relajarse, aunque no del todo, al oír ese dato. Soltó una carcajada furiosa. Luego replicó:

—¿El inmarcesible Balmorán? ¿Sigue Eduviges insistiendo en eso? Parece difícil

creerlo, a menos que quiera hacernos creer que enloqueció del todo. Hay que andarse con ella con cuidado. Es lista, aunque no lo parezca; posee una astucia animal. Siempre he pensado que su mayor habilidad fue aferrarse a ese absurdo para no decir nada. —Hizo una pausa. Volvió a tomar otra tarjeta, la leyó, escribió unas palabras al margen. Tomó el audífono, pero antes de hablar pareció cambiar de opinión y volvió a colgarlo—. Es interesante lo que me dice sobre esos documentos. Mis hermanos opinaban que se trataba de un crimen político. Tal vez tenían razón. Estábamos en guerra y en esos días habían sido lesionados inmensos intereses económicos. — Volvió a tomar el audífono y en esa ocasión sí lo empleó. Llamó a una secretaria, quien se presentó al instante. Le preguntó con visible impaciencia por unas cartas. La secretaria salió y un momento después apareció con las cartas. Delfina las firmó. Pidió un expediente sobre el museo de Phoenix, y añadió que le tuviera lista una carta para el rector esa misma mañana. Era evidente que daba por terminada la entrevista con Del Solar. Para acentuar esa intención se puso de pie; le preguntó a su sobrina, quien durante la entrevista no había hecho sino hojear una monografía de Zurbarán, por la salud de sus hermanos, y le encargó transmitirles sus saludos. Luego se volvió a él con la mano tendida, y le preguntó:

—¿Así que ha visto últimamente a Eduviges? Me dicen que anda mal, ¿es cierto?

—Muy nerviosa. Hacía años que no la veía. La encontré más agitada que de costumbre. —No quiso añadir nada más sobre las recientes vicisitudes de su tía, por considerarlo poco elegante.

—A la muerte de mi hijo decidí dejar de tratarla. Ya antes, apenas nos saludábamos. Lo cierto es que nunca nos quisimos demasiado. La traté sin sentir por ella el menor afecto —concluyó, mientras le indicaba a la secretaria que se sentara en la silla que Del Solar acababa de desocupar.

—No voy a decirle que me apenaría si encarcelaran a su hijo porque no es verdad. El país está repleto de pillos. ¡Ojalá pudieran castigarlos a todos!

Días después, María Elena le llamó para transmitirle una invitación de Delfina a tomar una copa en la galería. Aquel movimiento no dejó de intrigarlo, dada la sequedad con que había concluido la visita anterior. Decidió no ir. Un rato después volvió a sonar el teléfono. Era la propia Delfina. Como si adivinara su estado de ánimo, le llamaba para reiterarle la invitación. Presentaría un libro sobre pintores de su galería y se le había ocurrido que podría interesarle asistir. Se proponía citar sólo a unos cuantos amigos. Quería que fuera un acto simpático. Nada de pompa y circunstancias. Antes de colgar, añadió:

—He pensado en lo que dijo sobre mi fiesta. Me interesaría hablar con usted.

Y por supuesto estuvo en la galería el día y a la hora precisos. Pero esos cuantos amigos a quienes Delfina había aludido por teléfono resultaron multitud. Del Solar saludó al llegar a la anfitriona y no pudo volver a hablar con ella sino hasta casi el momento de despedirse. Delfina lo retuvo entonces a su lado mientras tendía la mano u ofrecía la mejilla al flujo de invitados que salía. Al fin pareció tomar conciencia de

que era imposible iniciar la conversación en que él estaba interesado:

—Estoy postrada —le dijo—. No lograron regular la calefacción y, mire usted, esto se ha vuelto un horno. Me iré directamente a casa dentro de unos minutos. He tratado de reunirle los materiales que le interesan; téngame sólo un poco de paciencia. —Saludó a un grupo y luego, volviéndose a él, añadió—: ¿Qué hace el próximo sábado? ¿Le incomodaría almorzar en mi casa? Vivo en San Angel. Los sábados me encuentra libre. Comeremos de modo frugal y entretanto hablaremos de lo que usted quiera. —Luego, con aire de conspiradora, añadió—: Mire, hablando del rey de Roma, mire nada más quién está aquí. ¡Emma Werfel! ¿La ha tratado? También estuvo en esa fiesta y valdría la pena que hablara con ella. Es hija de Ida Werfel, la escritora. Seguro que a ella sí la conoció, ¿verdad? —Del Solar respondió que hacía años le había oído algunas conferencias y que había leído varios libros suyos, pero ella no lo escuchaba—. Trate de recordar; también ellas vivían en el edificio Minerva. ¿No atina? Por supuesto, usted era un crío. Venga, los voy a presentar. Este sábado —insistió— podremos hablar con toda confianza. ¡Ande o se nos escapa! Su madre fue una de las víctimas de esa fiesta.

Pero no llegó a presentársela. En el momento en que empezaron a caminar, dos jóvenes obesas, vistosamente vestidas, vulgarmente enjoyadas, le salieron al paso, la abrazaron, la condujeron a un rincón dando grititos y soltando carcajadas. Delfina, feliz, por lo visto, de encontrarse con ellas, permitió su rapto.

Llegó el sábado; allí estuvo él, pero por lo visto Delfina tampoco estaba libre ese día. Ni siquiera la encontró en casa. No comerían solos. Después de llevarle el café, la sirvienta comenzó a preparar la mesa delante de él: cinco platos. A Miguel del Solar se le ocurrió que tal vez Delfina habría invitado a Emma Werfel, con quien no pudo presentarlo la vez anterior y que, como ella misma había dicho, era un valioso testigo de la noche del asesinato de Pistauer. ¡A saber quiénes serían los demás invitados!

Delfina llegó poco después en compañía de una anciana muy frágil, su cuñada Malú, quien, una vez presentada, se dirigió a las escaleras y desapareció.

—Disculpe el retraso. Tuve que recoger a Malú. La pobre no maneja, y los fines de semana se queda sin chófer. Cuando mi hermano Bernardo, el arqueólogo, está en Tehuacán, que es ya casi siempre, la pobre anda medio perdida. Hemos traído unos rosales preciosos. No es época para sembrar, pero veremos qué logra el jardinero. Tiene una mano muy fina. Le han ofrecido café, por lo que veo. ¿Gusta usted algo menos inocente?

—Me vendría bien un whisky.

Delfina ordenó que sirvieran dos whiskys; desapareció por la escalera, y volvió a bajar con una carpeta en la mano.

—Tengo aquí las fotos de la fiesta. Los recortes de prensa ni siquiera vale la pena verlos. Usted, según me dijo, ya los conoce. No recordaba del todo su infamia, su malignidad, hasta que volví a leerlos. Sentí más rabia ahora que entonces. Esos

bichos al injuriarme expresaban su resentimiento contra mi padre. Va a comer con nosotros mi sobrina Rosario; creo que usted no la conoce, es mi brazo derecho. En realidad ella lleva la galería; volvió apenas ayer de Monterrey. También vendrán los Vélez. Tenemos tiempo suficiente. Por suerte los sábados la gente no se da ninguna prisa.

—¿Vendrá Emma Werfel?

—¿Emma? No, no creo, ¡qué horror! ¿Por qué debía venir? —dijo con cierto desconcierto—. Nos vemos muy poco. ¿Le dijo ella que pensaba venir?

Contestó que no. Se le había ocurrido por algo que ella había dicho en su galería sobre la utilidad de conocerla. Y de pronto se llenó de mal humor. Entendía por qué Delfina exasperaba a mucha gente. Nunca se permitía renunciar a su calidad de anfitriona ideal, de perfecta dama de sociedad. Nunca lograría hablar con ella. Lo invitó a conversar a solas, de algo que supuestamente también a ella debía interesarle, y se había marchado a otro sitio, llegando tarde, hablando de rosales, y en vez de la conversación personal que esperaba tendría que asistir a una comida de familia. La propia Delfina le había aconsejado hablar con Emma Werfel y casi aludió a prepararle un encuentro. Hubiera sido interesante conocer su versión de esa fiesta en que habían injuriado a su madre, herido gravemente a dos personas y donde Erich María Pistauer había perdido la vida.

Delfina pareció adivinar sus pensamientos:

—Emma ha llevado una vida lamentable. Lo más prudente será que hable usted a solas con ella —le recomendó con una sonrisa de reconciliación—. Usted no trató a Ida; eso le permitirá a la pobre muchacha situarse en el tema que a usted le interesa. Durante años no se atrevió a abrir la boca; fue una mera sombra de Ida, quien la trató siempre como a una errata caída a saber de qué imprenta diabólica para arruinarle su página más bella. Pero al morir la madre, parece querer desquitarse de sus cincuenta años de mutismo. No hay modo de tenerla callada. Me marea. Me cuenta historias que conozco mejor que ella, pero me las cuenta a su manera. Ahora resulta que Ida no daba un paso en la vida sin antes consultarlo con ella. ¡Es demasiado! Con usted será diferente; se lo puedo asegurar. —Adoptó una expresión muy seria y un tono de voz confidencial—. Como podrá usted entender, Miguel, la conversación que tuvimos en la galería me dejó muy perturbada. Ese día, el que tanto le interesa, define mi vida, lo que he sido, lo que soy ahora. En los últimos tiempos he comenzado a resentir la soledad; vivo en este caserón en medio de cosas que quiero entrañablemente, pero estoy sola. Durante años no he hecho sino trabajar hasta la postración. ¿Para qué? ¿Para quién? Debe entender que hablar de lo ocurrido en 1942, lo que no hacía en mucho tiempo, no me resulta nada fácil, ni siquiera ahora. Recuerde que en la balacera que tuvo lugar a las puertas del edificio no sólo murió el alemán...

—¡El austríaco!

—¿Qué dice?...

—El austríaco. Pistauer.

—No sólo murió él, sino también mi hijo. También Ricardo perdió la vida.

—Leí en los periódicos que había sido herido.

—Sí, y ya no volvió a recuperarse. Le hicieron varias operaciones; nunca pedí las esperanzas de que se restableciera. No fue así; vivió apenas tres años más, como un lisiado. Bastó un simple resfriado para que muriera. Nunca me he logrado sobreponer a esa noche, a esos disparos. ¿Me decía que en un expediente oficial se mencionaba mi fiesta?

—No, no exactamente —volvió a repetir—. El expediente aludía a los asesinatos del Minerva y los relacionaba con las actividades de un grupo de personas al servicio de Alemania. Me dijo el otro día que sus hermanos pensaban más o menos lo mismo, ¿no es así? —Hizo una pausa, pero Delfina no respondió. Del Solar continuó—: Me extrañó que se hablara allí de asesinatos o crímenes, no recuerdo cuál fue el término usado, pero sí que se empleaba en plural. Tal vez no sólo se refirieran a la muerte de Pistauer, sino a su hijo y quizás al otro herido; aunque éste, según me han dicho, vive aún.

—¡Balmorán! ¡Está usted como su tía! Ese informe no se refería ni a mi hijo ni a Balmorán. No tiene el menor sentido. En todo caso podría más bien aludir al hermano de Eduviges.

—¿A Arnulfo Briones?

—¡Claro! —Volvió a percibirse en su voz el mismo tono huraño que Del Solar le había conocido en la primera entrevista—. ¿Qué opina Eduviges de la muerte de su hermano? Pregúnteselo.

—La visité, ya se lo he dicho. Pero sólo entendí que sostiene la participación de Pedro Balmorán en el asesinato. Sólo una vez hablé con ella. La encontré en la más absoluta desmesura, como afiebrada. Los ataques a mi primo la hacen mezclarlo todo. De chico, me divertían sus extravagancias, sus desmanes, después ya no. Mi libro, ese que me permití llevarle, sobre los primeros liberales mexicanos, la irritó lo mismo que a mi primo. En el fondo, no han acabado de aceptar no digamos ya la Reforma sino ni siquiera la Independencia. Era además muy impertinente con... bueno, no tiene caso hablar de mi tía. Lo raro es que hayan podido ser amigas, que no intentara mortificarla por ser usted hija de un hombre a quien con toda seguridad detestaba.

—Nunca fuimos tan amigas, Miguel. —Hizo un silencio, comenzó a arreglar unas flores—. No sé si sea idea mía, pero me parece que en los últimos años las rosas son cada vez más pequeñas, por lo menos las de mi jardín... Es bastante difícil explicárselo. Eduviges y yo nos veíamos a diario; sin embargo no éramos amigas. En esos días, los anteriores a la fiesta, ya no podía ni verla. Si he de serle franca, sólo la invité porque deseaba ponerla en evidencia en público, hacer patente ante los demás su ignorancia, su incultura, sus grotescas pretensiones de figurar en un mundo que no era el suyo. Escarnecerla por atreverse a darme lecciones. Me tenía harta. Por alguna razón que nunca descifré y que aún hoy no logro comprender, se sentía cultísima. ¡La auténtica Minerva! Es posible que por haber ido de niña al colegio francés. Bueno,

todo esto no viene al caso. Sólo importan los hechos. No sé si la referencia a una posible lucha interna entre los alemanes y sus secuaces sea cierta. Es posible que quienes redactaron el documento que leyó usted hicieran una asociación mecánica: el muchacho muerto era alemán... Sí, ya lo sé, no vuelva por favor a corregirme, austríaco. Pero la madre era alemana. Austria misma era alemana en aquel período ¿o no? Venían de Berlín. Es posible que entraran a México con pasaportes alemanes. Lo más fácil era salir del paso en una investigación criminal asociándolos con las actividades clandestinas de sus connacionales. Ahora bien, si eso era cierto, lo que hoy día será casi imposible demostrar, entonces el asesinato de Pistauer se ligaría con el de Arnulfo Briones, su padrastro.

—¿Pero él no estuvo en la fiesta! ¿A él no lo mataron? —exclamó Del Solar, quien no había seguido del todo los razonamientos de Delfina.

—¿Me considera capaz de invitar a Arnulfo Briones a mi casa? Mire, sobre su muerte no es posible hablar con tanta seguridad. Murió poco tiempo después de la balacera del Minerva. Nadie creyó que fuera un accidente. Pasó la vida entera dedicado a actividades poco recomendables. Yo ni siquiera lo saludaba.

Se oyeron voces. Delfina se levantó. Se asomó a una de las paredes de vidrio que daban al jardín.

—Mire, llegó Rosario con los Vélez. Hoy que no los esperábamos temprano se les ocurrió darse prisa. —Llamó a la sirvienta y le ordenó avisarle a su cuñada que habían llegado las visitas.

De nuevo hubo presentaciones, otro vaso de whisky, y un breve paseo por el jardín con toda la comitiva, para decidir dónde sembrarían los rosales el próximo lunes. Luego, en la mesa, a Del Solar le pareció que la conversación de Delfina, aunque general, se dirigía sobre todo a él.

Comenzó por decir que la galería era la columna vertebral de su vida o algo por el estilo. Lo que veía desde hacía treinta años, lo que hacía y decía, todo, no tenía otro destino que su galería. Sus actividades eran la carne que se iba añadiendo al esqueleto a fin de crear un cuerpo. A Del Solar aquel símil le pareció oscuro y hasta repulsivo. Vélez, el propietario de una próspera agencia de publicidad, y Marina, de quien no llegó a saber si era su mujer, o su hermana, no se diga ya la cuñada y la sobrina, debían estar acostumbrados a ese flujo verbal que serpenteaba por su cauce natural, dominado a la perfección. Delfina habló de sus pintores. Contó anécdotas divertidas; Otras con algún filón dramático. Sabía manejar, había que decirlo, de modo muy eficaz sus recursos; las pausas eran perfectas, los acentos se situaban en el pasaje preciso. Había bastante auto complacencia en el canto a su tenacidad, a su estoicismo por sostener el arte mexicano en los momentos difíciles, a sus múltiples capacidades. Resultaba demasiado egocéntrica. La voz, el tono, sus ademanes, todo contribuía a su maestría en el relato, acentuaba su narcisismo, y, de un modo complejo (ya que la superficie de perpetua y magistral anfitriona haría pensar en todo lo contrario), revelaba su voluntad de exclusión, su deseo de ensimismarse, lejos del resto del

mundo; capaz de satisfacer sus necesidades espirituales y las de cualquier otro tipo con sus propios recursos. Había resistido épocas de incompreensión, dijo. Gracias a no ceder nunca, a no hacer concesiones que en ciertos momentos hubieran parecido inevitables, no existía desde hacía muchos años ninguna galería como la suya en México. La había iniciado para entretenerse, y de eso habían ya pasado treinta años. Pensaba atenderla todavía cuatro o cinco más; luego, si Rosario se quería quedar con ella, traspasársela en condiciones óptimas. Dedicaría su tiempo a viajar. Cuando abrió su local sabía poco de pintura. Tenía tal vez buen ojo e intuición. Desde niña se acostumbró a ver cuadros, aunque su verdadera pasión temprana fue la literatura. Había aprovechado los períodos de exilio de su padre en España y Estados Unidos, en todos lados, para perfeccionar sus estudios literarios. Había escrito una tesis que en su tiempo no había resultado del todo mal, sobre la doble personalidad en la novela victoriana: Jekyll y Hyde, Dorian Gray, el Edwin Drood de Dickens, Kurtz el del *corazón de las tinieblas*, los protagonistas de Wilkie Collins, etc. La imprenta universitaria había hecho una edición preciosa, agotada desde hacía muchos años. No le quedaba sino su propio ejemplar. No se atrevía a reeditarla, tendría que volver a informarse sobre el tema, reactualizar conocimientos y esa tarea la superaba; pero en la juventud aquella edición le había proporcionado muchas satisfacciones. La pintura le llegó de manera casual. Sí, las visitas a los museos de que había hablado, pero hubo algo más. Un día fue a visitar a Titina Morales, la hija del general Morales, quien la recibió al lado de un hermoso retrato que acababa de hacerle Julio Escobedo, entonces un pintor desconocido, un jovencito que comenzaba a despuntar.

—Es triste decirlo, pero en esa época pintó sus mejores retratos, cuando era apenas un chamaco —explicó, y añadió que había sentido tal admiración y envidia ante aquel cuadro, que cuando poco después su madre le cuchicheó que «el licenciado», como por lo general llamaba a su marido, pensaba regalarle un coche el día de su cumpleaños, Delfina fue a verlo y le dijo que no lo quería, que lo único que se le antojaba era un retrato pintado por Julio Escobedo, el artista que acababa de pintar a Titina Morales—. A mi papá le entusiasmó la idea del retrato; quería que me pintara Diego y yo me amaché en que fuera Escobedo. Para mi cumpleaños tenía el retrato y un coche. ¡Mi primer coche! ¡Precioso! ¡Un Buick, color perla! Desde entonces somos amigos. En un principio me cansaba un poco. Durante las sesiones no dejó de hablar un instante, de su familia, de sus amigos, de Ruth, con quien acababa de casarse, de sus maestros, de su entusiasmo por Zurbarán, por los puntillistas, y, sobre todo, por Matisse, que ya entonces lo volvía loco. Compré ese dibujo, que cada vez me gusta más —señaló con un gesto vago la sala donde colgaba el Matisse—. Un poco como homenaje a él, en un viaje que hicimos los tres a Nueva York. He vivido enamorada de Julio, una especie de Eras sin sexo, claro está. Más bien, se podría decir que he estado enamorada de la pareja, nunca he logrado disociarlos. Ni siquiera hoy puedo vivir sin ellos. ¡Y hay que ver cómo se empeñan en estropear me la vida! Es de no dar crédito y sin embargo es verdad: Julio no asistió al lanzamiento del

libro. Uno de estos días tienes que llamarlo, Rosario, y decirle de mi parte que esta vez se saltó las bardas. La temporada en que cometieron la estupidez de divorciarse me resultó imposible tratarlos, los sentía incompletos, aburridos, miserables... — Hizo una pausa; luego con voz profesional, añadió—: Sí, Rosario, hazlo pasado mañana mismo, un buen jalón de orejas. Dile que hay cosas que sencillamente no se pueden hacer.

Tomaron el café en la sala. Delfina abrió la carpeta y sacó un sobre con muchas fotografías. Las de la fiesta. Le había pedido al fotógrafo de sociales que le sacara un juego completo. Llevaba un registro detallado de todas las inauguraciones, actos sociales relacionados con su galería o sus pintores.

La cuñada, Malú, quien había permanecido, como todos los demás, en silencio, se apoderó de la palabra. Le había llegado el momento de desempeñar su papel:

—La gran fiesta —comentó en tono didáctico—, la de inauguración de la galería, había tenido lugar dos semanas antes. Estas fotos corresponden a una reunión íntima; su finalidad era otra. Hubo gente, aun entre los propios asistentes, que creyeron que Delfina le ofrecía una fiesta a Julio cuando a quien celebraba en realidad era a Ricardo, su hijo, que había pasado varios años estudiando en California. —Mostró la foto de un joven larguirucho, con cara de niño muy parecido a su madre, con el pelo cortado casi a ras, al estilo militar. Mostró también una de Pistauer, el joven austríaco, hablando con dos vistosas mujeres. Del Solar, por su parte, encontró una foto de su tía Eduviges, muy delgada, con un sombrero que parecía tener atado sobre la frente un plumero, escuchando a una mujer monumental, a la cual reconoció de inmediato: era Ida Werfel. Al lado, su hija Emma, a quien acababa de ver en la galería. Los presentes fueron identificando personajes de distintos medios: políticos, escritores, pintores, médicos, banqueros.

Miguel del Solar mostró la foto que había separado e hizo un comentario ingenioso sobre el sombrero de su tía. Delfina dijo que el suyo, en cambio, era una joya, y hurgó con un poco de desesperación entre las fotos para mostrarlo. No lo encontró, porque, como explicó Malú casi de inmediato, su cuñada estaba equivocando las reuniones.

—No iba Delfina a recibir de noche en su casa con el sombrero puesto. El que busca se lo puso para inaugurar la galería. Lo había comprado en Nueva York. Un modelo precioso de Hattie Carnegie.

Del Solar preguntó el porqué del parche en el ojo de Ida Werfel, pero nadie pudo darle una respuesta.

—Déjeme ver esa foto —pidió Malú Uribe, y una vez que la tuvo en las manos añadió—: Parece a punto de remontar el vuelo. Este de al lado me parece un poeta colombiano. Delfina, ¿no fue un poeta colombiano el que se peleó con todo el mundo?

Delfina tomó la foto, se le quedó mirando unos instantes, luego dijo con voz neutra, muy lentamente, como si quisiera recalcar cada palabra.

—No, era mexicano: el personaje más siniestro que he conocido. Ligado, por cierto —dijo, dirigiéndose a Del Solar—, a su familia. Tampoco estaba invitado. Se coló, aprovechando sus ligas con Eduviges. No debí haber hecho esa fiesta; a mi hijo lo que menos le podía interesar era lidiar con esa pléyade de divinos. Fue un puro acto de vanidad. A algunas personas sólo las invité porque los hombres célebres trastornaban a Eduviges y yo quería, como le he dicho, exponer delante de todos sus inconmensurable estupidez. Ridiculizarla.

Demostrarle, además, que yo podía reunir a esa gente con la mayor naturalidad, lo que para ella hubiera sido imposible, a pesar de que todo el santo día tuviera sus nombres en la boca. ¡Personas a quienes ni de vista conocía!

Del Solar volvió a contemplar la foto que le interesaba.

—Leí en la prensa —dijo— que la pelea comenzó cuando Ida Werfel se puso a hablar de Tirso de Molina.

—Es una opinión y hay que tomarla como tal —respondió Malú—. Aunque, quién sabe, puede que haya habido algo de eso. ¿Te acuerdas, Delfina?

Pero Delfina no respondió. Recogió las fotos, casi arrebatándoselas de las manos a sus invitados, y las volvió a guardar en un sobre amarillento. Reprendió con mal humor a Malú por alguna inexactitud en la evocación de un director inglés que había ofrecido un concierto la noche anterior a la fiesta en Bellas Artes. Y luego, sin transición, casi con grosería, comenzó a hablar con los Vélez sobre el precio de unos terrenos cercanos al Ajusco. Pareció olvidarse por completo de Miguel del Solar, quien, al poco rato, advirtiéndole que su turno había pasado, se apresuró a despedirse.

4. CORREDORES Y SORPRESAS

MIGUEL del Solar decidió hacerle una visita al administrador del edificio Minerva. Pero antes, en ratos libres, hizo otras dos o tres gestiones.

Se repetía que si lograba aclarar aquel misterio estaría en condiciones de entender muchas de las tensiones del momento: el ocaso de ciertas viejas guardias, la integración de otras nuevas. Percibía el acre aroma de la época. A menudo se quejaba por no haber tenido la suerte de presenciar ningún acontecimiento importante, uno de esos cataclismos políticos y sociales que sirvieron a grandes cronistas de la antigüedad de hilo conductor para desovillar la madeja de la historia. En aquel desvencijado edificio de ladrillo rojo se hallaba el germen de un hecho histórico (por más que su significación, en caso de tener alguna, fuese minúscula), el único que lo había rozado en la vida: el asesinato de un joven austríaco, Erich María Pistauer, al salir de una fiesta. A ese crimen aludía un expediente reservado de la Secretaría de Gobernación. No fue testigo presencial, pues a la hora de los hechos dormía, pero sí, más modestamente, de la perturbación producida durante los días sucesivos en todo el edificio y de modo particular en el apartamento de sus tíos. Agentes, gendarmes, fotógrafos, periodistas, bandadas de curiosos, sirvientas detenidas, estallidos de histeria, etc. Era imposible que no se supiera con mayor precisión qué había ocurrido. Valía la pena intentar siquiera poseer los datos necesarios para formarse una idea objetiva de los hechos, y luego deducir de ellos lo que hubiera que deducir.

Tal vez no fuera imposible, se repetía, saber qué había ocurrido. Pero a los pocos días pudo advertir que fácil tampoco lo era. Su cuñado, desde un alto cargo gubernamental, le prometió ayudarle. Llamó por teléfono a otro funcionario, informándole que, en caso de no haber inconvenientes, esa misma mañana su cuñado, Miguel del Solar, el historiador, pasaría a solicitarle personalmente su ayuda para estudiar un interesante hecho criminal ocurrido treinta años atrás. Y explicó cuán necesarios eran a su investigación los antecedentes judiciales del caso. Del Solar se dirigió a la Procuraduría de inmediato. El funcionario aludido lo recibió con afabilidad, anotó en una tarjeta los datos que él le fue proporcionando; llamó a una colaboradora, cuyo rostro y gestos parecían personificar la eficacia, quien, con aire severo y obstinado, lo condujo a una salita de lectura; dio instrucciones a un empleado que minutos después apareció con el expediente solicitado: un legajo de actas del último trimestres de 1942 reunidas por orden cronológico. Sin dificultades localizó las del 14 de noviembre. La lectura del acta lo dejó perplejo. Allí se consignaba que el ciudadano Erich María Pistauer Waltzer, austríaco, hijo de Hanno Pistauer Kroetz, austríaco también por nacimiento, y de Adele Waltzer (no se mencionaba su segundo apellido), de nacionalidad alemana, residentes ambos en México, había sido asesinado por proyectiles disparados con arma de fuego. El acta describía la trayectoria que siguieron las balas (y su número de calibre) en el cuerpo

del occiso, quien poco antes de los disparos había salido del edificio llamado Minerva, situado en la esquina de las calles tal y tal de la colonia Roma. El occiso había visitado al matrimonio Díaz Zepeda, familiares de su padrastro, inquilinos del mencionado inmueble. Al salir, en evidente estado de ebriedad, intentó abordar un automóvil detenido frente al portón del edificio, confundiéndolo posiblemente con un taxi, y dio señales de violencia al impedirle el conductor subir a su vehículo. Ante la insistencia del agresor, el conductor, o alguna otra persona, habían disparado desde el interior del automóvil. Ni éste, ni sus pasajeros, habían podido ser identificados. Según declaraciones de las sirvientas del matrimonio Díaz Zepeda, el occiso había ingerido bebidas alcohólicas en exceso y poseía un carácter imposible, fácilmente excitable. Un testigo ocasional, el señor Miguel Angel Fierros, quien a esa hora paseaba a su perro Cobre, presencié la pelea y los ulteriores disparos, declaró que se trataba de un coche negro de tamaño regular. Confesó no saber nada sobre modelos ni marcas de automóviles, así Como tampoco haberse enterado si viajaba más de una persona en el interior del vehículo. En el documento que leía Miguel del Solar no se registró la dirección del señor Fierros.

El desconcertado historiador se dirigió a la empleada y le comentó que el expediente debía estar incompleto, pues no coincidía con la información que él poseía, ni con la que en los días posteriores al asesinato había publicado la prensa. Los periódicos, explicó, habían publicado los nombres de otros dos heridos. Debía de haber algún error. La víctima había asistido a una fiesta celebrada en el edificio Minerva, añadió. La empleada, sin inmutarse, habló con alguien por un teléfono interno y, a los pocos minutos, volvió el ujier; ella le entregó una papeleta donde escribió unas cuantas líneas. Poco después apareció otro legajo. Del Solar lo abrió en el sitio donde estaba colocada la papeleta y leyó:

«Pistauer Waltzer Erich M^a. Nacionalidad austríaca. Nacido en Lintz, el 15 de marzo de 1921. Hijo de Hanno Pistauer y de Adele Waltzer. Vecindado en la ciudad de México a partir del 20 de julio de 1939.» Seguía la descripción técnica de la autopsia, y, al final, una crónica de los acontecimientos ocurridos la noche de su muerte, idéntica, palabra por palabra, a la que había leído minutos antes.

Salió de la Procuraduría realmente confundido. Algo escapaba por completo a su comprensión. Tanto su tía Eduviges como Delfina Uribe habían mentido. ¿Qué interés común podían tener para tergiversar los hechos? Ambas le habían asegurado la presencia de Pistauer en la fiesta. Los periódicos señalaban que al salir iba acompañado por otras dos personas, una de ellas Ricardo Rubio, hijo de Delfina Uribe, quien, según ella, había perdido poco después la vida a consecuencia de las lesiones. Regresó al despacho de su cuñado, quien lo recibió con una sonrisa menos afable y señales evidentes de impaciencia. Del Solar le expuso el resultado de sus pesquisas. El otro permanecía un momento pensativo, firmó con aire abstraído unos documentos que le presentó la secretaria. Cuando ésta salió, dijo:

—Mira, Miguel, los Uribe, y eso tienes que recordarlo a cada momento, formaban

un clan muy poderoso. No sé si para esas fechas viviera aún el licenciado, me parece que sí. Pero en el caso de que hubiese muerto quedaban sus hijos, los hermanos de Delfina. Andrés, el mayor, era una fiera. Es posible que al levantar las actas hubieran logrado que se excluyera el nombre de Delfina para dejarla libre de cualquier sospecha. ¿Quién no haría lo mismo por una hermana? Los Uribe eran la pura unidad, no tienes idea. Una explicación muy sencilla podía ser que las actas no mintieran, que todo estuviera en orden. El muchacho fue a visitar a tu tía, quizás a buscar a su padrastro, no lo encontró y tu tía le pidió que la acompañara un momento a la fiesta. Pudo quedarse un rato en casa de Delfina, salir, tratar de subirse a un coche, pensando que era un taxi, y ser víctima de un automovilista más asustado que el carajo, quien en verdad se creyó asaltado. ¿Ves? No hay falsedad, sólo la omisión del paso del joven por la fiesta, paso que pudo ser casual, momentáneo. Me parece que le estás dando demasiadas vueltas a un asunto a lo mejor menos retorcido de lo que te parece.

Fue un benéfico baño de agua helada. Reconoció ser víctima de un estado de exaltación anómalo. Atribuyó esa fiebre a una corriente nerviosa agazapada en su interior; una energía parasitaria que aprovechaba la más mínima ocasión para manifestarse. Salió del despacho bastante apaciguado. Pero al dirigirse a su casa recordó que las actas, aun vistas con los ojos más tolerantes, consignaban omisiones inaceptables. Había habido dos heridos, dos testigos de valor inapreciable, ni siquiera citados en el documento. En cambio se consignaba a un absoluto desconocido, cuyo domicilio no se registraba, aunque sí el nombre de su perro, «Cobre». Un minuto después recapituló. El acta debió de haberse levantado cuando Balmorán y el hijo de Delfina estaban hospitalizados, sin posibilidades de hablar, y por eso se omitía su testimonio. Pero, entonces, ¿por qué no se mencionaba siquiera su presencia en el lugar y la agresión de que habían sido objeto?

Al llegar a su casa trató de conversar con su madre. La haló como adormilada, muy lenta, muy dispersa. Pensó con tristeza en su vida. Tenía amigas, las visitaba, la visitaban; a veces salían juntas a comer, al teatro, a ver exposiciones; jugaban bridge. Leía uno que otro libro. En la actualidad se ocupaba de sus hijos, de Juan e Irma. Trataba de interesarse en su trabajo, en sus cursos, en sus publicaciones, pero él suponía que con resultados más bien parcos. Otra cosa sería si en vez de hacerla en torno a José María Luis Mora hubiera escrito sobre Carlyle o Mirabeau. Si en vez del 1914 mexicano hubiera sido ese año, pero en Berlín, en París o Londres. Todo sería entonces diferente; habría algo de que enorgullecerse frente a las amigas. Clemenceau, Bismark, Francisco José, una estela de nombres bastante más atractivos que los de Eulalio Gutiérrez, Roque González o Genovevo de la O. Volvió a advertir cuánto la quería y lo exasperaba a la vez. Lo mismo les pasaría a sus hijos; la amarían y la compadecerían. Pero, ese día, el tono le pareció más fatigoso que de costumbre. Hablaba de Eduviges y de Antonio. Los periódicos del mediodía anunciaban la formal prisión de su primo. Se desconocía su paradero. Con toda seguridad había salido del país. Dijo haber hablado por teléfono con Eduviges. Después de mucho

batallar para localizarla, apenas habían podido hablar. Eduviges se había vuelto un estallido de lamentos e imprecaciones. La situación era francamente mala: Antonio no podría volver en mucho tiempo. Y ella debía de saberlo bastante bien.

Comentó entonces que el día en que había visitado a su tía, no hizo sino quejarse de las persecuciones a que se había sometido a su familia casi desde comienzos del siglo.

—Exagera, siempre ha sido exagerada, pero de algún modo tiene razón. Durante la revolución les confiscaron la casa; precisamente en este año 14 que has estado estudiando; les robaron objetos de muchísimo valor, y lo que no pudieron llevarse lo destruyeron. Me imagino que su familia andaba mal de dinero y que la revolución vino sólo a darles la puntilla. El parentesco entre nosotros y Dionisio era más bien lejano; pero mis papás lo trataban como a otro hijo. Yo era niña cuando él ya estaba en la Universidad. Era un santo, lo oí decir desde que tuve uso de razón y por propia experiencia puedo asegurarlo. No tuvo ojos para otra mujer. Siempre fue tímido, estudioso, bien educado. De joven conoció, me imagino que en la Universidad, al hermano de Eduviges, y con toda seguridad él los presentó. Los Briones eran tres; Arnulfo, el mayor, y dos mujeres. Por cierto la otra, Gloria, murió hace poco en Italia, y no le di el pésame a Eduviges. Salió de México con su marido hace mucho tiempo; un Peña, de Querétaro. Recién casados prefirieron instalarse en Francia. No era guapa, aunque claro, mucho mejor que Eduviges. Enviudó en Europa y se casó en segundas nupcias con un conde italiano. Eduviges citaba a diestra y siniestra a su cuñado y a su hermana, la condesa. Siempre ha sido una lata de mujer, presuntuosa, enredosa. De no haber sido tan fea, se me ocurre que habría envejecido con más tranquilidad. Su familia era la familia, la única. Le escribía a su hermana casi a diario y la condesa le respondía con una postal allá por Pascuas y San Juan. A Arnulfo ese matrimonio no le hizo ninguna gracia. Era un hombre detestable. Manejaba a Dionisio como le daba la gana, y él se dejaba, hasta parecía que fuera feliz por no tener que tomar decisiones. De cualquier manera, nunca compartió sus empecinamientos. Arnulfo le impuso por esposa a Eduviges, que ya parecía incasable; me imagino que le espantaba tener que cargar con ella. Soltero o casado, Dionisio mantuvo sus hábitos de siempre: el trabajo, sus libros, sus traducciones; eso fue su salvación. Daba clases en la Universidad. Al principio Eduviges necesitaba hacerle sentir en todo momento que ella y su hermano, no se diga la condesa, pertenecían a una casta superior. Dionisio la oía con resignación, con paciencia, hasta con algo de humor. ¡Qué iba a hacer! Si hubo entre ellos algo mayor que una contrariedad se debió sin duda a las ideas de Arnulfo, a su manía de inmiscuirse en la vida de los demás. La amistad de los tiempos de la Universidad se fue enfriando poco a poco. Cuando Arnulfo comenzó a trabajar con los alemanes ya apenas tenían trato. Salvo el saludo, claro. Eso le pasó a Arnulfo con mucha gente. Con mis papás, por ejemplo. Conmigo no, porque desde un principio no fue santo de mi devoción. A tu padre le caía como bomba. Lo que no le perdono a Dionisio fue no advertirnos,

cuando viviste con ellos, que en ese departamento tenía su despacho Arnulfo. Es lo único que tengo en su contra. Le pasábamos una cantidad al mes bastante generosa para tus gastos y luego supimos que quien pagaba la casa era Arnulfo Briones. Una incorrección, a mi juicio, inexplicable.

—¿A qué alemanes te refieres?

—¿Alemanes? —preguntó desconcentrada.

—Dijiste que cuando Arnulfo Briones comenzó a trabajar con ellos apenas tenía ya trato con mi tío Dionisio.

—¡Ah! Representaba en México a algunas firmas comerciales. Exportaba productos. Nunca me ha gustado hablar de lo que no sé, pero hubo un tiempo en que viajaba con mucha frecuencia a Alemania. Pasó allá una o dos temporadas largas, de un año más o menos. Del último viaje regresó casado. Dionisio conoció entonces muchas privaciones. Su sueldo en la Universidad era casi simbólico, y con el gobierno, me imagino, también ganaba muy poco; fue cuando te quedaste a vivir con ellos; me pareció una manera discreta de ayudarlo. Estaba pagando el terreno donde años después construyeron una casa en la colonia del Valle, y se las veían muy duras para salir adelante. A tu padre, en cambio, le iba bien en el ingenio y nos resultaba una solución tenerte en México hasta que acabaras el año escolar. Claro, la ayuda que en verdad contaba para ellos fue la de Arnulfo, la que a Dionisio debía de saberle a purga, pues como te dije la amistad entre ellos estaba muy estropeada. ¡Pobre Dionisio!, vivía como asustado, ¡no digas ya después de la muerte de Briones! Dos o tres veces fui a verlo y no pude entender que ocurría. Vivían con verdaderas estrecheces, no contaban con nada. A Dionisio era imposible sacarle una palabra, y Eduviges no hacía sino hablar, pero sin ton ni son. Decía cosas y se arrepentía al momento, se contradecía. Quería irse a vivir con su hermana Gloria, pero ni se podía viajar entonces a Europa ni tenía dinero para hacerlo. Temía por su vida y por la de sus hijos. Veía enemigos por donde quiera. Vivía sin sirvientas por miedo de que le introdujeran espías en la casa. ¿Puedes creerlo? La muerte de Arnulfo la tuvo desequilibrada durante mucho tiempo.

—Según ella —comentó él—, la persecución familiar continúa, y la campaña contra Antonio es una prolongación de la conjura contra su hermano. Llegó a decir que Arnulfo fue asesinado...

—Siempre lo dimos por un hecho, tu padre y yo, quiero decir. Arnulfo era un hombre con muchos enemigos. Te lo repito, al final ya nadie lo trataba, fuera de Haroldo Goenaga, su primo. ¡Qué pareja, Dios mío! ¡Qué par de monigotes ridículos! Los vi juntos en la Sagrada Familia cuando se casó una de las Roiz. Hace mil años de eso, pero me parece ver aún al par de viejos sacristanes con los ojos en blanco, dándose golpes de pecho, enfervorecidos, como si compitieran uno con el otro en devoción. —Del Solar la oía con sorpresa. No recordaba haberle conocido esos brotes liberales—. Más mocho todavía que Arnulfo era Goenaga. Su hijo, en cambio, es otra cosa, un encanto, como si lo hubieran hecho con otro molde. ¿Sabes que Arnulfo se

tuvo que esconder en una época en un rancho de Tamaulipas? Fue después del levantamiento cristero. ¿Te acuerdas de Arnulfo?

No esperó la respuesta porque oyó los gritos de los niños que peleaban en otra parte de la casa, seguramente en el comedor, y salió a tranquilizarlos. Del Solar durmió una pequeña siesta, y cuando un rato después le preguntó a su madre en qué se basaba para considerar la muerte de Arnulfo como un asesinato, ella dejó al lado una revista, se quedó mirándolo inexpresivamente, y después de unos momentos de silencio respondió:

—No recuerdo, ha pasado demasiado tiempo. De lo que estoy segura es que tienen que habérmelo dicho, que no lo inventé. Eduviges hablaba de una historia muy rara, un chantaje. Alguien le exigió dinero a Arnulfo para no revelar un asunto de familia, parece que los secretos de un pariente, un pervertido, algo así. Un chantajista se había apoderado de algunos documentos. Estaba muy alterada; hablaba, ya te lo dije, hasta por los codos, pero sin claridad. Arnulfo fue siempre muy pesado; le reprochaba a Dionisio que diera clases en la Universidad, que trabajara en el gobierno. Lo humillaba cada vez que podía. Mi pobre primo comenzó a levantar cabeza sólo después de la muerte de su cuñado. Mucho después. Pero si Eduviges piensa que con Antonio pasa lo mismo que con su hermano, eso prueba que está peor de lo que me imaginaba. Antonio se enriqueció de una manera escandalosa, eso es lo que pasa, y a la vista de todos. Harían muy bien en detenerlo y meterlo en la cárcel — concluyó en una súbita racha de ira.

Ni ese día ni durante los siguientes pudo volver a hablar Del Solar con su madre sobre el tema. Se ponía de pésimo humor, se cerraba, decía no recordar nada. Insistía en que en aquel entonces no vivía en México sino en Córdoba; su marido era gerente del ingenio más importante de la región. ¿Iba a escribir un recuento de las tribulaciones de Eduviges? ¿Para eso había elegido la carrera de historia?, le preguntaba con acritud.

En esa ocasión en que le habló del mal ambiente que rodeó a Arnulfo Briones durante sus últimos años, Del Solar advirtió que todos consideraban su muerte como un crimen y les parecía natural que así fuera. Aquella misma tarde salió de su casa, atravesó el Paseo de la Reforma, cruzó la colonia Juárez y entró en la Roma. Era una tarde muy fría. Le daba gusto caminar bajo esa temperatura invernal. Lo aliviaba del mal humor que le había dejado la parte final de la charla con su madre. Sintió de pronto que dejar a sus hijos bajo su responsabilidad había sido una decisión muy aventurada. Debía volver a examinar la situación. Tal vez lo mejor sería desistir del trabajo en Inglaterra. Vivir con los niños en Bristol, como lo había hecho al final del último semestre, era una locura. Casarse de buenas a primeras para que alguien lidiara con ellos, otra peor. Era cuestión de pensar las cosas con más calma. Posibilidades de trabajo en México las había y buenas. Dedicaría su tiempo a estudiar con rigor las relaciones exteriores de México en el primer año de la guerra. Escribiría *El año 1942*.

Se descubrió de pronto en medio del patio. ¡Qué vaga la cronología de los recuerdos de infancia, qué precisos en cambio ciertos detalles! Para su primo fue un año de enfermedades. Lo vislumbra tendido en la cama, con un álbum filatélico al lado. Amparo es siempre una figura nítida, bien delineada. Pero sin duda alguna la imagen sobresaliente la constituye su tía Eduviges. Se ve jugando en el patio central con chicos españoles y sudamericanos, hasta que tímidamente se acercaron también los europeos; un húngaro, un holandés, los alemanes. Las situaciones pueden ser borrosas, pero no así la actitud monologante de su tía. Hablaba con él y con Amparo de temas que sus padres jamás habrían tocado en su presencia. No establecía diferencias entre niños y adultos, quizá porque un germen de infantilismo permaneció siempre vivo en ella. Del Solar recuerda un chisporroteo de anécdotas, de rezongos, de peroratas, pero le faltan hilos conductores, los puentes posibles para incluir aquellos fragmentos en un todo unitario. Había en la voz de su tía una calidez que fue languideciendo hasta extinguirse del todo. La gente se refiere a las virtudes angelicales de su tío; él, en cambio, lo registra como un hombrecillo insignificante vestido de oscuro, con un portafolios negro bajo el brazo; marchito, distante.

El ejercicio de memoria filtró también la figura aborrecible de Arnulfo Briones. Varias veces lo vio sentado en la sala, leyendo el periódico, tomando una taza de café, o simplemente adormilado. Lo ve marcharse acompañado de un fulano silencioso cuyo oficio consistía, al parecer, sólo en escucharlo. En dos o tres ocasiones Briones lo sometió a interrogatorios antipáticos sobre las opiniones de sus compañeros de juegos. Una vez, al final de su estancia en aquel departamento, es decir poco antes del asesinato de Erich María Pistauer, Eduviges le exigió a su hermano prohibirle a su guardaespaldas presentarse en el edificio al no estar él presente, porque perturbaba a todo el mundo, comenzando por las criadas. Fue una discusión tumultuosa. Su tía, con aire más desafiante que el habitual, le dijo a su hermano que tuviera cuidado con Martínez «porque hombre más falso y desleal difícilmente podría concebirse», que en el momento más oportuno, y ella con la intuición de siempre consideraba inminente ese momento, le clavaría un puñal por la espalda, o, en el mejor de los casos, terminaría vendiéndolo por treinta monedas. Briones se sulfuró. Gritó que las mujeres eran incapaces por naturaleza de entender nada. La hermana, sin oído, añadió que su marido opinaba lo mismo. Briones se rió con una risa espeluznante, como de vidrio raspado, y respondió que para el caso era lo mismo, ya ella se había encargado de destruir la poca virilidad que poseía, que ni siquiera se sabía si era hombre o vieja. Habló de la decadencia familiar, del relajamiento, del naufragio de aquella casa. Eduviges lo escuchó tranquilamente. Con tono calmado comenzó a pedir perdón por sus palabras; prometió permanecer muda ante los peligros que veía acechado.

Pero —y ahí abandonó el tono sumiso y comenzó la gran actuación— ¿quién era él para fijar normas de conducta? Había introducido en el seno de su familia primero a una lépera, luego a una divorciada. ¡La primera entre los Briones! ¡Sabía que el marido de su mujer estaba vivo y la había seguido hasta México! Añadió que el

esbirro de todas sus confianzas no era tan confiable como suponía; había comenzado a hacer averiguaciones sobre Adele y su familia con las judías del piso superior, quienes conocían muy bien, repitió aquel «muy bien» con un acento y una mueca innobles, el pasado de su mujer alemana y de su marido, el cirujano. Eduviges insistió en que se sentía timada, engañada, lastimada, y, en su incapacidad para fingir, había hablado con el hijo de Adele y la conversación no dejó posibilidad de error. El chico respondió con naturalidad, porque esa gente acababa por considerar todo normal, que sí, que su padre estaba en México. Arnulfo, descompuesto, dio un puñetazo en la mesa. Gritó que se callara el hocico si no quería que toda relación entre ellos quedara rota para siempre. ¡Le habían nacido víboras en vez de hermanas! Su matrimonio era legítimo. La boda anterior de su mujer no había sido sancionada por la iglesia.

Su confesor no había encontrado objeciones. La furia desapareció, la voz se hizo menos violenta, más insegura, luego casi implorante al preguntar con ansiedad sobre los encuentros de Martínez con las judías del piso superior. Es posible que en ese momento llegara alguien, o que los hermanos se hubiesen encerrado en el despacho, pues no logra recordar el final. Él y Amparo habían presenciado la escena desde un cuarto contiguo, tendidos en el suelo, simulando leer sus libros de cuentos. Lo cierto era que no apartaban los ojos de su tía. Una hoja de la puerta les impedía ver a Briones. Tampoco él podía verlas. Sólo Eduviges. El hecho de contar con un público, aunque constituido sólo por un par de chiquillos, debió de ayudarla a mantener su actitud marmórea y hablar con la artificiosidad con que lo hubiera hecho en un escenario. Treinta años llevaba sin recordar ese episodio surgido de repente con una vivacidad que tenía mucho de espantoso. Claro que podía estar alterado. Se lo había contado a sus padres al reunirse con ellos en Córdoba. Quizá desde el momento de relatarlo por primera vez le había creado ese clima histriónico, y así lo había conservado su memoria.

Del Solar preguntó a un par de jóvenes que bajaban la escalera del edificio, cargados de libros, por el departamento del administrador. Uno de ellos le mostró con el rabillo del ojo y un movimiento de cabeza una puerta en el fondo de la planta baja.

El historiador se sentó frente a un hombre corpulento, de cabello largo y espesas patillas de cochero que descendían por unos cachetes mofletudos y grasientos, con una taza de café en la mano. En un rincón del cuarto, una mujer minúscula cortaba una tela color granate en una mesa de sastre. El historiador comenzó por manifestarle al administrador su interés por encontrar un apartamento. Tenía que ser amplio y estar situado en el primer piso, pues tenía dos hijos, uno de diez y una niña de siete años, y no le gustaría que anduviesen por los corredores de los pisos superiores, por considerados poco seguros. Contó que de niño él mismo había jugado en el patio central. Tenía amigos en el edificio. Hacía de eso la friolera de treinta años. ¡Qué manera de volar el tiempo! Era entonces un lugar distinto... Aún no habían construido al lado ese horrendo edificio de concreto que, con su peso, estrangulaba al Minerva, con riesgos de hacerlo un día tronar del todo.

—¿Tenía amigos en el edificio, señor?

—Sí, hijos de sudamericanos. No recuerdo si colombianos o uruguayos. También unos muchachos españoles y alemanes; ya le digo, hace mucho tiempo de eso.

La esposa del administrador, sin dejar de cortar la tela y cotejar el tamaño de cada pieza, entrecerró los ojos y lo miró con aire sorprendido.

El administrador comentó que vivía allí hacía lo menos veinte años. Su suegra tenía a su cargo la portería y le había conseguido un trabajo de mandadero en casa de la propietaria. Fue subiendo de nivel poco a poco; no le gustaría vivir ya en ninguna otra parte. Su mujer procedía también de lo más bajo, hija de portera, algo muy diferente a la administración, pero había aprendido un oficio de más mérito y el trabajo nunca le faltaba. Era cortinera. La conversación fluyó con animación. Del Solar comentó que conocía un libro de arquitectura donde se mencionaba el edificio, se reproducían fotos y se narraba su historia. Comentó que él era historiador, y por eso le gustaría vivir allí. Un edificio como aquél era una tentación. Uno sentía ganas, con sólo pasar por la calle, de escribir todo lo que había ocurrido en su interior.

—Pero un departamento como el que usted necesita no me parece posible. A veces quedan libres los de arriba; por desdicha los más pequeños. En general allí vive gente joven. Se quedan uno o dos años y se van. Quienes viven en los grandes no los sueltan. —Habló de algunos inquilinos famosos a quienes un escritor de historias le habría gustado conocer—: El licenciado Villegas, por ejemplo. Hubo que echarlo debido a sus escándalos. ¡Villeguitas! No había modo de ponerle freno. ¡Qué de vicios! ¡Quién nos iba a decir que a los pocos años lo nombrarían agente del ministerio público en Tijuana! Ha vivido aquí mucha gente curiosa: pintores, periodistas, una dama boxeadora, escritores, bastantes extranjeros. Me tiene usted que decir el nombre del libro.

Miguel del Solar le explicó que el libro trataba del edificio como obra de arquitectura. Por desgracia no existía ninguno que hablara de los inquilinos. Comentó que cuando iba a jugar allí se hablaba de un crimen muy sonado cometido poco antes frente al zaguán.

La mujer suspendió en el aire las tijeras y se le volvió a quedar mirando con fijeza.

—Aquí ha habido de todo —respondió el administrador, rascándose con un dedo regordete las patillas—; tragedias no han faltado, son cosas que pueden ocurrir en cualquier lugar. No hace mucho murió una sirvienta de un ataque de nervios. Y hace, eso sí, bastantes años una americana se arrojó desde la azotea. Comenzó a gritar, a encuerarse, a llamar la atención de los vecinos y cuando éstos salieron a los corredores, se arrojó al patio. Estaba drogada, dijeron después. Tal vez ése sea el caso al que usted se refiere.

No; le explicó que ése no era el caso. El suyo, por designado de alguna manera, había ocurrido treinta años atrás. A un joven austríaco o alemán le habían disparado un balazo desde un coche, y habían herido a dos personas más. El administrador no

recordaba nada. Del Solar añadió que el joven asesinado había asistido a una fiesta que daba en el edificio una de las mujeres más famosas de aquel tiempo, Delfina Uribe, la hija del licenciado Uribe.

—Ya caigo. —Y el portero comentó que él todavía no llegaba cuando aquello ocurrió, pero que su suegra le había hablado del caso. Claro que algo sabía, se trataba de un crimen pasional. Un general enamorado de una actriz había mandado matar al alemán por celos—. ¿Tú te acuerdas de algo? —dijo dirigiéndose a su mujer.

—No; de nada —dijo con voz apagada.

—Mi mujer era una niña. En aquella época vivía aquí una clase mejor de gente. La de ahora, como usted verá, es más modesta; por una parte es una lástima, pero no llega a los crímenes pasionales, y eso, se lo aseguro, es una gran ventaja.

—¿Se fue toda esa gente?

—¿Quiénes?

—Los inquilinos de la alta.

—Sí, señor, eso se acabó. Se marchó la elegancia, y a cambio llegó gente más humilde; la verdad, a veces mera plebe. El edificio es un desastre, usted lo habrá visto. Se fueron todos; queda aquí claro, el señor Balmorán. También escritor, por cierto. Hace poco salió un artículo con su foto en el periódico. Sí, los únicos que quedan son Balmorán y una alemana.

—¿Emma Wefel?

—¿La conoce? Emmita y su madre aquí vivieron hasta hace ocho o diez años. Se mudaron a una casa preciosa, según me cuentan. Se lo merecían. Hace poco murió la doctora, dos años, creo. No, no, la alemana de aquí ya estaba cuando yo llegué. Con toda seguridad usted no la conoce, no hay modo de que la conozca nadie. Para nosotros es un problema. Pasa uno frente a su puerta, y apesta a rayos. Los vecinos no me dan paz ni cuartel. No hay día sin una queja. Habla sólo con sus familiares; ellos le llevan la comida. Desde hace tiempo no puede subir ni bajar las escaleras. Casi no se mueve. ¡Un carcamal! Los vecinos del departamento de abajo se quejaron un día de que se les filtraba la humedad. Fue necesaria una verdadera lucha para que pudieran entrar los plomeros a revisar las instalaciones. Tuvimos que estar presentes el hijo de la vieja y yo, en representación de la propietaria. Una casa de dar náuseas, se lo aseguro. Se cae el suelo bajo el peso de las inmundicias. Cada tantos días se presenta su hijo, un hombre también ya viejo, con un tufo a alcohol, que lo podría tirar al pasar a su lado. Viene con una bolsa grande de cartón. La comida me imagino. A veces llega el nieto. Tampoco ellos hablan con nadie. A mí me pagan la renta con puntualidad, eso hay que reconocerlo. Dice la propietaria que mientras cumplan no hay problema. Pero, licenciado, yo le digo que no es así, que sí hay problemas. No podemos tener inquilinos de mejor calidad, como ella quiere, y como a todos nos gustaría, mientras el piso apeste a rayos. Si quiere conocer las historias de este edificio hable con el señor Balmorán, a lo mejor lo conoce usted y se las cuenta. Con la mujer no se haga ilusiones. No diga usted conversar sino que ni siquiera le abrirá la

puerta.

Poco antes de salir, Del Solar volvió a captar en un espejo la mirada de inquietud, de desconfianza, casi de rencor, con que seguía observándolo la cortinera.

5. IDA WERFEL HABLA CON SU HIJA

NO fue difícil visitar a Emma Werfel. Miguel del Solar le telefoneó una mañana, y al día siguiente por la tarde estaba ya en su casa. Salió a abrirle la puerta la figura insignificante, vislumbrada vagamente en la galería de Delfina Uribe. Un par de gafas de amplios aros redondos le cubrían buena parte del rostro, dándole el aspecto de una campamocha. Su cuerpo entero, sus gestos, sus frases y silencios desprendían un aire de exaltación y de martirio. Vestía una batita color café oscuro como las que usan algunas mujeres en cumplimiento de mandas religiosas. Salvo los lentes, todo en ella era raquítrico, ralo, disminuido. Sin embargo, en los momentos más impredecibles, podía brotar de aquellos huesos cubiertos por una piel amarillenta, manchada y resentida, una vehemencia descomunal. Era casi imposible adivinar su edad. El cuerpo diminuto, lo furtivo de los movimientos, cierto candor de voz la hacían parecer casi una niña. La piel opaca, el rostro deslavado, los ojos sumidos e incoloros detrás de los cristales eran los de una vieja.

La casa se encontraba en una calle estrecha de la colonia Condesa. La fachada era tan anodina como la calle. No así su interior. Al cruzar un vestíbulo se penetraba en una habitación de buen tamaño donde lo único visible era una figura de bronce colocada sobre una columna salomónica de mármol negro: el busto de quien sin duda alguna fue Ida Werfel. Seis o siete rayos de luz surgidos de diferentes puntos de techo convergían sobre aquella pieza escultórica: un pecho y hombros de dimensiones más que generosas y una cabeza diminuta, de garbanzo, con una frente que hacía pensar en las mujeres casi calvas de Cranach. Oprimía las sienes de la insigne dama una discreta corona de laurel plateado.

—¡Se encuentra usted ante Ida Werfel! —dijo con acento victorioso la mujer minúscula.

Del Solar pensó en el contrasentido genético implícito en el hecho de que aquellos hombros y pecho demesuradamente opulentos, así como el brioso y bovino cuello que contemplaba en esos momentos bajo la lluvia de luz, correspondieran a la progenitora de esa ratita mínima que, con acento heroico, había pronunciado la frase de presentación.

La respondió que no era necesaria la advertencia. Él había conocido a su madre, aunque, para decir verdad, nunca había tenido trato personal con ella. Asistió años atrás a varias conferencias suyas: conocía, por supuesto, sus ensayos. Hasta tenía la vaga idea de que en la niñez las había visto a ambas, madre e hija, en los corredores de un edificio muy original donde en aquella época vivían familiares suyos. Comenzó, sin más, a explicarle el proyecto de su próximo libro. Una crónica del año 1942. El edificio al que se refería, el Minerva, podía constituir el punto de partida, ya que en él se habían alojado refugiados de distintas nacionalidades, corrientes y matices. Además de los extranjeros, en aquel edificio convivían, hacia los años

cuarenta, familiares de revolucionarios mexicanos con gente ligada a la reacción más extrema.

—Mucha gente, sí, llegada como dice usted de los lugares más lejanos, pero, si me es posible señalarlo, una sola Ida Werfel.

—Efectivamente —dijo, sorprendido ante aquel nuevo arrebato triunfalista—. Ella era la figura eminente en esa comunidad, por lo menos desde el punto de vista intelectual. Si usted quisiera, podría ayudarme mucho. Me podría explicar, por ejemplo, qué ambiente encontró su madre en México al llegar. ¿Fue desde entonces propicio a su trabajo?

—Sí y no. Esas cosas no se dejan explicar así, de golpe. Si analiza la emigración alemana entenderá el porqué. Ella no tenía compromisos políticos. Su única obligación la había contraído con la palabra, es decir, con la expresión más alta del ser. Estamos terminando de acondicionar esta casa de estudios para que nuevas generaciones de investigadores se beneficien con sus hallazgos. Le ayudaré en todo lo que me sea posible. Cuanto hay aquí está a su disposición: la biblioteca, el archivo, sus notas. Ida Werfel realizaba en un día lo que a otras personas les lleva semanas enteras. Dejó un material inmenso, que hemos logrado clasificar. El 15 de marzo del año próximo cumpliría ochenta y cinco años. Con ese motivo me propongo rendirle el mayor homenaje que una hija puede tributar a su madre. El centro de investigaciones literarias llamado con su nombre se inaugurará en este local el día de su aniversario. Se dará también a conocer —entonces entrecerró los ojos, contrajo los músculos del rostro, y continuó con voz apagada pero intensa— una edición de homenaje que, se lo puedo asegurar ya ahora, constituirá un gozo y será una total sorpresa para sus lectores.

—¿Trabajos inéditos?

—Sí, de principio a fin. Aunque no se trata de la habitual publicación póstuma de textos truncos y mal pergeñados. El proyecto es mucho, muchísimo más complejo. Ha sido apasionante realizado. Pero, venga, no conoce usted aún nuestro instituto.

La gran sala no contenía sino el busto iluminado de la hispanista insigne. El resto de la planta baja estaba compuesto por la nutrida biblioteca, colocada en varios salones pequeños. Las estanterías corrían del suelo al techo; en cada habitación había mesas de trabajo.

Miguel del Solar subió después al piso superior, donde imaginó a Emma Werfel en su labor sin tregua, viviendo con la mayor modestia. Supuso que detrás de alguna de las puertas habría un dormitorio, un pequeño comedor, con toda seguridad una mínima cocina. La habitación principal la constituía el amplio estudio con un gran ventanal que daba a una terraza cuajada de palmas y azaleas.

—Aquí trabajaba ella. Mire —le dijo mostrando una pared que era el perfecto monumento a la vanidad—, he hecho colocar sus diplomas, sus títulos, sus condecoraciones, algunas fotos conmemorativas. En realidad esto le importaba un bledo. No necesitaba ninguna confirmación o reconocimiento a las virtudes de su

trabajo. La única importancia que le atribuía a esos documentos y medallas era reforzar la difusión de sus ideas. Es el único sentido que puede tener la fama, ¿no cree usted?

—Sí, tal vez —respondió, tomado por sorpresa, sin convicción. Emma le indicó un asiento a su huésped. Ella se sentó en el sillón colocado tras la gran mesa de trabajo. Por un momento fue Ida Werfel, la insigne, la luminosa. Suspiró con pena, no pudo mantener la altura. Había algo en ella que tiraba hacia abajo, la disminuía y la condenaba irremisiblemente a ser sólo y a perpetuidad la hija abnegada de una mujer genial.

—¿Me decía usted —continuó con voz metálica y seca, que sin embargo se empeñaba en mostrar algún calor— que le interesan algunos aspectos de la obra de Ida Werfel?

Del Solar respondió que le interesaban muchos. Sus estudios sobre el sincretismo español, por ejemplo, que la autora extendió más tarde a la Nueva España.

—Y aun al México actual —añadió la hija—. Casi todos sus últimos trabajos se centran en alguna preocupación contemporánea. He estado reuniendo sus conferencias, sus últimos apuntes.

—¿Para el libro de homenaje?

—No, para otro que se publicará en edición normal. Ella lo hubiera editado con la regularidad con que fue entregando cada par de años sus originales a la imprenta. Es un libro, además, donde algunas ideas están sólo esbozadas. Un homenaje, permítame decírselo, tiene otras exigencias.

—Y ella merece uno extraordinario. Leyéndola comprendí el sentido si no de la historia —dijo con voz aguda, contagiado de repente por el tono ditirámico de aquella enloquecida niña vieja—, que eso es casi imposible, sí el de trabajar sobre la historia. Lo primero que leí de su madre, sabe usted, fue un ensayo sobre Tirso de Molina, en un suplemento literario.

La mujercita dijo que posiblemente se refería a las Meditaciones sobre Tirso, el primer trabajo al que se dedicó al llegar a México. Añadió que Tirso le fascinaba a su madre, volvía siempre a él, a pesar de que sus puntos de vista sobre el mercedario le produjeron muchos quebraderos de cabeza, pues su visión divergía de los conceptos tradicionales.

—El artículo trataba sobre Tirso y la misoginia. —Del Solar había buscado la tarde anterior ese viejo número de Cuadernos Americanos, revista en la que en una época ella había colaborado de manera regular, en parte para tener puntos de referencia durante la conversación, pero sobre todo porque sabía que una discusión sobre Tirso, iniciada por Ida Werfel, había producido un escándalo, el inicial, en casa de Delfina Uribe, la noche de la fiesta—. Muy cierto lo que dice usted; allí su madre contradecía la opinión de muchos comentaristas famosos, Bergamín entre otros, quienes idealizaban en exceso la femineidad de las heroínas de Tirso. Su madre señaló la mezcla de horror y fascinación que el autor sentía ante sus personajes

femeninos. La mujer transformada en azote y castigo del hombre por el cual se encapricha. El mundo de Tirso, señalaba ella, configura uno de los reductos más emponzoñados de la sexualidad. La función de la hembra parece no tener más sentido que el de castrar a su galán.

—Ha leído usted muy bien —lo interrumpió la mujer—. Pero usted sería un niño cuando aparecieron las Meditaciones.

—Efectivamente, pero ese capítulo lo leí en una revista más tarde.

La hija de Ida Werfel adoptó un tono doctoral y con voz neutra explicó que, al parecer, el libro fue visto con recelo por algunos hispanistas tradicionales. Su madre los despreciaba, sobre todo a Vossler, por una serie de complicadas razones que Del Solar no comprendió. A su madre no le interesaba repetir conceptos manidos, sino crear, pensar por su cuenta. Se interesaba en las ideas. En la vigencia de los clásicos, por ejemplo, saber dónde y por qué su lengua y sus temas seguían siendo actuales. Ella afirmaba que toda obra se sostenía por esos cuantos fragmentos en que el idioma vivía e irradiaba luz sobre el cañamazo lingüístico. Esos pasajes lo eran todo. Su suma constituía la literatura de una nación. Eran los pasajes que no requerían de notas ni acotaciones para su disfrute, aunque algunos o muchos de los vocablos nos fueran desconocidos. Y algunas porciones de las obras morían. Tirso, Góngora, Cervantes las tenían. Las obras más perfectas de los escritores del pasado, y aun las de los vivos, poseían esas zonas donde la lengua se enmohece y petrifica. Una obra se salvaba sólo cuando contenía la centella de verdad, ese halo extrañísimo que alimenta o vivifica el lenguaje. La labor del estudioso debía consistir en detectar esa centella y, a su luz, estudiar las estructuras, los problemas estilísticos, las obsesiones del autor.

—¿Me sigue usted? —preguntó al final de la larga disquisición que recitó de corrido, casi sin respirar—: ¿Le interesan a usted sus conceptos de exegética literaria, no es verdad?

—En parte sí, pero no sólo eso. La corriente de escritores, pensadores, científicos que llegó de distintos lugares de Europa a partir de 1939 y se mantuvo hasta finales de la guerra produjo una especie de renacimiento en varios campos de la vida mexicana. Usted lo sabe mejor que nadie, puesto que vivió esa época y participó en el fenómeno. Claro que entre quienes llegaron no todos tenían, ni mucho menos, la talla de su madre. Puede decirse no que languidecíamos, no creo que fuera el caso, sino que nos encontrábamos al inicio de un despegue donde la influencia de otras mentalidades y nuevos métodos de investigación produjo una evidente euforia.

—Para Ida Werfel yo no era sólo una hija —dijo la mujercita, la cual por lo visto no había prestado mayor atención a las palabras de Del Solar—, fui también su secretaria, su chófer, su hermana, su confidente, sobre todo su amiga.

—Y debe sentirse muy orgullosa de ello.

—Su curiosidad no conocía límites ni tascaba freno. Sus días debían haber tenido treinta y seis horas. Le interesaba todo: la literatura española, la mexicana, la universal, la historia, la pintura, la etnografía, la música, la filosofía, la gastronomía,

los viajes. En los últimos años recorrió mucho mundo. Dio cursos en Estados Unidos y conferencias en España, en Brasil, en Israel, en Buenos Aires. Asistió a muchos congresos internacionales. Fue presidente honoraria de distintas instituciones. En sus últimos años recogió algo de lo sembrado. Esta casa es fruto y espejo de sus labores. ¿En especial le interesan sus trabajos sobre el Siglo de Oro? Tirso, me dijo, sí. El Siglo de Oro fue su pasión mayor. Introdujo ideas que después otros comentaristas han usufructuado como propias. Su primer libro fue ya consagratorio: *El pícaro* su cuerpo, se llamó en español. Me dicen que un ruso estudió lo mismo, sólo que mucho más tarde, y con referencia a Rabelais. ¡El cuerpo del pícaro! ¡La función de las vísceras! ¡Un libro demasiado fuerte para su tiempo! La relación entre literatura e intestinos sencillamente horrorizó a los tradicionalistas. La edición de Leipzig es de 1916, la primera española es del 33. Que una mujer se atreviera a tratar ese tema equivalía a lanzarse a la calle. A pesar de todo, el libro lleva ya ocho ediciones en español y se ha traducido a varios idiomas.

—Es lo que me interesa. Saber cómo en el México timorato de aquellos tiempos se abrieron paso tesis tan audaces como las tuyas; me gustaría conocer su reflejo en el pensamiento de la época.

Durante un momento, el primero de aquel encuentro, la mínima mujer permaneció en silencio, perdida al parecer en sus propias reflexiones. Luego, como si escalara el foso de la memoria hasta llegar a plena luz, con voz titubeante, transformada poco a poco en metálica y victoriosa, dijo:

—Debe saber que cuando llegamos a México no era una desconocida. ¡De ninguna manera! Varios libros suyos habían sido publicados en España y en Buenos Aires. Era en su campo una figura eminente. Su incorporación a la Universidad fue casi inmediata. Por otra parte, la embajadora suiza, Mme. Desilly, de nacimiento argentina, quien la había conocido en Europa, le organizó un grupo de alumnas diplomáticas que se reunían una vez por semana para oírla en distintas legaciones. Otras señoras mexicanas, convocadas por la esposa de un banquero, decidieron emular a la embajadora y tomar lecciones. Le propusieron un ciclo sobre «Los libros que movieron a la humanidad». Por supuesto, el nombre del ciclo era de ellas. ¡Una cosa de risa! ¡Ida Werfel obligada a explicar el ABC de la literatura y el pensamiento, EL Quijote, La crítica de la razón pura, El Kamasutra!, ¡imagínese usted!, ante aquella absurda pléyade de mujeres presuntuosas. Yo hacía por las noches los resúmenes y redactaba las notas de lectura necesarias que extraía de una enciclopedia. No podía permitir que ella malgastara un tiempo que podía emplear, ¡y empleaba!, en cosas de más miga. Pasaban a recogerla en un coche magnífico; allí leía mis notas y llegaba sólo a recreadas en los salones de aquellas sirenas voluptuosas. Era una actriz nata, una hechicera, un prodigioso fenómeno de la naturaleza. La oían con asombro, hipnotizadas, a pesar de no entender ni pizca de lo que les relataba. Una que otra vez la acompañé a tales sesiones. Aquellas borricas elegantes y frívolas parecían sacerdotisas que oficiaran en silencio ante el altar de la Diosa. No era el dinero, eso

es más que sabido, lo que movía a Ida Werfel, ni las influencias que de modo natural se desprendían de aquellos cenáculos de damas falsamente sedientas de ilustración, sino la ilusión, la esperanza de hacer penetrar algún pensamiento en sus cabecitas huecas. «Imagínate», me decía, «que en esos cerebros de mosca llegue a penetrar una idea, alguna ambición; que en vez de pasar el día intrigando entre sí, pensando en engañar al marido y traicionar a la amiga, les ganase la idea de seguir leyendo, de volverse mejores, de descubrir la insuficiencia, la banalidad de sus vidas, de aspirar a una meta más alta.» Era su ideal de vivir en Paideia, que yo desgraciadamente nunca compartí. Aquellos cerebros de mosca, como ella afectuosamente les llamaba, una vez pasada la lección, no se fatigarían con otro pensamiento que no fuera el de adquirir un sombrero estrafalario, descubrir nuevas cremas y perfumes, o asistir por la noche a bailar en algún cabaret de moda.

—¿Fue acogida bien en los medios académicos, entre los intelectuales?

—El contacto fue inmediato y óptimo. ¡No podía ser de otra manera! Un grupo de escritores, jóvenes casi todos, se agruparon a su alrededor. Ella les daba la vida, les transmitía el milagro de su propia diferente juventud.

—Sobre eso precisamente me interesa puntualizar —la interrumpió Del Solar—. Hace poco leí algo que me hizo sentir que, en esa época, ciertos temas de tipo académico eran por entero vivos y contemporáneos. Un artículo periodístico se refería a una batalla verbal en Bellas Artes el día de una representación de La verdad sospechosa. También me han comentado que una discusión de su madre con alguien, la verdad no sé con quién, sobre Tirso de Molina, deshizo una fiesta de Delfina Uribe. En nuestros días sería inconcebible que se diera una pelea porque alguien hubiese demeritado a Ruiz de Alarcón o ensalzado demasiado a Tirso. Se vivía, gracias a buena parte a la inmigración, un clima cultural nuevo e intenso.

—La obra de mi madre comprende no sólo la expresión escrita —dijo Emma Werfel con una aspereza que hasta entonces no había registrado, y sin que Miguel del Solar lograra establecer la relación entre esa respuesta y las palabras que él acababa de pronunciar—. Tan importante como los libros fue su expresión oral, su obra pedagógica. En el aula desplegaba sus grandes intuiciones: después llegaba aquí a desarrolladas con calma, en esta misma querida mesa de trabajo.

—Fue en 1942, noviembre si mal no recuerdo, cuando se suscitó la discusión sobre Tirso de que le habló. Delfina Uribe celebró con una fiesta la exposición de Julio Escobedo con que inauguró la galería. ¿Por qué tanta vehemencia? Me imagino que debió haber discutido con uno de esos españoles intransigentes recién desembarcados.

—Mi madre no discutió con nadie, ni quiso provocar una pelea. ¡Nada más ajeno a sus intenciones! Fue agredida de buenas a primeras por un demente, un loco furioso. Nunca he vivido nada semejante en cuanto a violencia. Aquel energúmeno estaba completamente fuera de sí. Antes del tremendo incidente, ya le llamaba yo, siempre que debía referirme a él, «el orate». ¡No se puede imaginar lo atroz que fue

aquello! La agredió a golpes, a patadas. ¡Qué iba a ser un escritor! ¡Nada más lejos de eso! ¡Era un auténtico patán! ¡Un matón!

—¿Pero por qué la agredió por hablar de Tirso? ¿En qué lo afectaba?

—La agredió porque estaba loco, se lo acabo de decir. Era un psicópata. Fue una noche de absurdas confusiones. Si alguna vez he sentido sueltos y a mi lado los demonios fue esa noche. ¿Sabe usted que al final de la fiesta mataron a una persona e hirieron a varias otras?

—Sí, Delfina me contó que hirieron a su hijo.

—¿A su hijo? ¡Ah, sí, claro! Fue uno de los heridos. Mataron a un joven conocido nuestro. Su padre era un hombre muy fino.

—¿Estaba armado el hombre que agredió a su madre?

Emma K. Werfel se estremeció. Suspiró dolorosamente. Al fin respondió:

—Es posible, no lo sé. Era un individuo doloso. Delfina nos aseguró que ella no lo había invitado. El incidente la mortificó muchísimo. No sabía cómo disculparse. Usted no puede imaginarse el efecto que esa noche produjo en Ida Werfel. Hubo días en que temblaba como una hoja ante el recuerdo de la agresión. «Venimos huyendo de la barbarie y hemos vuelto a caer en ella», me decía. Otras veces se le metía en la cabeza la idea de que los balazos de esa noche le estaban destinados.

—¿Acababan de llegar ustedes?

—¿A México? Sí, pero no del todo. No acabábamos de bajar del barco, eso quiero que lo comprenda. Nosotras llegamos en 1938, o sea tres años antes del incidente atroz. Habíamos salido el año 1933 de Alemania. Una historia en apariencia harto complicada, ¿no es cierto? Salimos de Berlín en 1933 y desembarcamos en Veracruz en 1938. ¿Flotamos acaso en medio del océano los cinco años intermedios? ¿Qué pudo ocurrirnos? Nada en particular, no se alarme. Mis padres se habían instalado en Amsterdam, y en 1938, como si presintieran lo que estaba a punto de ocurrir, salimos rumbo a México. Gracias a esa previsión, Ida Werfel pudo transportar sus libros, sus papeles, algunos objetos a los que estaba muy apegada. Quienes vinieron después, llegaron casi con lo puesto. Este pequeño escarabajo de lapislázu, por ejemplo —dijo, tomando en las manos un objeto, poniéndolo bajo la luz de una lámpara de mesa, aunque en realidad sin molestarse en verlo—, tenía para ella un sentido especial.

Según el licenciado Reyes, de la Universidad, esa mezcla de racionalismo e intuición profunda, de magia en otras palabras, le confería un atractivo específico a la personalidad de mi madre.

—¿Qué la decidió a venir a México? La emigración alemana tenía un carácter político muy marcado; sus integrantes volvieron casi todos a Europa al final de la guerra.

—Para sus investigaciones el idioma era esencial. Las bibliotecas, las nuevas ediciones, la prensa especializada y aun la meramente informativa, el trato con colegas, la formación de discípulos; eso sólo se produce en un ámbito idiomático

adecuado. ¿Qué iba a hacer Ida Werfel en Australia?

—No digo Australia, pero en aquel momento me parecía más lógico que una persona como ella se hubiera sentido atraída por Buenos Aires o por el departamento hispánico de alguna universidad norteamericana. Nosotros gozábamos de pésima reputación en Europa en ese tiempo. Los intereses del petróleo habían creado alrededor de México la leyenda más negra que sea posible imaginar. Menos extraño —afirmó Del Solar con énfasis, fastidiado por no ser capaz de conducir la conversación por el cauce debido y sin saber cómo salir de ese pantano— me hubiera resultado la llegada de Lukács o de Heinrich Mann, por ejemplo. Existía aquí un grupo comunista importante, y se editaba un periódico antifascista en alemán. Hasta donde sé, la señora Werfel no se interesaba en la actividad política.

—Ida Werfel —dijo con tono aleccionador, que parecía indicar que tal era la manera correcta en que uno debía referirse a la hispanista— tenía, claro está, sus convicciones. Como judía no podía ver con tranquilidad lo que pasaba en la otra parte del mundo. Recuerdo haberla acompañado a varios actos públicos donde tomó la palabra.

—Sigo sin comprender —dijo Del Solar con un tono de hastío que era en sí una provocación, como si de pronto se hubiera desinteresado del tema y estuviera a punto de sucumbir a la tentación de suspender la charla, de abandonar el recinto, sin tomar una nota, sin precisar su interés por nada—. ¿Por qué razón eligieron ustedes México? Era bastante difícil ingresar entonces al país. ¿Tenían sus padres amigos aquí?

—Bueno —respondió la otra, con aire de tratar un mero asunto de trámite—, a ella México le interesaba de una manera real. Había sostenido correspondencia con algunos escritores. En este archivo existen dos o tres cartas de Alfonso Reyes. En un artículo, Reyes trató con cierta ironía, a vuelapluma, y con un humor que me atrevería a calificar de bastante ramplón, las conexiones establecidas por Ida Werfel entre la picaresca y las funciones gastrointestinales. Ya en México, las diferencias que hubiesen podido surgir entre ambos se desvanecieron del todo. Mi madre celebró, en un artículo escrito en el barco mismo y publicado al llegar al Nuevo Mundo, las virtudes de la antigua transcripción al español moderno del Cantar del Mío Cid hecha por Reyes. Omitió, pues no le parecía elegante llegar al país con la espada desenvainada, señalar ciertas fallas, a su juicio garrafales. Pronto se va a saber lo que ella pensaba en realidad de Reyes, de Américo Castro, de Amado y Dámaso Alonso, de Brennan, de Solalinde. Lo que opinaba sin tapujos de gente, libros, países. Aparecerá el retrato que el mundo no conoce de Karl Vossler: va usted a encontrarse con una partida de auténticos escorpiones, de sepulcros blanqueados. La obra que se publicará con motivo de su aniversario comprenderá todo, ya se lo he dicho, libros, amigos, vida cotidiana. —Al mencionar la edición de homenaje, la mirada de Emma Werfel se perdió en una visión seráfica—. Por primera vez —concluyó— se expone su pensamiento al desnudo sobre los temas, salvo uno en especial, que la inquietaron

durante toda la vida.

—Sigue sin decirme qué fue lo que la decidió a radicar en México. ¿Venía con una invitación de la Universidad?

—No acabo de entender por qué le interesa tanto ese detalle. El apellido Werfel, que ambas llevamos con tanto orgullo, es el suyo, el de soltera. La K. que yo antepongo al mío, ¡habrá visto la placa en la puerta!, corresponde al de mi padre. ¡Emma K. Werfel, ésa soy yo! El Kalisz de mi apellido reducido a su mínima expresión, a una inicial. —Dejó al fin en la mesa el escarabajo de lapislázu que había sobado durante todo ese tiempo; comenzó a hurgar en una caja de malaquita, sacó unos cuantos clips, los contempló, los volvió a guardar, sacudió con una mano la esquina del mantel, como si quisiera ganar tiempo, como si sus palabras fueran tan banales, intrascendentes como sus gestos, y luego continuó con tono desdeñoso—: El doctor Kalisz, mi padre, era un especialista en alergias. Estudiaba el carácter nervioso de esos padecimientos. Había venido a México en una ocasión con motivo de no sé qué congreso. Un húngaro que poseía aquí unos laboratorios se interesó en sus teorías y lo invitó a colaborar con él. Algo aquí le gustó. No me meto en consideraciones para saber qué fue. Al volver a Amsterdam no hablaba sino de México, del clima y sus frutos, de la gente y los mercados de la cordillera y los volcanes que decía ver desde la ventana de su hotel. Ida Werfel, cuya visión era de muy amplio alcance, lo animó a aceptar la invitación. No necesitó insistir mucho, pues el alergólogo Kalisz se consideraba, ya se lo he dicho, un loco por México. La decisión probó ser más acertada, ya que pocos meses después estalló la guerra. Vinimos con todas nuestras cosas, decididos a quedarnos aquí por largo tiempo. Hay gente cuya incongruencia tiene en sí algo de falaz y cómico: Kalisz, el virulento enamorado de México; Kalisz, el novio de los volcanes, huyó a los pocos meses de haber llegado. Nosotras, las silenciosas, las parcas en palabras, permanecemos. Es innecesario decirlo ya que en esta casa todo es testimonio de ello.

—¿Volvió a Europa?

—¿Él? No, nada de eso, se marchó a Estados Unidos, a un lugar imposible en Dakota. Quería que ella lo acompañara, lo que hubiese significado arrancarla de su ambiente cultural, sepultarla. Por supuesto no aceptó; se lo explicó de la manera más razonable, pues hasta ese día había estado convencida de tener por marido a un hombre evidentemente no brillante, pero sí correcto. Fue una de sus pocas equivocaciones. Se marchó contratado por un instituto para desarrollar no sé qué vacuna antialérgica. Firmó contrato por un año. Sin embargo, no volvió. Durante ese primer año escribió con regularidad, envió dinero cada fin de mes. Después, le fue dando largas al asunto del regreso; sus cartas comenzaron a llegar cada vez más espaciadamente. Un día, debió de haber sido hacia 1946, pues la guerra había ya terminado, le llegó a mi madre una notificación legal. Estaba divorciada sin haber dado nunca su consentimiento. ¿Qué digo? Sin enterarse siquiera del proceso.

—Debe de haberla afectado mucho —dijo él para llenar el silencio que se creó.

—No, no demasiado. Lo que la sorprendió, y mucho, fue la conducta irregular del alergólogo Kalisz, mi padre, al no dar señales de vida a partir de ese momento. Las noticias que de él tuvimos fueron siempre indirectas.

—¿No lo volvieron a ver?

—No lo volvimos a ver. Pero la historia, como dijo el sabio, no conoce el desperdicio. Kalisz falleció pocas semanas después de la muerte de Ida Werfell. ¿No le parece significativo que no haya logrado sobrevivirla? Se había hecho rico, gracias a unos tratamientos psiquiátricos, ¡qué sabía él de eso, Dios mío!, para curar padecimientos de piel. Mi madre comentó, cuando nos dieron la noticia, que al final había aparecido su verdadera personalidad, la de falso chamán, la de embaucador. Al morir le dejó a Ida Werfel una suma bastante considerable, que me correspondió a mí, por ser la única heredera de mi madre. Siempre me ha resultado extraño ese detalle. Debía de saber que ella había muerto, y sin embargo no modificó su testamento. Tal vez no tuvo tiempo. Nunca lo llegaré a saber. Los impuestos americanos fueron atroces, pero aun así la cantidad recibida ha sido suficiente para crear el fideicomiso que le permitirá funcionar a esta institución. En el primer momento no quería aceptar la herencia. En lo personal no necesito dinero. Dispongo de cuanto quiero. Luego lo pensé mejor. Si aceptaba esa cantidad no tendía que vender la casa de Cuernavaca, donde ambas fuimos tan felices, para poder hacerle a Ida Werfel el homenaje que se merece —el rostro se le iluminó súbitamente de alegría—: la publicación de su obra magna. Allí, como le he dicho, la va a encontrar de cuerpo completo. ¿Qué pensaba ella de las cosas de ese mundo, y aun de las divinas? Todo se sabrá.

—¿Sus diarios?

—¡Caliente! ¡Caliente! —exclamó, aplaudiendo con entusiasmo, y luego añadió con premura—: En cierta manera se puede decir que se trata de una forma de diarios, aunque con características especiales. Un diario, si así lo quiere llamar, pero no escrito por ella, por lo mismo más espontáneo, sin las barreras que necesariamente hace surgir la propia censura. Durante años anoté sus conversaciones, sus reflexiones, y relaté lo que podríamos llamar las escenas significativas de su vida. Al final, cuando ya era consciente de mi labor, pues resultó imposible mantenerla en secreto, acostumbraba monologar en voz alta frente a mí. Fue un trabajo maravilloso; le dio sentido a mi vida. Todo comenzó la mañana que embarcamos en Rotterdam. Tal vez advirtió mi desolación. No lograba asimilar el hecho de abandonar Europa; no estaba preparada para el viaje. Tenía miedo al futuro, no tanto por mí sino por ella. No sé por qué, pero no era capaz de imaginármela en otro continente. Lo cierto es que me sugirió registrar en un cuaderno, a manera de bitácora, los acontecimientos de la travesía. Pero, ¿qué importancia podía tener que desembarcáramos o dejásemos de desembarcar en las islas Canarias o en Curasao? ¿Qué, lo visto en La Habana, cuando tenía la oportunidad de anotar las impresiones de Ida Werfel? Vivir a su lado fue mi auténtica universidad. Desde 1938 hasta el día de su muerte transcribí todo lo que de importante ocurrió en su vida... ¡Treinta años!... Salvo, claro, durante sus estancias

en el extranjero, o en ciertas temporadas, breves pero terribles, en que se encerraba en sí misma. Había días en que le era imposible volcarse al exterior. Tenía que almacenar, rumir, digerir, para después expresar. Yo aceptaba esa situación que me resultaba difícil pero normal; no así la gente, incapaz de entender nuestras relaciones. Hay quienes la han llegado a acusar de crueldad, ¡pobres, no comprendían nada! Había veces, podían ser semanas, en que me evitaba. Se paseaba frente a mí con aire de desafío y la boca fruncida, me respondía con monosílabos, si no con movimiento de cabeza, hasta que llegaba el momento en que su hermetismo mostraba fisuras, comenzaba a abrirse poco a poco, y, como el capullo al dejar en libertad a la crisálida, así ella se abría a la palabra, la relación entre hombre y mundo, la pasión literaria, la salvación por la cultura, el sentido oculto de la vida, todo aparecía en esa especie de monólogos que brotaban a mi lado cuando menos lo esperaba.

Se levantó como una poseída, caminó hasta un armario, lo abrió y extrajo de él varios legajos voluminosos. Él se levantó a ayudarla, con la certidumbre de que allí encontraría claves valiosas, soluciones. El material formó dos altas columnas sobre la mesa de labores.

—Debe de haber trabajado usted una barbaridad.

—Sí, día y noche, desde que murió. Pero estoy acostumbrada. Durante los primeros años en México hacía lo mismo, trabajaba por las noches, anotando todos los incidentes del día, tratando de recuperar cada una de sus palabras. Hacía además el trabajo secretarial, que no era ligero: pasar a máquina sus escritos, corregir pruebas, prepararle notas de lectura, resúmenes para sus clases, mil cositas más. A su muerte pasé todo a máquina, revisé, corregí. Bueno, corregir no es la palabra. ¿Quién soy yo para corregir a Ida Werfel? ¡Hágame el favor! Lo que hice fue suprimir algunos pasajes, que integrarán otro libro pequeño, íntimo, que sólo verá la luz cuando yo ya no esté sobre la tierra. Al principio, cuando descubrió mis actividades pareció molestarse; me acusó de haber vivido espiándola durante años. Con el tiempo reconoció la utilidad de mi labor. A veces me pedía que consultara alguna conversación con un profesor de California que había venido años atrás a saludarla, o que buscara posibles alusiones que en el curso de los años había hecho sobre un tema determinado, que le interesaba desarrollar en un nuevo ensayo o conferencia. El presupuesto que me dieron es muy alto, pero no importa. Todo está listo para enviar el material a la imprenta. Por un momento pensé titular la obra: Ida Werfel habla con Emma, su hija; pero advertí que podía interpretarse como un gesto vanidoso de mi parte, un intento forzado de incrustar mi nombre junto al suyo; me decidí por un título escueto: Ida Werfel habla con su hija. Suprimí mi nombre.

—¿Ordenó usted el material en forma cronológica o temática?

—Preferí el orden cronológico. El lector podrá así conocer las oscilaciones de su mente, sus descubrimientos, sus avances, sus rectificaciones.

Miguel del Solar le comentó a Emma K. Werfel que aquella obra le resultaría invaluable para sus investigaciones. En aquel tesoro de datos estaba comprendido el

período que proponía estudiar. ¿Le permitiría ver algún pasaje? El referente a la discusión sobre Tirso en casa de Delfine Uribe que terminó en una balacera, por ejemplo.

—Es posible que no haya sabido expresarme con claridad —respondió con rudeza—. No se trató de ninguna discusión sino de un atropello a secas, realizado por un demente. Tal vez el germen fuera una carga acumulada de antisemitismo.

—¿Y qué tuvo que ver entonces Tirso?

—¡Nada! Fue una mera casualidad que en esos momentos se hablara de una obra suya. Igual podía haberse tratado de los cuartetos de Beethoven, o el altar barroco de Tepozotlán, o del tiempo; ya había empezado a enfriar en esos días.

—¿Por qué no vemos el volumen? ¡Hágame ese gran favor, se lo ruego! Desde un punto de vista de cronista fue un acontecimiento muy rico. A esa fiesta asistieron muchas de las celebridades del momento: políticos, pintores, escritores. Si necesita la fecha, fue el 14 de noviembre de 1942.

La mujer buscó la fecha con cierta mala gana. Leyó en voz baja las páginas alusivas; luego comentó:

—En aquel entonces yo me perdía demasiado en los detalles. Con el tiempo me fui volviendo más estricta, más sucinta. Sí —volvió a leer sus apuntes—, Delfina Uribe nos había invitado a su fiesta y estuvimos a punto de no asistir. ¡La noche de la gran confusión!: así titulé esa entrada en mi cuaderno. Mi madre sufría un problema de conjuntivitis muy agudo. Era tal la irritación del ojo izquierdo que casi no podía abrirlo. A última hora improvisamos una especie de parche de terciopelo negro: «Diremos que se trata de nuestro personal homenaje a la dama de Éboli», dijo con el humor que siempre la caracterizó.

Insistió en que también yo debía cubrirme un ojo. Había en ella cierta dosis de excentricidad, un elemento lúdico que por fortuna nunca perdió. Yo no lo poseo; muchas de sus virtudes no me fueron otorgadas. Le sugerí que en vez del parche se pusiera un sombrero de velo espeso que le cubriera los ojos, y en un principio la idea pareció entusiasmarla. Luego la desechó. Tendría que levantarse el velo para comer, y todos verían el parche; de manera que nos presentamos en calidad de tuertas, ella haciendo todo el tiempo bromas ingeniosas, y yo, en fin, mortificada, medio muerta de vergüenza. En los preparativos pasamos un buen rato; cuando bajamos al departamento de Delfina la fiesta estaba ya muy animada. Martínez, ¡tenía que ser precisamente ese monstruo!, salió a recibirnos. Le habíamos dicho por la tarde, cuando estuvo en casa, que no asistiríamos, debido a la conjuntivitis de mi madre, y pareció muy sorprendido al vernos. Pero, a fin de cuentas, feliz por poder ampararse en ese ambiente bajo el prestigio de mi madre. Levantó a unas personas de un sofá con una altanería que nos dejó heladas, y nos hizo sentar allí, como si fuera el anfitrión; como si, además, se pudiera tratar a la gente con semejante grosería. Acabábamos de sentarnos, cuando apareció un muchacho, evidentemente muy bebido, y empezó a hablar con mi madre como si la conociera de toda la vida. «Sí,

Huehue», le dijo. Mire, yo aquí escribí «Huehue», pero tal vez debía escribirse «Ueue» o «Wewe», con una «W» que sonara como «U», igual que en Wenceslao, por ejemplo. La verdad no sé cuál sería la ortografía correcta. «Sí, Huehue, en ese momento tuve que optar por ser mexicano ¿te das cuenta?» La voz del muchacho era chillona, parecía modularse en el aparato del estómago como la de los ventrílocuos. «Estábamos en el segundo acto de Pelleas et Melisande; dirigía, imagínate, nada menos que Ansermet. Papá se me acercó y me dijo con ese tonito que a mí me revienta, tú sabes cuál, que ya estaba decidido: regresaríamos a México y yo debía optar por la nacionalidad mexicana. Tú sabes cómo es, Huehue, tú lo conoces, así que no te extrañarán sus desplantes. Me lo soltó de sopetón, sin el menor tacto, regocijado ante mi desconcierto. ¿Te imaginas, Huehue? De repente, a la sombra de Debussy, supe que iba en serio lo de ser mexicano, que no era un apodo afectuoso como a veces me lo parecía. No es posible, le dije con el aliento perdido. No entendía yo nada, estaba desesperado, de buena gana me habría puesto a llorar. Nos vamos a México, repitió con regocijo el ogro del estanque. *Comment?*, grité ya en plena angustia. En aquel momento era demasiado. Claro, yo sabía que mis abuelos, que mi padre habían salido de aquí. Pero son cosas, Huehue, que uno sabe y no acaba de saberlas. Ansermet, Debussy, Pelleas, la Tournier que era, te lo debo decir, una Melisande prodigiosa, todo me daba vueltas y se me confundía con imágenes bárbaras de piedra. No rodé al suelo porque Dios fue grande. Me hundí en mi asiento, y permanecí allí sin ver ni oír ni saber nada, hasta que Granny me hizo subir al coche y me llevó a casa. ¡Huehue de haberte conocido entonces!»... Ida Werfel oía a aquel desconocido con la mayor atención, y puedo decir que hasta con simpatía. El joven, después de una pausa, añadió: «Al día siguiente desperté atormentado con lo mismo. Tú sabes, de chico, en la escuela me decían le mexicain. Yo había nacido allá, allá había transcurrido mi vida. Allá y en Inglaterra, claro, durante el internado. ¡Y de repente resultaba que era mexicano, que no se trataba sólo de un mote! ¡Que debía ir ese día al Consulado de México, optar por la nacionalidad mexicana! Dejábamos Europa a causa de la guerra; era necesario, sí, pero me resulta incomprensible... Y, ahora, en cambio, ya ves...» Pasó un mesero, sin verlo, como obedeciendo a un acto reflejo, tendió un brazo y tomó un vaso de whisky. Lo vació de unos cuantos sorbos, se levantó y se marchó. Nosotras estábamos sentadas al lado de Martínez y de una vecina del edificio. Una mujer temible, una intrigante. El orate pareció interesante en descifrar lo que significaba aquel nombre de Huehue. «Debe querer decir Werfel y lo pronuncia mal», opiné. «No, pequeña», dijo mi madre; «es evidente que se trata aquí de una confusión. Precisamente en los últimos días he estado trabajando sobre suplantación, ocultamiento y confusión de personalidades.» «Me he enterado por algunas amigas que siguen sus cursos que acaba de aparecer un libro suyo», dijo la estúpida vecina. Ida Werfel condescendió a responderle con un leve movimiento de cabeza. Pero el orate seguía interesado en saber por qué aquel muchacho, nieto de un ministro de Díaz, se había dirigido con tanta familiaridad a mi madre, llamándola con

un nombre tan raro. Ese nombre, insinuaba Martínez, era un nombre de guerra, escondía una clave.

—¿Por qué le interesaba tanto eso al tal Martínez? ¿Eran muy amigas de él?

—¿Nosotras? —gritó furiosa, con la cara súbitamente enrojecida—. Lo conocíamos, eso era todo. Era imposible no toparse con él en los corredores del edificio. Dice usted que conoció el Minerva, de niño, ¿no? Era entonces precioso: se deterioró en poco tiempo. Cuando nos mudamos a esta casa ya se había vuelto una pocilga. Era precioso en su época, digo, pero invivable. Un nido de víboras ponzoñosas, unas tontas y otras lascivas, pero todas ponzoñosas. Martínez andaba siempre por allí, como al acecho. Un día, esa vecina de quien le hablo nos detuvo a la entrada del edificio para presentárnoslo. Nos pareció raro, pues a esa vecina apenas la conocíamos de vista. Con el pretexto de esa presentación, él aparecía por casa cuando menos lo esperábamos. Me hacía preguntas capciosas. Quería saberlo todo, de nosotras, del resto de los inquilinos, hasta de los alumnos de mi madre. Le gustaba repetir que su profesión era en cierta forma la diplomática. ¡A saber lo que querría decir! Transpiraba vulgaridad. Pensábamos que intentaba saber quiénes éramos los inquilinos del edificio. Muchos eran extranjeros, nosotras alemanas, y estábamos, no hay que olvidarlo, en tiempos de guerra. Delfina Uribe me dijo que no le extrañaría que aquel sujeto fuera un agente de la policía. Se me pone la carne de gallina cuando recuerdo las actitudes de galán que adoptaba al dirigirse a Ida Werfel. Le comenté a ella lo que me había dicho Delfina, pero pareció no darle mayor importancia. De alguna manera aquel tipejo le resultaba divertido. Me imaginaba que sus aires de gallo, de conquistador, de califa debían parecerle grotescos. No era así... Cuando me haya convertido en polvo, el mundo conocerá aspectos de su vida de mujer que ahora no me atrevo siquiera a insinuar...

—¿Quiere usted decir?...

—No quiero decir nada, no ha llegado el momento. Ahora que si he de serle franca, a Ida Werfel no le hubiera disgustado una intimidad todavía mayor. En aquella ocasión, no me daba cuenta aún de lo que ocurría. Ella trató de calmarme. Me dijo que no teníamos por qué preocuparnos, que la mejor manera de comportarse consistía en responder con naturalidad, con frescura, a sus preguntas. Nada teníamos que ocultar. Gente de trabajo y de bien; mientras más pronto lo advirtiera, mejor. A mí, él me producía verdadera repugnancia. Miraba a mi madre como si la tuviera a sus pies. No podía quedarse nunca quieto. Cuando hablaba conmigo evitaba mirarme a los ojos, para luego, en el momento más inesperado, soltar una risa horrible, un relincho de caballo, como si me hubiera encontrado culpable de algo y me tuviera en sus manos. Entonces sí, me miraba con fijeza a los ojos, con los suyos desorbitados, sucios. Debo decirle que a veces me daba miedo. Y esa noche fue una de ellas. Se hallaba especialmente excitado; con toda seguridad había bebido mucho «No sabía que estaba usted en términos tan íntimos con estos jóvenes refinados», dijo en tono de reproche. «¿Qué diría su marido si se enterara del reencuentro con este muchacho?

¡Ay, Huehue, Huehue! ¿De modo que ése era el nombrecito con que circulaba usted en Europa?»

—¿Y por qué llamaban así a su madre? ¿Quién era Huehue? —preguntó Del Solar, sintiéndose perdido a esa altura del relato.

Emma K. Werfel leía con fruición sus cuadernos. Levantó al fin la cabeza. No había oído, por lo visto, como casi siempre, la pregunta. Continuó la narración, consultando de vez en cuando el cuaderno:

—La vecina interrumpió a Martínez. No lo dejaba hablar, lo que lo puso de un humor aún peor: comenzó a gesticular, a gruñir, a mascullar palabrejas que nadie comprendía. Sí, aquella mujer, una definitiva guacamaya, nos sirvió por un momento de barrera contra la ira del orate. Vive todavía. Acaban de comprobar que su hijo era un ladrón. Si abría la boca, el mundo entero debía permanecer callado. Comenzó a hablar de las excelencias gastronómicas mexicanas y de los platillos que esa noche comeríamos, pues ya había merodeado por la cocina. Probaríamos la nogada, los delicados, los refinadísimos chiles en nogada. Una de las últimas oportunidades del año, porque la nuez estaba por terminarse. Deberíamos esperar hasta el siguiente agosto para volver a paladearlos. Le preguntó a mi madre si nos habíamos acostumbrado al picante. Como sabe usted, pues la ha leído, Ida Werfel era un espíritu superior. Por temperamento, por cultura, no admitía tabúes. ¿Cómo hubiera podido, de otra manera, escribir un libro sobre el cuerpo del pícaro? Y el cuerpo del pícaro era ante todo estómago, varios metros de intestinos y, usted ha de dispensarme, un culo por donde evacuar. Tenía la altura suficiente para poder decirlo todo. Su sentido del humor, su charme indecible se hacían patentes cuando soltaba las mayores barbaridades. Trató de despejar el campo de la banalidad que imponía aquella mujer mediocre. Comentó que sí, que el chile le gustaba, pero en raciones moderadas, que al comerlo por primera vez le había parecido ingerir fuego líquido, lava. «La característica de este fuego es quemar dos veces», dijo a toda voz, haciéndole un guiño a Martínez, como si tratara de congraciarse con él por no haber respondido a sus necesidades. «Arde al entrar; no se diga al salir, ¿no es así?» Se hizo el silencio a nuestro alrededor. Un poco de consternación tal vez. Esos efectos a ella le encantaban. «¡Grasa, bolera de mierda!», gritó el orate, con el rostro contraído por la ira. No supimos qué quería decir; no estábamos familiarizadas con el argot regional. Ida Werfel, ¡la inocente!, creyó que le daba las gracias y celebraba su comentario, y se rió muy complacida, lo que acabó por enfurecer al monstruo. Se levantó, y estaba a punto de retirarse, cuando volvió el joven aristócrata con otro vaso de whisky lleno hasta los bordes. Caminaba muy erguido, pero balanceándose a uno y otro lado, como los marinos cuando hay mar agitado. Con la misma voz de flauta que le brotaba de la boca del estómago, llamó «¡Huehue!». «¡A sus órdenes!», respondió mi madre con jovialidad. «¡Perdón!», dijo el muchacho. El parche de terciopelo sobre el ojo de Ida Werfel pareció desconcertado. «¡Perdón!», repitió. «¿No ha visto usted a Huencho? Lo conoce, ¿verdad? Lo dejé aquí hace un momento.» «¿Lo ven ustedes? Se trata de

un caso de confusión pura», afirmó ella. «He estado trabajando sobre el tema estos últimos días. Lo que sostiene a las comedias de enredo del Siglo de Oro español es la confusión de personajes. Pero en Tirso de Molina la confusión llega al delirio. Tome cualquiera de sus obras, La huerta de Juan Fernandez, por ejemplo. Nadie sabe con quién habla. Los personajes se presentan con nombres falsos y biografías ficticias, ante otros personajes con las mismas características, es decir que tampoco son quienes afirman ser. Comienza un juego desorbitado de disfraces. Fingen ante terceros ser otros personajes que no corresponden ni a su personalidad ni a la fingida con que acabábamos de conocerlos.» Mi madre desprendía una auténtica seducción cuando hablaba de lo que le interesaba a fondo. Varias personas se habían ido acercando a oírla. Hablaba con soltura y dominio. Al ver al hombrecillo loco sentado frente a ella, contraído por la furia, presa de sus tics y sus gestos incoherentes, volvió a dirigirle la palabra, como para acercarlo al diálogo y serenarlo. «A veces he llegado a pensar, mi querido Martínez, que el mundo entero se ha convertido en la huerta de Juan Fernández, que todos deambulamos por la vida sin saber quién es quién, ni siquiera a veces quiénes somos nosotros, ni a qué designio superior servimos.» «¿Sin saber si somos o no Huehues? Hay gente a quien le basta saber que debe obedecer ciertos protocolos», ladró el patán. En este momento pusieron un plato en la mano de mi madre. La contemplación del chile en salsa de nuez la dejó arrobada. Yo, sin advertido, me había quitado el parche del ojo, pero ella lo llevaba aún puesto, y sus gestos, que en otra ocasión habrían sido normales, se cargaban, debido al ojo tuerto, de un elemento burlón muy pronunciado. Había advertido al fin la tesitura resentida y belicosa de Martínez y quería apaciguarlo. Al ver que rechazaba el plato de nogada le dijo, con un guiño que pareció una mueca de mofa: «¡Animo, mi gran Martínez! ¡Éntrele con coraje! ¡Piense, como los escépticos, que el ardor de ahora será menos áspero que el que vendrá después!», y soltó una radiante carcajada. La reacción nos tomó a todos por sorpresa. El orate se puso de un salto frente a ella y comenzó a sacudirla, a golpearla, a darle cabezazos en el pecho, profiriendo toda clase de insultos. El plato de Ida Werfel cayó al suelo. Yo comencé a gritar, muerta de terror. El orate pisoteaba la salsa de nuez sobre la alfombra, saltaba sin dejar de pegarle a mi madre. Ella trató de levantarse, pero él le dio una patada, y, de un empujón en los hombros, la hizo volver a caer. ¡Allá van manos, allá piernas! Todo sucedía en medio de la multitud, con rapidez desconcertante. Varias personas trataron de sujetarlo. El hermano de Delfina, el casado con Malú González, logró echarlo de la casa. Ida Werfel tardó en reponerse. En eso llegó el joven borracho y le espetó: «¡Huehue! ¿Dónde te habías metido? ¿Qué te ocurre? Estás muy pálido y despeinado. ¿Te habrás ya emborrachado, Huehue? No vayas a salir con que no quieres ya ir al Leda. ¡No, no, no, no! ¡No te lo permitiré!» Tuvieron que llevárselo a otro cuarto. Mi madre quería que nos marchásemos, pero no la dejaron. Era mejor que se serenara, que pasara al baño a lavarse y se quedara un rato en el dormitorio de Delfina. Fue la única agresión que sufrió en México, pero la hizo sufrir mucho. La vecina dijo, antes de

que dejáramos la sala, que no se debía aludir delante de Martínez a su enfermedad, porque si no perdía el control de sus nervios.

—¿A qué enfermedad se refería?

—Me imagino que a la locura. Eduviges se llama esa mujer. Nunca nos tuvo simpatía. Un día, poco antes de esa fiesta, me pidió que le sirviera de intérprete para hablar con el muchacho al que mataron esa noche. Bueno, pero ésa es otra historia...

—¿Y qué pasó con Martínez?

—Por lo visto no se fue del todo. Debió quedarse merodeando cerca del edificio. Un rato después volvió a armarse otra gresca. Un general muy bebido insultó a Escobedo, el pintor. Se volvió a crear otro pandemónium. Me asomé por la ventana y me pareció ver por el corredor a Martínez. Estoy casi segura de que era él. Tengo la impresión de que silbó y volvió a marcharse. Unas mujeres, bastante vulgaronas, por cierto, empezaron de repente a cantar en la sala. Minutos después se produjo la balacera. Ya se podrá figurar qué noche pasamos, la depresión de los siguientes días, el sentimiento de inseguridad que la acompañó por mucho tiempo. Sin embargo, aun lo más horrendo suele tener su sesgo compensatorio. Aquel incidente dio fin a la aberrante simpatía que Ida Werfel sentía por aquel mamarracho.

—¿No las volvió a molestar?

—No. —Miró el reloj y pegó un grito. Comenzó a guardar los documentos, sin orden, apresuradamente. Dijo que a esas horas debía ya estar en la Universidad, que tenía que salir de inmediato.

Del Solar le preguntó, mientras bajaban la escalera, si conocía a una alemana que vivía en el último piso del Minerva, pero ella contestó ausentemente que no sabía de quién hablaba, que allí vivían muchos inquilinos, mexicanos, alemanes, gente de todas partes.

Salieron casi a la carrera; a la carrera se metió ella en su pequeño Volkswagen y partió.

6. EL MISMO QUE CANTA Y BAILA

LE comentó a Cruz-García que estaba ya casi atrapado por un nuevo proyecto. Tratar de hacer con 1942 lo mismo que el año 14. Una crónica de la vida en el país, donde los acontecimientos, por su selección, por la manera de agruparse, se explicaran solos. Trabajos, le decía, en apariencia muy sencillos, pero que de ninguna manera lo son. Requieren un conocimiento a fondo de la época, un manejo delicado para mezclar lo espectacular, lo sorprendente, lo mínimo y lo cotidiano. Las cifras con la poesía. Del Solar no se sentía ese día de especial buen humor. No entendía por qué demoraba la aparición de su libro. La portada estaba impresa, sí, ya lo había comprendido, pero a fin de cuentas, era lo mismo, el libro no aparecía. Era desesperante la lentitud de la encuadernación. Le habían cosido como un favor especial tres ejemplares de aspecto bastante elemental. La portada requería aún otra capa de barniz, le dijo Cruz-García al advertir la falta de entusiasmo con que el autor contemplaba su obra. Una portada sepia, cubierta de borde a borde con hileras de sombreros zapatistas; encima, en letras negras, su nombre, y un poco más abajo, en tipografía de mayor tamaño, el título: El año 1914. No sólo vio aquella portada sin ningún entusiasmo, sino que le provocó un abierto rechazo. Leyó la breve nota que aparecía en la contraportada y dijo por fin que esa hilera de sombreros que se repetía desde el borde superior al inferior de la portada no correspondía a la tesis que él sostenía; por el contrario, la negaba. En su libro pretendía explicar cómo emergieron en 1914, para entrar de inmediato en conflicto, las distintas corrientes (el amplio espectro de matices) que habían participado en la revolución, las ya latentes durante el período de Díaz y las surgidas como resultado de la dinámica misma del conflicto; y cómo en 1914, aunque desde afuera nada lo hiciera presentir, ya había triunfado la corriente institucionalista, la que para bien o para mal había configurado el país en que vivían.

Cruz-García le respondió que eso lo sabían unos cuantos investigadores o maestros de historia; para un lector normal el año 14, o 17, o aun el 22 se resumían en sombreros y cananas. Los focos de ilustrados mencionados en su libro, los constitucionalistas, los leguleyos, podrían ser muy importantes, de acuerdo, a ello se debía el ulterior desarrollo social, pero en aquel momento eran sólo rostros sofocados en medio de un vasto país ensombreraro... Los polos visibles eran aquellos que Diego Rivera, sin contemplación de matices, había pintado en los muros de Educación; de un lado, el hombre rubio con polainas inglesas y finos lentes de oro sobre una nariz rapaz; y, del otro, la masa campesina que lo rebosaba y cubría todo.

—Un poco igual —concluyó— que como nos conciben en Europa, sólo que con ropaje más moderno.

Tal vez fuera cierto, pero Del Solar se negaba a estar de acuerdo. Y, en cuanto a «cierto», había que aclararlo, podría serlo en otro contexto, no el de su libro. Lo que

se proponía demostrar en su investigación lo negaba una portada cuyo propósito único era estimular la aceptación de aquel producto en el mercado. A pesar de todo, tenía que reconocerlo, visto por encima, eso era el año 1914: sombreros, cananas, vivacs, fusilatas en las calles y al mismo tiempo, juntas misteriosas, conversaciones casi clandestinas en torno a cierta visión con que un puñado de hombres en medio de esa masa intentaba realizar cierto proyecto de sociedad virtualmente ideal, lo definitivamente promisorio, lo por desgracia perdido, aquello que no logró encontrar su cauce para crear un país distinto; gente e ideas que en su momento no lograron salvar lo que entonces parecía aún salvable.

—El barniz —dijo Cruz-García, desviando la conversación que empezaba a aburrirle— le dará otro realce a la portada; parece neutra, pero quedará distinta, ya lo verás.

A Del Solar la edición le pareció triste y deslucida. No le daría gusto obsequiar aquellos ejemplares. Destinaba uno para Delfina Uribe, debido a la participación de su padre en los acontecimientos de ese año. El licenciado Uribe había sido uno de los ideólogos del carrancismo. Con la entrega del libro, justificaría las preguntas que pensaba hacerle en torno al trabajo que había excitado su imaginación: los acontecimientos de 1942.

—Estoy dándole vueltas a otro libro. Me interesa más, tal vez por lo reciente, la crónica del año 1942 —había dicho Del Solar al inicio de esa conversación, es decir, al llegar a la editorial.

—¿Piensas consagrarte a los anuarios?

—No sería mala idea. Al menos serían útiles, pero no es mi caso. Pienso reducirme a una trilogía —en ese instante se le ocurrió por primera vez la idea—. Situaré cada libro en un año clave de México, esos años donde por alguna razón se define el sentido o la vocación del país. En 1942 encuentro elementos apasionantes... La declaración de guerra al Eje, el papel de México en la esfera internacional, el cosmopolitismo súbito de la capital, la reconciliación nacional de todos los sectores. Vuelve Calles. Se decreta una amnistía para los delahuertistas. Regresan los porfirianos de París. Llega, además, un aluvión de exiliados europeos que representan todas las tendencias, desde los trotskistas (tengo que cerciorarme si la viuda de Trotski seguía viviendo aquí entonces), los comunistas alemanes, Karol de Rumania y su pequeña corte, financieros judíos de Holanda y Dinamarca, revolucionarios y aventureros de mil partes. En ese flujo no es fácil precisar quién era quién. ¿Sabes, por ejemplo, algo sobre Ergon Erwin Kisch? Me enteré hace poco, por azar, de su enorme importancia en la Europa central, en el período de entreguerras. Por otra parte, las seguridades ofrecidas al capital conformaron ya el nuevo modelo económico del país.

—Te ha dado por hablar como manual socio económico, como se usa ahora. ¡Qué lata!

—La derecha radical y los círculos financieros que hasta entonces eran uno

comenzaron a desarrollar vías paralelas, a veces, en apariencia, muy distintas. Los ricos de Guadalajara, los viejos, no dejaban de alentar a los peones para que siguieran cortando las orejas de los maestros rurales; en cambio sus hijos, cuando venían a México, se iban al mundano Casanova con la esperanza de ver al rey Karol bailar con la Lupescu. Hay miles de elementos por rescatar, precisar, jerarquizar en ese período. Y eso que apenas he comenzado a rondarlos, a olfatearlos.

—Tienes un año de plazo para entregarme el libro. Me doy cuenta de que ya está armado, ¿no es así? Y después del 42 me traerás el 37, el 22, el 65; todos los años que se te ocurra. La crónica tiene siempre público, de eso puedes estar seguro. La gente compra esos libros sobre todo por las fotos.

Del Solar volvió a mirar la portada, y le pareció aún más apagada. *El año 14* le resultaba demasiado distante. Se dio cuenta hasta dónde tenía ya los pies hundidos en 1942. Por un momento tuvo la evidencia de cuán fallidas resultaban sus experiencias para recoger testimonios orales que fijaran la microhistoria que le interesaba. El incidente del edificio Minerva lo tenía varado. Sospechaba que debía buscar la información de fondo en los archivos, grabar y estudiar las conversaciones con políticos de la época, con financieros y periodistas, en vez de dedicarse a escuchar durante horas la interminable palinodia de una mujercita patética sobre las simpatías y aversiones de su madre, o ser testigo de las demenciales dentelladas de su tía Eduviges. Le parecían de gusto bastante dudoso los reiterados comentarios de Cruz-García, quien insistía en considerar sus libros como anuarios. Dijo con desgana que, por lo visto, no se había expresado bien. No le interesaba ordenar un mero registro de efemérides. De escribir un tercer y último libro pensaría en 1924 o 1928, por su importancia política; todavía no lo sabía. Insistió en que debían ser sólo tres volúmenes. Tres momentos significativos en la definición del país. Que no se asustara, no le daría lata. Si el año 42 no le interesaba, ni modo. No creía que le fuera demasiado difícil encontrar editor. Y eso en el caso de que lo escribiera, pues todavía no se había decidido del todo.

—¡Hay que ver cómo te pones, carajo! ¡Claro que me interesa! Es lo único que he intentado decirte. El 42, para empezar, fue uno de los años de mi juventud; ya por eso me atrae. Tenía tres años de haber llegado a México y estudiaba derecho. Aunque no lo quisiera, el prestigio de mi padre me abría muchas puertas. Verás, en 1942 debí haber cursado el primero de leyes. Había escrito para entonces cinco o seis poemas. No te rías. Andan perdidos en las revistas de aquel tiempo. ¡Horrendos! ¡Jamás se te vaya a ocurrir buscarlos! Por ese tiempo debo de haber conocido a mi mujer... No, no, por supuesto fue más tarde, unos cuantos años después. La ciudad era entonces pequeña, pero mucho más divertida que ahora. Cada semana se abría un nuevo local. No tienes idea de lo que era el *Ciro's*. Tan sólo el repaso de la vida nocturna de la época ameritaría una bella edición. ¡Nada de sombreros ni cananas!

—Un día te vendré a entrevistar en serio. Cuando tenga mejor dominado mi material. Por cierto, ¿conoces a un tal Balmorán?

—¿Balmorán? ¿Rubén Balmorán?

—¡Pedro Balmorán!

—¡El mismo que canta y baila! Claro que lo conozco y que se llama Pedro. No sé de dónde saqué lo de Rubén. No fue nunca gran cosa. ¿Por qué te interesa? Hacía antes periodismo, pero no creo que fuera bueno. Un tipo muy mediocre. Y bastante lioso, ándate con cuidado. No me parece que vaya a servirte mucho como informante sobre aquellos años.

—Me han dicho que vende libros y papeles raros. Me interesa desde ese punto de vista. Quiero conseguir panfletos y documentación de la época. Volantes sinarquistas, por ejemplo.

—Hace años que no lo veo. Antes pasaba por aquí con cierta frecuencia. Quizás está peor; se movía con muchas dificultades; tiene el cuerpo hecho una porquería. Yo ya dejé de coleccionar cosas. ¡Era una lata! No lo vas a creer, pero ni siquiera pintura compro.

Miguel del Solar le pidió al editor presentarlo con Balmorán. Podía decirle, sugirió, que un amigo suyo se interesaba en algunas publicaciones y en esos momentos se encontraba a un paso de su casa; que le preguntara si no podía pasar a verlo. Cruz-García parecía resistirse. Del Solar insistió, le habían dicho que sin una recomendación aquel librero absurdo no recibía a nadie. Una secretaria se encargó de la llamada, transmitió la petición, y luego les comunicó que Balmorán estaba de acuerdo en recibirlo en media hora. Del Solar tomó sus tres ejemplares de *El año 14* y se puso en movimiento.

No entró de inmediato en el edificio; llegó al jardín de enfrente, en la glorieta, y se sentó en una banca, la única que había. Trató de asociar, una vez más, los recuerdos dispersos de su niñez. Estaba convencido de que en la niñez había advertido algo que en su tiempo escapó a la atención de los demás; y no sabía qué era. Por otra parte, se oponía radicalmente a aceptar el parte oficial leído hacía poco. Esa versión simplista en que el propietario de un automóvil había asesinado a un joven extranjero por la sencilla razón de confundir su coche con un taxi. Podía saber algo, insistía, que los demás no quisieran o no creyeran oportuno recordar. Trató de estimular y ordenar sus recuerdos. Las imágenes, como siempre, llegaban a raudales, se contradecían, se sobreponían y, sobre todo, rehuían detenerse en los momentos que le interesaban, la relación entre la muerte de Pistauer y la desaparición de Arnulfo Briones, su padrastro. Le sorprendió que todo, por banal que fuera lo que recordase de los varios meses vividos en casa de sus tíos, se ligaba de alguna manera con la guerra. Las conversaciones de los adultos, los juegos en el patio central, meras escaramuzas de combate entre aliados y alemanes; la delicia de los apagones, aquellas prácticas de oscurecimiento de la ciudad, durante los cuales su tía obligaba a Amparo a repasar su Chopin a la luz de una vela, por parecerle la escena muy triste y romántica. En esos momentos él se imaginaba el bombardeo, la consecuente destrucción del edificio, los pasillos y escaleras en llamas, por donde lograría bajar

con su prima desmayada al hombro. ¿Qué más? Las tensiones familiares cuando se descubrió que Arnulfo Briones estaba casado con una mujer divorciada, cuyo marido apareció de repente en México; el hecho de que los Briones considerasen como enemigos a casi todos los extranjeros del edificio; los comentarios de su tía contra Delfina Uribe, contra las Werfel, y sobre todo los violentísimos contra Balmorán; las diarias visitas a Arnulfo Briones, sus lentes negros, su paso vacilante, sus bastones con empuñadura de plata, sus bigotes manchados, sus dientes putrefactos, sus paseos con el hombre flaco que lo acompañaba a todas partes como un sabueso. Los hermanos discutían, sin darse tregua, de temas que él apenas podía comprender. Captaba fragmentos, frases y palabras sueltas, a veces discutían a gritos, aunque, por lo general eran conversaciones en voz baja, entre cuchicheos, como prácticas de conspiración. El día de la gran escena, cuando su tía se deleitó en vocalizar audiblemente cada palabra que pudiera herir a su hermano por haber introducido en la familia a una divorciada.

Al final de una larga charla misteriosa de aquel par, su tía reunió a los tres chicos, en el cuarto de Antonio, para que jurasen que nunca hablarían con Balmorán porque era un depravado, que no le dirigieran la palabra, ni respondieran a su saludo. Recuerda también momentos de alegría en que su tía hacía imitaciones de los vecinos mientras él y Amparo estallaban a carcajadas, hasta que contagiada por la risa, la imitadora tenía que suspender su número.

Recuerda miles de detalles minúsculos: en cambio no sabe cómo fue a dar a Córdoba: si sus padres llegaron a recogerlo, si enviaron a alguien por él, si lo llevó su tío, o si, y eso le pareció lo más probable, lo habían subido al autobús, recomendándolo al chófer, pues diez años eran edad más que suficiente para viajar solo.

Se levantó después de hacer algunas crípticas anotaciones en su cuaderno. Atravesó la calle y entró en el edificio. Se detuvo a la entrada ante un tablero para buscar el número de Balmorán. Una vez localizado, subió hasta el último piso.

Encontró a un hombre contrahecho de alrededor de sesenta años. Una cara chupada, el pelo cortado casi a ras. La cabeza demasiado grande para el cuerpo raquítico. Todo él, un conjunto de tejidos resacos y mal anudados. En la cara misma, sobre la nariz, se le formaba una especie de nudo. El costado derecho era una muestra completa de deformidades; la pierna contraída, el pie torcido hacia el interior, el brazo sin movimiento; la mano muerta apoyada en el pecho, en el lugar del corazón. Lo esmirriado del cuerpo no impedía el crecimiento de un vientre en forma de pera. La primera impresión que producía aquel guiñapo era de suciedad, pero a los pocos minutos ese efecto desaparecía. Su ropa, de corte pueblerino, era tan limpia como todo en su departamento, más amplio de lo que pudiera imaginar que fueran los del último piso del Minerva. A Miguel del Solar le impresionó la carga sombría, crispada, discordante que emitía de modo permanente aquel cuerpo maltrecho.

Las horas que pasó allí configuraron una cadena de momentos fastidiosos e

irritantes que sólo su paciencia y su interés en el caso le permitieron tolerar. ¡Qué florecer, qué selva, qué inmensas raíces de megalomanía, de frustración y de resentimiento! Un elemento de artificialidad desmedida hacía intolerables sus monólogos. Un repertorio de muecas, guiños, silencios y pausas dramáticas, acentuado por los incesantes movimientos nerviosos de la mano izquierda, parecían anticipar la importancia de una frase a punto de ser pronunciada que resultaba siempre de una banalidad insufrible. De cuando en cuando repetía el mismo estribillo: el suscrito, Pedro Balmorán, el mismo que canta y baila tangos, el mismo que canta y baila los más encantadores vales de este mundo, el mismo que canta y baila el trepidante mambo, no había envejecido, no sentía los años, ni siquiera sabía ya cuántos tenía, no estaba amargado, practicaba la felicidad como un diario ejercicio de salud, cuando lo cierto era que sería difícil contemplar una imagen tan atroz de la decrepitud como la suya, una visión del hombre convertido en mero saco de hiel y de rencores.

El historiador le mostró a Balmorán uno de los ejemplares de su crónica de 1914. Trató de esbozar el sentido de sus investigaciones. Le explicó por qué se proponía trabajar en un volumen sobre 1942. Cruz-García le había recomendado consultar con él las posibilidades bibliográficas del tema. Le interesaba obtener los libros fundamentales sobre la derecha radical mexicana, las novelas cristeras, por ejemplo, y la literatura política difundida a través de las sacristías. Necesitaba consejos al respecto. Le habían dicho que en aquella época él realizó una amplia actividad literaria y periodística. Le quedaría muy agradecido si un día le permitía consultar sus trabajos.

El librero lo oía con una actitud que no se dignaba ser amable, sino mas bien lejana y condescendiente. En un principio parecía sólo medir la relación comercial que podría establecer con aquel cliente eventual. Le dijo que en unos cuantos días formularía una pequeña bibliografía, y luego se vería qué se podía hallar a la venta y a qué precios. Lo hizo pasar a las habitaciones interiores cubiertas de estantes y archiveros. Todo en aquella casa, salvo el morador, tenía un esmerado aspecto profesional; no había libros polvosos, ni periódicos amarillentos acumulados en el suelo o apilados sobre los muebles. Era evidente que se trataba de un tipo bien organizado. Le mostró algunas ediciones costosas, de gusto sospechoso, sobre textos de viajeros europeos en México, ilustrados con estampería del siglo XIX, y le aclaró que su tarea fundamental consistía en preparar esas ediciones para un club de bibliófilos. Comentó con sarcasmo que Cruz-García se negaba a reconocerlo como colega y prefería mencionarlo como librero de viejo, ya que en la juventud, bueno, en un determinado momento de su vida, pues no consideraba haber dejado de ser joven, en momentos difíciles había ejercido el negocio de compra y venta de libros raros, sobre todo ediciones antiguas de historia mexicana, tarea que seguía realizando, eso estaba a la vista, como un trabajo ancilar, casi vicano.

A la mención de su labor periodística, respondió que el carácter de sus artículos

era literario y muy rara vez había tratado temas de actualidad. No era ni había sido un periodista del tipo al que quería reducirlo Cruz-García. No porque quisiera situar al escritor por encima del periodista. Nada de eso; para él, toda profesión, cualquier actividad, el oficio más humilde, era altamente respetable.

—Sí, señor mío —prosiguió—, toda profesión puede ser honorable, hasta la literaria, si se le puede llamar a eso profesión. ¡Honorable! Por desgracia la mayoría de los literatos no lo son. ¡Gente sin amor al oficio! Lo único que buscan es el poder que les confieren sus fotografías al aparecer en la prensa. Cuando lleno un formulario, jamás se me ocurre llenar el espacio dedicado a la profesión con la palabreja «escritor», ni siquiera «editor», sino «librero». La considero, sabe usted, una actividad más noble y limpia. Por regla general, el librero no odia a sus compañeros de profesión. El escritor sí. Mueve cielo y tierra para cerrarles el paso. Se dedica a desprestigiarlos, a hacer llover sobre ellos mares de inmundicia, toneles de carroña, cubos de escoria. ¡Vil mierda, señor, si es que uno ha de llamar al fin a las cosas por su nombre! La gente les teme. Los directores de revistas y suplementos literarios, los jefes de redacción, los responsables de página viven espantados. ¿Y qué me dice de los amedrentados editores? ¿No le dijo Cruz-García que yo era sino un simple librero? ¡Un librero de viejo! Me parece oírlo. Un periodista, no. Mucho menos, ¡ah no, eso nunca!, un escritor. Y no es que no me considere como tal, se lo aseguro, sino que, rata cobarde como es, teme al desprestigio que las mafias pueden causar a su editorial. Yo me río. Siempre he sido independiente. Han querido abatirme, han intentado hasta destruirme físicamente. ¡Mire cómo me dejaron! Pero no han logrado hundirme, no lo he permitido. Me río en sus barbas, y sigo trabajando en lo mío. Un día, muy pronto, daré a conocer lo que he gestado durante estos años largos de silencio aparente. Voy a mostrarles mi obra en medio de un estruendo de carcajadas.

—¿Qué escribe usted?

—¿Qué género? ¿Es eso lo que intenta preguntarme? ¿Qué importancia pueden tener los géneros literarios? Escribo, eso es todo. Y edito libros para conocedores. ¡Vivo! La actividad, si no lo sabe, para mí más importante. Por eso considero una obligación reírme del mundo entero.

Soltó una atroz risa de hiena.

Luego se levantó y salió de la habitación. Volvió con unas revistas en las manos. Eran publicaciones de veinte o treinta años atrás. Entre otras, algunos ejemplares de El hijo pródigo. Le mostró los índices. Algunos artículos y varias notas bibliográficas con su firma.

—También yo —contestó Del Solar con un tono casual y como si compartiera las posiciones de Balmorán— intenté hacer mi obra al margen de los grupos. En buena parte por eso acepté vivir unos años en el extranjero.

—¿Sí? ¿Le hace sentir mejor vivir en Estados Unidos? —preguntó el librero, mirándolo fijamente y con una mueca muy irritante—. ¿Siente la mente más

despejada después de un succulento plato de corn flakes?

Decidió ignorar aquel repentino brote de hostilidad. Le aclaró con paciencia, tratando de expresarse con la mayor naturalidad, que no vivía en Estados Unidos sino en Inglaterra, donde se dedicaba a enseñar historia de México en una universidad.

—No creo sentirme de ninguna manera superior —concluyó—. ¿Por qué había de serlo? Me parece, eso sí, que trabajé mejor, más libre de tensiones. Sin embargo, pienso quedarme en México. Espero poder dedicarme menos a la enseñanza y más a la investigación. Si escribo el libro que proyecto tendré que vivir aquí, consultar archivos, revisar la prensa de la época, entrevistar a muchísima gente. Hablé por cierto con el portero de este edificio para ver si había un departamento disponible. No lo hay. ¿Lleva mucho tiempo de vivir aquí?

—Mucho, me parece que toda la vida. Tuve antes un estudio reducido, siempre en el mismo piso. Cuando éste se desocupó, me mudé de inmediato. Los libros se reproducen como hongos. Yo no soy un bohemio; el desorden me enferma. Dentro de poco volveré a necesitar más espacio. —Balmorán se puso de pie. Levantó la mano disponible con ademán teatral y se dio con ella un sonoro golpe en la frente. Había olvidado el café, que con seguridad se habría ya consumido en la estufa. Prepararía otra porción, ¿o se le antojaba mejor una copa? Sólo podía ofrecerle tequila o ron.

Terminaron bebiéndose una botella de ron. A partir de la tercera copa, el resentimiento de Balmorán adquirió una violencia descomunal. Lo habían hecho a un lado, repetía sin cesar; no habían escatimado con él ningún tipo de violencia. Había estado demasiado cerca del milagro, de la revelación y eso, lo sabía, se paga caro. Creían haberlo derrotado. ¿Quiénes? ¡Preciosa pregunta! La sociedad desde luego, todos los brazos de que el pulpo disponía, y las mafias, los eternos conformistas, los escritores petulantes, el abominable medio pelo. ¡Todos! Quisieron arrebatarse su juventud, lo único que le quedaba en la vida, sin lograrlo. Él seguía trabajando, ajeno a cualquier circunstancia exterior, con paciencia y alegría. ¡Juan Cigarra y Pedro Hormiga! Ves y envés de la misma moneda.

—Por lo visto —comentó Del Solar, señalando el índice de una de las revistas que el otro había puesto en sus manos—, se interesa usted en los simbolistas mexicanos, ese grupo de escritores de quienes tan poco se sabe.

—Tan poco como de los románticos y de los modernistas. Se sabe poco de todo. A fin de cuentas, nada. La gente ha dejado de estudiar, apenas trabaja, y a quien se propone hacerlo con seriedad no sólo se le cierran las puertas sino que... ¡Dios mío! ¿Para qué seguir?

Era fácil dirigir la conversación, gracias sobre todo a la furia que de vez en cuando acometía a Balmorán. El historiador le daba la razón en todo. Intentó hablar en un principio de su propio trabajo, de su primer libro sobre el doctor Mora, pero el nudoso librero no tenía paciencia para escuchar a nadie. Hacía gestos desarticulados. Tácita, trémulamente, le exigía no dejar de ser su público, no arrebatarse por piedad la palabra, no mudar hacia él su actitud de simpatía. Rebatirlo hubiera sido fatal. Pero

oírlo se convertía a momentos en una tortura. Gesticulaba demasiado. Se contraía, se retorció, se anudaba. Hacía pausas eternas con el brazo en alto, tendido hacia adelante, trémulo, impaciente, señalando que no había aún terminado de decir lo que se proponía, que no cedería la palabra, que el verbo a punto de surgir de sus labios era tan extraordinario, que el auditor al oírlo perdería el aliento.

Se enteró de cosas innecesarias. De dos matrimonios fallidos y de varias aventuras sentimentales que llevaban implícita una densa carga de sordidez, de sus distintos negocios, de sus épocas de holgura económica, también de temporadas en que se vio obligado a prescindir hasta de lo escrito. Del Solar lo condujo con éxito a varios temas que le interesaban. Trató de obtener información sobre la alemana que vivía encerrada en un departamento miserable desde hacía muchos años, sin obtener nada. Balmorán se cerró:

—Soy de palo. No sé, no veo, no oigo. Jamás he cambiado una palabra con esa mujer, ni me interesa. ¡Que viva como quiera! ¿Le gusta la fetidez? ¡Que la disfrute! ¡El respeto al derecho ajeno es la paz! ¡Gloria eterna al benemérito!

Del Solar advirtió que si quería saber algo, y sobre todo le interesaba la crónica que tanto había alarmado a su tía Eduvigis, debía moverse con cautela extrema. Aquel cuerpo aborrecible estaba pertrechado por una coraza de espinas. Cualquier paso en falso le haría perder una información preciosa.

¿Los temas en que Balmorán trabajaba por el momento? Muchos. Poemas, obras de erudición, entre ellas tres o cuatro biografías de personajes bizarros, curiosos, extravagantes, a quienes la sociedad y sus prejuicios habían hecho añicos. La conversación, sin que Del Solar supiera cómo, saltó a un castrado mexicano que había terminado sus días como fakir en Nápoles. El corazón le dio un salto. ¿Un castrado? ¿Podría tratarse acaso de aquel crápula emparentado con Eduvigis Briones?

—¿Un castrado? ¿Un poeta castrado? —preguntó con voz esperanzada.

—No, señor mío, aquel pobre ser era soprano. Quizás poeta también, aunque, a su manera. ¡Soprano absoluto! De esa manera tuvo la osadía de presentarlo en Roma la insaciable baronesa que corrompió su cuerpo y lo condujo a la ruina. Un castrado clásico en el sentido musical, o al menos eso fue lo que se pretendió en su tiempo. *Il più che melodioso rosignolo messicano!* Una historia curiosísima, un documento excepcional. Una biografía en apariencia típica de su tiempo: hija de la Intervención y del Imperio. En el fondo, algo más majestuoso. ¡Silencio! ¡Me callo! El castrado narró sus memorias en la decrepitud, al borde de la tumba, a un fraile italiano que, mucho me temo, añadió mil anécdotas de su cosecha. Las memorias llegaron a México con un lote de libros y documentos curiosos. ¡Yo las tuve! —gritó, y su clamor tuvo algo del relincha de un potro y el chillido del cerdo en el momento de la degollina—. ¡Fueron más! ¡Del suscrito servidor que canta y baila tres polkas rabiosas a paso de can can! ¡Trescientas páginas de las que sólo cuarenta se salvaron!

—¿Y el resto?

—¿Cómo voy a saberlo? —gritó con voz nuevamente enemiga—. Nunca logré saber si fueron destruidas o no. ¡Me hace usted cada pregunta! En su momento corrieron varias versiones. Lo único que sé es que cuarenta páginas se salvaron del holocausto. Se las había llevado a examinar a una mujer a quien entonces consideraba yo una polígrafa seria y eminente, y que resultó ser la peor, la más astuta mercachifle que haya pisado tierra mexicana. Ella, la erudita insigne, no comprendió el valor excepcional de este relato. Tuvo la desvergüenza de decirme que era poco serio, que ni social ni literariamente era interesante; no así, sino con frases ambiguas, con elogios tan débiles, tan tortuosos que equivalían a una manifestación de su desprecio. Vivía aquí. Llegó a afirmar que el texto no estaba en italiano. Sí, aquí, en este mismo edificio. ¡Una mayúscula ignorante! ¡Una tonta muy lista que hasta el día de su muerte navegó con bandera de genio! Por supuesto, guardo ahora las páginas que sobrevivieron en un lugar seguro. Pueden venir a registrarlo todo, nada van a encontrar. Uno jamás, es el único consejo que me permito darle al mundo, debe quedarse corto en lo que respeta a precauciones. Perdí el movimiento de la pierna y el brazo derechos —dijo, señalando con una mirada de reproche, casi de repulsión su costado inútil— a causa de ese precioso documento. Pueden hacerme lo que les venga en gana, no van a encontrar una línea. Un día, el más inesperado, lo publicaré. Si de algo ha sido ejemplo mi vida es de constancia, de terquedad si quiere darle un nombre. ¡Balmorán, el empecinado! Ya lo ve, no he cejado; aún le voy a propinar al mundo ciertas salutíferas sorpresas.

—¿Y a quién podría interesarle hasta ese grado la aparición o desaparición de esas memorias? ¿A los familiares del castrado? ¿Cuándo dice usted que murió?

—En 1896, en Nápoles; ya se lo dije, de inanición, de locura, de sífilis, de abandono. Sólo las ratas se le acercaban para roer por un rato sus cartílagos secos.

—¿Así que alguien se opuso a que la historia se difundiera?

—¿Qué otra cosa he estado tratando de decirle? ¡Un poco lento, por cierto, mi buen historiador!

—¿Quién podría oponerse? ¿Con qué motivos?

—¡Las preguntas del millón de pesos! No lo sé. Bueno, supongo que sé quiénes fueron, pero no estoy seguro del motivo. Mil veces me lo he preguntado y mil veces he tenido que darme una respuesta diferente.

Miguel del Solar comenzó a sentirse perdido. Aquel castrado no podía ser el pariente de Eduviges Briones. Las fechas no coincidían. La muerte en Nápoles tampoco. ¡Un cantante que termina en fakir! Era demasiado lejano a aquel muchacho encarcelado a perpetuidad en el fondo de una casa porfiriana, evocado por su tía.

—Tal vez —aventuró de nuevo— a los familiares del castrado les atemorizó que se dieran a conocer esas memorias.

—¿Familiares del castrado? ¿Pero de qué está hablando usted? ¿Quiere decírmelo? ¿Qué familia podía tener el pobre castrado? Su cobertura terrenal era la de un indio tarahumara, apache, qué sé yo... Yo no estudié para saber de indios... Vivía

en San Luis Potosí, donde una pareja de aventureros le llenó de humo la cabeza. Le impidieron cumplir la meta que le estaba destinada. Una mujeruca, viuda de un barón austríaco, y un teniente francés lo condujeron a escondidas a la capital, lo tuvieron oculto por una temporada y luego ella, la baronesa de marras, lo transportó a Europa. No voy a revelarles el misterio de su personalidad. Su signo místico. ¿Pudo esa criatura redimir el mundo? Yo sí lo creo, pero se lo impidieron la codicia y la perversidad de aquellos en cuyas manos en mala hora cayó. El Papa pudo haberlo rescatado, pero le faltó intuición, generosidad. No quiero hablar más. ¡Soy de palo! Lo único que le puedo asegurar es que no se trató de un asunto familiar. De ninguna manera. Póngase usted a pensar, unos indios analfabetos que hace más de un siglo le perdieron la pista al personaje. —Echó hacia atrás la cabeza, se acarició una de las patillas y gritó destempladamente—: ¡Basta! ¡A otra cosa! —Comentó algo sobre el clima; luego, con la mayor volubilidad, volvió a su soliloquio—: Puedo asegurarle que durante una temporada mi vida fue una pesadilla. Este edificio se convirtió en, si me perdona usted el pleonismo, el más infernal círculo del infierno.

Interrogatorios disimulados, pesquisas, celadas. Una lluvia de anónimos groseros que ahora, por cierto, ha vuelto a repetirse. Treinta años después y el lenguaje es el mismo. Un día encontré mi departamento, no éste sino el otro, el de aquí al lado, donde entonces vivía, deshecho. Mis libros por el suelo, los muebles despedazados. Habían rasgado el colchón, como en las malas películas. Y de mis papeles, nada, ni huellas. Me había sido arrebatada la historia del ruiseñor mexicano, aquel espantoso castrado de San Luis, y también la tesis que estaba a punto de terminar, y mis cuadernos de notas. Se salvaron las cuarenta páginas que poseo por, como le dije, haberlas temporalmente puesto en manos meretrices. Se lo llevaron todo. Había papeles de valor incalculable, apuntes sobre las misiones jesuitas de la sierra Tarahumara, por ejemplo. Nunca me recibí. Durante un tiempo lograron desalentarme. Luego me repuse, decidido a demostrar que mi vida era alegría, constancia en la alegría. ¡Vals de vales! Creyeron quebrarme, y, ya lo ve, se equivocaron. Volver a escribir la tesis hubiera sido darles la razón. Mostré una grandeza de ánimo que ni yo mismo sospechaba. Les restregué en la jeta que no sólo no me perjudicaban sino que me habían favorecido. He sido desde entonces un eterno estudiante. ¡Permanentemente joven! ¡Sigo siéndolo! En el primer momento no me fue fácil reaccionar como es debido. Vivía con miedo. No se conformaron con secuestrar mi trabajo; poco después quisieron matarme. Me dispararon. No llegaron a aniquilarme, pero, mire, me dejaron cojo, me dejaron manco. ¡Cabrones!

—¿Ocurrió hace mucho?

—Le puedo decir la fecha exacta. El 14 de noviembre de 1942. Ese día marca un hito en mi vida. Hay para mí un antes y un después del mencionado día. Hasta en sueños se me aparece un calendario y una fecha encerrada en un círculo de pequeñas llamas: 14 de noviembre de 1942.

Repitió varias veces a gritos aquella fecha con cara de endemoniado, mientras

golpeaba el suelo con su bastón.

—1942 es el título del libro que proyecto. Estuve con la hija del licenciado Uribe, Delfina; tal vez la conozca. Delfina Uribe, la de la galería de arte. Le hablé del libro que me propongo escribir. Trata de las tensiones internas en México durante nuestro primer año de guerra con el Eje. ¡No se ría! Delfina me dijo que una fiesta suya terminó con una balacera monumental donde hirieron a su hijo, y que esa fecha significaba un hito en su vida, marcaba un antes y un después. Es curioso, pero me parece que empleó las mismas palabras que usted.

Balmorán estaba para esas horas muy borracho. Miró a su interlocutor con ojos desorbitados. Colocó su bastón en posición vertical, y fue levantándose con aparatosos y complicados actos de equilibrio. Todo el cuerpo se sacudía como si lo traspasara una corriente eléctrica. Del Solar temió que lo fuera a agredir. Los locos, recordó, suelen poseer una fuerza descomunal.

—¿Así que es amigo de Delfina Uribe? —chilló Balmorán.

—La conozco. Más bien soy amigo de una sobrina suya —respondió con tranquilidad—. Dicen que en sus tiempos fue una mujer muy atractiva. Algo le queda. Me dijo que su hijo fue herido de muerte al terminar esa fiesta. Según ella, mi obra debería basarse en aquella reunión. Ahí se manifestaron, al parecer, en toda su crueldad, las contradicciones que me interesa estudiar. Esa noche coincidieron una serie de tendencias que al extremarse ya no lograron coexistir. Ese radicalismo hizo estallar el marco que las constreñía.

Algo pareció tranquilizar y enfurecer a la vez a Balmorán. Lo molestaba al parecer hablar del tema, pero, a la vez, le significaba una tentación irresistible. Volvió a desplomarse sobre el sillón del que con tantas dificultades había logrado levantarse.

—Me la puedo imaginar a la perfección. ¡Protagonista total de la revolución mexicana! ¡Diva absoluta! ¡La historia como crónica familiar! ¡Su padre, el sol redondo y colorado de la época! Le voy a decir a usted sólo una cosa: si Delfina representa algo es sólo a sí misma, a sus innumerables mezquindades, su ansia de poder, su rapacidad sin límites. Se quedaría usted estupefacto si le contara hasta qué grado fuimos amigos. Me equivoqué del todo con ella. Una de las prerrogativas de la juventud, en su sana actitud ante la vida, es creer en la buena fe de los demás. La juventud es generosa, está dispuesta a descubrir virtudes en donde no las hay. ¡Hasta en la Werfel, que ya es decir! Hace tres o cuatro años me invitó a cenar Delfina. ¡La última vez que la vi! ¿Conoce su casa en San Ángel? Una especie de mausoleo. Espacios gélidos, a tono con el fiambre en que se ha convertido. Había allí cuatro o cinco personas que olían igual que ella, a cadaverina. Un sirviente de guante blanco nos sirvió la copa. Se mascullaba un lenguaje incomprensible para simular comunicación. La verdad, hablaban sólo por cumplir un ritual, con un propósito único, no decir nada. Me quedé un rato. Delfina me preguntó por mis ediciones. Lo único que le interesaba, estoy seguro, era saber cuánto ganaba y qué tipo de cuadro podía encajarme. O tal vez cerciorarse si había hecho bien en invitarme o cometido

un desliz social. El tufo a alta finanza era irrespirable. Si hablaban de un pintor era para señalar que tal cuadro se había vendido en tantos millones de pesos; que un Rivera había costado tantos cientos de miles de dólares y un Tamayo tantos otros en una subasta en Nueva York. Cuando pasamos a la mesa, yo temía que el camarero nos anunciara el precio del plato de camarones y del filete a la pimienta. Tomé sólo la sopa, no pude más. Un tipo a quien apenas conocía de vista, un publicista, me comenzó sin más a tutear: «Mira, Pedrito, si aspiras a comer diariamente arroz con pollo tienes que ser dialéctico, y hacer esto y aquello en la vida. Me cae, Pedrito, que me comprometo a incorporarte a la síntesis. Uno debe tener mucho cuidado. Exigir siempre que pida uno arroz, que se lo sirvan con pollo», y siguió: «Pedrito por aquí» «Pedrito por allá», como si fuéramos amigos. Me levanté y dije que me sentía mal, que algo se me había indigestado, tal vez la conversación; que varias veces me habían ofrecido arroz con pollo, pero lo que me querían servir era arroz con culo. Una flaca apergaminada, igualita a un torero con su corbatín de luces, que me habían asestado al lado, me miró como si fuera yo basura. Los demás simulaban no advertir mis palabras. Le pregunté a la flaca por el excusado; le dije que necesitaba ir de urgencia, pues estaba a punto de estallar. Delfina, por mera fórmula, se levantó, me llevó del brazo a la sala, me preguntó si necesitaba algo, si quería que su coche me llevara a casa. Por primera vez se permitió llamarme también Pedrito. La paré en seco: «Soy un joven, no un bebé, Delfina. Así que haz el favor de no llamarme con diminutivos.» Añadí que nos habían unido muchas cosas, tal vez las más trágicas que pueda uno imaginarse, pero el pasado era sólo eso, pasado, que comprendiera lo imposible que me resultaba seguir sentado allí, en esa hermosa villa al lado de sus invitados, que sentía como si comiera carroña. Salí disparado, y no he vuelto a verla. Y, en una época, ya le digo, era difícil hallar dos amigos mejor avenidos que nosotros. ¿Sabía que también ella vivió en este edificio?

Del Solar se le quedó mirando con ojos vacíos. No respondió. El otro pareció interpretar ese silencio y su mirada neutra como una demostración de asombro. El efecto pareció gustarle. Desorbitó los ojos, hizo un sinfín de muecas, dispuesto, al parecer, a producir una declaración definitiva, lanzó la mano izquierda hacia adelante, y comenzó a agitarla enloquecidamente para impedir cualquier comentario intempestivo de su huésped.

—Sí, señor mío —continuó—, las cosas son así. En este edificio vivió su Alteza Real el año de 1942. No se lo dijo, claro. Debe de considerar deshonrosa la experiencia de vivir al lado de otra gente. Este no es su palacete de San Angel, ni tampoco el feudo que me dicen posee en Cuernavaca, «La tierra es de quien la trabaja», me imagino que se llama o, tal vez «Tierra y libertad». Usted sabe, la agrarista nata no puede vivir sin su lenguaje. En el primer piso de este edificio, óigalo bien, tuvo lugar la fiesta a la que ella y yo nos hemos referido. Porque ambos hablamos, aunque a usted le parezca inverosímil, del mismo acontecimiento. El 14 de noviembre de 1942 fue una fecha que a ambos nos cambió la vida, a mí para bien, a

ella para muy mal. Una reunión colmada de incidentes bochornosos. No todos, hay que decirlo, imputables a ella. Al final, cuando estábamos en la calle, se produjo la balancera en la que murió un extranjero, y donde el hijo de Delfina y el suscrito que canta y baila hasta el himno nacional a estas alturas resultamos heridos. Yo, de la mayor gravedad. Un balazo me hirió la columna; parálisis parcial, casi la muerte.

Balmorán saboreaba el interés creado. Se había convertido en un héroe, en el protagonista absoluto. Comenzó por hablar del clima de desconfianza que imperó en el edificio los meses anteriores. Una familia ligada a intereses alemanes había gestado esa atmósfera. Gente que sólo sabía vivir rodeada de matones. Había cometido el error de ponerse en contacto con ellos. En concreto, con una mujer demente e ignorante, sobrina a todo eso de un tal Gonzalo de la Caña, poetastro decadente de ínfima ralea, de quien no había encontrado sino uno que otro dato disperso y contradictorio.

—Un simbolista primario. Poseía una auténtica perversidad, pero carcomida, claro, por el medio en que se movía ¡Baudelaire ahogado en su jícara de chocolate espeso! Me dieron con la puerta en las narices. Una chusma ajena por completo a la literatura, nacida y criada en el oscurantismo y la intolerancia. A partir de esa visita me sentí observado, perseguido. Se repetía la historia del escritor como enemigo, ente abominable a quien era necesario ahuyentar del castillo. Una mañana se me presentó un abogadillo chicanero, un coyote, un tipejo ramplón con tufo a picardía, al cual, según me enteré después, el edificio entero conocía con el mote de «el orate». No sabía cómo iniciar la conversación. Me preguntó, como para tantear el terreno, por mis relaciones con los vecinos, sobre todo con la maestra Werfel, ese genio de la impostura. El pretexto para acercármese fue banal y, sin embargo, creíble. Llegó a consultarme sobre alguien que pudiera ayudar a la hija de un amigo suyo a redactar una tesis universitaria. Se interesó por mi situación económica. Dijo que me quemaba las pestañas estudiando para ganar una miseria; era cierto. Se refirió a la injusticia que aquello implicaba; otros, sin hacer nada, revolcaban sus panzas y las de sus barraganas en polvo de oro. El sujeto tenía modos repulsivos. Me comenzaron a incomodar su presencia, su tono paternalista. Siempre he sido muy susceptible al desaseo, y aquellos dientes verduzcos me repugnaron. Cada vez que se me acercaba el hedor de la boca me producía mareos. Le respondí que me era impensable ayudar a los demás cuando yo mismo estaba por recibirme. «Sí, lo sé», me dijo con una sonrisa furtiva que pretendía ser de complicidad. «Me han llegado rumores de que tiene ciertos papeles sobre la vida de un invertido famoso y que se dispone a publicarlos.» No comprendí; comencé a explicarle en qué consistía el romanticismo, el tema de mi tesis, y cuáles fueron sus secuelas en México. «¡Ay, sí, qué romántico debe de ser eso de revelar la vida de un cabrón degenerado que tuvo que huir de su país para continuar en otro una vida de puterías!» La repito, no comprendía yo de qué me hablaba. Había un equívoco, pero no lograba detectar en dónde. Al fin, comencé a comprender; hablaba del castrado, de mi proyecto de elaborar y publicar el misterio

de su vida prodigiosa, pero mezclaba su historia con otras. Le pregunté de plano si se refería al castrado. «¿Pues a quién si no, sabio de mi alma?» Sus confiancitas se me atragantaban. Me salió con que conocía a alguien que podía pagar una cantidad más que respetable por esos papeles, que la operación se podía llevar a cabo siempre y cuando accediera a pasarle la mitad por sus servicios. Le respondí que su proposición era absurda, que por ningún dinero vendería esos papeles. Aún no advertía que existe una perpetua confabulación para que el milagro no se realice, para que la materia destruya a ciegas el misterio de la redención. ¡No se me intranquilice, por favor! ¡Distienda esa cara! Cuando publique mi versión va usted a comprenderlo todo. Al fin se marchó el tinterillo de mierda, pero a partir de entonces me molestaron noche y día, sin tregua, por teléfono, con anónimos, por cuanto medio es posible. Una tarde, dos tipos con aire de boxeadores se me echaron encima en pleno parque España, fingiéndose borrachos. Escapé por casualidad. La persecución desembocó en el robo de mis papeles. Me citaron en Cuernavaca con un señuelo muy atractivo del que por el momento no vale la pena hablar. Todo era una trampa. Volví furioso, para encontrar mi casa saqueada y secuestrados mis papeles. No volví a ver al orate sino hasta el día de la fiesta de Delfina. Me rehuyó durante un rato, amparándose en la protección de las Werfel. Un loco de remate. De pronto, mientras hablaba yo con un amigo, se me acercó y me espetó que había sido un imbécil, que de haberle hecho caso a esas horas estaríamos forrados en pesos. Me quedé petrificado. Todo podía esperar menos que me saliera con eso. Se me escabulló. Luego lo vi golpear el cuerpo espacioso de Ida Werfel. Entre Bernardo, otro de los Uribe y yo, logramos detenerlo. Había mucha gente, seguía entrando más. Sin que supiéramos cómo, se nos volvió a zafar de las manos. Salí al pasillo, a la escalera, pero ya no estaba. Bajé al patio, no vi ni su sombra. Pudo meterse en algún departamento, o esconderse en uno de tantos recovecos como tiene este edificio. Ya bien entrada la noche volví a verlo. Le hacía señas por una ventana al muchacho alemán para que saliera al corredor. Había llegado el momento de ajustar cuentas con él. No me importaba lo que pudiera ocurrir. Yo era entonces fuerte y él un enclenque. Lo haré hablar, me dije. Hoy averiguaré dónde fueron a dar mis papeles y, si no lo logro, al menos le acomodaré la madrina de su vida. Junto a la puerta tropecé con Ricardo, el hijo recién llegado de Delfina, y le pedí que me acompañara; me era necesario un testigo. Salimos a toda prisa. El orate estaba ya en la glorieta frente al edificio. El muchacho alemán corría hacia un coche cuando comenzó la refriega. Tengo la impresión de que nos dispararon desde varias direcciones. Nos dieron por muertos. Me operaron tres veces. Uno de los balazos, ya lo sabe, me tocó la columna, otro me dejó la pelvis hecha trizas. Vivo de milagro. Tardé mucho en volver a caminar, en recuperarme. He dado tumbos en la vida, pero sin venderme a nadie. No me he amargado, usted puede verlo. Un día saldrá a la luz el relato sobre lo spaventoso castrato messieano. No contendrá todos los datos del original pero quedará lo esencial, acabaré por reconstruirlo. En su infortunada presentación en Roma, sus malquerientes corrieron la

voz de que escucharlo hacía daño al oído. Pobre alma, fracasó hasta como fakir. No había llegado su momento de luz, su aparición fue prematura. Su aspecto al final era tan espantoso que no se le acercaban sino las alimañas, y las ratas que, como le he dicho, poco a poco se lo fueron merendando.

Eran cerca de las cuatro de la mañana. Balmorán se levantó para abrir otra botella, pero Del Solar se lo impidió. Hablaba como caminaba, en círculos. Había vuelto a repetir con exactitud, utilizando las mismas precisas palabras, algunos pasajes de su relato. Lo acompañó zopicando hasta la puerta, le prometió buscarle la bibliografía que le interesaba. Tenía que volver, ver los libros que había editado, conversar. Había un ruego tácito en la voz, en sus gestos, en su mirada derrotada de borracho. Le podía decir mucho sobre el año 1942, lo juraba. Podría decirle cosas que a nadie le había confiado. ¡Haría con él una excepción! Debía volver lo más pronto posible. ¡Mañana!

7. EN EL HUERTO DE JUAN FERNÁNDEZ

—MI abuelo tenía una tienda de abarrotes en Paraje, Veracruz. ¡Imagínese! Abarrotes debe de ser un mero eufemismo. En changarro de mala muerte en un pueblo rabón del trópico es lo que habría que decir. Allí nació y se crió mi padre. De joven fui dos o tres veces en visita familiar. Un lugar muy triste, se lo aseguro; me temo que siga siendo igual. El año próximo volveré con Bernardo y Malú a festejar el centenario de su nacimiento. Paraje de Uriba va a llamarse —decía Delfina un domingo a media mañana en su jardín de Cuernavaca—. Había cerca un ojo de agua precioso; abundaban las nutrias. En la casa teníamos dos o tres cubrecamas hechos con pieles que nos regalaron los rancheros. También algunas piezas arqueológicas. A lo mejor decidieron la vocación de mi hermano Bernardo. Si yo se las hubiera pedido a mi padre, téngalo por seguro que me las habría dado, pero de joven, a diferencia de mi hermano, no me interesaba en el mundo prehispánico, ni en las artes visuales. Vivía pegada a la literatura. Es posible que las piezas hayan sido totonacas, aunque la distancia entre Paraje y el Tajín debe ser considerable; no podría afirmarlo. Cada vez que le pregunto a Bernardo me da una respuesta diferente. Usted no puede imaginarse la intensidad de las crisis de esnobismo que me acometían en la juventud —se echó a reír con una risa seca—. Fue mi galería, el trabajo, el trato con los pintores, lo que me devolvió a la realidad. La pasión por mi padre fue total y, en reciprocidad, él me adoraba. Lo que le pedía era poco frente a lo que insistía en darme. Fui hija única, después de cuatro varones; sólo vivimos Bernardo y yo. Pasé una niñez y una adolescencia privilegiadas, sin embargo me sentía, y le juro que es cierto, decididamente revolucionaria. Me emocionaba, me sigue emocionando, la vida de mi padre. Sus esfuerzos por estudiar; su decisión de escapar de un medio tan reductor como debía ser el de Paraje a principios de siglo; hacer, primero la carrera de maestro en Jalapa, luego aquí la de abogado. Pero eso usted, historiador, lo sabe casi mejor que yo. Cuando lo oía hablar del momento en que decidió tomar las armas, de sus travesías a caballo por el país, de las convenciones revolucionarias, de la prisión, me emocionaba a un punto que me parecía compartir con él todas esas experiencias. Me sentía en la Sierra Madre a lomo de caballo o a su lado en la cárcel. En el exilio era aún más radical. Asistía a actos públicos, a mítines universitarios y sindicales. Pero el poder, ¡imagínese una casa donde comían ministros y generales y a veces el Presidente de la República!, tuvo por fuerza que marearme. En el fondo deseaba también ser la mujer mejor vestida de México, la más vistosa, la más deslumbrante. Que los porfirianos me dijeran que habían estado muertos de ganas por bailar conmigo mientras yo les comentaba la cena que papá le había ofrecido a Rubinstein o la exposición de Picasso que había visto en París. Que sus hermanas me preguntaran dónde me habían cortado tal vestido y yo pudiera responderles que era un auténtico Schiaparelli. Estudié literatura en Inglaterra y en Francia, conocía bien mis idiomas,

viajé mucho y, después de mi divorcio, viví en Nueva York. Era natural que me sintiera la mujer mejor preparada de México; sin embargo, en secreto, me moría de admiración por algunas mujeres del mundo derrotado. Eduviges, por ejemplo. Sin recursos, adaptando viejos vestidos que habían pertenecido a su madre o a alguna tía podía ser a su manera tan elegante como la mujer mejor vestida de París o de Roma. ¡Clase!, ¿no es cierto? ¡Las cosas como son! Nuestra relación no fue larga, pero sí muy intensa. Trataré de explicársela. Vivíamos en los dos mejores departamentos del Minerva, una al lado de la otra. Por las mañanas me llamaba por teléfono a la galería; por la tarde pasaba a recogerme y tomábamos café, dábamos unas vueltas por la ciudad en mi coche y luego volvíamos a mi casa y hablábamos sin darnos tregua hasta la hora de cenar, en que ella regresaba a su departamento y yo me vestía para salir a algún lado. En un momento pensé en hacerla mi socia. Sus relaciones podrían serme muy útiles, pensaba. Yo llevaría el trato con los pintores y con un sector de nuestros clientes, los políticos y los extranjeros; ella, con los banqueros y la gente de las viejas familias. Pero su ignorancia era descomunal, no se diga ya su imprudencia. Nuestra asociación hubiera concluido en un fracaso rotundo e inmediato. Lo supe ver a tiempo. No era amistad, a pesar de la intensidad de que le hablo, lo que nos unía; era una relación muy dispareja, con exigencias desmesuradas, una especie de enfermedad. De arte moderno Eduviges no sabía nada, no lo registraba. En cambio, entraba en casa de un anticuario, tomaba una jarra, la aislaba de los cachivaches que la rodeaban y la convertía en un objeto prodigioso. Pasaba dificultades económicas, a pesar de que su hermano Arnulfo había hecho millones. Uno entraba en su casa y lo primero que advertía era el gusto con que, casi sin nada, estaba puesta. Claro que hubo dificultades; un buen día sus caprichos y rabietas comenzaron a presentarse. Habíamos planeado ir a Guadalajara a ver unos muebles que unas tías suyas pensaban poner a la venta. En el último momento, con los boletos del tren comprados, las maletas hechas, decidió no viajar, dándome una excusa banal. Me ofendí con una desproporción que aún no logro explicarme. A partir de ese día las relaciones fueron volviéndose cada vez más tirantes. Yo detestaba a su hermano, pero trataba de ser prudente, de no tocar nunca ese tema. Ella, en cambio, comenzó a partir de cierto momento a provocarme. Primero fueron piquetitos de mosca, a la altura de su cerebro; luego de avispa; si me dejo hubieran sido de víbora. Me imagino que le molestaba la holgura con que me desenvolvía, que pudiera irme unos días a Nueva York a comparar un abrigo o un par de sombreros, por ejemplo. Un día comenté delante de ella mi alegría por haber comenzado mi padre a publicar una serie de artículos donde se retractaba de algunas posiciones críticas a la expropiación del petróleo. Me respondió de muy mal modo, con franca grosería. Comenzó a recitar puntos de vista que debían ser de su hermano, a quien meses atrás, en el breve verano de nuestra amistad, consideraba como una rémora del pasado. No sé si lo sepa, en esa época se creó la comisión para intervenir los bienes del enemigo; fue presidida por don Luis Cabrera. Mi padre fue invitado a participar en ella. No aceptó porque su

enfermedad, que todo el mundo conocía, se lo vedaba. Pero Eduviges me comentó esa abstención con una frase maligna que seguramente le pareció muy ingeniosa y que no hacía sino denotar la magnitud de su imbecilidad. Otra vez, me colgó el teléfono. Para entonces ya no nos llamábamos sino muy de vez en cuando y habíamos dejado de visitarnos. Se preguntará usted por qué entonces la invité a mi fiesta. La verdad, por poco grata, por ruin que resulte, es que la invité para ofenderla. Mostrarle mi mundo. Señalarle que me codeaba con los intelectuales y artistas del momento, con la gente que había vuelto del exilio y también con los nobles europeos, falsos o auténticos, que comenzaron a pulular por la ciudad a medida que se fue extendiendo la guerra en Europa. Los títulos la deslumbraban; le producían vértigo. Una fiesta que tenía como propósito arruinarle la noche a alguien debía por fuerza acabar mal. La violencia incita a la violencia, dicen. —Volvió a hacer intento de reír, pero se contuvo—. Pensaba yo exponer su incultura ante todo el mundo, convertirla en la chusca del Minerva, la tonta de México, el hazmerrerir del momento; hacerle sentir, sobre todo, con quién pretendía medir sus fuerzas. El desastre no se hizo esperar y la única castigada resulté yo. Acababa de inaugurar unas semanas antes la galería con una recepción que nos salió muy lucida. No tenía por qué repetir el número en mi casa. Ya la idea de hacer algo para celebrar a la vez la exposición de Julio Escobedo y el regreso de mi hijo no era un acierto. ¿Qué podía importarle a Ricardo que en la fiesta que le ofrecía por volver a casa estuviera presente el ministro de Educación o el director del Museo Nacional? Debía haber sido otra fiesta, o ninguna. Total, ya las habría cuando de nuevo se ambientara en el país. Tampoco para Julio tenía sentido esa reunión, me imagino. Aquellos personajes ya habían estado en la galería. A la reunión de mi casa deberían llegar sólo sus amigos más íntimos; así lo habíamos convenido, pero todo salió de otra manera. En el primer momento se habría podido pensar que aquello era una alegoría de la reconciliación del país. En esos días, con motivo de la guerra, se hablaba mucho de unidad nacional; la noche de marras, mi casa parecía la sede de su realización. Eso, a primera vista. ¡Meras apariencias! No ha habido fiesta más desastrosa. Para abrir boca, Ida Werfel fue golpeada por un enajenado. Luego el general Torner, convertido en protector de Matilde Arenal, quiso golpear a Julio porque creyó que agraviaba a la actriz en un cuadro... ¿La alcanzó usted a ver en alguna de sus últimas temporadas? No, por supuesto, no estaba usted en edad. No era nada mala, a pesar de ser poco inteligente. Cuando Torner se casó con ella no le permitió volver al teatro, ni siquiera en calidad de espectadora... Bueno, el general, que tenía fama de tranquilo, que afirmaba quererme como un padre, armó esa noche un escándalo de poca..., como dicen mis sobrinas. Quiso golpear a Julio. ¡Un horror!, y luego, la verdadera desgracia, los disparos, el muerto, mi hijo herido, gravísimo.

—Balmorán me dijo que lo acompañó a hacer una reclamación —pudo al fin intercalar Del Solar.

—¿Pedrito Balmorán? ¿Ya lo conoció? ¿Se dio cuenta, me imagino, que está

loco? Hace mucho que vive en la irrealidad.

Miguel del Solar relató a grandes rasgos su visita. Hizo hincapié en la tesis de Balmorán de que la persecución había comenzado desde que se supo que tenía unos papeles sobre un cantante mexicano del siglo XIX, un castrado para más señas.

—¿No se le quita eso de la cabeza? ¿No se da cuenta el estúpido de que lo único que hace es seguir el juego de Eduviges? ¿A quién diablos podían importarle esos papeles? Es posible que se trate de una venganza, y se obstine en ocultar las causas. Que hubiese, por ejemplo, obtenido esos documentos de modo indebido y el auténtico propietario se presentara a recuperarlos y de paso decidido a llevarse otras cosas. Muy jalado de los pelos, de cualquier manera. ¿Por qué lo iba a acompañar Ricardo, si no lo conocía? ¿Ya qué bajó él esa noche? ¿Se lo dijo?

—Sí, algo dijo. Al parecer, Martínez, el agresor de Ida Werfel, le había transmitido algún tiempo atrás al interés de una tercera persona en comprarle los documentos sobre la vida del castrado. ¿Ve, usted? Cierta valor debían tener para alguien. Esa noche, Martínez le insinuó que sabía quién había asaltado su departamento, y se había llevado los papeles. Después de golpear a Ida Werfel, fue echado de su casa. Ahora bien, Balmorán dice que volvió a aparecer un rato después en el corredor para llamar a Pistauer. Entonces, posiblemente en copas, se animó a reclamarle. Quería saber quién había asaltado su estudio. Entre otras cosas se habían llevado la tesis con que estaba a punto de recibirse. Al salir tropezó con su hijo y le pidió que lo acompañara. Quería tener un testigo de su conversación con Martínez.

—No crea usted jamás ni la cuarta, ni la décima parte de lo que cuente Balmorán. Se lo advierto, es un mitómano irremediable. Nadie lo supera. Lo ha sido toda su vida. Con el tiempo seguramente ha construido esa versión y debe creerla a pie juntillas. En el hospital, Ricardo me dijo que Pistauer le pidió acompañarlo. Apenas hablaba español y quería que mi hijo le explicara al taxista cómo llegar a su casa. Se habían conocido esa noche, debían tener más o menos la misma edad. Cuando salieron a la calle, un coche apostado frente al edificio los recibió a balazos. Ricardo ni siquiera advirtió que Balmorán los había seguido. También él resultó herido, ¿se lo dijo? De ahí provienen sus deformidades y con toda seguridad su desequilibrio mental.

—¿No sería posible que el atentado fuera obra de la gente afectada por esa comisión recién formada, quienes temían la intervención de sus bienes? Tal vez querían hacerle a su padre una advertencia; de allí el ataque a su nieto.

—Miguel, no se deje seducir por melodramas. ¡No!, repito, ¡no!, si de algo estoy segura es que el atentado nada tuvo que ver con mi padre.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Por una sencilla razón: soy partidaria de los hechos. Para nadie era un misterio que mi padre estaba muy enfermo; pocas semanas antes se había visto a las puertas de la muerte. Se recuperó, por suerte, pero en esos días no se podía prever. Los diarios publicaron que por esa razón no había aceptado formar parte de la Junta de

Intervención de los Bienes del Enemigo, como se llamó esa comisión. El licenciado Cabrera la presidió, ya se lo he dicho, y que yo sepa, nunca le balancearon a sus hijos ni a sus nietos... Mire, siempre es bueno hablar claro; los matones estaban a la espera de Pistauer, el hijastro de Arnulfo Briones. Uno de ellos bajó del coche a rematarlo. A Balmorán y a mi hijo les tocaron balas casuales, pues no era a ellos a quienes buscaban. Si lo que se proponían era poner nervioso a mi padre, ¿por qué entonces matar al hijastro de Briones, un hombre ligado de mucho tiempo atrás a los alemanes? Tenía, o había tenido negocios importantes con ellos. ¡Qué raro!, nunca me habló Balmorán de esa reaparición de Martínez para sacar a Pistauer del edificio.

—Posiblemente también ha fabricado esa versión y ahora la repite de manera mecánica —dijo Del Solar, fatigado por la intensidad que emanaba de Delfina desde el comienzo de la conversación.

—De su mitomanía no necesita hablarme, soy la primera en haberla sufrido; pero alguna vez podría decir la verdad —respondió con incoherencia, y luego preguntó—: ¿Qué le dijo exactamente?

—Repitió la descripción del episodio. La aparición de Martínez, la inmediata salida del austríaco. La petición de Balmorán al hijo de Delfina a que lo acompañara como testigo a la calle.

—¡Venga! ¡Vamos al jardín a cortar unas flores! —exclamó de pronto la anfitriona, como si estuviera harta de oír sandeces.

Caminaron hasta la hondonada al fondo del jardín. Bajaron al cauce de un arroyo. Ella llevaba unas tijeras de podar. No era posible afirmar que estaba nerviosa, pero sí distraída. Junto al arroyo se dejó caer en una banca, y le hizo señas de que hiciera lo mismo. Luego llamó a un muchacho que colocaba una piedras en una especie de dique casero, de represa primitiva, le entregó las tijeras, le dijo que cortara unas aves del paraíso, pero que antes fuera a la cocina y pidiera un par de whiskys.

—Yo tal vez prefiero un café —aventuró Del Solar.

—No creo que sea la hora estricta para empezar con la copa, pero con este calor uno se puede permitir alguna flexibilidad, ¿no le parece? —contestó Delfina. Luego, con el mismo aire adusto, reconcentrado, con una voz cuya sequedad le recordaba el final de su primer encuentro, continuó—: Tal vez el incidente nunca llegue a aclararse. A mi hijo le perforaron un pulmón, ya se lo he dicho; murió cuando apenas acababa de cumplir veintidós años. Nunca pudo restablecerse; ese par de años lo vivió como inválido. Por lo tanto se supone que debía ser yo la primera interesada en que los hechos se aclarasen, y que en caso de que el culpable o los culpables viviesen aún, se les castigara con todo el peso de la ley. Sin embargo no es así. ¿Para qué hurgar más en esto? Mi padre era de opinión que en política cuando se perdía una batalla lo mejor era echar tierra al pasado y emprender de inmediato nuevas cosas. ¡Ha corrido tanto tiempo! ¿Para qué remover estas historias, cuando de antemano se sabe que nada va a resultar?

—¿Lo juzga usted imposible?

—Usted también.

—No lo crea; mejor dicho no lo sé. Estoy tratando sencillamente de investigar una época. Como le dije en un principio, leí una serie de documentos que fueron el punto de partida de este nuevo trabajo; en aquel expediente sobre las actividades de agentes alemanes en México se aludía a crímenes que tuvieron lugar en el edificio donde usted vivía entonces. Me doy muy bien cuenta del elemento grotesco de esta parodia de investigación policíaca que realizo. Le ruego me disculpe. Cuando leí aquel legajo no encontré su nombre; tenía totalmente olvidado que su hijo era una de las víctimas. Pero si he de decirle la verdad, de haberlo sabido, también la habría importunado.

—Le agradezco que me lo diga. Pero ya se lo he dicho; en el caso de mi hijo se trató de un error —insistió de mal humor, como si le hablara a un niño empeñado en no emprender algo muy simple—. Los crímenes a que con toda seguridad se refiere ese expediente fueron el de Pistauer y el de Arnulfo, el hermano de Eduviges.

—¿También usted cree que lo asesinaron?

—Por supuesto. Y mire, estoy segura de que el caso debió quedar resuelto. Mi padre me dijo que no moviera un dedo. Las autoridades tenían todos los hilos en la mano. Si hubo culpables con seguridad fueron castigados.

—Culpables tuvo que haber por fuerza. Me acaba de decir que Pistauer y Arnulfo Briones fueron asesinados.

—Uno habla a veces por hablar... Pero bien, tiene razón. Hubo crímenes, hubo criminales; estos últimos fueron seguramente castigados en el momento debido. ¿Para qué tratar de investigar el caso treinta años después? No pretendo encubrir a nadie. ¡Nada más eso me faltaba! Sólo quiero decirle que la situación era muy compleja. Se movían intereses muy intrincados. El mundo en que Briones se movía era decididamente tenebroso, esa gente andaba como loca; en la desesperación eran capaces de cualquier cosa. Me considero una persona capaz de actuar con sangre fría. Pocas cosas me sacan de quicio, quiero decir, me alteran. —Respiró profundamente, le brillaron los ojos. Parecía buscar las palabras para hacerle una confidencia, pero se detuvo a tiempo—: Sí, sí, se movían varias corrientes, algunas muy turbias. Ese tal Martínez, al que aludió usted, trabajaba al servicio de su tío.

—¿De quién?

—Trabajaba con Arnulfo Briones.

—Briones no era tío mío. Eduviges sí, aunque el parentesco es sólo político. Su marido era primo de mi madre.

Delfina soltó otra de sus habituales carcajadas; un graznido breve y seco.

—Celebro que le irrite ese parentesco. Y mire que yo soy de manga muy ancha. Pero hablábamos de Martínez, ¿no es cierto? También yo lo conocí. Le dio por llegar a la galería, con la encomienda, según decía, de alguien muy importante que por el momento prefería permanecer a la sombra, de elegir un cuadro para regalárselo a otro personajazo a quien tampoco podía mencionar. No estaba autorizado para hacerlo,

afirmaba. No tuve el menor interés en preguntarle nada, lo que al parecer lo desconcertó. Es posible que pensara que con tantas ínfulas y tanto misterio iba a darle un trato preferencial, a bailar la música que me tocara; en fin, no sé qué esperaba de mí. Pude darme cuenta a los pocos minutos de que no tenía idea de lo que era pintura; lo que menos le interesaba era ver los cuadros que había comenzado a mostrarle. Me hizo una que otra pregunta personal bastante absurda. Por un momento llegué a sospechar que aquel hombrecillo espeluznante pretendía enamorarme. Agitaba los brazos de un modo incoherente al hablar. Era una porquería. Durante unos minutos parecía incapaz de sostener la mirada; en otros, la fijaba en los ojos del interlocutor, como si deseara hipnotizarlo. Mire, Miguel, me tocó en suerte tener un padre que un día era ministro y al día siguiente debía hacer las maletas y salir al exilio, y viceversa. No olvide que me crié en épocas muy agitadas. Convivir desde niña con aquel medio me agudizó, lo quisiera yo o no, un sexto sentido. A los cinco minutos de tratar con aquel mamarracho estaba segura de que me encontraba frente a un tipo peligroso, con toda seguridad al servicio de alguien. Hay un cierto tipo de hombres que son incapaces de actuar por cuenta propia. Él era de esos. Le dije a una empleada que atendiera al cliente, me despedí con la mayor naturalidad y me encerré en mi despacho. Le ordené a mi secretaria que no me interrumpiera esa mañana por ningún motivo. Pero Martínez era una sanguijuela. Volvió dos o tres veces, tal vez más. Se hizo amigo de las muchachas que trabajaban conmigo. Comencé a tropezar con él también en el edificio donde vivía, el Minerva, ya lo sabe usted. Siempre era lo mismo, quería hacerme conversación y yo lo esquivaba, tal vez con un poco más de altanería de lo normal, para hacerle sentir que no éramos del mismo medio, y demostrarle que no le tenía ningún temor. Le pedí a mi chófer, un hombre de toda la confianza de mi hermano Andrés, que lo observara. Supe que trabajaba con Briones, que visitaba a las Werfel, a Balmorán, a la portera, que pasaba parte de su tiempo en el apartamento de Eduviges, donde Arnulfo tenía su despacho. Traté de prevenir a Ida, quien se negó a entenderme, empeñada en considerarlo como un latino de fuego enloquecido por sus blancas pechugas. Ya usted conoce el resultado. Hubo que sacarlo de la fiesta cuando la emprendió a golpes con ella. Imagínese mi sorpresa al verlo sentado campechanamente en mi sala. Nadie lo había invitado. ¡Jamás se me hubiera ocurrido! Se presentó cuando ya había gente en la casa. No podía permitirme una escena, de otro modo lo habría mandado echar desde un comienzo. Ya usted advertirá la atmósfera que reinaba en el edificio hacia noviembre del 42, con ese tipo de gentuza mezclada siempre con nosotros.

Les habían llevado el whisky. Delfina ordenó unos antojitos y café. Nunca preguntaba, por lo visto, lo que deseaban los demás. Se había quedado en silencio, como perdida en sus recuerdos. Sacó de su bolso una revista de arte y se la tendió abierta en una página que reproducía fotos de pintura reciente. Mientras Del Solar leía distraídamente, la anfitriona con su copa en la mano fue a conversar con el jardinero. Los vio caminar por un sendero al borde del arroyo, gesticular, señalar unas

trepadoras de mínimas flores amarillas, desaparecer, y después de un rato volver sola a la banca, sin que se le moviera ni un cabello, ni arrugado la falda, ni alterado el maquillaje. Conocía el secreto de ser impecable. Caminó hacia él con aire muy serio. Una severidad tribunalicia contrastante con la rica coloración del jardín. Pareció sorprenderse por la rapidez con que habían colocado frente a él un plato con taquitos, unas tazas y la cafetera. Mientras le servía, volvió a tomar la palabra:

—Usted es historiador, no novelista, por eso puedo hablar de temas que no suelo airear. Sé con quién puedo hablar. Como verá —dijo con su sonrisa más pulcra— no he perdido mi sexto sentido. Detesto hablar de mis tragedias personales, pero debo decirle que la muerte de Ricardo, mi hijo, fue el golpe más duro que he sufrido en la vida; poco después, sobrevino la de mi padre. De ambas me siento culpable; por supuesto, no de haberlas causado. Son las dos personas a quienes más he querido, las únicas si a eso vamos. Fueron en realidad los hombres de mi vida, y a ambos les fallé.

Del Solar escuchó el relato de Delfina enunciado con una voz neutra, como si la emoción, en caso de existir, se mantuviera siempre en el fondo, rezagada, a pesar de ciertos énfasis producidos más bien por la adjetivación.

Había sido la única mujer entre cinco hermanos. La menor. Sus padres y hermanos la quisieron con locura. Eso la hizo sentir siempre muy poderosa, pero a la vez ceñida por un marco de hierro. Nunca podía salir sola; le supervisaban los amigos, los lugares, los horarios. A la salida del cine, del teatro, de una fiesta, había un coche y un chófer esperándola. Por eso, antes de cumplir veinte años ya estaba casada. Y a la semana ya se había arrepentido. Cristóbal Rubio, el varón elegido, resultó un auténtico patán. La tenía más encerrada que de soltera, la trataba mal, hasta los libros le racionaba; leyó sus diarios, y se los comentó entre carcajadas y bromas procaces. La embarazó casi de inmediato. La veía como un negocio, una buena inversión, y no lo disimulaba. Era tal vez lo que más la ofendía; que su cuerpo constituyera para aquel hombre una especie de labor redituable. A los tres meses no pudo más y habló con sus padres. Quería volver a casa. Cristóbal insistió en vivir con ella. Le dieron un cuarto al fondo, donde en otro tiempo quedaban las cocheras, un cuarto casi de servicio que aceptó sin la menor dignidad. No volvieron a tener relaciones. Al nacer el niño lo registraron y se separaron. Su padre y sus hermanos se encargaron del divorcio, y ella entretanto se fue a vivir a Nueva York, donde el marido de su prima Rosa había instalado sus negocios. Pasó con ellos casi dos años. Rosa tenía en aquel entonces un hijo de nueve o diez años, Gabriel. Ella volvió a interesarse de nuevo en el estudio; hacía una vida muy intensa, teatro, música, galerías, fiestas de muy diversos tipos, lo que había esperado cuando decidió casarse, la conquista de un espacio donde ampliar su personalidad, no el descenso a la tumba. Regresó a México en 1926. Poco después, su padre rompió con Calles y ella lo acompañó al exilio. Pasó siete años en Europa. Al volver se instaló en una casa propiedad de su madre en la colonia San Rafael. En 1934 una divorciada que viviera sola tenía siempre a su derredor una aureola de escándalo. Se arriesgó. Fue amiga de

todo el mundo que de verdad valiera la pena. No tuvo que esforzarse demasiado para ser una de las mujeres con más estilo en la ciudad. Decirlo le producía una evidente voluptuosidad. Poco tiempo después murió su madre y su padre comenzó a decaer. Se le presentó un padecimiento de riñones muy doloroso. Hizo luego un viaje de trabajo a Chiapas y a Guatemala del que volvió con una micosis muy rebelde, los médicos detectaron unos hongos microscópicos bajo el cuero cabelludo. En principio aquello parecía muy fácil de curar y no daba sino leves molestias, pero acabó por transformarse en un mal pernicioso, logrando filtrarse en todo su organismo. Cuando la enfermedad comenzaba, el doctor Muñoz, su médico, le recomendó una clínica inglesa especializada en enfermedades tropicales. Volvieron a embarcarse; los dos solos por primera vez, lo que había sido el sueño de su niñez y adolescencia, y comenzó a llamarlo «licenciado», igual que su madre. En Londres se internó de inmediato en la clínica, donde ella lo visitaba a diario. En una cena de la embajada volvió a tropezar con Cristóbal Rubio, el padre de su hijo, a quien apenas recordaba. Nunca acabaría de comprender, dijo, qué locura se apoderó de ella. De soltera, cuando con entera frialdad lo eligió por marido, había sentido por él una atracción más bien epidérmica. Era bien parecido, vestía bien, sabía hablar; eso era todo. Pero la noche del encuentro en Londres llegó trastornada a su hotel. Una vez fueron al teatro y otra más a bailar; no había pasado una semana cuando le propuso hacer un viaje rápido a Venecia. Ella se había enamorado; fue incapaz de decir que no. Inventó mil mentiras para separarse unos días de su padre. Le dijo que unas antiguas compañeras de colegio se reunirían en Italia. El licenciado no dijo nada, jamás le hizo el menor reproche, ni aludió a esos días en que Delfina lo dejó solo en un hospital. Lo único que le pidió es que no lo llamara «licenciado», igual que su madre, porque lo entristecía. Volvió de ese viaje hecha trizas. En París, Cristóbal se vengó de lo que llamaba las vejaciones que una docena de años atrás ella y sus familiares le habían infligido. No escatimó ninguna humillación. No llegó a ver Venecia; decidió interrumpir el viaje y volvió de inmediato, más perturbada aún, al lado de su padre. Le dijo que había abreviado el paseo porque no podía resistir la idea de dejarlo en manos mercenarias. Él no comentó nada, pero la relación no volvió a ser la misma. Murió poco después que su hijo Ricardo. Al regresar a México se veían a menudo. Ella comía en casa de su padre una o dos veces por semana; él, en cambio, dejó de visitarla y sólo lo hizo después del atentado contra Ricardo; se disculpaba siempre, hacía alusión a sus males; frecuentaba, en cambio, casa de sus hermanos. Le prometió ir a la inauguración de la galería, aunque fuera por unos minutos. Pero a última hora la llamó para excusarse. Su salud se lo impedía.

Delfina escanciaba las palabras con corrección, sin prisa ni alteraciones. Parecía leer una historia ajena. Sin embargo, Del Solar creyó percibir una corriente real de emoción. Una corriente que no intentaba desembocar en ninguna parte, no deseaba establecer comunicación, y prefería, como todo en ella, almacenarse, macerarse.

—¿Se enteró con quién y dónde pasó usted ese par de días? —preguntó Del Solar,

como si saliera de un trance hipnótico.

—¡La mayor estupidez que he cometido en la vida! —comentó Delfina, sin responder a su pregunta—. Mi fuga a París. ¡Un par de días con consecuencias fatales! Aún ahora siento que no he acabado de pagarlo. Cuando regresamos a México, Ricardo tenía ya cerca de catorce años. Estaba en plena adolescencia. Conocí entonces a un colombiano y comencé a jugar con la idea de casarme con él. Había vivido mucho tiempo sola, comenzaba a aburrirme. Pero Ricardo estaba en la peor edad para comprender ciertas cosas. Lo habíamos mimado en exceso, yo desde luego, pero también mis padres, mis hermanos, su nana. Vivía demasiado pegado a mis faldas, me parecía que no desarrollaba su individualidad como era debido, empezó a encelarse, a hacerme escenas de violencia. Hacía poco habíamos vivido una tragedia familiar que aún hoy recuerdo con espanto. Rosa, la sobrina de mi madre, con quién viví en Nueva York después de divorciarme, acababa de morir. La manera en que Gabriel y Rosa se devoraron uno a otra, me produce aún escalofríos. Desde que enviudó, la pobre no logró hacer sino tonterías. Le había quedado mucho dinero y decidió instalarse en México. A los tres o cuatro años de estar aquí le salió un pretendiente. Gabrielito, el muchacho, se puso como loco. La espiaba, le hacía toda clase de chantajes, le decía cosas horribles y luego, cuando Rosa rompía a llorar, se tiraba a sus pies en plena histeria. Llegó a intentar un suicidio. El pretendiente se hartó, peleó con mi prima y al fin deshicieron el compromiso. Rosa fue a contarme la noticia con un aire radiante. Comprendía que el matrimonio hubiera resultado imposible. Ella no quería casarse, me dijo, había dejado que las cosas marcharan sólo por inercia, un poco por darle a Gabrielito un padre, lo que él había demostrado no necesitar. La eliminación de la boda, afirmaba casi a gritos, la hacía sentir libre, feliz. Yo no me quedé tan convencida. Había una fiebre excesiva en sus palabras; los ojos le brillaban demasiado; gesticulaba con una desmesura próxima al circo. Al rato pasó a recogerla Gabriel. Él sí mostraba una felicidad auténtica. Soberbio y modesto al mismo tiempo, sin enorgullecerse demasiado de su triunfo, pero tampoco sin ocultar la dicha que le proporcionaba. Habían decidido cambiar de aires, hacer un viaje a Europa. Se embarcarían dentro de unos cuantos días en Veracruz, rumbo a Cherburgo. Se merecían ese viaje, decía Rosa; ambos tenían los nervios muy gastados. Luego, en los años siguientes, los vio realmente poco. Volvieron dos o tres veces, trasformados en una pareja aterradora. Rosa era un esqueleto; decían que se inyectaba morfina. Unas inmensas ojeras verduzcas la convertían casi en una caricatura; una muñeca trágica, movida por un mecanismo de cuerda, tan maquinales y sonambúlicos eran sus ademanes. No hacía sino hablar de su hijo, de lo feliz que había sido con él, del futuro maravilloso que les esperaba, de su inteligencia y sensibilidad, de lo feliz, volvía a repetir una y otra vez, que había sido en los años pasados en el extranjero. Se oyó un tango en la radio; Rosa se levantó, subió el volumen y comenzó a bailar sola; se doblaba de espaldas, parecía estar a punto de desgajarse, luego se erguía, daba unos pasos muy largos y era un puro espejo de la

demencia. Al final del tango me dirigí a la radio y la apagué. Volvió a sentarse a mi lado y siguió hablándome de su hijo. Gabriel la había hecho disfrutar en Venecia, donde por lo general residían. Gracias a Gabrielito sabía apreciar los Giorgione, los Crivelli y los Tiziano. Gracias a Gabrielito había aprendido a amar por encima de todas las cosas la música barroca de los venecianos y también la de Stravinsky, a quien a menudo encontraban en sus paseos. Gabriel se comportaba con su habitual modestia. Oía a su madre con una especie de veneración, aunque a cada momento le pedía que hablara de ella y no de él. Pero cuando el hijo no estaba presente, Rosa sólo podía hablar de sus amantes. Tal vez ficticios, inexistentes, ¡quién podía saberlo! Gigolós italianos con quienes decía pasar días enteros bailando tangos, muchachos alemanes que le habían hecho conocer los placeres más ásperos; negros del Sudán que lamían, como panteras, su cuerpo antes de devorarlo. Con el tiempo sus monólogos se volvieron cada vez más procaces, sorprendentes, intolerables. Hacía de pronto una pausa, se levantaba, ponía en el tocadiscos un fox-trot y comenzaba a bailar, siempre sola, la mano izquierda tendida hacia arriba y la derecha contraída sobre el vientre. Volvía a sentarse, continuaba hablando de líquidos viscosos derramados sobre sus muslos, describía sus verdaderos descubrimientos en México, como los llamaba, o sea sus encuentros con chóferes, soldados, porteros, albañiles, con una descompostura verbal cada vez más alarmante. Una mañana mi sobrino me llamó por teléfono para avisarme que su madre se había puesto muy mal, que el médico opinaba que era el final. Volé a su casa. El chico estaba demudado. A pesar de ser el culpable de todas las manías de Rosa, yo le tenía cariño. Parecía la imagen de la inocencia, del desamparo, y hasta de la salud frente al derrumbe de mi prima. Apenas podía hablar. Rosa, en efecto, estaba en las últimas. Había despertado sin reconocer a nadie; el doctor me repitió que no había nada que hacer. Cuando entré al dormitorio, ella medio se incorporó en la cama: una vieja macilenta y descarnada de mirada terrible. Buscó a su hijo y cuando sus ojos lo encontraron comenzó a insultarlo, a maldecirlo. Fue un momento horroroso. Gabriel la oía sin moverse, sin hablar, cegado por la revelación de aquel odio feroz, animal, por su inconcebible magnitud. Le decía las frases más soeces, las más repugnantes, cosas que jamás podré repetir. Murió con la maldición en la boca. Ha sido la peor escena que me ha tocado presenciar. Llevé a Gabriel a casa de mi hermano Bernardo, el arqueólogo. Allí pasó unos cuantos días en estado casi de inconsciencia. Luego regresó a Italia. Supimos poco de él, y casi siempre cosas feas. Se había propuesto morir, me imagino, aunque tardó varios años en lograrlo. Por eso cuando comencé a salir con mi galán colombiano y advertí las rabietas en que se entretenía Ricardo decidí cortar por lo sano. Me aterraba que volviera a repetirse la historia. Yo no era Rosa, por supuesto, pero de cualquier modo quise tomar mis providencias. Lo mandé a estudiar a California. Nos veíamos una y hasta dos veces por año. Me casé y el matrimonio no duró, pero por causas distintas a la relación con mi hijo. Ricardo fue un niño y luego un muchacho magnífico. Mi padre lo adoraba. Yo viajaba a verlo, y él venía en sus vacaciones a visitarnos. En

1942, cuando volvió definitivamente, estaba por cumplir veinte años. ¡Definitivamente! Quería ser arquitecto. Tendría ahora cincuenta años. ¡Qué horror! No logro imaginármelo a esa edad, me produce vértigo. ¡Pensar que aquel joven radiante habría comenzado a envejecer! La sola idea me parece monstruosa. Aún no me he repuesto, a veces me parece que ya no vaya lograrlo —dijo de pronto con violencia—. ¿Qué ganaría con saber quién le disparó un balazo? El porqué, eso lo sé, ya se lo he dicho: fue un accidente. Las estupideces del azar. Un castigo, me digo, a veces, por haberle fallado a mi padre cuando estaba enfermo, por abandonarlo en un hospital en tierra extraña. Un castigo por mandar a mi hijo al extranjero y separarlo de mí cuando más debía necesítarme, todo para que pudiera amar a mis anchas a un colombiano de ojos de esmeralda, que a fin de cuentas ni siquiera resultó ser mi tipo. Ya le digo, lo hice por su bien; no quería repetir, aunque fuese en otra nivel, el caso de mi prima y de Gabriel. Ricardo era muy sensible, podía apegarse demasiado a mí. Mi seguridad podía haber acabado con la suya.

Se presentó un mozo a avisarles que habían comenzado a llegar los invitados. Delfina salió de su trance. Se levantaron, subieron la cuesta y se dirigieron hacia la casa. La terraza comenzó a poblarse. Allí estaban ya Malú, la inevitable cuñada de Delfina, sus dos sobrinas, los Vélez, Julio y Ruth Escobedo, y más, mucha más gente. La anfitriona comenzó a circular, a dar a besar sus mejillas escuetas, a conversar con las visitas, a mostrarles las nuevas plantas.

Llegó la comida y pasó, Miguel del Solar hubiera querido hablar con Escobedo y con su mujer, pero estuvieron sentados en mesas distantes y se retiraron antes de que los demás terminaran de comer. Al cabo de un rato se retiró a su habitación. Leyó durante varias horas, un libro de Dickens, Nuestro amigo común, que tomó de una estantería de la sala. Pensó en Ida Werfel, en los comentarios que le oyó repetir a Emma, su hija, sobre La huerta de Juan Fernández, una obra de Tirso de Molina, donde nadie era quien decía ser, donde los personajes se desdoblaban sin cesar y adoptaban las máscaras más absurdas como si fuera el único modo de convivir con los demás. Lo mismo ocurría en la novela de Dickens. La misma suplantación de personalidades, los nombres falsos, las biografías ficticias. Recuerda la primera vez que comió en casa de Delfina; habló ella de su libro en torno a la escisión de personalidad en la novela victoriana. Es decir, el ocultamiento, la máscara, la confusión de la verdadera identidad. ¿Por qué surgía siempre esa nota? ¿Hacia dónde apuntaba? ¿Quién simulaba ser quien no era? Tocaron a la puerta para decirle que estaban por servir la cena. En la cocina no encontró sino a Malú Uribe y a Rosario, la sobrina de Delfina; el resto de los invitados se había marchado. Delfina, le dijeron, se había acostado, estaba cansada y con jaqueca. Él apenas habló; también estaba cansado y las dos mujeres discutían sobre un asunto de impuestos que nunca llegó a entender, ni se interesó en hacerla.

Volvió a su cuarto. Siguió leyendo a Dickens y luego durmió unas cuantas horas. Le había dicho a Delfina que regresaría a México por la mañana. Quería comer y

pasar la tarde de ese domingo con sus hijos. Quería también hacerle aún varias preguntas a Delfina. En realidad, todas. El administrador del Minerva había aludido a una anciana alemana que subsistía en forma vegetativa en un departamento del último piso. Alguien tal vez del grupo de alemanes refugiados en México. Quizás testigo de las luchas subterráneas que tuvieron como escenario el edificio. Cuando esa mañana, antes de despedirse, del Solar quiso hablar con Delfina, ésta le pareció de acero. Se hizo repetir dos veces la primera pregunta con aire de no comprenderla; luego le respondió con una sonrisa desabrida.

—¿Cómo puedo saber quién vive en un edificio donde no he puesto los pies desde hace cerca de treinta años? Ya se lo he dicho, yo sé muy poco, nada, de lo que pasaba allí. Lo único que puedo decirle es que algunas personas se dedicaron a hacer irrespirable el aire. Usted, Miguel, y debe perdonarme que se lo diga, se ha equivocado de interlocutor. Soy, si le parece, una mujer excesivamente limitada, me ocupo de muy pocas cosas, de mi galería, de mis pintores, de la salud y felicidad de un grupo reducido de amigos y familiares.

Todo lo demás me tiene sin cuidado. Hable usted con Eduviges; ella siempre ha estado en todo, le dirá quién es quién, quién vive en qué casa, quién trabaja en qué oficina. Yo me ocupo de otros asuntos.

Miguel del Solar regresó a la ciudad de México. Mientras conducía su automóvil recordó el aire de retraimiento de Delfina, esa especie de egoísmo físico, de rechazo a la entrega, que emanaba de su cuerpo, y se preguntó por qué lo habría invitado a pasar el fin de semana en Cuernavaca. Fuera de las dos mujeres de su familia, sólo él había gozado de tal privilegio. ¿Para hablarle exclusivamente de su vida personal? ¿Para demostrar que detrás de ese exterior adusto y ascético había latido una vez la sangre y se habían albergado y enconado las pasiones? El padre, un par de maridos insignificantes que parecían fichas intercambiables en su biografía, los amigos, un hijo. ¿Por qué parecía saberlo todo y negarse a decir cualquier cosa que pudiera arrojar luz sobre lo ocurrido en su casa una noche de treinta años atrás? ¿Por qué le gustaría que abandonara las averiguaciones?

Esa hermosa mañana de primavera le resultaba más que evidente la pérdida de tiempo y aún de rumbo en su obstinación por aclarar el asunto del Minerva. Lo atrapaban las ramas, le escamoteaban el bosque.

Sólo de algo estaba seguro. Ese día, al llegar a México escribiría a Inglaterra, le comunicaría a la Universidad su decisión de no volver. Rescindiría el contrato, pues había decidido quedarse a trabajar en su país, y dos horas más tarde, ya frente a la fachada de su casa, se le ocurrió que Delfina había actuado de un modo más que maquiavélico, que era falso que tratara de hacerle perder el interés en el asunto del Minerva; con su manera elusiva y los varios coscorriones que le había propinado sólo había conseguido avivar su curiosidad. Sus palabras estaban dirigidas a orientarlo hacia ciertas pistas, devolverlo, sobre todo, al cauce familiar, obligarlo a interrogar a Eduviges.

8. EL RETRATO DE UNA DIVA

—ESTUVE sólo en dos o tres de las charlas de Ida Werfel para damas de sociedad —dijo Ruth Escobedo con una expresión de absoluto escepticismo—, y pude también presenciar algunos de sus happenings en distintas ocasiones. Mi experiencia es distinta a la de Julio por la sencilla razón de que el trato de ella con las mujeres era otro. Las había que caían de rodillas ante ella. Ida seguía una especie de ritual: llegaba a una sala, buscaba el asiento central y con la mirada hacía una inspección en torno suyo. Sonreía, asentía con leves movimientos de cabeza, y todo el mundo se quedaba con la impresión de que un corpúsculo de la inmensa sabiduría de aquella sofónisa le había tocado el alma. ¿Se dice así, Julio? ¡Mírelo! —le dijo con voz chirriante a Miguel del Solar—, cuando no quiere oírme se desconecta. Me da miedo de que un día se quede así, fuera del mundo...

—¿Qué mascullas, Ruth?

—Nada... Después de dirigir aquella mirada de gracia a la concurrencia, Ida comenzaba a hablar con las personas que tenía más cerca. Hasta llegar al momento en que, sin necesidad de subir el volumen, la única voz que se oía era la suya. Siempre me resultó inverosímil su presencia, sus modales, su vestuario, el trato con su hija. Cuando advertía que todos la escuchaban, levantaba poco a poco la voz y comenzaba a desgarnar sus historias: «Permitidme detenerme en una escena de la que tuve la suerte de ser testigo. Lugar de acción: Munich. Protagonista: el cónsul de un país sudamericano, cuyo nombre pido me sea permitido omitir.»

—¡No, Ruth, no, por favor! ¿Serás capaz de contarla de nuevo? ¡No es posible! He oído esa historia por lo menos una docena de ocasiones y debo decir que cada vez te sale peor.

—Sí, amigas mías —continuó ella impertérrita—; un cónsul general de un país americano. Llegaba todos los días a una fonda cercana a la Universidad donde acostumbraba tomar un frugal refrigerio después de mis lecciones matutinas. Pedía el cónsul con voz estentórea dos vasos de cerveza, que después comenzaba a consumir con pausado ritmo. Eran siempre dos vasos los que se hacía llevar al mismo tiempo. Acabado el primero, comenzaba con toda meticulosidad a ingerir el segundo. Necesitaba tener los dos tarros ante sus ojos. Un día me le acerqué y le dije: «¿Cómo es eso, mi estimado cónsul general? ¿Por qué pide de antemano dos tarros de cerveza? ¿Por qué no uno y luego, si aún quiere el otro, lo solicita a su debido tiempo? Tal vez en ese momento ya no se le antoje. Preferiría un refresco; un vaso de magnífico vino blanco del Rhin, o, sencillamente, una taza de aromático café.» Se me quedó mirando asombrado, como si hubiera dicho algo escandaloso, un sacrilegio, como si le hiriera una convicción profunda. Ese día la vida de nuestro distinguido cónsul sufrió un vuelco interesante. Comenzó por examinar su actitud, por analizarla. ¡Dos tarros de cerveza cada mediodía tanto en invierno como en verano! «¿Por

qué?», se preguntaba con estupor. ¿Le producía acaso placer el ingerirlos? Ni siquiera estaba seguro de ello. De esa misma ciega manera había actuado en todos los otros órdenes de la vida. Debía aprender a elegir; saber por qué optaba por una y no por otra cosa. Tenía que aprender a ser humano, a descubrir en su interior al hombre. A partir de ese día inició un nuevo destino. Ese tipo de relatos —continuó Ruth— a mí me parecían una pura vacilada, pero la gente se quedaba lela, temblorosa de emoción. Habían oído a la diosa, a la propia Minerva descender a través de apólogos y alegorías los velos de un enigma, tocar la esencia del saber, cosas por el estilo. Ganaba buen dinero desasnando señoras prósperas e introduciéndolas a los goces de Góngora y de Berceo. Lo divertido es que siempre estaba a punto de echar a pique todo lo ganado, debido a una rara, intensísima pasión, ¡espero que meramente verbal!, por ciertas funciones abdominales y sus consecuencias. Si alguien pronunciaba una palabra que tuviera la más mínima relación con los intestinos o sus efectos, Ida estaba perdida; sus carcajadas se oían hasta la acera de enfrente. Aquél, se me ocurre, era el mayor placer que conocía. En sus últimos años, su amigo más cercano era el licenciado Reyes, de la Universidad. Se morían de risa al modificar los proverbios más conocidos. Reyes tenía mucha gracia: «No, Ida», le decía, «no se puede tapar el sol con un pedo», ya partir de ese momento ambos se desbarrancaban en el refranero: «No hay pedo que valga», gritaba uno; «Quien caga, otorga», la otra. «El ojo del ano engorda el caballo», ambos a la vez. Ida celebraba con fruición aquellos hallazgos, los saboreaba, y luego los repetía a la menor provocación.

—¡Ahí la tiene! ¡Una niña enorme engolosinada con la mierda! —gritó Julio—. Ida era todo eso, lo reconozco, pero también mucho más. Es difícil ubicarla, cualquier definición se vuelve reductora. Su obra también es desigual. En los últimos tiempos sólo se repetía, había dejado de pensar.

—Esa noche —continuó Ruth—, llegaron disfrazadas a la fiesta. ¿Te acuerdas, Julio, de qué se disfrazaron?

—Llegó mucha gente. Era y no era el grupo que habíamos decidido invitar. Los amigos andaban como perdidos entre tantas adherencias. La reunión fue violenta. Alguien se encargó previamente de colocar unos cuantos cartuchos de dinamita. El primero le estalló precisamente a Ida en las manos. Nunca he sabido si la intención era entretenernos o confundirnos. La última explosión fue la decisiva: los disparos, un muerto y algunos heridos. El ataque a Ida tuvo algo de bestial y de chusco a la vez. Una ballena arponeada; algo así de terrible. Pero, claro, nada en comparación con la muerte de uno de los invitados.

El tema de Ida Werfel había sido incidental. El encuentro con Julio y Ruth Escobedo ocurrió de la siguiente manera:

Del Solar no había visto al pintor en los últimos años. Recién casado, lo encontraba a menudo en casa de unos tíos de Cecilia, su mujer. Durante la comida de Delfina en Cuernavaca estuvo sentado a una mesa que le permitía verlo de frente, bañado por el sol. Debía de andar por los sesenta y cinco años, y parecía tener veinte

menos. La primera impresión que le produjo fue la de un cantante de fados, tan dramático era el rostro, tan sobrio y digno el gesto. La deslumbrante luz de Cuernavaca destacaba su palidez, su perfecta estructura ósea. Un caballero perfectamente ataviado en una casa de campo; los pantalones y la chaqueta de lino, con ligeras arrugas donde convenía. Al verlo hablar con Ruth y con las otras personas que comían a su mesa le pareció que su mirada poseía una ferocidad obsesiva, maníaca, semejante a la de un animal rapaz, una tuza por ejemplo. Pero ninguno de sus gestos apoyaba esa mirada. ¿Qué pasiones surgirían de esa tensión establecida entre la ferocidad de los ojos y la placidez de los demás rasgos faciales? Recordó que Cecilia le había mostrado ciertas características de su pintura que podrían corresponder a las que él en ese momento observaba en su rostro. El de sus cuadros era un mundo dionisiaco donde de golpe se introducía una nota ácida, salvaje, un estremecimiento sin el cual el cuadro podía quedar en algo puramente decorativo.

Al terminar la comida, cuando quiso acercarse a conversar con Escobedo, descubrió que el matrimonio se había marchado. A los pocos días lo llamó por teléfono. Le recordó sus encuentros de varios años atrás. Le habló de su reciente estancia en Inglaterra, de la muerte de Cecilia, de su decisión firme de quedarse en México. A propósito, le dijo deseaba ponerse a trabajar en algo nuevo sobre 1942. Lo había visto en Cuernavaca, en casa de Delfina Uribe, pero cuando lo buscó ya se había ido. Le gustaría conversar con él, si no tenía inconveniente, no sólo sobre la pintura de aquella época, sino también sobre diversos aspectos de la vida en la ciudad, y con extrema vaguedad le habló del proyecto. Hicieron una cita.

A los pocos días estaba en Coyoacán. Una casa llena de objetos cuya combinación los hacía parecer insólitos; muebles antiguos muy sencillos, conventuales casi, y un mundo de objetos extraños, alegres y brillantes que iban de lo elemental a lo más rebuscado. Pequeños juguetes artesanales, esferas brillantes, gigantescas copas de cristal de Bohemia y de carretones rebosantes de vieja quincallería multicolor, ángeles barrocos, talavera de Puebla, varios cuadros excelentes, casi todos suyos.

Al acercarse a saludarlo, Del Solar sintió casi pánico. El rostro escueto, el perfil trazado cortado a navaja, la osamenta facial precisa que había admirado en Cuernavaca, el dramatismo arábigo-lusitano, todo eso se había convertido en otra cosa, en su opuesto. La cara que tenía enfrente era blanda y no sólo representaba la edad del pintor sino que le añadía años: un vejete de mirada perdida que arrastraba las palabras como si la dentadura le quedase floja.

—Fue un movimiento auténtico; estuvo inspirado en una gran verdad —decía—. A diferencia de los muralistas, la mayoría de nosotros había viajado poco; lo hicimos después, cuando fuimos conocidos, cuando comenzó a sobrarnos un poco de dinero. Contábamos con poca información; deseábamos desesperadamente ampliarla. Lo que salva buena parte de la obra pictórica de los años veinte y treinta, de principios de los cuarenta, es su convicción, su sentido lúdico, y la falta de complacencias ante lo

logrado. Entre nosotros la curiosidad era muy viva. Puedo decirlo sin miedo a equivocarme, que fue el mejor momento de la pintura mexicana. Pintábamos, nos divertíamos, de vez en cuando nos peleábamos. La pasábamos muy bien.

—Ya lo creo que la pasábamos bien —dijo Ruth, de repente; una mujer menuda, enjuta, vestida con una vieja sotana de brocado chino—. Vivíamos en la quinta pregunta. Cuando allá muy de cuando en cuando nos caía algún dinero ni siquiera lo llegábamos a disfrutar. Se nos iba en cubrir cuentas atrasadas. Pagábamos cuarenta o cincuenta pesos de alquiler, ¡nada!, y, sin embargo, no siempre los teníamos a finales de mes. Pero era una época muy divertida. No había noche en que no nos pusiéramos una buena borrachera.

—El mérito de la pintura de ese tiempo —se apresuró a cortar el pintor, como si hubiera aprovechado el tiempo en que su esposa hablaba para ordenar sus juicios—, aunque la verdad no sé si sea un mérito o sólo un accidente, fue que quiso enfocar el fenómeno visual desde otros baluartes. No tanto el político; ésa es nuestra diferencia fundamental con la generación anterior. La poesía fue para muchos artistas de mi época el verdadero punto de partida. Se trata de una pintura cargada de sugerencias literarias, y sin embargo, en los buenos artistas el resultado fue pintura, muy buena pintura. ¿Me dice que le interesa 1942? Si no me equivoco fue el año de los perros aullándole a la luna, de Tamayo, ¿no es verdad? Cuando el pintor quiere plegarse a la realidad la convierte en un enigma. Eso se puede ver ahora con mayor claridad.

—¡Ay, la dichosa perspectiva que dan los años! —dijo Ruth con voz cargada de alcohol y de inesperado sarcasmo. Volvía al estudio en ese momento con unas tazas de café—. Yo prefiero aquellos tiempos, los de antes de que nos volviésemos cosmopolitas. —Luego, dirigiéndose a Del Solar mientras le pasaba una taza, dijo con voz más razonable—: Nada me alegra tanto como que Julio haya vuelto a sus viejos temas... Si compara un cuadro de hoy con uno de los primeros le parecerá que no ha cambiado.

—¿Qué? ¡Sólo a Ruth se le podía ocurrir eso! ¿Que no he cambiado? ¿Cómo puedes decir semejante barbaridad? Hablar de la obra personal se vuelve casi siempre una estupidez. Uno es quien menos la ve, está demasiado cerca. Uno siente de manera distinta lo que hizo y lo que está haciendo. No puedo volver la cabeza y mirar hacia atrás. Claro que de poder, puedo; lo que quiero decir es que no gano nada con ello. Sólo sé que unas cuantas cosas, quién sabe por qué, resultaron verdaderas y que el resto, quién sabe también por qué razón, se quedó en el camino. Uno es el menos indicado para hablar de la propia obra. Si uno dice estupideces, imagínese las esposas. He intentado varios caminos, sin proponérmelo en forma expresa. No soy de los que dicen: hoy voy a pintar abstracto, hoy me siento expresionista, hoy me voy a convertir en una Goya de nuestro tiempo. No, ésos son trucos de necios para consumo de necios; las cosas surgen de otra manera. He vuelto a muchos de mis temas iniciales.

—Que fue lo mismo que dije, sólo que a mí me llevó una frase y a ti una borrasca

de palabrería no siempre clara ni amable.

—¿Por qué tienes siempre que insistir, Ruth? Sostengo algo por entero distinto a lo que tú dijiste. Mi pintura no puede tener la espontaneidad de hace treinta años. De haber seguido pintando lo que hacía entonces, los cuadros de ahora parecerían ya muertos. Los de hoy parecen lo mismo que los de entonces, pero eso sólo se logra con paciencia, trabajando a diario, viendo pintura de otros, leyendo, conquistando la propia libertad. No es nada fácil. Voy a mostrarle una cosa. Permítame... —Se levantó, se dirigió hacia la puerta, no la abrió, retrocedió unos pasos, se dirigió hacia un gran librero pero no tomó nada; se dio vuelta hacia donde estaban Del Solar y Ruth, y desde el centro del estudio se les quedó mirando, como si esperara instrucciones, las piernas muy abiertas, la cabeza caída hacia un lado, la boca semiabierta...

—¡No te pares como un avestruz! ¿Buscas tus catálogos? Recuerda que están en el último cajón, en el de más abajo —y en voz baja le murmuró al historiador—: ¿Se da usted cuenta? Hay quienes no me creen cuando lo cuento; es necesario verlo. Lo que Delfina está haciendo con él no tiene nombre.

—No, no es necesario buscarlos —dijo Escobedo y volvió a su asiento—. A Del Solar no le interesa en especial la pintura, sino muchas otras cosas que sucedieron en aquella época. El libro que prepara usted no trata sólo de pintores, ¿verdad?

—No, aunque la pintura será en él muy importante. —Y volvió a repetir, con algunas variantes, la introducción que le había servido para presentarse ante los diversos personajes conectados con el asunto que le interesaba. Hizo hincapié en el legajo que tuvo en sus manos y que hablaba de los crímenes ocurridos en el edificio Minerva, cuyas implicaciones posiblemente trascendieron el ámbito nacional. Habló de la fiesta de Delfina y de la balacera que se produjo al final.

Julio y Ruth Escobedo lo oyeron con una fascinación casi infantil.

—En alguna ocasión sospeché algo y se lo dije a Delfina —comentó ella—. Un caso de pura intuición. Yo iba a menudo a ese edificio. Teníamos varios amigos en el Minerva. Uno de los pocos lugares en que todo el mundo se enteraba de lo que hacían los demás. Bueno, en las vecindades populares debe ocurrir lo mismo. Lo raro es que también pase eso en un edificio de prestigio. Y el Minerva era un lugar chico. ¿Usted lo conoce? Un edificio precioso de cinco o seis pisos con un patio central. Para entrar a cualquier departamento había que recorrer los corredores que rodeaban el patio. Un casa de cristal. Fui muchas veces, unas con Julio, otras sola, a visitar a mis amistades. Además de los mexicanos, que debían de ser la minoría, vivían allí exiliados españoles y de otros países, y uno que otro diplomático. Una amiga mía consiguió un piso muy bueno; se llamaba Ruth, como yo. Ruth Kerves. ¡Quién sabe qué habría sido de ella! Era bióloga; una húngara muy fina. Vivió en México varios años; no recuerdo cuándo se marchó ni a dónde. Me parece que a Costa Rica. Es horrible la manera como hace una amistades de las que después no queda nada. Con Ruth hablaba todos los días, le consultaba qué debía leer, qué vestido ponerme, qué

medicina tomar para el estómago y para la sinusitis, y ni siquiera sé si vive o no. Pienso en ella, me envuelve una racha de cariño, y ya ve, es un fantasma. Años hace que ni siquiera recordaba su existencia. Debe vivir todavía. Era muy joven cuando llegó a México. No sé qué sería en política. Me imagino que liberal. Tenía miedo de todo el mundo. Vivía sola con un hijo pequeño. Su salida de Europa, según me contó, había sido extremadamente difícil. Gastó un capital, todo lo que tenía para poder conseguir los papeles necesarios. Aquí comenzó a partir de cero. A mí me encantaban las discusiones de los refugiados españoles, por estruendosas. A ella, en cambio, la martirizaban, le desajustaban los nervios. No podía comprender que se insultaran por quítenme allá esas pajas. El miedo la perdía. «Eso va a acabar por hacerte mal, Ruth», le decía yo. Tenía pavor tanto de los extranjeros como de los nacionales. Para colmo, a veces aparecía en los corredores del Minerva un personaje muy ligado a los alemanes. Un político que andaba, según parece, de capa caída. Había sido apóstol de la insurrección cristera. Hasta tuvo que salir de México durante algún tiempo. Aparecía y desaparecía del país. Ruth vivía aterrada. Aquel tipo, me decía, había intervenido para que el consulado de Hamburgo le negara el visado a un cuñado suyo. Todo estaba tan mezclado en aquella época que el tipo que le había imposibilitado la entrada a México a un judío resultó estar casado con una alemana, cuyo marido anterior era judío, al cual le consiguió documentos, cuando ya era punto menos que imposible salir de Alemania y viajar a México. Ruth, como buena parte de los refugiados, me imagino, integraba una red natural de vasos comunicantes. Estaba enterada de mil cosas, de quién debía cuidarse, quién podía perjudicarla, quién amparada en un caso desesperado. Vivía la pobre en el parvor. Se fue después de la llegada a México de Ida Werfel. Me parece que fue ella quien le consiguió departamento a Ida en el Minerva. En un principio pensé que Ruth Kerves veía visiones; luego fui advirtiendo que era cierto, algo extraño pasaba en ese edificio. Se lo dije a Delfina... por pura intuición.

—Precisamente en la fiesta a la que me referí hace un momento, la que ofreció Delfina Uribe, y en la que fue asesinado un joven austríaco, Erich María Pistauer, estuvo presente Ida Werfel. Supe que en aquella ocasión fue agredida por un antisemita virulento.

—Fue una fiesta en honor de Julio, por si usted no lo sabía. Sí, señor, un loco atacó a Ida Werfel, y Julio fue perseguido por otro, un loco celoso, que es peor. ¡Pensar que era una fiesta en su honor!

Del Solar consideró que había llegado el momento de comenzar a ordenar con cierto método la información: añadir que el primer marido de la esposa de Arnulfo Briones, si Ruth estaba en lo cierto, era judío y por consiguiente también el joven asesinado. Había que acumular información y luego descartar personajes, situaciones; comenzar a clasificar, volver a conversar con los mismos informantes y conducir la conversación hacia los puntos aún oscuros. Advirtió lo poco que había logrado saber sobre el punto inicial de sus pesquisas: las actividades de agentes extranjeros en

México durante el período bélico. En buena parte por no habérselo aún propuesto con entera seriedad. Cuando apareciera al fin su libro sobre el 14 comenzaría a trabajar con método. Consultaría la documentación oficial, hablaría con los funcionarios y los hombres notables de la época. Por el momento podía considerar esos preámbulos como un mero divertimento. Estaba convencido de que esas charlas sobre fiestas, trapos y rumores le permitirían en su momento, cuando llegara al trabajo disciplinario, conservar aunque fuese un reflejo de este tejido de manías, gustos, aversiones y simpatías que dotan a un lugar en un momento determinado de cierta coloración distinta de los demás.

—Veinte años antes de que Delfina abriera su galería ya éramos amigos —dijo de repente Escobedo—. Ha habido momentos difíciles; toda relación los tiene. Le he dicho a Ruth en más de una ocasión que podrá pasar todo, pero que no vamos a pelearnos con Delfina. Usted la conoce, tiene momentos insoportables; claro, todos tenemos esos momentos, pero los suyos aparecen con más frecuencia y son más intensos. En fin, somos viejos amigos, y a veces los amigos se convierten en la cruz que uno carga hasta el fin. ¡Ni modo! Delfina, ¡pobre mujer!, es como es y así la aceptamos. Ahora prepara, ¿ya le habló de eso?, una exposición en Nueva York. Se ha asociado con una galería americana nada mala, y, la verdad, no podía haber hecho una selección de pintura más arbitraria. Si habría que ponerle un nombre, sugeriría el de «Homenaje al capricho», o mejor, «Homenaje al disparate». Hay gente junto a la cual no es posible exponer; no porque crea que son pintores peores o que uno se considere mejor. No, pero exponer al lado de ellos se presta a toda clase de confusiones. Una obra se potencia o se descarga según las que estén a su lado. Albers decía algo parecido sobre los colores del cuadro. Las telas no se pueden colgar al azar. Tienen que ir acompañadas de otras que les permitan aparecer de la mejor manera, si no se arruinan. Parece mentira, pero algo tan simple como eso, algo de mero sentido común, Delfina, ¡y mire que desde hace treinta años tiene la galería!, no acaba de comprenderlo. No sé si se dio usted cuenta el otro día en Cuernavaca; andaba con la cola entre las piernas; rehuyó hablar conmigo del tema. Por eso nos fuimos antes que los demás.

—Nos perdimos los postres, que allí son siempre lo más rico.

—De quedarnos —volvió él a tomar la palabra—, habría terminado por decirle algo que no le habría gustado. Y se lo tengo dicho a Ruth, no vamos a pelearnos con Delfina. Aunque pretenda no darse cuenta del todo, se ha convertido en una carga... ¿Qué hacer? A veces dan ganar de tirar el arpa.

—Me dijo que inauguró su galería con una exposición suya —dijo Miguel del Solar, tratando de devolver la conversación a aquella fiesta legendaria del año 42.

—¿Eso le dijo? ¿Estás oyendo, Ruth? Sí, en efecto, inauguró la galería con una exposición mía. Habla como si me hubiera lanzado, como si le debiera mi prestigio, cuando la verdad es que para entonces yo llevaba más de veinte años pintando. Mire usted... ¡Ah!, ya sé qué buscaba... —Se levantó, se dirigió hacia un escritorio de

nogal, abrió una pequeña gaveta y sacó una carta, que le tendió—. Este año cumpla cincuenta años de pintor. Me piden unas declaraciones para una especie de celebración nacional. No había cumplido los diecisiete cuando expuse por primera vez. De manera que, dígame, ¿qué le debo a mi primera exposición con Delfina? Yo tenía un nombre hecho y lo puse a su servicio. La conozco desde que era una muchachita. Lo hice con gusto, y debo decirle que organizó la exposición con cuidado, hasta con cierta emoción.

—Las relaciones de Delfina con los hombres —dijo Ruth— son siempre difíciles, porque en algún momento de su vida todos han estado enamorados de ella.

Escobedo se llevó teatralmente las manos a los oídos como si no quisiera escuchar sandeces.

—La fiesta tenía por objeto celebrar el éxito de la exposición, ¿no es así? —insistió Del Solar más que nada para romper el silencio malhumorado que siguió al comentario de Ruth.

—Más o menos. —La voz volvió a ser normal—. Delfina había ofrecido ya una fiesta el día de la inauguración. Echó la casa por la ventana. La segunda celebración debía ser distinta. Convinimos en reunir a un grupo de amigos más íntimos, nuestros y de ella.

—Festebaba también el regreso de su hijo...

—Sí, eso le dar por decir ahora. Sí, sí. Una historia que inventó para que resulte aún más patético el desenlace. Se lo ha llegado a creer. Está firmemente convencida de que fue la fiesta con que una madre ejemplar recibía a su hijo. ¡Pobre! La verdad es que queríamos invitar a un grupo de amigos a cenar y a tomar copas, porque nos sentíamos felices. La exposición estuvo muy bien montada, y se vendieron casi todos los cuadros. Ya en ese momento era posible advertir el éxito que tendría la galería, y lo bien que ella, hay que reconocerlo, sabía organizarse. Habíamos trabajado como locos, ella en las obras materiales, yo con los cuadros, y queríamos festejar con nuestros amigos el buen resultado. Sí, Ricardo, su hijo, acababa de llegar, y también es cierto que eso la tenía muy contenta; quería presentarlo a sus amigos. Lo había mandado a estudiar en algún lugar cerca de San Francisco desde muy chico, y regresó hecho un muchachote. Estaba muy orgullosa de él, con toda la razón porque era un chico simpático y listo. Le hice un retrato durante unas vacaciones. Por cierto, no sé dónde lo tengo, hace años que no lo veo. Su muerte le dolió. Fue un año muy duro, pues a los pocos meses murió también su padre, la pasión de su vida. Temíamos que fuera a romperse, pero se sobrepuso; si algo tiene, cuando usted la conozca mejor se va a dar cuenta, es una fuerza animal impresionante. La ve usted así como se muestra, tan delicada, tan exquisita, como si una mala palabra fuera capaz de hacerla polvo, y la verdad es que es de hierro. Ese año nos la llevamos a Nueva York. ¡Infatigable! ¡Qué ganas de conocer cosas, de volver a ver otras! Se movía por la ciudad como pez en el agua. Había vivido allí en varias ocasiones. Fuimos un poco para darle ánimo, pero era ella quien nos daba lecciones de energía. Claro, estaba viviendo a costa de

sus nervios. El carácter se le resintió para siempre, eso no puede negarse. Lo pasó muy mal, tremendamente mal; la prensa la insultó con una vileza que no tiene nombre. Por eso le tolera uno tantas cosas.

—No sabía que fuera sólo una celebración de amigos íntimos.

—Porque no lo fue. Debía serlo, pero se colaron muchas otras personas. —Ruth se apoderó de la palabra—. Ésa fue la primera nota rara. Alguien invitó a esa gente para arruinarnos la noche. Lo primero que vi al llegar al departamento fue a las hermanas Bombón, un dueto muy de moda en aquella época. Tengo idea de que se apedillaban González. Un par de gordas divinas, perfectamente cursis. Hoy resulta que eran unos genios; eso dicen, y debe de ser cierto, pues cuando oigo sus discos me paraliza la emoción. Han sido reivindicadas, pero en aquella época nos parecían el colmo de la ramplonería, y, claro, en muchos aspectos lo eran. ¡Dios mío, cómo se vestían! En rosa y azul pastel, con mariposas bordadas en lentejuela dorada. Fueron las primeras a quienes vi al llegar. Estaban sentadas en el sofá central de la sala; creí haberme equivocado de piso. Llevaban orquídeas en los hombros y unos sombreritos con medio velo de gasa que eran un poema. Alguien las había invitado y estaban felices, rodeadas de admiradores que las celebraban. Ni modo de decirles que se fueran, que se había tratado de un error. Había varios casos por el estilo, colados, entre ellos una mujer, ésa sí una calamidad, Matilde Arenal, a quien le habían hecho creer que era la gran trágica de la época. Llegó acompañada por el general Torner, que luego se casó con ella, uno de esos tipos que se mueven con aire de eminencias grises, y de quienes nunca se llega a saber si realmente son importantes o meros simuladores. Esa noche le armó pleito a Julio, ¿se lo contaron?

—Muy vagamente.

—Yo se lo voy a contar. Déjeme primero decirle quiénes estaban.

—Ida Werfel y su hija —dijo Del Solar.

—Bueno, pero ellas sí eran invitadas. Me refería yo a aquellos que alguien invitó con el propósito de arruinar la fiesta. Ida era amiga de todos nosotros.

Miguel del Solar contó que había visitado hacía poco a Emma, su hija, y que le había dado la impresión de que concebía mal el papel de su madre. Le había dicho una sarta de tonterías, puesto el acento donde no era necesario. No había sabido si le había hablado de un genio o de una mentecata.

—Porque, permítame decírselo, Ida podía ser perfectamente ambas cosas —dijo el pintor—. Era un enorme saco donde todo cabía, el talento, la rapacidad, la disciplina, el refinamiento, la generosidad, la grosería, hasta el genio. Pocas personas pueden almacenar todos esos componentes dentro de sí sin que les produzcan explosiones de vez en cuando. De Ida aprendimos mucho. A leer, a gozar de lo leído, a reflexionar. Fue una mujer que nos hizo cambiar a quienes la tratábamos.

—A mí a ratos me parecía una verdadera calamidad. En eso estoy de acuerdo con Delfina. Sí, sabía bien sus temas, era empeñosa, ¡qué duda cabe! Pero podía ser un plomo. Hubo una época en que Julio no se perdía sus conferencias.

—Iba no sólo a oírla sino a verla. Era una actriz perfecta. Lo notable es que aquel cuerpo inmenso nunca se le hiciera bolas. Se convertía, no sé si en base de fajas, corsés, varillas especiales, en una especie de aspiración al gótico. De un momento a otro parecía que aquella ballena blanca iba a remontar el vuelo. Sí, era un placer escucharla, sobre todo verla. Nunca logré pintarla, al comenzar el dibujo advertía que se introducía un elemento paródico que la caricaturizaba, la disminuía, y no era eso lo que me interesaba captar en ella.

—¡De piratas! ¡Llegaron disfrazadas de piratas! Con parches negros en los ojos. —Y allí Ruth contó la anécdota del cónsul sudamericano en Munich a quien Ida le transformó la vida gracias a una simple conversación sobre dos vasos de cerveza.

—A quien menos me imaginé encontrar esa noche fue a la Arenal y al general que después fue su marido —dijo Escobedo, que hasta entonces había estado dibujando nerviosamente en un cuaderno—. ¡La Arenal! ¡Soñaba con ella! ¡Pesadillas tenebrosas! ¡La temía! El asunto del retrato fue del principio al fin de una estupidez alarmante. No me explicó cómo Delfina y yo pudimos caer en eso. Un amante de paso, no el general Torner, sino un ratoncillo insignificante, un perdulario cualquiera, le preguntó a Delfina quién podría hacerle un retrato a la actriz, y Delfina me propuso. Hasta me dio un anticipo. No sabía en qué aprietos me iba a meter. El plan de aquel fulano era muy ingenuo. Quería organizar una especie de campaña promocional donde Matilde Arenal recibiría como obsequio su retrato pintado por un artista más o menos famoso. No se trataba de un obsequio personal, sino de un verdadero homenaje que la nación le rendiría a través de sus mejores hijos. Se abriría una suscripción entre los hombres más destacados del país, los cuales cubrirían la cantidad requerida. Hizo listas de hombres importantes. Él fungía como director de la campaña; seguramente pensaba quedarse con parte de los fondos. Lo único que entendí desde el principio es que aquello era un disparate. Se escribieron cartas. Se comunicó a través de la prensa que un grupo de admiradores de Matilde Arenal, entre quienes se encontraban los mexicanos más eminentes: banqueros, directores de periódicos, sabios, escritores, industriales, sufragarían su retrato. ¡Cómo me irritaba esa publicidad! Me entrevistaron periodistas que no tenían la menor idea de quién era yo ni qué había pintado. Mi foto aparecía en las revistas más idiotas. ¡Una ridiculez! Por su parte, cada vez que le preguntaban a la Arenal por su retrato daba el nombre de un pintor distinto; nunca acabó de identificarme. En el fondo se sentía vejada. Le hubiera gustado que la pintara Diego Rivera, o, en el peor de los casos, algún retratista famoso de sociales. Posaba de mala gana, no hacía lo que se le pedía, a cada momento se levantaba para ver lo pintado y lo criticaba. No pude más, decidí suspender el trabajo. Para eso, los suscriptores habían respondido muy tímidamente. Dos o tres varones ilustres declararon a la prensa, al ser entrevistados, que no sabían de qué se trataba aquello, que nunca habían dado su consentimiento. Otros, que habían creído que el cuadro iba a rifarse, cuando supieron que no era así exigieron la devolución de su dinero. Para eso, la relación amorosa se había deteriorado y el tipo

desapareció con los pocos fondos obtenidos. Paré. Estoy seguro de que Matilde Arenal debió de sentirse feliz. De ninguna manera quería confesar lo mucho que la hirió la falta de respuesta de los hombres egregios y la roñería del amante. Declaró que no pensaba adquirir la obra, y eso que nuestra pintura se vendía en aquellos años a precios bajísimos. Me parece que me iban a pagar dos mil pesos o menos, en fin, una miseria.

—Se rompió el trato —exclamó Ruth, con énfasis— y todos quedaron peleados. La actriz con su galán. Ambos con Julio y con Delfina. Los únicos que siguieron siendo amigos fueron éstos. Hicieron un trato. Julio no devolvería el anticipo, pues se lo había ganado a pulso por tener que soportar las majaderías de aquella tonta. Además, se quedaría con el cuadro, pero debía, eso sí, modificarlo para que nadie pudiera reconocer en él a Matilde Arenal.

—Comencé a rehacerlo. Se llamó «La diva». Quedó una mínima semejanza con la modelo, lo que era natural. Acentué los ademanes y el estilo de un monstruo sagrado, ciertas formas grotescas. Tenía la seguridad de que nadie reconocería a la Arenal en la figura que finalmente resultó. Un periódico de mierda, de esos que se dedican a glosar la triste vida de nuestras actrices, me hizo una trastada. Publicó una foto del cuadro con una nota proclamando que se trataba de un acto de escarnio a una conocida actriz. Me causó muchos sinsabores, entre ellos el pleito con el general Torner, uno de los admiradores de la auténtica diva, con quien sorpresivamente llegó esa noche a casa de Delfina. El incidente no tuvo nada de gracioso. Cuando aquel hombre me insultó yo estuve a punto de contestar el reto. ¡Pelearse con un general tiene algo de suicida!

—¿Quién lo había invitado?

—Un chantajista —contestó Escobedo, sin dudarlo dos segundos—. Un hombrecillo ínfimo, el mismo que se había encargado de armar el pequeño escándalo periodístico pocos días antes. En aquella época iba yo a diario a la galería ya casa de Delfina, que quedaba muy cerca. Trabajábamos en mi exposición y en la organización general de la galería. Delfina compraba obra de muchos autores y a veces me pedía que la asesorara. No sé cómo aquel tipo había logrado insertarse allí, lo cierto es que varias veces lo encontré hablando con las empleadas de la galería, opinando de todo. Un bicho incoherente, zafio a más no poder. Un buen día se me acercó a saludar me con un servilismo untuoso que me resultó repugnante. Todos los cuadros estaban en el suelo, recostados contra las paredes. Íbamos a comenzar a colgar. Me dijo que una persona de la mayor importancia iba a estar presente si no el día de la inauguración, que eso no podía asegurarlo, sí durante los primeros días de la muestra. Le había pedido que le sugiriera uno o dos cuadros que tenía pensado comprar, y él opinaba que el titulado «La diva» sería el indicado. Aquel pinacate comenzó a crisparme los nervios. Cuando hablaba me daba la impresión de que deseaba que yo entendiera otra cosa, que me estaba transmitiendo una señal que yo no captaba. Ya lo he dicho, era un tipejo repugnante. La siguiente vez se hizo más

explícito. Comenzó a hablarme del retrato de Matilde Arenal y le respondía que ningún cuadro tenía nada que ver con ella; además el que deseaba, «La diva», no estaba en venta, pues tanto yo como la propietaria de la galería habíamos decidido retenerlo por el momento. Aquel mamarracho tenía una información llena de agujeros sobre lo que había ocurrido. Parecía darle más importancia al incidente de la que en verdad había tenido. Me imagino que se habría enterado por las empleadas de algunas de las circunstancias en que fue realizado el cuadro, y mal digerido las noticias amarillistas de ciertas columnistas cuando se suspendió la suscripción. —Hizo una pausa, pareció perderse en el pasado, visualizar la anécdota. Se volvió hacia él y sorprendentemente le preguntó—: ¿Es usted cazador?

—¿Cómo? —preguntó desconcertado Del Solar.

—¿Sale alguna vez de caza?

—No... Bueno, de chico. Cerca de Córdoba, en el ingenio donde trabajaba mi padre. Hace mucho tiempo de eso. Tiraba con un rifle de municiones.

—¿En campo abierto?

—En el jardín de casa. A veces desde la terraza. Le tiraba a los tordos.

Y algunas veces también en los cañales, cuando íbamos al río. Pero eso no es ser cazador.

—Desde luego no creo que se sienta lo mismo. Me temo que no. Cuando se caza en un coto, o bien en pleno monte, hay un momento en que, fijado el sitio, el arma preparada, comienza uno a presentir la cercanía de la presa. Los perros se excitan. Todos los sentidos se agudizan. El cuerpo está al acecho. Un momento magnífico. Debería usted volver a cazar; sentir ese momento de alerta en el organismo es una de las sensaciones más estimulantes que pueda alguien conocer. A veces, muy rara vez, a la mitad del óleo puede ocurrir algo ligeramente parecido.

—¿Se puede saber a qué viene todo eso, Julio? —interrumpió su mujer con voz que, por primera vez, le pareció a Del Solar realmente angustiada—. Le estabas contando al profesor tus problemas con el general Torner.

—Sé muy bien lo que digo, Ruth. Le hablaba sobre un chantajista. No logro recordar cómo se llamaba. ¡Qué importa! ¡El nombre es lo de menos!

—¡Martínez!

—En efecto, Martínez. ¿Cómo lo supo? No pudo haberlo conocido, no... ¿Cuántos años tiene usted?... No, por supuesto que no lo conocí.

—En las últimas semanas he oído hablar mucho de él.

—Me preguntó si estaba dispuesto a pasarle una comisión si le vendía un cuadro mío a un hombre muy importante. Le dije que eso debía arreglarlo con la galería. Yo no intervenía en las ventas. Me miró con odio, con desprecio y desconfianza; todo a la vez. En una época, ya le digo, salía a cazar con frecuencia. En mis tiempos de estudiante. Después con Victorio Mantua, fuimos varias veces a la caza del venado en la Huasteca y a la del puma al sur de Veracruz. Hace años que no salgo. Un día le mostraré mis armas.

Miguel del Solar comenzó a impacientarse. Ruth se le acercó y le dijo al oído:

—No le deje divagar de esta manera. Me da miedo que un día ya no regrese.

—¿Quería una comisión en las ventas?

—A eso voy, no crea que me he perdido. No le haga caso a mi mujer; todo está bajo control. Sí, comenzó por ahí. No se dio por desanimado cuando lo remití a Delfina. Ya le he dicho la sensación del cazador al sentir la proximidad del animal. En ese momento aquel mentecato la sentía. Lo advertí de repente. Por poco me caigo de sorpresa. Vivía la agitación del perro rastreador cuando olfatea al conejo, o al del cazador al saber que está muy cerca de la presa. Aquel hombre andaba tras de mí. Mostraba sus dientes sucios de caballo, tartamudeaba, miraba erráticamente en torno nuestro, como si sospechara que la conversación pudiera ser sorprendida; luego fijó en mí su mirada de loco. Esta yo perplejo. Tenía ante mí a un psicópata. Eso saltaba a la vista. Pero, ¿qué le pasaba? ¿Qué quería? No niego que por un momento me sentí nervioso. Uno de pronto ante esa gente se siente culpable de algo que ni siguiera lograr precisar, culpable de todo, de respirar. ¿Recuerda usted al joven artesano de Crimen y castigo, aquel que en un momento de contricción declara ser el asesino de la vieja prestamista a la cual, si mal no recuerdo, apenas conoce? Aquel tipejo, Martínez, se me acercó con una mueca que pretendía disfrazar de sonrisa. Me tomó por un brazo y me dijo. «¿Qué tal si me va usted anticipando algo? Le aseguro que no tendrá molestias. Le doy mi palabra de honor.» No acababa yo de comprender. Se lo dije, y él me espetó algo por este estilo: «¡Muy cauto de su parte, muy delicado! ¡Fino y romántico! ¿no? Pero, ¿qué tal cuando se trata de injuriar a una persona, de clavarle un puñal en la espalda a una dama? Porque para mí, una mujer aunque se meta de actriz no deja de ser una dama. Ya han fijado los precios; he visto la lista. Usted me anticipa la mitad y no sucede nada. Un militar se interesa en proteger a esa señora; le aseguro que ni siquiera se dará por enterado. Yo puedo salir a la palestra y jurar que la mujer del cuadro, la famosa “diva”, es mi hermana; hasta ahí soy capaz de llegar.» Solté la carcajada. Por un momento creí que aquel mamarracho representaba una comedia y que sus dotes eran geniales. Me había llegado a alarmar en un principio. Me estaba riendo aún cuando entró Delfina con alguien, creo que contigo, Ruth.

—A mí no me metas en tu historia. Es la primera vez que conozco estos detalles.

—La he contado mil veces.

—Seguro, a Delfina. Lo único que yo sabía es que se trataba del mismo individuo que trató de estrangular a Ida.

—¡Tanto como estrangularla!... Sí, fue el que la testereó y que la hubiera golpeado si no lo detiene Bernardo Uribe.

—La llegó a pegar. Yo lo vi arremeter a topes de cabeza contra aquel pecho generoso. La pateó también. Nadie se explica por qué.

—Estoy seguro de que igual me hubiera atacado si en aquel instante no aparece Delfina con alguien más. Tenía la certidumbre de que habías sido tú, Ruth. Advertí

que mis carcajadas lo habían sacado de quicio. Estaba demacrado. Su desarticulación física se volvió más evidente que de costumbre, sus tics más pronunciados. Entre dientes, silbando las palabras, me dijo que lo pensara, que me daba un par de días para reflexionar. Al tercer día me llamó por teléfono y, por supuesto, lo mandé al carajo. En un diario de la noche salió la foto con la gacetilla donde se me acusaba de insultar en un cuadro a una respetable actriz. No lo volví a ver sino hasta la fiesta. No me hizo ninguna gracia encontrarme con él allí, y menos con Matilde Arenal y el general Torner. ¡Ah!, entretanto, en los días previos habían vuelto a aparecer en las páginas de espectáculos notas con muy mala leche, y de nuevo la foto con un pie de imprenta injurioso en que se relacionaba directamente a «La diva» con Matilde Arenal. Bueno, el día de la fiesta hubo un momento en que el general Torner, en estado de ebriedad, me insultó y yo no me dejé.

—Así como lo ve usted de espiritual, mi Julito es un tigre —dijo Ruth y se echó a reír jubilosamente.

—No sé en qué habría terminado aquello. Los hermanos de Delfina, todo el mundo nos rodeó. Me acuerdo que alguien me tomó de un brazo. Un buen amigo que trabajaba en Educación me llevó al comedor y trató de calmarme. En la sala discutían a gritos. Ruth se puso al piano y comenzó a tocar y las hermanitas Bombón a cantar. Entonces se oyeron los disparos y ahí terminó todo.

—A veces, y en eso le doy toda la razón a Julio, parecería que la escena hubiera sido montada para distraernos, mientras abajo mataban a aquel joven —concluyó Ruth.

—¡Quién sabe! Hay cosas que por más vueltas que se les dé son reacias a dejarse descifrar. Le hemos quitado un tiempo precioso a Del Solar, y no le he dicho nada importante sobre aquel año, el año de los perros aullándose a la luna, de Tamayo... ¿Y qué me dice de Lazo? Era un pintor muy bueno, muy fino y un amigo excelente. Cardoza escribió en alguna parte que su pintura era la búsqueda de un enigma. No sé si habrá expuesto ese año. ¿1942? No me acuerdo.

Estaba nervioso, apremiado, deseando evidentemente que Del Solar se marchara. Al fin dijo que debía terminar un trabajo. Una escenografía. Había comenzado a trabajar para el teatro precisamente por sugerencia de Julio Castellanos. Después de veinticinco años no había vuelto a hacer nada en este terreno. Le encantaba regresar a las tablas. Otro día comentarían la pintura de entonces. Hablarían de Julio Castellanos y de María Izquierdo. Ambos excelentes. ¿Y dónde dejaba a Juan Soriano? Había que redescubrir a Manuel Michel, volver a ver a alga Costa. Una generación mucho más original de lo que la gente se imaginaba. Casi todos los pintores en México habían, por lo menos en una ocasión, trabajado para el teatro. Gerzso hizo una escenografía magistral para el Don Giovanni, de Mozart. Era necesario investigar más. Hacer monografías... Le estrechó la mano y se fue a toda prisa a su estudio. Ruth acompañó a Del Solar hasta la puerta.

—Anda así desde hace ya varias semanas —dijo al despedirse—. ¡Unas prisas,

una desesperación, unas carreras! ¡Dígaselo a Delfina! ¡Que sepa hasta dónde lo ha llevado su intransigencia! ¡La verdad, esto ya no parece vida!

9. EL DESFILE DEL AMOR

—VIVIMOS en un período de transición; que esto quede entre nosotros, pero que quede claro. Si mi tía Eduviges toma la ofensiva, lleva las de perder. El momento puede ser abominable, no voy a negarlo, no del todo. Pero tampoco es necesario exagerar. Antonio, y tú me vas a perdonar, Chatita —dijo, guiñándole un ojo a Amparo—, no es santo. Hay que procurar actuar con la mente al desnudo, sin ilusiones innecesarias; de otro modo está uno perdido.

Miguel del Solar conocía a Derny desde la niñez. Era el sobrino preferido de todos sus tíos. Entre ambos no había ningún parentesco. Un hombre próximo a la cincuentena. Una loción amarga que olía muy bien. Una chaqueta a pequeños cuadro grises y verdes de lana jaspeada, y pantalones de un verde opaco muy desvaído. Viéndolo bien, entre ellos la diferencia de edades no era mayor de diez años. Del Solar tenía nueve cuando llegó a vivir a casa de sus tíos, y Derny había comenzado o estaba por comenzar sus estudios universitarios en la Libre de Derecho; lo que en aquel período creaba una diferencia de edad abismal. Hacía tiempo que no se veían. Alguna vez lo vio muy de paso, de visita en casa de familiares comunes. Otras, en reuniones de amigos escritores, políticos, profesores de filosofía, en cuyas casas su presencia le resultaba siempre inexplicable.

Del Solar se había estado tratando de comunicar con su tía Eduviges sin lograrlo. Era casi imposible hacerla tomar el teléfono, y cuando lo hacía no hablaba de nada que no fueran sus tribulaciones. Antonio había desaparecido, se había convertido en un prófugo de la ley hasta que su situación no se aclarase. Las autoridades la molestaban con avalúos, presentaciones de cuentas y documentos incomprensibles. El desprestigio. La vanidad herida. No salía de casa. Temía encontrar amigas, antiguas y recientes, y verse en la necesidad de ofrecer explicaciones, o bien de soportar esa especie de pésame gozoso con que algunas la recibían. Quedarse en casa la intranquilizaba. Lo hacía porque no le quedaba otro remedio. Pero en los últimos años se había acostumbrado a salir, a estar en todas partes. Cuando semanas atrás la visitó y tuvo una conversación sobre los acontecimientos ocurridos en 1942 en el Minerva, Del Solar se hallaba por completo perdido. Caminaba a tientas por una tierra desconocida. Después de entrevistarse con varios de los principales personajes de aquel drama, el diálogo, cuando se produjera, tendría que ser diferente. Pero ella posponía siempre el encuentro. A veces, al hablar con su prima Amparo, volvía a sentir la calidad de otras épocas. Del Solar llegó a olvidar la aspereza con que le respondió al teléfono poco antes. Amparo había sido su primer amor. El amor de los nueve años. Amparo le hacía por teléfono relaciones muy detalladas de sus asuntos domésticos, del estado de ánimo y la condición nerviosa de su madre, lo que en verdad no le interesaba. Aparte de su prima no sentía cariño por nadie en aquella casa.

Amparo había sido para su madre una especie de excrecencia no siempre tolerable. Era un par de años mayor que Antonio. Tenía una mano ligeramente deforme, más pequeña que la otra, lo que no le impedía tocar el piano con cierta gracia. Sólo varios días después de vivir en casa de sus tíos descubrió él esa peculiaridad de la niña, y eso debido a su tía. Ya de niña tenía un arte especial para ocultar aquel defecto, enredar el brazo en una bufanda, por ejemplo; tener la mano en actitud casual en el bolsillo. Por las tardes la oía durante un buen rato ejecutar sus lecciones de piano, allí donde parecería imposible ocultar su deformación física, pero ella creaba una especie de penumbra en la sala y lo hacía sentarse en un lugar desde el cual no pudiera ver bien el teclado. Recuerda el día que al fin vio la manita de Amparo. Su tía Eduviges, en una racha de malhumor, aludió a ese defecto, y no satisfecha le arrancó el pañuelo con que se envolvía la mano. Del Solar sintió casi vértigo, como si la deformación de la mano de su prima hubiera ocurrido en ese mismo instante ante sus ojos.

Al regresar a México, para hacer sus estudios universitarios, nueve o diez años después, se volvieron a frecuentar. Iban juntos a fiestas, se movían entre amigos comunes, los domingos oían conciertos. En aquella época la animó a estudiar historia, y estuvo a punto de lograr que se inscribiera con él en la Universidad. No lo permitió su tía.

Al casarse, los encuentros con esa parte de su familia se redujeron de manera radical. Trataban grupos diferentes. Cecilia, por ejemplo, no pudo tolerar nunca a Eduviges ni a sus hijos. Las pocas veces que él vio entonces a Amparo, siempre casuales, la encontró desagradable, llena de pretensiones, de absurdos amaneramientos verbales, de una nostalgia por grandezas perdidas. Ramplona, tiesa, ridícula, ñoña. Cecilia había tenido razón al no querer tratarla. Pero parecía que algo había madurado en ella en los últimos tiempos. Quizás el golpe familiar, el enjuiciamiento público de su hermano, la hacía más dúctil y natural. Cecilia sostenía en un tiempo que tanto Amparo como su tía se habían hecho a la idea de un matrimonio entre primos, y que su boda había dado fin a esas expectativas en las que Del Solar no había reparado. Tal vez a eso se debía el tono desagradable que había revestido, en cierto momento, su trato.

Normalizadas las relaciones, ella comenzó a llamarlo. Le dijo que su madre había salido de México para reponerse, para comenzar a acostumbrarse a la nueva situación y poder hacerle frente. Se había sentido durante varios años ama del mundo y el golpe la había casi desquiciado. Una amiga de otros tiempos, Lola Palacios, con quien se había peleado porque Antonio no le había arreglado, como ella esperaba, un pleito perdido desde hacía muchos años, la llamaba por teléfono a todas horas, día y noche, a veces, con su auténtica voz, otras fingiéndola, para insultarla, hacerle bromas groseras, estallar en ofensivas carcajadas, y referirse con adjetivos soeces a las acusaciones que pesaban sobre Antonio. Estaba en una finca en los alrededores de Puebla. Con toda seguridad pasaría los días leyendo y comiendo. Haría algunos

paseos en coche, pues, con su peso, caminar le resultaba fatigoso. Lo importante por el momento era tranquilizarla. Al volver se encontraría con un nuevo número de teléfono que disminuiría las fantasmales llamadas que tanto la angustiaban.

Su madre le dijo un día que había pasado Amparo a visitarlos. Quería conocer a los niños y le habían encantado. También ellos habían estado muy simpáticos. Le había pedido comunicarse con ella. Al hablarle esa noche, le transmitió la invitación para comer el domingo siguiente en casa de Dery Goenaga. ¿Se acordaba de él? Iba mucho a su casa cuando ellos eran chicos. Era dueño de una empresa de publicidad que él mismo dirigía. Los domingos, él y su mujer se quedaban en casa y recibían amigos a comer.

Y por eso estaba allí ese día, oyendo a Dery, quien les obsequiaba cápsulas de sabiduría política. Recordó que en una ocasión, hacía varios años, al hablar con su madre de una escala que había hecho en Chicago al regresar de Inglaterra con el propósito de dar unas conferencias en Notre Dame, una universidad relativamente cercana, su madre le comentó que en ese mismo lugar había hecho sus estudios Dery Goenaga, y no escatimó elogios a la carrera brillante que había emprendido, a la fortuna que había redondeado en unos cuantos años, a la manera inteligente de administrarla, a su don de gentes, etc. Ese tipo de comentarios que le hacían siempre sentir que para ella la publicación de sus libros, sus conferencias, su doctorado, la conquista de un prestigio académico no valían demasiado la pena. Al no hacer fortuna seguía teniendo un pie clavado en los umbrales del fracaso.

La casa de Dery correspondía a su fortuna. Todo combinaba bien, muebles coloniales, pintura antigua y contemporánea. El acento puesto sutilmente, sin pompa, en la antigüedad, como para indicar que uno no podía permitirse desconocer lo nuevo, que los moradores de esa casa sabían apreciarlo y hacerle justicia, pero que allí, de cualquier modo, su función era de mero acompañamiento, accesoria a las viejas tallas virreinales que coincidían con la instalación de la familia en el país.

Dery lo recibió con un abrazo fraternal y una sonrisa muy amplia que le sorprendieron un poco, pues no recordaba que hubieran sido especialmente amigos nunca. Y Eloísa, su mujer, le dio un beso en la mejilla. Se trataba de una reunión de familia. El matrimonio, Arturo, un hijo de veintitantos años; su novia; un primo de Eloísa, y una mujer joven, viuda también de algún otro familiar, y ello dos, Amparo y Miguel. Una conversación amable desde el primer momento, distendida, a pesar de la evidente tendencia de Dery a hacerse oír por sus invitados y sobre todo de oírse a sí mismo. A momentos el tono tendía a lo pontifical.

Del Solar comentó que hacía mucho no se veían. Desde antes de que Dery se marchara a Notre Dame. Dery lo miró de un modo especial, y Miguel pensó que le sorprendía lo bien que recordaba sus circunstancias biográficas.

—Miento —se corrigió—, nos volvimos a ver a tu regreso, el día en que se recibió el chato Herrera Robles. Sí, ¿recuerdas?; acababas de llegar. Si no recuerdo mal, la fiesta tuvo lugar en un caserón inmenso en las calles de Durango.

—Exactamente. En casa de su abuelo, don Pablo Robles. ¿Quién te dijo que venía yo de regreso de Estados Unidos?

—Me imagino que tú; sería lo lógico. O Amparo; o mi tía Eduvigis. En fin, alguien de la familia. Debes de haber sido tú, esa misma noche.

Derny le puso una copa en la mano, y lo tomó del brazo. Lo condujo hasta un extremo del salón donde sobre una mesa de cristal se elevaba una bella escultura de bronce.

—La compré el año pasado. Es mi última adquisición —dijo con voz más bien casual—. He adquirido después otras casillas, pero ninguna como ésta. La vi y me quedé maravillado. Había salido de la galería, y caminado ya más de una cuadra cuando me di cuenta de que tenía que volver, que no podía concebir la vida sin esta pieza. Estos bronce de Benin no tienen límite en lo que se refiere a expresividad. ¿Te gusta éste?

—¡Muchísimo! Vi unos cuantos en Londres, y otros en Viena. Hace dos años fui a...

—Mira —lo interrumpió Derny casi con grosería—, yo tengo que viajar a menudo a Nueva York por razones de trabajo. Aprovecho la oportunidad para ver galerías y a veces me traigo alguna casita. Cuando joven pasaba horas enteras, días, metido en el Art Center de Chicago. No había lugar mejor para pasar los domingos de invierno. Chicago me quedaba a una hora del colegio. No estudié en Notre Dame; no sé dónde generó esa confusión. Tal vez un error de Amparo al informarte. A las mujeres, como decía mi padre, una cosa y otra cosa suele parecerles siempre la misma cosa. Estuve en un college, también de jesuitas, no lejos de Chicago. De ahí el error. Éramos varios mexicanos. Para hablar en plata, el nivel académico era el mismo. Los jesuitas, donde los pongas, son los jesuitas. Ahora que un college, tú lo sabes, no tiene nunca el prestigio social que una universidad. Si me permites que te diga algo, lo que realmente se paga en Notre Dame es el prestigio. El hecho, por ejemplo, de que tenga un equipo deportivo famoso.

Y cambió la conversación para hablar de los bronce de Benin, que había visto en México, cuatro años atrás, en 1968, durante la Olimpiada. Se volvieron a reunir con los demás, y durante un buen rato la conversación giró en torno a exposiciones y conciertos, películas. A Del Solar le impresionó el grado de información que todos manejaban en materia de exposiciones y espectáculos. Le preguntaron por espectáculos y exposiciones que habían tenido lugar en Londres, que él no había podido ver durante su estancia en Inglaterra y ellos sí, en Londres, o en algún itinerario que podía incluir Nueva York, París, el mismo México. Todos eran muy viajados, muy cultivados, muy elegantes. Estaban viviendo, corroboró Derny, un período no irreversible, es decir, meramente transitorio.

—... lo mal que debe de pasarlo Antonio —comentó Amparo. Derny no era pesimista. Vivían un período, ya lo había dicho, que no era eterno. Antonio regresaría pronto. Le harían pagar algo, lo que era natural. Si había errores en las cuentas

tendría que hacerles frente, aunque los hubieran cometido sus subordinados.

—Vivimos las consecuencias desastrosas del sexenio anterior —continuó Derny—. Te extrañará que me refiera a él de esta manera, pero creo que es necesario que comencemos a pensar en términos modernos, es una obligación saber prever las consecuencias. No me he vuelto un radical, te lo advierto. Los resultados de la administración pasada son los que ves. Esta nefasta retórica es su antídoto. ¡Qué bueno que vives en Inglaterra, donde no han de llegarte los coletazos! Tenemos que adaptarnos, pertrecharnos para, en el momento oportuno, fijar nuestras condiciones. Si estoy convencido de algo es de que somos necesarios. Ni siquiera ahora, en este año de gracia de 1973, en pleno auge de la maleza verbal, se atreven a prescindir de nosotros. Han tenido que admitir que una cultura no se improvisa, que el buen gusto no es conciliable, por razones de muy distinto orden, con las mayorías; al menos no de una manera mecánica. ¡Quizás algún día! ¡Ojalá! ¿Por qué no? Tal vez en el futuro las cosas sean de otra manera. Pero para eso, Miguel, todavía le cuelga. Mira, los del Norte comienzan a despertar. Les ha dado por cultivarse. Antes iban de compras a San Antonio, o a los lugares próximos a la frontera. Ahora toman sus aviones y se van hasta Nueva York a oír a la Nielsen cantar Electro, o a ver un buen musical. Cenar. Una canita al aire, si es posible. Y al día siguiente muy de mañana los tienes en casa. A las diez están en sus despachos como si nada hubiera pasado. Son todavía muy nuevos, me dirás. Sí, lo son, pero si se empeñan pueden llegar. Antonio es un muchacho sabio. Lo caracteriza la tranquilidad; ésa ha sido siempre su mejor virtud. Sabe que en su situación lo único que le resta es asimilar el golpe. Lo hará. Estoy seguro de que aprovechará su tiempo en cultivarse, poner al día sus lecturas, y preparar el regreso. Con el tiempo sus amigos limarán las discrepancias para que vuelva sin tropiezo. Pero es necesario, eso sí, que tu madre, Amparo, se quede en paz, por favor, que no hable.

Del Solar comentó que el día que visitó a su tía, le habló de la persecución existente contra los Briones desde el estallido de la revolución. Según ella a esa campaña correspondía el asesinato del joven Pistauer, el hijastro de Arnulfo Briones, y el deseo de eliminar a Antonio de la vida política.

—Perdóname, Amparito, perdónenme todos —dijo Derny teatralmente—, pero el fuerte de mi tía nunca ha sido la lógica. No hay la menor relación entre el asesinato de ese joven y el acta de prisión dictada contra Antonio. ¡Ninguna!

—De acuerdo. Mamá no es un modelo de lucidez, lo sé. Pero piénsalo, Derny, pueden ser coincidencias, lo que tú quieras, pero de algún modo lo que dice es verdad. Cada determinado número de años la familia recibe un golpe que la deja tambaleante. Y esto no es invención, yo lo viví de niña. Sí, estoy de acuerdo, las causas de la muerte de aquel muchacho, quizás hasta las de la de mi tío Arnulfo son diferentes al problema que ha tenido Antonio. Y sin embargo...

—La dialéctica, Amparo, es el producto más alto de la filosofía idealista alemana —dijo sorprendentemente Derny con tono académico—. Hegel fue su verdadero

artífice, no Marx, como piensa el vulgo. Debe uno recalcarlo siempre. Hay quienes se ponen nerviosos cuando uno pronuncia la palabra «dialéctica», en parte por ignorancia, pero sobre todo por miedo a malentendidos políticos. En el fondo es lo mismo. Jamás hay que temerle a los conceptos. Tal es mi teoría, tal mi práctica. La dialéctica es un concepto hegeliano. Tesis. Antítesis. Síntesis. Tan fácil como eso. ¿Tesis?, el porfiriato. ¿Antítesis?, la revolución. ¿Y la síntesis? La síntesis somos todos. Bueno, todos, todos no; aún no es posible. La síntesis somos nosotros, digamos, quienes sobrevivimos al desastre y quienes se nos han incorporado. Formamos, lo queramos o no, una materialización nueva del concepto de unidad nacional. La síntesis somos precisamente los que estamos sentados en torno de esta mesa.

Se oyó un ruido extraño. Un zumbido incómodo, cercano. La novia de Arturo, una chica rubia de cabello corto extremadamente rizado, se cubría la boca con un vaso. De ahí parecía salir el zumbido. De pronto comenzó a derramarse el contenido del vaso. ¿Hacía acaso gárgaras?, ¿mordía el vaso? Una carcajada desbocada de Arturo estalló de repente. El líquido de la copa de su novia saltó sobre el mantel. La chica reía como si fuera víctima de un ataque. Todos comenzaron de inmediato a hablar en voz muy alta. Amparo impuso su voz grave y contó una anécdota breve y bastante simple sobre un viaje que había hecho a Xochimilco en compañía de unos americanos, uno de los cuales se había emborrachado, y todos los comensales soltaron una risa incontenible. Derny miró con furia a la pareja de jóvenes; especialmente a su hijo.

—Un día de éstos, Derny, deberías hablar con mi mamá —dijo Amparo, ya en tono serio—. Eres una de las pocas personas a quienes escucha. Tal vez la tranquilizaría saber que la persecución de que es objeto Antonio forma parte de un proceso dialéctico.

—Hay fenómenos a primera vista muy abstractos; se les desmenuza y empiezan a entregar su verdad, su nitidez cotidiana. No voy a insistir en lo referente a la dialéctica. Pero piensa en nuestro tío Arnulfo, al que ustedes han citado, y en igual caso pondría yo a mi padre, a ellos nuestra vida les parecería casi un crimen. No hicieron ningún esfuerzo por abarcar el fenómeno en su conjunto, en su proceso... éste, le guste o no a algunos... es un proceso dialéctico. Mira, todos, de una u otra manera, colaboramos con el gobierno. En sus tiempos hubiera sido imposible. Eran la oposición frontal. Concepciones ya insostenibles. Aunque me temo que los ánimos se estén caldeando demasiado y haya gente que vuelva a cometer errores gravísimos. Ahora más que nunca es necesario mantener la tranquilidad, esperar que caiga el chaparrón, que vuelvan los días soleados. Nosotros le proporcionamos al gobierno la imagen culta, mundana, que le es tan necesaria, y él nos corresponde con otros servicios. Un pacto tácito que nos beneficia a todos.

A Miguel del Solar no le interesaba oír a Derny filosofar, sino remitirlo al año 1942, cuando lo veía llegar a menudo al departamento de sus tíos, y a veces

encerrarse (uno de los pocos autorizados para hacerlo) con Arnulfo Briones en su despacho. Opinó que había advertido que se estaba llegando a una especie de compromiso histórico, a diferencia del pasado. Contó que en varias ocasiones había oído a Arnulfo Briones reprocharle a su hermana el hecho de que su marido diera clases en la Universidad, lo que para él equivalía casi a una traición. La personalidad de aquel hombre tan poco comunicativo, para quien la conversación era el equivalente a un interrogatorio, constituyó para él siempre un enigma.

—Sus lentes negros —concluyó— parecían separarlo de la realidad. Me parecía entonces un viejecito tan desprotegido, tan inseguro al caminar, tan frágil. ¡Lo que son las cosas! Después supe que era un hombre con grandes poderes, muy temido. Cuesta trabajo creerlo.

—Los tiempos son otros. Cuando lo conociste estaba perdiendo la vista. Eso le angustiaba. Arnulfo Briones. Sí. Él y mi padre eran primos, pero se trataban como hermanos. Mi padre debía de llevarle una docena de años. Cuando nací, él ya era viejo. Después de seis hermanos, ninguno de los cuales superó el año de vida. Y jamás he sabido lo que es una enfermedad. Fui el último y el único. Le dernier... Los domingos nos impartían instrucción militar en un rancho cerca de Teotihuacán. Debíamos estar preparados para cuando la causa lo requiriera. Era más que nada instrucción física y doctrina moral. Ahora serían una pareja obsoleta, verdaderas reliquias, un anacronismo intolerable. ¡Tesis pura!

—Mi tío Arnulfo te tenía especial simpatía —comentó Amparo con un dejo de burla—. Te consideraba su continuador. Estaba decidido a convertirte en un verdadero Cruzado de la fe.

—Una prolongación de la tesis, ¿no? Debo confesar que sus teorías habían llegado a emocionarme. Veía el mundo amenazado por todas partes. La verdadera fe a punto de sucumbir. La familia en llamas. Los principios mancillados. ¡Dar la vida por ellos! era nuestro lema. ¡Morir por Dantzig! ¡Qué tiempos, Dios mío! El honor nacional, las responsabilidades de clase, de raza. Aun en esa época aquello tenía algo de bárbaro y de rancio. Pero a muchos nos sonaba a bronce. No tienen idea qué muchedumbre de seguidores teníamos. ¡Ferozes! A pesar de ser uno de los jerarcas, Arnulfo Briones no era lo que se podía llamar un hombre popular. No tenía madera de dirigente. Por eso permanecía buena parte del tiempo a la sombra. Quizá la ceguera lo afectaba. Para disimularla se comportaba con excesiva altivez, y eso le restaba simpatías. Tengo la impresión de que al final, en el mundo de sus ideales e intereses, tenía más enemigos que partidarios. Sí, había quienes lo odiaban. Al final dejó de ir al campo de entrenamiento.

—Me imagino que aquél debió de ser el sector más radical de la derecha.

—Llamémosle así. Era un grupo convencido por entero de que sólo la mano dura y la visión conservadora podían salvar al país. Gente muy cercana al falangismo. Desconfiaban de los americanos por considerados judaizantes. No, Arnulfo no tenía pasta de dirigente. La voz, sobre todo, le quitaba apoyos; era hueca y áspera. Un día

nos echó un discurso en el campo de entrenamiento; a mí me dio vergüenza oírlo frente a los compañeros. Apenas se le entendía. No tenía facilidad de palabra; repetía las frases una y otra vez, se embrollaba, volvía a empezar. ¡Un desastre! Sus virtudes debían de ser otras; la capacidad de negociación, me imagino. Vivía de la fama de haber sido un notable polemista en tiempos anteriores. De cualquier manera, ya entonces era una figura de otra época. ¡Imagínense si habría comprendido nuestra posición actual!

Comenzó a atardecer. Salieron a hacer un paseo por el bosque. Los jóvenes aprovecharon la oportunidad para despedirse. La otra pareja lo hizo poco después. Derny lo llevó a su estudio.

—Me da gusto verte —recomenzó—. Sé que tus libros han tenido éxito. A veces he pensado escribir; profundizar sobre estos puntos de vista que te expuse. Por desdicha, no ha llegado el momento. Dijera lo que dijera, me tildarían de reaccionario, se meterían con la memoria de mi padre, lo resentirían mis negocios. Yo no trabajo solo. Tengo socios a quienes no voy a exponer sólo por darme el gusto de manifestar mis opiniones —hizo una pausa; luego añadió—: en el college aprendí que quizá la mayor virtud sea la prudencia. ¿Lo ves? Mi colegio no habrá sido Notre Dame, ni tenido un equipo de fútbol de categoría nacional, pero allí aprendí todo lo que me ha sido necesario para sortear los escollos de esta vida. ¿Para qué quiero más, puedes decirme?

Miguel asintió. Dijo dos o tres frases vagamente convencionales sobre la educación y sus efectos prácticos, y preguntó si le sería posible tomar aún una taza de café antes de marcharse.

Su petición fue recibida con calor, se podría decir que hasta con entusiasmo.

Del Solar comenzó a exponerle a Derny la investigación que se proponía llevar a cabo sobre 1942. Una mera búsqueda dentro de la microhistoria. Comentó, con toda la discreción y suavidad posible, que del crimen ocurrido en el edificio Minerva, es decir, el del hijastro de Arnulfo Briones, un organismo gubernamental había deducido ciertos movimientos de agentes alemanes. Comentó que aquello le parecía estrafalario, pues las simpatías de Arnulfo debieron estar, dados sus antecedentes, su modo de pensar, enteramente del lado alemán.

—... aunque me acabo de enterar —concluyó— que aquel joven por parte paterna podía ser judío, y que Arnulfo Briones hizo todo lo posible por poner a salvo al padre del muchacho. Raro, ¿no te parece?

—Mira, Miguel, yo era muy joven —comentó Derny. Su voz se había transformado en una voz normal, como si con la ausencia de los demás comensales hubiera desaparecido su necesidad oratoria—. Tenía entonces dieciséis o diecisiete años. Y te aseguro que muchacho más bobo no había otro en México. Haz de cuenta que me hubiesen criado en el interior de un frasco, envuelto en algodón esterilizado. Un niño de diez años es hoy más despabilado de lo que yo era cuando me casé. Había cosas muy extrañas en la atmósfera. Esa época se ha vuelto para mí agobiante e

incomprensible. Tú no te has de acordar, eras muy chico, quizá ni habías nacido, de la persecución religiosa. En la casa se vivió aquello con demasiada intensidad. Éramos, haz de cuenta, un trozo de la carne de Cristo martirizado, una gota de sangre del corazón agonizante. Con la guerra mundial se pusieron en juego muchos otros intereses. Si me preguntas en qué andaba metido mi tío, no te lo podría decir, no lo sé. Tenía un despacho formal en la avenida Juárez, el de la empresa exportadora de minerales a Alemania. Le dejaba mucho dinero. El personal de ese despacho se ocupaba de todo, exportaciones, embarques, transporte marítimo, permisos aduanales. Allí pasaba las mañanas. Después de la declaración de guerra cerró la empresa, pero él siguió yendo al despacho. Por las tardes iba a casa de mis tíos, sí, al Minerva, donde le tenían reservada una habitación. Yo le llevaba muy a menudo notas de mi padre. Allí recibía alguna vez gente, despachaba correspondencia, tramitaba asuntos. Una noche tuve que llevarle un documento urgente. Mi padre estaba desesperado; había tratado casi todo el día de comunicarse con él sin conseguirlo. De pronto me pidió que lo buscara en una dirección del centro. Tenía que pasar primero al Monte de Piedad; comprobar allí si alguien me seguía o no. Sólo en el caso de que tuviera la plena seguridad de no ser vigilado debía continuar hasta la dirección que me indicaba mi padre: el segundo piso de un edificio más que lamentable en las calles de Brasil. ¡Ya te imaginarás! El número correspondía a una joyería y relojería de mala muerte. Estaba por marcharme, muy desconcertado, cuando un anciano se quitó de un ojo el lente de relojero; me preguntó qué quería, a quién buscaba. Di el apellido de mi tío. El viejo no hizo ningún gesto; me dijo que vería si en las oficinas de al lado, con las que compartía el número del local, se hallaba esa persona, y me preguntó a la vez mi nombre. Al rato volvió para pedirme que lo acompañara. Entramos por un pasillo al que daban varias puertas. El lugar tenía algo de pesadilla, de irrealdad. Entramos por una de las puertas y subimos una escalera. Allí estaba mi tío, sentado en un escritorio, frente a una serie de papeles. Era un cuarto idéntico al que ocupaba en el edificio Minerva; el mismo tipo de muebles oscuros y pesados. Libreros negros con puertas de vidrio cubiertas con visillos blancos; un espejo con cagaduras de mosca, y un foco medio cubierto por una pequeña pantalla de gasa verduzca. Todo muy desabrido, muy ralo, muy feo. Pienso en ese lugar del que, ¡te lo juro!, no había vuelto a acordarme hasta hoy, y siento escalofríos. Le di el sobre, lo abrió, leyó el contenido, luego lo rompió. Me preguntó si estaba seguro de que nadie me había seguido; asentí. Me pidió decirle a mi padre que no se preocupara, que todo estaba en orden, que no diera crédito a ningún rumor; no era necesario llevar una respuesta escrita, bastaba con repetirle lo que me había dicho, y que estaba tranquilo. Llamó al relojero, quien me hizo salir por otra puerta, a otra calle. Volé a casa y le di el recado a mi padre. Pareció quitársele un gran peso de encima. Me hizo jurar que no comentaría con nadie la existencia de ese despacho. Me explicó que me había hecho correr un gran riesgo dada la extrema gravedad del asunto. Jamás me volvería a enviar; al fin ya no habría necesidad. Había pasado las dos horas más atroces de su vida esperándome, pero un

día iba yo a comprender. Y hasta ahora, Miguel, te juro que nada he comprendido.

—¿Fue después de la muerte de Pistauer?

—Después, sí. Estoy casi seguro de que fue sólo unos días antes de que mataran a mi tío Arnulfo. Fueron días que mi padre dedicó a quemar cartas y papeles.

—Por lo visto todo el mundo está enterado de que Arnulfo murió asesinado... Para mí, ¿sabes?, eso ha sido una absoluta novedad.

—En casa siempre lo dimos por un hecho. Mi padre y mi tío tuvieron un distanciamiento después del entierro del muchacho. De alguna manera la carta que llevé los había reconciliado. Sí, estoy seguro que le hice esa visita poco antes de su muerte.

—¿Tienes idea de qué pudo haber ocurrido?

—Algo tuvo que haber influido su matrimonio; pero aquí habla sólo mi intuición sin basarme en ningún hecho real. Adele era muy hermosa; demasiado mujer para él. No concibo que pudiera estar enamorada de aquel viejo carcamal.

Ponte a pensar, un viejo casi ciego, con una peluca de un color que tiraba a zanahoria. No, eso no pega. Aquella mujer se casó por dinero o para salir de Alemania. ¿No te parece raro que poco después de llegar ellos a México apareciera aquí el marido anterior?

—¿Con quién vivía?

—Con ellos, desde luego no. Los tiempos no estaban para extravagancias. Ni siquiera sé qué pasó con él. Era médico. En caso de vivir, tendría ahora cerca de ochenta años.

—¿Y ella?

—Me parecía muy hermosa. Un domingo fuimos al deportivo, y la vi jugar con su hijo. ¡Una diosa! No más de cuarenta años.

—¿Qué fue de ella? ¿Se quedó a vivir en México?

—No, pero no sé adónde fue. Mi tía Eduvigis debe de saberlo. Después de la muerte de su hijo se quiso ir de inmediato, pero no le permitieron pasar la frontera americana por algún problema de pasaporte o de visado. Se quedó esperando en Ensenada. Tuvo finalmente que volver a México. Fue entonces cuando mataron a mi tío. Creo que después logró marcharse. Se me ocurre que a Brasil.

—En el edificio Minerva vive una vieja alemana que no se ha movido desde que llegó a México. No habla con nadie. ¿Podría ser Adele?

—Adele nunca vivió en el Minerva. Tenían una casa muy buena en Polanco. Que se fue de aquí, de eso estoy casi seguro.

Una sirvienta les llevó el café. Los efectos oratorios habían desaparecido del lenguaje de Derny. En esos momentos le pareció un amigo grato, claro, honesto en su intento de ayudarlo a iluminar el pasado. Del Solar se sirvió una segunda taza de café.

—¿Conociste al primer marido?

—¿De Adele? Lo vi en el cementerio. No nos dirigió la palabra. ¿Piensas que se entendían a espaldas de mi tío?

—Podría ser...

—Por otra parte, mi tío Arnulfo no le prestaba a aquella belleza la menor atención. De otra manera se habría quedado más tiempo en casa en vez de recorrer su cadena de despachos clandestinos.

—¿Fuiste a la fiesta de Delfina?

—¡Qué esperanzas! Con decirte que no tuve llave de mi casa sino hasta que acabé la facultad. Me trataban como a un niño; era yo un niño. Piensa que mi hijo invita a su cuarto a esa muchachita tan sosa con la que anda. Si oyen música, conversan o se dedican a cosas menos inocentes, que es lo más probable, ni a mi mujer ni a mí nos interesa saberlo. Arturo ha creado su espacio, y nosotros se lo respetamos. En mi casa eso habría sido imposible. Mi padre hubiera enloquecido de haberle dicho que una amiga iba a pasar un rato conmigo en mi recámara.

—¿La tratas? ¿A Delfina?

—Sí. Mira, esa alacena de María Izquierdo se la compré a ella hace unos años. Algunos de los cuadros que ves en esta casa proceden de su galería. Delfina, de una manera diferente a la nuestra, también corresponde a la síntesis.

—¿Cómo? —preguntó Del Solar, desconcertado.

—La síntesis dialéctica a la que me refería. Delfina procede de una capa social distinta. Sin embargo, puedes verla, se nos ha incorporado. Sería imposible no tratarla como a una igual. Al saltar las etapas ha realizado la síntesis. Me gusta verla, hablar con ella, comer con ella. Somos lo mismo. Nuestra importancia, y esto es lo que mi hijo y sobre todo su niña no comprenden, es haber creado un modelo para que gente como ella pueda expandir su personalidad. No creo en las clases de la manera como se obcecaban en hacerlo algunos amigos nuestros. La publicidad enseña mucho. Te hace desprender de kilos de polilla. Envejeces un momento y estás perdido.

—Yo vivía en aquella época, no sé si te acuerdas, en el edificio Minerva.

—No fui a la fiesta —dijo Dery, atropellándole la palabra—, pero por supuesto me enteré de todo. ¿Quién no? No hubo periódico que no publicara la noticia. Y en la casa, ya te imaginarás, el escándalo fue mayúsculo. El entierro se llevó a cabo de la manera más privada posible. La madre no asistió. Pero sí el alemán, su padre. Nadie le habló. Se presentó acompañado de otro tipo. Me parece verlos llegar a la tumba, envueltos en unos abrigos de cuero negro muy gastados que aquí en México no usaba nadie. De la familia estuvieron los dos Briones: Arnulfo y Eduviges, mi padre y yo. ¡Párate de contar! ¡Ah!, y una especie de guardaespaldas que acompañaba siempre a mi tío. Fue un acto muy breve, celebrado sin afecto, de puro compromiso.

—¿Qué se decía en tu casa?

—¿De la muerte? Mi padre me dijo que el muchacho había bebido mucho en casa de Delfina, con el hijo de ésta y con un rufián, alguien del bajo mundo, que se las daba de escritor. Posiblemente ese tipo los invitó a salir de putas. Detuvieron un coche, quisieron subirse a la fuerza y desde el auto, casi en legítima defensa, les dispararon. Mi tío sufrió una depresión nerviosa. Su mujer ya no quería vivir en

México. El pobre no tuvo ya paz sino hasta su muerte. Algún distanciamiento se produjo en esos días, te digo. La reconciliación no se logró sino hasta el final. Precisamente el día de su muerte lo pasaron juntos. Fueron a cenar a Manolo, el restaurante de la calle de López. ¿O era en Luis Moya? ¿Te acuerdas? Habían arreglado todos los papeles para que Adele pudiera salir. Yo estuve a punto de ir a cenar con ellos, pero a última hora mi padre quiso que me quedara en casa, para atender no sé qué asunto. También para él ése fue el fin. Esa noche se dio cuenta de que sus cartas estaban cargadas a pérdida. No volvió a meterse en política. En nada. Se refugió en la casa, en sus lecturas devotas, en sus oraciones. La muerte de su primo anticipó, sin duda, la suya.

—Es posible que ambas muertes, la de Briones y la de su hijastro, estén ligadas. Casi seguro. Escobedo piensa que la serie de conflictos y peleas que se produjeron en casa de Delfina tuvieron el propósito de crear un clima de confusión que distrajera a los presentes mientras abajo asesinaban al muchacho.

—Cada quien, como en los dramas de Pirandello o en Rashomon, tiene su propia versión de los hechos —dijo Deryn, aprovechando la oportunidad para lucir sus lecturas—. A mi juicio, las peleas que tuvieron lugar en esa fiesta pudieron ser perfectamente casuales. Mi tía Eduviges estuvo allí. ¿Sabes tú que la primera pelea la provocó esa especie de pistolero que no se separaba nunca de Arnulfo Briones?

—¿Martínez?

—¡En efecto! ¡El gran Martínez! ¿Lo recuerdas?

—No, pero en estos días he oído hablar de él a menudo.

—Gozaba de pocas simpatías. La gente lo consideraba muy chafa. Delfina, por ejemplo, no le perdona que se hubiera colado en su casa sin invitación. Y bueno, a nadie le hace gracia que alguien llegue y comience a golpear a una señora. A mí Martínez me parecía genial por eso, por chabacano. Creo que era yo su único partidario. Lo conocí bastante. Acompañaba a Arnulfo a las llamadas prácticas de instrucción militar. Nos veíamos también con frecuencia en el Minerva. Delfina tiene razón en una cosa: Martínez era el rey de la vulgaridad. ¡Nadie como él! Se decía abogado, pero era evidente que a duras penas había concluido la primaria. Su idioma era un acierto: brotes del lenguaje pomposo de los Briones, con cierto sabor a hampa. «Mi asesor» le decía mi tío con actitud paternal o, a veces, «mi consejero». No me imagino en qué podría asesorarlo, ni qué podría aconsejarle; a todas vistas era un reverendísimo pendejo. Pero a mí me hacía gracia. Se las daba de galán. Según decía, había nacido para galán y diplomático. «¡Galán y diplomático! Te lo juro, mi buen Goenis, ¡el mero mero bastonero de oro!», le gustaba repetir. «Aquí la gente no me da todavía el golpe», me confió un día con cierto pesar. «Ni modo, no soy de los que nacieron con genio para hacerse propaganda. Los únicos que pierden son ellos.» Estábamos frente a la puerta del departamento de mis tíos, sí, en el Minerva. Martínez me oprimió un brazo, y con la otra mano hizo un amplio movimiento que parecía abarcar el edificio. «Nací para dar alegría, para llevar paz al mundo. Mira a los que

viven aquí. Tanto secreto como guardan los ha hecho desgraciados. Se aborrecen; se tienen miedo; desconfían los unos de los otros; se hieren, se lastiman. Yo podría hacerlos felices. Ellos me pasarían una lanita, según sus medios, según sus posibilidades. Ellas me pagarían de otra manera, menos impersonal, más tierna; y yo, te lo juro, mi buen chamacón, introduciría en sus vidas la armonía. Para algo nació uno con dotes de diplomático. Les resolvería sus problemas sin que siquiera tuvieran que enterarse. De vez en cuando, algún domingo, traeríamos un trombón y una tambora, y todos los inquilinos, todos sin excepción, desfilarían tras la música por estos corredores. Sería el desfile del amor, la marcha de la concordia, y yo, su bastonero de oro. Pero este mundo no tiene redención: los hombres, con tal de no desprenderse de un centavo, prefieren vivir como fieras. ¡Lobos del hombre! No quieren ser otra cosa. Óyelo bien, mi buen niño bien. ¿Ves?, hasta me sale en verso.»

—He oído sobre él versiones nada favorables...

—Creía tener un dominio total sobre las mujeres —continuó Dorny sin siquiera oírlo—. Y la verdad, por estrambótico que te pueda parecer, eso era cierto, al menos en buena parte. Eduviges debe de saber cuál era su función, en qué consistía su trabajo, pues era evidente que su hermano lo consideraba indispensable. Hasta en una o dos ocasiones se lo llevó a Alemania. ¡El célebre bastonero de oro! Uno de sus placeres favoritos, un hábito casi, consistía en narrarme sus aventuras galantes en Hamburgo y Berlín. No tienes idea lo que me divertía oírlo. Yo era casto y persignado. Oír a Martínez significaba asomar la cabeza al abismo, aspirar el azufre, recibir un venero de sensaciones ultraprohibidas. Igual que para otros, me imagino, la lectura de libros pornográficos. Me contaba sus experiencias interminables en Alemania. Las mujeres debían ser maduritas y sobradas de carnes. Nada de muchachitas ni de flacas. «¡Gallina vieja hace buen caldo!», exclamaba; o bien: «¡No existe placer comparable al de nadar en grasa!», y se relamía golosamente los labios. Una tragedia oscurecía sus días: padecía hemorroides. «Ése es el cruel estigma de mi organismo», me dijo un día. Era tal la disminución que el mal le producía, que no se atrevía a entrar en una farmacia y pedir los específicos necesarios para su tratamiento. Una vez me pidió que se los comprara. Estaba cargado de muecas, de pretensiones, de complejos. Mi padre no lo soportaba. Le repugnaba, decía, por igualarlo. Ya tú te acordarás de cómo se las gastaba papá. Por eso precisamente, por ser como era, aún no me acabo de explicar por qué me mandó a estudiar a un simple college y no a la universidad que quedaba al lado. ¡Los misterios del corazón humano! Nuestro sino es ser hijos del esclavo salvaje, el oscuro Fedor. Dime, ¿por qué no a Notre Dame? Bueno, te decía, a mi padre le molestaba la intimidad entre Martínez y Arnulfo. Yo, por supuesto, le ocultaba nuestras conversaciones. Fue precisamente Martínez quien llegó al restaurante a decirle a mi tío que Adele acababa de salir de Bellas Artes, y que al bajar las escaleras se le había roto un tacón. Martínez la llevaría en coche a casa, pero, según dijo, ella quería hablar un momento con mi tío. Lo estaba esperando en el estacionamiento de coches, al lado del Palacio, a cien metros cuando mucho del

restaurante. Mi padre se quedó esperando. Después de un rato largo se hartó y volvió a casa. Allí le dieron la noticia. Llamó mi tío Dionisio. Arnulfo Briones había sido atropellado por un coche al cruzar la avenida Juárez a las ocho y media de la noche. Ésa fue la primera versión. Era un domingo; al terminar la función de ópera... — Hizo una pausa; se le quedó mirando con intensidad. No era ya el mismo Dery del principio, el entusiasta de las leyes de la dialéctica, el proclamador de la síntesis social que redimiría en el futuro los males del país. Algo le había emocionado. De pronto, al verse observado, soltó una carcajada hueca y añadió—: ¡El gran bastonero de oro! ¡Poca gente tan regocijante como él! Un Valentino nato. Deberías oír los consejos que me daba para seducir a una mujer. ¡Y él lo lograba, a pesar de sus dientes de caballo! Por lo menos hacía que se interesaran en él, que lo oyeran, que le sonrieran. Me consta. Lo vi requebrar a empleadas, meseras, sirvientas. Les encantaba la manera en que las abordaba, yo creo. Lo que nunca pudo concebir fue que una mujer a quien creía tener a sus pies lo vejara públicamente, burlándose de su tragedia, del estigma de su organismo: las malditas almorranas. Esa mujer fue Ida Werfel. Por eso enloqueció de ira y desesperación en la fiesta de Delfina. Se sentía traicionado, como si lo quisieran desnudar en público y exhibir ante el público lo que más lo abochornaba. Se vio como un mandril que mostrara las bubas de salva sea la parte. Días antes de la fiesta trágica me llamó mi tía Eduvigis. La encontré muy nerviosa, muy sobresaltada, casi al borde del colapso. Estaba segura de que iba a ocurrir algo muy grave. Temía en concreto una traición. Arnulfo, decía, caminaba a ciegas por la vida. Y aquel hombre, Martínez, que le había hecho creer que era su lazarillo, se disponía a arrojarlo en el primer barranco que encontrara. Me había visto conversar varias veces con él. Me preguntó si había observado algo poco natural. Le conté nuestras conversaciones, omitiendo el tema de las mujeres, es decir, la casi totalidad de su discurso. Para restarle gravedad al asunto, y hacerla relajarse un poco, le conté el drama de Martínez, el cruel estigma de su organismo. La compra de medicinas que había yo hecho porque él no se arriesgaba a que los empleados en la farmacia lo asociaran con sus padecimientos. Volví a ver a mi tía a los pocos días, después de la muerte de Pistauer, me dio su versión de la fiesta. Me dijo entre otras cosas que Ida Werfel estaba enterada del secreto de Martínez, que delante de todo el mundo había comenzado a hacer bromas inequívocas, refiriéndose al picante y a sus perniciosos efectos en la zona de desastre.

Ambos se echaron a reír. Eloísa los llamó desde el piso superior para que subieran, pues estaba a punto de empezar el noticiero, y luego cenaron y más tarde oyeron la Sinfonía de César Franck, en una versión magnífica de Barbirolli, que Del Solar no conocía. Después llevó a Coyoacán a su prima, quien se declaró encantada por haberlo visto tan feliz en casa de Dery, y regresó muerto de fatiga a la suya.

Pensó que sólo en México eran posibles aquellas visitas maratónicas, que Dery era mucho más agradable de lo que se había imaginado, y que tal vez la historia de aquellos crímenes fuera más sencilla de lo que parecía. Necesitaba conversar con su

tía. ¿Cuál era la relación del «bastonero de oro» con la familia Briones? ¿De dónde había salido? ¿Dónde estaba? ¿Qué papel concreto desempeñaba en las actividades de Arnulfo Briones? Aparecía en los relatos de todos sus entrevistados. Un chantajista, un patán, un galán de quinta. Vagamente le pareció recomponer en la memoria la imagen de un hombre flaco, dientón, enfundado en un traje oscuro a rayas, con un sombrero cuya ala le cubría parte de la cara. ¡Martínez, galán y diplomático! ¡El gran bastonero de oro en el desfile del amor!

10. EL ABORRECIBLE CASTRADO MEXICANO

—LA historia es rara, lo sé; bizarra, como dicen los cursis. Hay gente que tiene que vivir en las tinieblas, no le quepa la menor duda. ¡Un lamento surgido de la entraña sufriente de la humanidad! Otra aspiración espiritual a la que se debió renunciar porque el momento de redención no logró alcanzarse. Hay una zona del espacio astral (no es el cielo, no es la tierra) que debe incorporarse a nuestro mundo. Cuando eso se logre, el andrógino difundirá su mensaje. Lyngam concederá su poder generador al Universo. Si las condiciones astrales no se cumplen encontraremos sólo otro experimento fallido de la naturaleza. ¡La impostura no paga! Lo he sostenido siempre. La baronesa von Lewenthau, el apuesto teniente Giroux: ¡bola de farsantes todos! ¿Compañía de alta comedia como pretendían? ¡Nada de eso! Cómicos de la más baja estofa, mezclados con pícaros nacionales y extranjeros, chusma carente del menor escrúpulo. ¡Cienos! «¡Crápulas del mundo, uníos!» Ese lema debieron tatuárselo en la frente. Entre todos arruinaron el proyecto. Nadie quiso ser salvado; nadie, redimido. ¿Sabía, por cierto, que José Zorrilla fue director de los teatros imperiales de México? Perdone, olvidaba que es historiador y que lo sabe todo. La gente hoy día no quiere saber nada. Por el contrario, su ambición es olvidar lo poco que alguna vez supieron. Una manera eficaz de instalarse en el autobús de la vejez. Olvido y senilidad, amnesia y decrepitud; los conceptos se funden o entreveran. Quienes manejan el mundo desearían que todos fuéramos amnésicos. ¿La humanidad?: cuerda de viejos desmemoriados y babeantes. No pienso darles ese gusto. Seré siempre joven. Seguiré recordando. ¡El adolescente Balmorán! ¡Presente, maestra! Ayer, un niño apenas con su mochila azul y su gran globo rojo. ¿Y hoy? ¡Miradlo! ¡Helo ahí! Saluda al mundo con memoria fresca y resplandeciente, dispuesta siempre a captar los mensajes generados por un ayer riquísimo y un presente ídem. Sigo investigando, sépalos usted. En el archivo de notarías encontré un documento fundamental: el testamento del barón von Lewenthau. Riquezas, la verdad muy pocas. Lo importante es que allí se registra el nombre de pila de su esposa: Palmira Aguglia, napolitana. ¡Claro! ¿De dónde más hubiera podido salir?

Balmorán había telefonado varias veces en los días anteriores. Le había dejado recados de que le urgía comunicarse con él, tenía novedades impresionantes... Se comunicó y concertaron una cita. Del Solar tuvo que posponerla varias veces, porque una vez decidido a quedarse en México, al comenzar a hacer los trámites para reintegrarse a la universidad encontró que le llevaban más tiempo y eran más complicados de lo previsto. La tarde anterior, al posponer de nuevo la cita para el día siguiente, percibió en la voz de Balmorán un dejo estridente y desdeñoso. Dijo que pasara por su departamento cuando quisiera. Él no era importante, no había pretendido serlo nunca. Que pasara cuando tuviera tiempo, cuando le viniera en gana; si no lo encontraba, ni modo; alguna vez sería. Tampoco él estaba enteramente libre.

Tenía cosas que hacer, evaluar bibliotecas, por ejemplo. Nada tan impresionante como las pretensiones de las viudas, dijo con voz desapacible. Le mostraban al eventual comprador una pared atestada de basura, desechos, novelas baratas, papeles buenos sólo para fermentarse en la panza de las ratas. Y salían pidiendo millones. ¡Insaciables! ¡Qué aires! ¡Qué grandeza! ¡El martirologio plasmado en el rostro! No querían que la biblioteca del marido, ese prócer venerable, saliera del país, y por eso la ofrecían a un precio razonable. En Texas les pagarían el doble, pero mientras pudieran impedirían la salida de México de aquellos tesoros. Su vida consistía no sólo en ver viudas. Debía ir al taller de impresión; cuidar sus ediciones. También él tenía ocupaciones. No podía quedarse eternamente en casa, esperando a Godot. Ahora bien, si se comprometía a estar a las cinco de la tarde del día siguiente en su departamento, él, a pesar de sus múltiples empeños, le daba su palabra de que lo esperaría. Sería, eso sí, la última vez. Había puesto la mayor atención en la charla que habían sostenido el día que se dignó visitarlo. Había buscado cosas, las había encontrado. Ahora bien, si Del Solar cambiaba de parecer, si ya no le interesaban, ni modo; habría perdido su tiempo como tantas veces le había ocurrido en el pasado. Lo que le agradecía al cliente es que al menos tuviera la bondad de comunicarle su desinterés. Tal era su profesión; aceptaba los gajes del oficio. ¡Paciencia! No era la primera vez ni sería la última que hubiese trabajado en balde.

Por fin tuvo lugar el encuentro. El inicio fue más bien decepcionante. Durante el tiempo que el librero lo llamó e insistía en su visita, el historiador había pensado que tendría datos nuevos, alguna luz sobre el atentado que le costó la vida a Erich María Pistauer y donde también él, Balmorán, y el hijo de Delfina Uribe habían resultado heridos. Miguel del Solar estaba convencido de que si Balmorán y algunos de los interesados hicieran un esfuerzo por recordar, por trenzar de manera inteligente un acontecimiento con otro, podría saberse qué había ocurrido, quién había ordenado esas muertes y por qué motivo. El tiempo transcurrido, más que dificultar la tarea la facilitaría. Se les pedía un esfuerzo mínimo, recordar, atar cabos, desechar soluciones fáciles: la verdad se acabaría imponiendo. ¿Qué intereses específicos defendía Arnulfo? ¿Por qué recibía correspondencia en varias oficinas desperdigadas en distintos barrios de la ciudad? ¿Por qué en lugar de exigir la aclaración del crimen de su hijastro trató de huir con su mujer a Estados Unidos? ¿Por qué peleó y luego se reconcilió con Haroldo Goenaga, su primo, su mejor amigo, días antes de morir?

¿Por qué lo mataron? Balmorán no se había tomado el más mínimo esfuerzo en revisar las circunstancias que conformaban aquel enigma. Las novedades que tan imperiosamente le había anunciado por teléfono eran bibliográficas: dos ejemplares bastante maltratados de Timón, la revista nacional-socialista patrocinada por la embajada alemana, algunos folletos clericales sobre cuestiones obreras, y dos novelas editadas en Jalisco sobre el levantamiento cristero.

Al cabo de unos minutos advirtió que Balmorán había tomado esas publicaciones como pretexto. ¡Igual que él, por otra parte! Ninguno de los dos confería ese día la

menor importancia al material impreso. Balmorán deseaba hablar de sus trabajos. Recibió a su eventual cliente como un padre disgustado examina el comportamiento del hijo atolondrado, a quien se debía hacer volver al buen camino con un enérgico y oportuno tirón de riendas. Con una severidad que se esforzó en mostrar que era sólo aparente, mera fachada, el librero invitó a Del Solar a tomar un poco de vino, y le dijo con cierto reproche que por un momento había temido que esa bella amistad, surgida en la visita anterior, se hubiese desvanecido en el aire. Había sentido la palpitación de un alma (que por favor le perdonara el adjetivo tan desgastado, pero, en su caso, el único que encontraba estrictamente fiel) gemela. ¡Un alma gemela! El hallazgo más raro del mundo. Alguien que aceptaba de manera normal la juventud del amigo. Era evidente que él, Del Solar, no era de quienes vivían pendientes del brillo de falsas glorias, las cuales para mantenerse en su igualmente falso pedestal tenían que matar todo lo que de auténticamente humano alentaba en su interior. Era una personalidad diferente, y por eso estaba sentado frente a él, Pedro Balmorán, con un vaso de vino tinto en la mano y la actitud tranquila y receptiva de quien se sabe al lado de un hermano.

Desde la anterior conversación había trabajado día y noche, sin cesar, corrigiendo y puliendo su versión sobre las trágicas malandanzas del castrado mexicano. Desde hacía años no tocaba ese material. Se había dedicado a otros trabajos, se apresuró a explicar. Se calificó de infatigable y laborioso. Trabajaba como ya casi nadie lo hacía en México. El libro que treinta años atrás lo hubiera hecho célebre, pospuesto en un determinado momento, había resucitado del letargo profundo en que yacía. Una obra amada y odiada a la vez. Debido a ella lo habían maltratado, amenazado, intentado matarlo. Le habían hecho perder el movimiento de la mitad del cuerpo: físicamente lo habían convertido en un guiñapo. Durante temporadas trabajó sólo muy de cuando en cuando en ese texto. Al principio con fervor, enfebrecido; luego con mayor languidez, con distanciamientos anímicos e intelectuales. Llegó el momento en que ni siquiera lo miraba. Mucho del material estaba definitivamente perdido. Faltaban datos, fechas. Pero también, si uno repara, el material original se había caracterizado por impreciso. La memoria no era el fuerte del castrado. El abate Morelli, quien conversó con aquel monstruo de la naturaleza ya en pleno ocaso, debió de haber inventado muchas cosas. Describe por ejemplo el viaje de los emperadores a San Luis Potosí, donde el castrado cantó en un Tedéum celebrado en la catedral, siendo muy aplaudido por sus Majestades y ovacionado por la multitud enfebrecida de potosinos que esa noche lo paseó en hombros por toda la ciudad antes de depositarlo en la fonda donde lo esperaba la baronesa Lewenthau (née Aguglia, napolitana). La época en que lo entrevistó el abate Morelli, el castrado sobrevivía a duras penas en un muelle de Nápoles como fakir. Dice que sueña durante el día entero en comer, y que en su patria comía todo el día pajaritos. Cuando el abate le pregunta cuáles, qué variedades, le responde que totoles y zopilotes, siendo el primero el pavo mexicano, y el segundo una especie de buitre que en algunos lugares del Caribe se conoce con el

nombre de aura tiñosa. El abate le explica que no puede ser, que el zopilote no es un animal comestible, que su carne es repelente; el castrado dice que sí, que nunca comió zopilote, que comió pajaritos. ¿Como cuáles? Como el águila real y los totales y los zopilotes. Diálogos que dan idea de dificultades de comunicación, por una parte idiomáticas y, por otra, de aquellas producidas por la fatiga y el deterioro mentales del pobre soprano. Toda la historia que Morelli recrea ampliamente del Tedéum de San Luis, el éxito musical y los banquetes magníficos servidos con tal ocasión es falsa. Los emperadores jamás estuvieron en San Luis Potosí. Las ciudades más próximas visitadas por Maximiliana de Habsburgo fueron Guanajuato y Morelia, ambas a más de un día de camino de San Luis. Carlota no lo acompañó en ése ni en ningún otro viaje por la república, excepción hecha de sus habituales paseos a Cuernavaca. Por otra parte, dada la manera escandalosa en que el personaje se había fugado de la ciudad, era del todo impensable su regreso, aunque fuese dentro del séquito del emperador.

Del Solar se sintió perdido ante la irrupción del castrado, que se volvió total, en los pensamientos del lisiado. Trató con cautela de pedir explicaciones sobre ese documento. El librero lo miró con desprecio, con resabios de su inicial impertinencia. Frunció los labios hasta convertir su boca en un culo de gallina; tendió el brazo hábil, el izquierdo, hacia adelante, es decir, hacia su interlocutor, como si oficiara una ceremonia de extraordinaria trascendencia.

—Advertí el otro día —continuó— el interés que esta historia reviste para usted. Por ella murió gente; el súbdito austríaco Erich María Pistauer, el joven Ricardo Rubio, nieto de don Luis Uribe, y el ínfimo suscrito, el mismo que canta y baila, de puntas si se lo exigen, la danza macabra de Saint Saens, el cual quedó, como puede usted ver, físicamente deshecho. Una historia que, a lo largo de un siglo entero, ha tratado de emerger a la luz, de darse a conocer sin obtenerlo. El destino me designó a mí, por alguna razón, para que contra viento y marea llevase a cabo tal tarea. Cuando esas «Memorias» fueron redactadas, la pobre criatura apenas podía hablar, lo de los pajaritos en que tanto se detiene Morelli, quien debió de haber sido un fraile glotón, da idea de su estado mental: lo había olvidado todo, se había olvidado hasta de hablar. La otra narradora, Palmira Aguglia, baronesa van Lewenthau, había descendido a su verdadera condición en Nápoles, donde atendía una taberna en el puerto; volvió a ser lo que fue antes de conocer al viejo barón. El abate Morelli dice haber conocido a la pareja formada por la baronesa y el castrado en San Luis Potosí, y casualmente los vuelve a encontrar en el ocaso de sus vidas. No disimula que el verdadero oficio de la mujer se reduce al comercio carnal con marineros y gente de baja estofa. La pícara había vuelto al medio que le correspondía después de intentar, aprovechándose de la ocupación militar, hacer fortuna a costa nuestra. ¡Pobre país! Se impuso, hay que reconocérselo, verdaderos sacrificios para hacer triunfar a la persona a quien consagró lo mejor de su vida: al castrado. Comprendí con toda claridad que debía ponerme de nuevo a la tarea. Debía finalizar la hazaña. Dar a conocer la existencia

enigmática del portentoso ruiseñor. Pensaba yo en todo eso, cuando la esposa del administrador, mi buena amiga, un ángel que me protege contra los aletazos del mundo, me entregó una carta, un anónimo semejante a los muchos que recibí treinta años atrás, antes del asalto, antes de la balacera, igual a los que he vuelto a recibir casi a diario desde hace cosa de un mes, amenazándome con castigos terribles si me atrevía a publicar los papeles obscenos que poseo. El texto podrá ser cada vez diferente pero el contenido es el mismo. «No se saldrá el diablo con la suya», decía la primera línea de aquella primera carta, y luego una sarta de insultos incoherentes. Ya no me intranquilizan; por el contrario, al tener en mis manos aquel escupitajo ignominioso sentí que mi juventud adquiría una razón de ser. Me había mantenido en plena forma, ¡joven maestro a la altura del arte!, para poder concluir el relato sobre el destino del espantoso castrado mexicano. Tengo la sensación de habérselo descrito en términos puramente grotescos, pero, se lo aseguro, es mucho más que eso. Pudo haber redimido al mundo, óigalo bien, de eso estoy en absoluto convencido. «¡Sí se saldrá el diablo con la suya!», grité, una y otra vez durante toda la mañana. Por la tarde comencé a redactar. Saqué los papeles de su escondite, los leí de un tirón y a partir de entonces me tiene aquí trabajando día y noche. Puedo asegurarle que dentro de tres meses a más tardar tendré el relato listo para entregarlo a la imprenta. ¡Tiemble quien tiemble, caiga quien caiga, el castrado, el personaje que el viejo mundo conoció con el nombre de Segundo Ruiseñor Mexicano, más tarde con el de Fakir Azteca, saldrá al mundo a vivir su segunda existencia, su anhelada resurrección! —Hablabla como un visionario, manoteaba, volvía a sus guiños, a esos ademanes que exigían de los demás calma, paciencia, que querían implicar que lo más importante estaba por llegar, que por favor no le arrebataran en ese momento la palabra—. Sí, sí, he trabajado sin sosiego y avanzado mucho. Le leeré pasajes, los que quiera, menos el final, que constituye la verdadera sorpresa de mi libro. Se quedará perplejo cuando lo lea, sabrá cuán hondamente demoníaca puede ser la existencia humana; verá que al hablar del hombre, el absurdo y la locura no conocen límites. Todo es apariencia. Habrá un momento en que el espacio astral se convertirá en un espacio único que incluirá cielo y tierra. Tal vez la duración de ese encuentro no pase de un instante. Pero es posible que en ese instante se produzca la redención. ¿Habrá siempre una figura ad hoc en espera de ese momento?, me pregunto. ¿Llegará? Perdóneme la digresión. Hay pasajes en que la dureza de estilo es aún evidente; hay agujeros, hay arrugas, pero la obra de perfeccionamiento prosigue su curso. Lo imprescindible era llegar a la palabra FIN. Y esa palabra ha sido escrita.

—¿Tiene idea de lo que ocurrió con el resto del documento original?

—¿Qué usted decir? Mí no comprende. Mí no sabe. Mí sólo quiere bailar chachachá.

—Las páginas que le robaron...

—Perdone usted, Horacio, pero hay cosas, más, mucho más interesantes que su mercantil filosofía. Tengo una idea sobre la personalidad del personaje. —Cerró los

ojos y exclamó en una especie de éxtasis—: ¡Sobre su fisiología! Usted va a leer el texto y lo sabrá todo. Advertiré en un breve prólogo que durante años estos papeles han sido perseguidos, secuestrados, que el glosador ha visto en peligro su vida, que aún ahora se le amenaza con anónimos... ¡Que saque el lector sus conclusiones! ¿Por qué es tan fuerte el interés en mantener ocultas las circunstancias de esta vida? Estoy seguro de que muchos coincidirán en mis conclusiones. No se trata de una pura hipótesis. Es la definitiva aclaración del misterio.

—¿O sea...?

—¡Nada de ansias, mi amigo! Usted y yo seguiremos hablando. Quiero que sea usted el primero en leer mi relato. En muy poco tiempo lo tendré preparado para la imprenta. ¡Hágame el favor, léalo antes! Las páginas que se salvaron por estar en poder de Frau Moby Dick, quien por supuesto no supo apreciarlas y se atrevió a declarar que no eran auténticas, que el italiano era incorrecto, a diferencia del maestro Rafael J. Santander, hombre modesto a quien hoy nadie recuerda, paleógrafo esforzado que también leyó parte del texto en aquella época; le había yo pedido que me diera su opinión sobre la autenticidad del manuscrito puesto en duda por la Doctora Manteca Werfel. Al devolverme aquellas páginas, don Rafael me aseguró que poseía yo un tesoro de valor incalculable. Las páginas originales, digo, se incluirán como apéndice de la obra, dándosele los debidos créditos al abate Morelli, quien recogió la narración de boca del propio castrado y de la napolitana. El resto aparecerá como obra mía. He sido su depositario, su glosador, su casi creador. La obra aparecerá con el nombre del suscrito, su atento y seguro servidor, el mismo que infatigablemente canta y baila chachachá.

—¿No le interesa saber qué ocurrió...?

—¿Con los personajes a quienes Morelli no pudo interrogar? ¡Optima pregunta! ¡De un tiro así quiero morir! No los he descuidado, no se preocupe. He rastreado hasta donde he podido su trayectoria. El Heutenant Giroux, el otro protagonista, maleante de poca monta, súcubo de la suprema pícara, desertó del ejército y permaneció escondido durante algún tiempo, hasta el triunfo de la república y la normalización de la vida civil. Se casó con una rica comerciante jarocho, quien lo mantuvo oculto en una bodega de Veracruz. Ni de broma quiso volver a reunirse con su antigua cómplice. No quiso continuar una vida de aventuras, y según vemos por el camino recorrido por los otros dos, tuvo toda la razón del mundo. Quizá vivió y murió feliz al lado de su devota y complaciente esposa, llevándole la administración, aconsejándola sobre la manera de conceder los créditos y a quién negárselos por sistema; enseñándola a apreciar ciertas nuevas calidades de géneros y productos con que ampliar su comercio, con lo que paulatinamente fue elevando el nivel del establecimiento. Es posible que haya sido así, aunque podría darse el caso de que arruinara a la tendera, y después de algún tiempo se consiguiera otra, y luego otra más, y, al fin, huyendo de tirias y troyanas, lograrse salir de México y establecerse en Martinica o en la Guadalupe para curarse la malaria u otras enfermedades aún menos

gratas, entre gente de su propio idioma, hasta que al fin, vuelto una piltrafa humana, se fuera quedando sordo, se fuera quedando ciego, se fuera volviendo loco, y un día su cadáver apareciera destrozado en un chiquero, con gran excitación de los hozantes cerdos. ¡Quién puede saber cuál fue su destino! Lo único seguro es que el apuesto Heutenant Giroux no acompañó a la pareja a Europa ni compartió su vertiginoso derrumbe final. Al menos eso se desprende del relato de Morelli.

A grandes rasgos, Balmorán fue contándole a su nuevo amigo e intranquilo oyente la historia. El viaje de una alegre pandilla a San Luis Potosí, donde Palmira von Lewenthau se había propuesto fundar una compañía de comedias, que encubriera otras actividades: juego, vida galante, etc., con el propósito de desplumar a los ricos hacendados y mineros de la región. El descubrimiento de la voz en una iglesia solitaria, visitada por la baronesa en compañía de un inglés, ingeniero de minas, quien trataba de explicarle las peculiaridades de la arquitectura local, en especial el empleo de la columna estípite como fundamento del barroco mexicano. La conmoción de la baronesa al escuchar aquel trino que calificó de angelical fue demoledora. «C'est un angel», exclamó extasiada. «¡Quiero tocar sus alas! ¡Quiero besar sus párpados ardientes!» Una onda de mística embriaguez se posesionó de la baronesa. Quedó de tal manera hechizada que cuando al fin la dueña de aquella «voz de oro», una novicia de gesto retobado, bajó del coro, la europea no advirtió su fealdad, según Morelli, rayana en lo monstruoso. «¡Es el más bello ángel que he visto en la vida!», exclamó, ante el consternado ingeniero inglés, quien observaba con repulsión los belfos colgantes de la interfecta, sus ojos casi cerrados y chinguiñosos, tan separados uno del otro que le daban la apariencia más de un jabalí que de un rostro humano.

«¡Comparable a los ángeles dorados de Bohemia! ¡Comparable a los más bellos ángeles de mi Italia natal! ¡Permíteme oír otra vez más tu voz! ¡Canta, ángel mexicano, canta, por favor! ¡Esta tu más humilde sierva, de rodillas, lo implora!» El ingeniero inglés, que poco o nada sabía de música, se quedó tan impresionado al ver el rostro bañado en lágrimas de la elegante dama postrada ante aquel ángel de horror, que esa noche comentó en los salones de la Lonja haber oído una voz excepcional cantar celestialmente, y añadió que la propia baronesa Lewenthau, dama de inmensa cultura musical (lo que era falso, pues fuera de las tarantelas napolitanas, de algún aria fácilmente retenible y de las piezas de músicaailable, lo desconocía todo), la había escuchado de rodillas y con el rostro bañado por las lágrimas.

Al día siguiente, todo San Luis repetía la historia, menos el ángel, claro, ignorante aún de que la mirada del destino se había posado en él. El joven castrado vivía, oculta su anomalía tras los hábitos monacal es, en un convento donde una vieja hermana lega le enseñó a cantar villancicos y motetes («y a comer pajaritos», repetiría en la vejez). Esa tarde, a la hora en que el ruseñor hacía sus diarios ejercicios de vocalización, mientras la vieja monja extraía con pesada parsimonia la música del órgano, la iglesia se fue llenando sorpresivamente de entorchados, de plumas, de

espadas, de túnicas suntuosas, de alhajas... la mejor sociedad de San Luis, que en cuanto a atavíos nada le pedía a la Corte, oficiales franceses y mexicanos, la alta curia de la ciudad, presidida por el arzobispo Arozamena. Al final del primer motete se produjo una ovación cerrada que se repitió al término de cada pieza. Con la anuencia del arzobispo, la joven soprano bajó a saludar a la concurrencia. La baronesa la abrazó con pasión, y, en un aparte de la multitud, al lado de una pequeña capilla pudieron cambiar unas cuantas palabras. La soprano comprendió a grandes rasgos lo que la otra le proponía. No fue necesario un idioma común. El estímulo a la vanidad suele hacer milagros.

Esa noche, en la fonda, la baronesa y el teniente llegaron a un acuerdo. Aún muy alterada, logró convencer a su amante de que la suerte les había sonreído. «La fortuna nos ha puesto en las manos un tesoro. Esa voz prodigiosa pertenece a un castrado. No es una doncella, no es una novicia. Es un joven indígena de las sierras del Norte, despojado en la niñez de sus atributos viriles. Sólo tres o cuatro personas, además de la monja que lo ha criado y enseñado música, conocen su secreto.» «¿Y tú, cómo te has enterado?», le preguntó, con toda razón, el gandul. «Es una historia complicada y más bien larga de contar. Algo me había dicho en México la querida madame Arteaga. Pero no imaginé que tendría la fortuna de tropezar tan pronto con este prodigio.» Y siguió explicándole el gran negocio que tenían por delante: administrar en Europa al ruiseñor mexicano. A sus dotes musicales se añadiría el exotismo. No entendía por qué el militar hablaba de un físico repugnante. Pensó, aunque aquello atentaba contra sí misma, que Giraux de mujeres no sabía nada. Y comenzó a idear un vestuario que hiciera resaltar la gracia natural y la voluptuosidad de su protegido. La pareja se encargó de cohechar sirvientes, de prometer ascensos y privilegios a los encargados de la garita de San Luis y del servicio de carruajes. En fin, se las ingeniaron para arrancar al castrado de las manos de la vieja hermana que lo había favorecido desde la adolescencia, y trasladarlo a México, vestido de soldado, bajo el cuidado de un ordenanza de Giraux. La pareja se quedó aún unos días en San Luis, fingiendo pesar, derramando lágrimas, ofreciendo recompensas a quien devolviera aquella voz de oro a su divina jaula. ¡Farsantes del demonio! En México lo mantuvieron escondido en una casa de las afueras adonde la baronesa hacía viajes casi a diario, fascinada por su adquisición. Una vieja maestra de canto acudía a enseñarle el repertorio operístico con que Palmira Lewenthau soñaba hacerlo triunfar en el mundo. Dulces momentos, suaves deliquios: Pigmalión, en hembra cegada de amor, contemplaba aquel cuerpo torpe y al mismo tiempo imaginaba su figura bañada por la luz de las diabras en los escenarios más lujosos de Roma, de Palermo, de Venecia, de Viena; en palacios de Sevilla y Estocolmo. Pero había que luchar, los conocimientos musicales del prodigio de San Luis resultaron elementalísimos, y no daban sino para cantar motetes y villancicos (y comer pajaritos, añadiría Morelli). Apenas sabía solfear, no lograba moverse con gracia; había que empezar desde cero. Y ella se empeñaba en que su hallazgo se convirtiera en un abrir y cerrar de ojos en

Norma, en la Sonámbula, en Rossina; en transformar aquel trozo de burda arcilla en la maravillosa Popea de Monteverdi. Creía que era cosa de poco tiempo, de meses cuando mucho. Había que trabajar día y noche, vencer la pereza de aquel lánguido fruto del desierto, que parecía no compartir el optimismo, el entusiasmo y mucho menos el culto por la acción profesado por la baronesa, y prefería pasar el mayor tiempo posible en la cama, durmiendo o saboreando golosinas (pajaritos). Es posible que Palmira deseara vivir una serie de experiencias escénicas, para ella desconocidas y por la edad imposibles, a través del castrado. Lo único que parecía importarle era que el mundo reconociera sus dones. Para entonces lo amaba hasta el delirio. Giroux comenzó a ver con nada buenos ojos aquel deslumbramiento, aquel mareo, aquella anomalía. Desde el momento en que volvió a ver al castrado advirtió con absoluta claridad que se había sumado a una empresa destinada al fracaso. La profesora Carrara se lo confirmó sin ningún empacho: «Aquella figuretta, en el mejor de los casos, sólo podría presentarse en circos.» El teniente desistió de formar empresa y no se conformó con eso sino que empezó a tratar de manera distinta a su amante, dicho sea en otras palabras, a extorsionarla groseramente. De Frau von Lewenthau se podía decir lo que quisieran, pero, sobre todo, reconocer que era infatigable y tenaz. Sacaba dinero de donde podía para mantener su tren de vida, educar a su pupilo y contentar a su antiguo amante. El Heutenant Giroux elevaba cada vez más sus demandas. Maltrataba al castrado, lanzaba contra él y la baronesa insultos soeces, alusiones extremadamente drásticas a las relaciones existentes entre ellos, a quienes, a veces alegremente, otras con un humor endemoniado, llamaba «Capon y Caponnette». Una vez, con copas, trató de propasarse con el ruiseñor de San Luis. Al final Palmira (no por nada Aguglia) acusó al militar ante las autoridades de dos o tres delitos de gravedad suprema de los que poseía información, evidentemente de primera mano. Pero antes le hizo advertir por interpósita persona que estaba a punto de ser detenido. Así de fácil se lo quitó de encima. Aquella mujer infatigable tuvo que perpetrar en esos días más de una picardía para vestir a su pupila, rescatar parte de sus empeñadas joyas y comprar los pasajes que la llevarían a Veracruz y a Europa. No hubo, pues, el regreso triunfal a San Luis Potosí, con tanto detenimiento descrito por Morelli, ni ningún viaje de los emperadores a tan próspera ciudad, ni concierto del castrado en su presencia. En Francia, la baronesa hizo publicar gacetillas en algunos periódicos para destacar la llegada a Europa de aquel personaje extraordinario. El imperio parecía hundirse un día y al siguiente salvarse. Entretanto, lo que llegaba de él aún producía cierta sensación; y ella sabía explotar ese clima, pues era mujer con imaginación, habilidad y recursos. Por eso resulta tan inexplicable el desplome final. Se presentaba en un palco de la ópera con el rosignolo vestido unas veces de mujer, otras de joven lechuguino, ante la expectación general. Lo hizo declarar a la prensa que por el momento, a pesar de las proposiciones recibidas, no cantaría en París; había prometido formalmente las primicias de su voz al Santo Padre. Cantaría en una capilla del Vaticano. Y a través de su canto imploraría a Dios vida eterna al Imperio

Mexicano y felicidad a sus Altezas Imperiales. La llegada a Roma, obvio es decirlo, fue triunfal.

El castrado estaba irreconocible. Su fealdad se había transformado en algo misterioso: un pájaro de lujo, una carnosa orquídea, procedente del mundo primigenio, una lánguida especie animal formada el primer día de la creación, todo eso envuelto en plumas, rasos, pelucas, alhajas y brocados. Aquel boato era contemplado por sus ojos pequeños y fríos, siempre entrecerrados, con desgana, con desprecio; como si todo fuera poco en relación a lo que merecía. El solo hecho de existir, de levantar un brazo por la mañana, de sumergirse en una tina de aguas perfumadas lo concebía como un favor que le hacía a la humanidad. Se había maleado: era evidente que ya no podía salvar al mundo. Aunque el espacio astral se uniera al material, el experimento estaba perdido. No habría redención, no todavía.

La noche previa a su ansiada presentación llegó una comitiva de oficiales al albergue para invitar a cenar al castrado. Se excusaron con la baronesa. Su presencia les habría encantado, dijeron, pero en los aposentos donde tendría lugar el pequeño convivio la asistencia de damas no estaba autorizada. Se trataba de una breve y sencilla reunión protocolaria. El castrado no fue devuelto sino hasta bien entrada la mañana siguiente. La baronesa no pudo pegar los ojos. Al amanecer comenzó a enviar mensajes a la Santa Sede. Nadie los entendía. El castrado al parecer no había estado allí, mucho menos pernoctado. Temió que se tratara de un secuestro; llamó a la policía y dos inspectores la oyeron con atención y al final le respondieron con bromas, frases de doble sentido y guiñas arrabaleros: «*Ah, i castratti, i castratti, fanno sempre lo stesso guaio!*» Al fin, a eso de las diez, el personaje buscado descendió de un carruaje en condiciones deplorables. La ropa desmadejada, la pechera de terciopelo cubierta de vómito, los ojos enrojecidos y un color verdoso en las mejillas. Le faltaba un zapato. No entendía nada. Se desplomó en el vestíbulo y hubo que subirlo en andas a su habitación. Le pusieron compresas de hielo en la nuca, le dieron baños. La Aguglia, en una intermitente crisis de histeria, lo recriminaba en los términos más duros. Al fin, poco antes de las seis de la tarde, perfectamente ataviado, se dirigió a hacerle frente al destino. Cuando abrió la boca y dejó escapar las primeras notas, el espanto se apoderó de la concurrencia. El cardenal Chioggia, de exquisita formación musical, se llevó las manos a los oídos como si le trituraran los cartílagos del laberinto, y abandonó la capilla casi a la carrera, con seguridad para informar al Santo Padre de los funestos resultados de aquel concierto. Apunta el abate Morelli que los sonidos que esa noche emitió la criatura fueron tan infames, tan crispados, que por un momento hubo quien creyera que una parvada de grajos había penetrado en los santos recintos. El castrado, con los ojos en blanco, al parecer no advertía los efectos que su voz producía en el auditorio. En un momento, el propio director de la orquesta de cámara que lo acompañaba salió a toda prisa del templo. Un seseo furibundo dejó oírse en el recinto, y si no hubo insultos fue por respeto al lugar. El golpe moral fue tremendo. El soprano parecía no comprender qué ocurría.

Trató de volver a cantar sin acompañamiento musical, pero el público no se lo permitió. Unos hombres fornidos, entre quienes la Aguglia creyó reconocer a alguno de los juerguistas de la noche anterior, subieron al estrado, lo detuvieron sin ningún miramiento por los brazos, le introdujeron pañuelos y otros trapos en la boca hasta casi ahogarlo y a empellones lo bajaron e hicieron abandonar la capilla. La pareja cruzó la plaza de modo muy diferente a como lo habían imaginado. No hubo séquito, cortejo ni ovaciones. Ni siquiera una rosa. Conocieron sólo rostros airados, cuchufletas, puños aterrorizadores. En la primera bocacalle, al salir de la plaza, tomaron una carretera que los condujo al hotel. Los diarios de la mañana siguiente se portaron aún peor que el público. Prevenían a los posibles oyentes contra aquella voz luciferina: *Fa male a l'orecchio; é un suono da vera cattivaccio, anzi pericoloso!* Una mujer encinta al escuchar el engendro corría peligro de pérdida del fruto. El fusilamiento de Maximiliano debió despertar nuevos brotes de inquina contra el pobre castrado. Alguien recordó que había dedicado su primer concierto a la larga vida del emperador y la respuesta había sido su ejecución. Ergo... Allí comenzó el vía crucis...

—¡Increíble!

—Sí, sí, cómo no. Pero de lo que me interesa hablarle es del aspecto esotérico. Eso es lo que importa. La fase terrenal es sólo anécdota, chisme. La astral, en cambio...

Llamaron a la puerta. La esposa del administrador entró con una pila de camisas recién planchadas y una carta. Guardó en el cajón de una cómoda las camisas. Balmorán abrió el sobre, leyó un papel y se lo mostró a Del Solar, quien había escuchado la historia con mayor interés del que había imaginado.

—¿Se da cuenta? Otro anónimo. Me seguirán llegando hasta que publique mi trabajo. Están ligados a la existencia del libro. Me acusan de divulgar secretos que no me corresponden. Pero esta vez el diablo si se atreverá. Ya lo ha hecho, señores míos, ya se ha atrevido. Lea usted... Verá si miento... —Luego le pidió a la mujer que les preparara un poco de café. Del Solar aprovechó la oportunidad para pasar al baño.

Cuando salió, encontró al librero con los rasgos desencajados y una mirada de loco. Recogía con desesperación sus papeles, y los colocaba en el asiento de una silla. La mujer desde la puerta llamaba a gritos a su marido.

—¡Fuera de aquí! ¡Salga de aquí inmediatamente o no respondo de su vida! —aullaba Balmorán—. ¡Fuera de aquí! Si lo vuelvo a ver rondando esta casa tomaré la justicia por mis propias manos. Si algo llega a pasarme, sépalo usted, si mis papeles vuelven a desaparecer, se sabrá de antemano quién es el culpable. En este momento voy a escribir a diferentes instancias denunciando lo ocurrido. ¡Fuera! Creyó que esto era Troya, que había logrado introducirse, que como la otra vez tenía el material en las manos. Pero no ha sido así, he sido yo quien esta vez ha jugado con usted. — Balmorán permanecía de pie, apoyaba el cuerpo en el respaldo de una silla, y con su mano hábil enarbolaba el bastón. Lo amenazaba, le gritaba, lo expulsaba, pero, a la

vez, le impedía la retirada por estar colocado frente a la puerta. Del Solar no quería exponerse a recibir un bastonazo de aquel energúmeno—. ¿Qué dijo? ¡Engañé de nuevo al incauto Balmorán!, ¿no es así? Introduciré el caballo en la plaza y cuando menos lo advierta, la habré conquistado. ¡No, señor! Se lo repito. ¡Esto no es Troya! ¡Esto es, sépalo bien, Esparta! ¡Fuera!

Al fin entró el portero.

—¡Quítele, por favor, el bastón! —gritó Miguel del Solar. El portero se acercó a Balmorán, lo tomó del brazo, le pidió el bastón y lo hizo sentarse. La mujer le llevó un vaso de agua, que se negó a tomar. Parecía catatónico.

—No sé qué ha pasado —dijo Del Solar—; no sé de dónde saca que quiero robarle sus papeles.

Balmorán no respondió nada. Se agitaba, se contraía, hacía muecas repulsivas. Comenzó a beber el agua y a escupirla.

—¿Le han dado esos ataques en otras ocasiones? —preguntó Del Solar desde la puerta.

El administrador hablaba en voz baja con su mujer. Con tono compungido dijo:

—Está un poco nervioso. Es un sabio. Un pan de Dios. Nunca antes se había puesto así.

—Llame a la clínica de al lado, es necesario que lo vea un médico. Tranquilícelo. Dígale que no vine a robarle nada —dijo Del Solar mientras caminaba acompañado por el administrador hacia las escaleras.

—Se puso así cuando mi mujer le dijo que usted vivió en un departamento del primer piso.

11. ¡CANGREJOS AL COMPÁS!

—EN ese aspecto fue siempre un hombre rarísimo. Sería difícil encontrar a alguien más misterioso. Sobre todo si a esta distancia te pones a pensar en sus peculiaridades. Durante años supuse que algún voto religioso le impedía el matrimonio, que habría contraído un pacto, establecido una promesa, qué sé yo. Esas cosas suceden; más entonces que ahora, por fortuna. Arnulfo no fue en ningún aspecto de su vida un libro abierto, aunque en esas brumas maritales se le pasó la mano. ¿Sabías que antes de la alemana había tenido ya otra esposa? No, ¿verdad? Y sin embargo, estuvo casado por todas las leyes, sólo que nosotros apenas si nos enteramos. Felipa, Hermenegilda, Chole, ni siquiera recuerdo cómo se llamaba, sólo que tenía nombre de criada. Fue cuando trabajó en un ingenio de la Huasteca tamaulipeca. Una mujer espantosa, de rasgos achinados, que no sabía ni hablar. Me duele decirlo, pero ése fue Arnulfo Briones, si quieres saberlo. En sus buenos tiempos se habría podido casar con quien se le pegara la gana. ¡Pensar que siendo el más conservador de los conservadores, enemigo jurado de cualquier proyecto que remotamente pudiese parecer igualitario, había caído en manos de aquel diablo! ¡No quiero imaginarme a los cuñados, primos y demás parientes con quienes tuvo que haber lidiado allá en Tamaulipas! Por fortuna, jamás los conocí. Nos vinimos a enterar de la existencia de aquella dama al final de su estancia en México, casi por casualidad... A casa nunca la trajo, ni él nos invitó a la suya; le agradezco tan fino detalle. Si no se van a Alemania a lo mejor ni nos llegamos a enterar de la existencia de Chole o Chona, o como se llamara. La pobre murió durante su estancia en Hamburgo. Me imagino que porque no comía jaibas los viernes o porque no sabía con qué preparar el chilpachole. Fue la primera vez que Arnulfo se ausentó de México. Y sólo en vísperas del viaje nos la presentó. Fuimos al Torino, un restaurante campestre en los límites entre la colonia Roma y la del Valle. ¡Qué tiempos! ¡Un restaurante campestre al inicio de la colonia del Valle! Nadie lo creería. Allí muy modosa estaba la sirvientita, con su cara entre india y china, entre ser humano y tordo. ¡Había cosas, Dios mío, en las que Arnulfo no se medía! ¡Vieras cómo se me ha caído con los años! Todo en él, si te pones a pensar, desde el mismo principio no fue sino misterios y exigencias y soberbias y mezquindades. Con mi marido, que era su mejor amigo de la juventud, en los últimos años apenas cambiaba palabra. Lo trataba con más desprecio que a sus propios guardaespaldas. No te invité para hablar de eso, pero son cosas que todavía me duelen. Bueno, nos citó en el Torino. Chole la del chilpachole llevaba un sombrero de medio velo y unos zorros grises enredados, literalmente enredados, al cuello. ¡Un espectáculo de risa! La pobre sufrió durante toda la comida. Claro, ¿cómo no iba a sufrir si se sentía disfrazada? No reconocía aquella ropa como suya, no la sentía propia. Y Arnulfo no la respaldaba; la abandonó a sus propios recursos, que eran nulos. Yo la veía estrujar con desesperación el

pañuelo, la servilleta, creo que hasta la punta del mantel. «¡Pobre!», me dije, «¡no sabe dónde meterse ni qué hacer con las manos!» Unas manos por cierto horribles, regordetas, como tamalitos, de dedos cortos. «Pobre.» Aunque, ¡vamos a ver!, ¿por qué pobre? ¿Por qué tenía yo que compadecerla? Algo debía haber hecho para sorberle el cerebro a uno de los mejores partidos de México, tal vez el uso de esas hierbas que reblandecen la voluntad de los hombres. Ahora no creo en nada de eso. Arnulfo no necesitaba hierbas: fue raro toda su vida, aunque no nos dábamos cuenta; tan raro que el segundo matrimonio, el de la alemana, todavía es para mí un rompecabezas.

Hablaba sin cesar, tendida en un gran sofá de terciopelo gris. Estaban sentados en la sala de la planta baja de su casa en Coyoacán, aquella donde la sirvienta había hecho una breve pausa para, según él, dar tiempo a admirar los tesoros de la casa. Un lugar menos privado que la sala donde lo había recibido la vez anterior. ¡Qué agobiante acumulación de objetos! De una pared descendía un escuadrón de ángeles barrocos de distintos tamaños y diseños; sólo verlos producía vértigo. Ella le explicó que los había llevado hacía poco su nuera, y los había colocado ahí contra su voluntad. Le habían reglado a Antonio muchas cosas, y no había podido negarse. Bueno, ahora los objetos estaban allí, seguros. De otra manera, a lo mejor hubieran sido embargados. Había cosas al por mayor: marfiles, cristales, porcelana de distintas calidades, algunas piezas muy delicadas, pero la mayoría de un gusto atroz. Grandes tibores orientales, bronce, maderas doradas. Ella no tendría en su casa ni la mitad de esa basura, le explicó. Todos aquellos horrores habían sido regalos, repitió; estaban allí de tránsito, temporalmente. Eduviges Briones se levantó, circuló con dificultades entre el exceso de muebles, señaló varios de ellos y comenzó a protestar contra el mal gusto de la época, y en particular contra el de Gilda, su nuera. Llevaba uno de esos vestidos largos y tubulares que él asociaba con las revistas de 1914 que había revisado por montones durante los años anteriores. Sólo ella era capaz de ponerse con tan absoluta normalidad esas prendas. Un vestido de raso que le llegaba al tobillo, como un largo tubo que contuviera su cuerpo corpulento, y, por únicos adornos, una cenefa de canutillo de cristal lila y granate y, como complemento simétrico, una rama de flores del mismo material a la altura de los hombros. Un vestido *art-déco* admirable. Peinada, maquillada: una persona civilizada y no la loca desorbitada de la visita anterior. Del Solar le entregó un ejemplar de su libro, uno de los tres que le había dado Cruz-García. Ella lo hojeó, leyó la dedicatoria y con cara compungida le pidió que por favor la ampliara, que le escribiera unas palabras a Amparo, quien siempre leía sus cosas, no se perdía sus artículos, ni sus entrevistas en los periódicos. Había devorado su libro sobre la masonería en México. ¿Mora, verdad? Se resentiría, con razón, si se la postergaba, y añadió que las conversaciones con él, sus salidas dominicales, le habían devuelto algo de confianza en la vida, que le era muy necesaria.

—Ya no es joven. En el fondo nunca lo ha sido. Desde su niñez tenía yo la

impresión de lidiar con una mujer adulta. Es muy responsable. Comenzó a trabajar muy chica, tuvo que interrumpir sus estudios para ayudarnos. Por eso no pudo terminar su carrera. Un día le pedí a Joaquín Granadas que se la llevara a Italia, le dije que empleada más leal y trabajadora no iba a encontrar. Sería bueno que aprendiera otro idioma, que tuviera un poco más de mundo. Con su defecto, ya te imaginarás lo importante que es proporcionarle seguridad. Nada mejor que los viajes. ¡Lástima que yo haya comenzado a hacerlos tan tarde! Tu prima no quiso ir. Mi marido se había puesto ya mal y ella no quiso separarse de él. Es una muchacha muy responsable. Un día se casará con alguien que desee sosiego, tranquilidad, a quien le guste trabajar en paz. Los niños le encantan. Sentiré su partida hasta la médula. ¿Te das cuenta? Me quedaré sola por completo. Pero me dará gusto saber que tendrá una vida independiente, que va a ser feliz y a hacer feliz a otros.

Al poco rato llegó Amparo. Su madre le pasó el libro. Leyó la dedicatoria; se acercó a Del Solar y le besó la mejilla. Por actos tan insignificantes como la manera que Amparo saludó a su madre y se sentó, por cierto tono abrigador que se creó de inmediato, Miguel del Solar supuso que aquel par tramaba su incorporación a la familia. Parecían representar una pieza. Se hablaban de un modo anormal, entre dulce y ceremonioso, que mucho tenía de inquietante. Para romper ese clima, comentó el libro que proyectaba. Un libro sobre el famoso año 1942, el de la declaración de guerra a los países del Eje. Madre e hija se resistieron al principio a conversar sobre el tema, prefiriendo hablar de Juan e Irma, los hijos de Miguel, a quienes Amparo recogía de vez en cuando para llevarlos de paseo.

—El otro día vi a Delfina Uribe, tía —dijo Del Solar tan pronto como pasaron al comedor—. Me dijo que siempre ha envidiado tu elegancia. —Y le repitió las frases empleadas por Delfina al hablar sobre el estilo personal de vestir de Eduviges—. Según ella fuiste uno de los ídolos de su juventud.

—¡Eso sí que es extraño! Jamás hubiera concebido que tales flores me iban a llegar de aquellos cuarteles. No porque no sea cierto; sino porque ella siempre se ha resistido a reconocer cualquier mérito en los demás. ¡Qué cosa! Delfina Uribe tenía todo el dinero que se le antojaba para viajar y seguir la moda. Vestía bien, pero impersonalmente, como si comprara en Sears. Yo en un momento me quedé sin dinero. Me conformé con seguir poniéndome prendas de cuya belleza estaba segura, haciéndoles mínimas adaptaciones. En un momento, cuando puede comprar lo que se me antojaba, me di cuenta de que era demasiado tarde para cambiar. Me planté en mi estilo y aquí me tienes.

Y así entre telas y sombreros, sin que las dos mujeres se dieran cuenta, llegaron al año 42. Del Solar preguntó sobre la manera de vestir de la mujer de Briones. ¿Era elegante? ¿Vestía a la francesa? Y fue entonces cuando su tía comentó las extrañezas de Arnulfo Briones, su rapacidad, su dureza con las hermanas. No sólo se apoderó de la hacienda de los padres, que, por arruinados que estuvieran, algo tenían, sino que no les dejó ni a ella ni a sus hijos un solo centavo, en contra de lo que siempre le había

hecho creer. No había hecho testamento, o si lo hizo no estaba registrado, de manera que alguien pudo encargarse de destruirlo. Todo en él había sido extraño. Su larga soltería. Su primer matrimonio, con aquella tampiqueña de saco de zorros con la cual se embarcó rumbo a Hamburgo, la muerte de la pobre en una mesa de operaciones mientras le extraían el apéndice, un mal del que ya no se moría nadie, y su segundo matrimonio con su secuencia de sorpresas. Lo había celebrado en Berlín. Esa vez sí les había llegado una participación como Dios manda.

—¿Fue alguien a la boda?

—¿De la familia, dices? Pero ¿quién quieres que fuera? El único que podía viajar era Arnulfo. Por sus relaciones con las líneas marítimas nos hubiera podido conseguir un par de boletos en un barco alemán. Uno siquiera para mí, su hermana. Yo creía que Arnulfo era otro tipo de hombre; digamos, un idealista. En vida de él, estaba convencida de ello; lo hubiera podido jurar. Por fidelidad a él peleé con mucha gente. Ahora, en cambio, no tengo ninguna seguridad. Si se ve bien, ya en aquel entonces sus ideas eran cosa del pasado, anacronismos. Dionisio me lo quiso hacer entender varias veces, pero el hecho de que fuera mi hermano, el mayor, me llevaba a admirarlo. Uno va aprendiendo con la vida. Con los golpes. Lo primero que me salta a la vista cuando pienso en él es su mezquindad, su egoísmo. Se quedó con los bienes familiares, estaban en ruina; lo sé; él los saneó y de aquellos despojos levantó su fortuna. Gloria, mi hermana, y yo no conocimos su ayuda. Ella, ¡afortunada!, no la necesitó, yo sí. Dionisio, y eso a ti te consta, trabajaba a veces dieciocho horas al día, por las noches traducía libros de derecho, y eso sólo para ir tirando. La ayuda de Arnulfo consistió en pagar la renta de nuestro departamento. Allí recibía su correspondencia, allí tenía un despacho donde celebraba una que otra entrevista... ¡y qué gente tenía uno que soportar a cambio! ¡Y el riesgo en que nos ponía a todos! Dionisio acabó por perder su puesto en el gobierno. Pero nada de lo que les pasara a los demás le importaba. Fue egoísta, díscolo, intolerante. Y misterioso, que es lo que más me ha dado en chocar. Toda su vida fue misterioso. Dionisio lo conoció mejor. Por lo menos de joven, en esa época en que los muchachos tienden a ser siempre expansivos. Para mí fue siempre un enigma. Aún ahora, no logro comprender mil cosas. Antonio me dijo en una ocasión que más valía no comprender ni preocuparse demasiado por el pasado. Había que hacer un corte, dejarlo todo definitivamente atrás. A veces me parece que no salimos nunca de lo mismo. ¡Qué los muertos entierren a sus muertos!, decía tu primo. Pero el hecho es que a quien nos están enterrando es a nosotros.

Toda su exaltación se derrumbó. Se quedó pensativa; parecía a punto de echarse a llorar.

—Lo mismo opina Dery.

—¿Qué? —preguntó ella desgadamente, ya sin interés.

—Lo mismo que Antonio —intervino Del Solar—. Que cada época tiene una fisonomía, y que no siempre es acertado juzgar una con las leyes de otra.

—Si se hace necesario juzgar una época, lo mejor sería aplicar las leyes de la dialéctica —añadió Amparo.

—¿Dónde aprendiste esa jerigonza, Marisabidilla? ¿Me lo puedes decir? —dijo Eduviges con furia repentina, reanimándose—. Una podría o no estar de acuerdo con él, pero me parece que Arnulfo no podía vivir sino ese tipo de vida rara, aislada, retorcida, que era el suyo. Es lo único que he tratado de decir.

—Como de conspirador.

—No hablo de política, no quiero, no me gusta que se me mal interprete. Me refiero sólo a su vida personal.

—¿Así que primero se casó con una tampiqueña?

—Sí, ordinarísima, igualita a un mono. Cuando nos la presentó llevaba quién sabe cuanto tiempo de casado. Había pensado, ya te digo, que alguna organización religiosa le imponía la castidad. ¡Qué va! Se la llevó a vivir a Hamburgo. Ni siquiera pudo volver a morir a su tierra que, según Martínez, era lo único que le pedía. Alguna vez le pregunté a Dionisio si en la juventud Arnulfo había sido parrandero, y me dijo que de muchachos ninguno de los dos fue calavera, por ser sus confesores unos padres muy severos. «Luego habrá tenido a alguien, quién lo duda», me dijo. «Alguna visita le hará a una mujer por ahí.» Ambos se casaron viejos. Debe de haber andado ya cerca de los sesenta años cuando se embarcó con aquel horror de mujer que comía con los zorros puestos, y que no hacía sino remangarse el velito del sombrero para que las cucharadas de sopa no se lo mojaran. Volvió viudo a México, se quedó aquí poco tiempo, y regresó a Alemania. Cambió la sede de sus negocios. Se instaló en Berlín. Hizo bien en vivir fuera de México. Aquí tenía muy mal ambiente. Por eso tuvo antes que ir a refundirse en Tamaulipas. Dejó de escribir en los periódicos; lo insultaban por teléfono. Delfina Uribe me dijo que no era cierto, lo sabía por su padre, que le hubieran quitado su columna en el periódico, por órdenes del gobierno, sino porque a ese periódico le repugnaban los rajones; que había dejado a mucha gente embarcada en la insurrección mientras él se lavaba las manos. Ahora, yo tomaba con pinzas todo lo proveniente de los Uribe porque hablaban por muchas heridas. De cualquier manera, una vez que salíamos Arnulfo y yo de la Sagrada Familia, se le acercaron unos fulanos, lo sacudieron por las solapas y lo insultaron. Todo eso, claro, lo ponía muy nervioso. Al regresar, después de enviudar, su situación era mejor, me parece que en mucho gracias a las gestiones de Haroldo Goenaga, así que al instalarse definitivamente en México, ya estaba reconciliado con sus antiguos aliados, o al menos eso le pareció a Dionisio. Las habitaciones que tenía en mi departamento tenían por objetivo confundir al enemigo. ¡Otra de las cosas que no le perdono! El departamento del edificio Minerva era sólo un disfraz. Las autoridades, sus enemigos, aquellos a quienes les interesaba seguir sus movimientos, creían que ése era el sitio desde donde actuaba clandestinamente. No era cierto. Estaba concebido para eso, para que no vigilaran otros lugares, uno de los cuales era la verdadera sede de sus actividades. Espera, espera, no me interrumpas —le dijo, al ver

que Del Solar intentaba ya hacer preguntas—. Cuando estaba por volver de Alemania me comenzó a visitar un empleado suyo, uno de sus «consejeros» como acostumbraba llamar a ciertos colaboradores. Había trabajado con él en Alemania. Pero ¿a qué salió esto, Amparo?

—Hablaste de algún empleado que comenzó a visitarte.

—¿Qué actividades eran esas que requerían ser efectuadas clandestinamente? —aprovechó Del Solar para preguntar.

—¿Un empleado de Arnulfo? Sí, eso lo sé, no necesito preguntarlo; pero ¿a cuenta de qué salió? Bueno, creo, Miguel, que te hablé de él el otro día, no estoy segura; un tipo asqueroso. Acabé por tenerle toda la desconfianza del mundo. Comenzó a aparecer por mi departamento, a preguntar por mi hermano, por la fecha de su llegada, por el nombre del barco. Quería ir a recibirlo a Veracruz, o a Tampico, al lugar donde llegara. Decía tener cosas muy importantes y urgentes que comunicarle. Había trabajado con él en Hamburgo. Me contaba cosas de su vida en Alemania. Entraba a mi casa; se me quedaba viendo con ojos de vidente, y haciendo muecas raras. Sólo Arnulfo, que tenía mucho de imbécil, podía confiar en esos colaboradores. Me ponía nerviosa, entre otras cosas porque sus gestos no concordaban nunca con sus palabras, a veces significaban todo lo contrario. Decía que algo era muy pequeño y abría los brazos como para demostrar que era del tamaño del mundo. Cosas insignificantes, si ustedes quieren, pero que me velaban una anomalía. Y el modo que tenía de mirarme era una falta de respeto que cometía, estuviera quien estuviera enfrente. En parte por hacer conversación, pero sobre todo por curiosidad, y era natural, ¿no?, en una hermana, le pregunté sobre la vida de Arnulfo en Alemania. Me lo imaginaba muy solitario, muy desolado, después de la muerte de la jaibera. «No lo crea tan solo, por eso no debe usted preocuparse», me respondió haciendo un guiño bastante grosero. Yo no comprendí; le pedí una aclaración y él comenzó a decirme que en Berlín Arnulfo veía a sus socios, a sus clientes y correligionarios, pero también a una que otra amistad menos solemne. «No se olvide usted», me decía, «que su hermano está en la flor de la edad y Berlín es la auténtica capital del vicio. ¡Mi buena señora, un día me gustaría poder contarle dos o tres cositas bastante sabrosas!» ¡Qué fresco! ¿no? Mentira, eso de la flor de la edad. Arnulfo era ya un carcamal, y aun representaba más años de los que tenía. Siempre fue blancuzco, marchito. El mustio, le decían mis tías. «Sí», insistía aquel pico de oro, «no se crea que lo tengan tan desatendido», y luego hablaba de las mujeres del jardín zoológico. En más de una ocasión tuve que marcarle el alto. Un día le dije con toda la sequedad de que era yo capaz que me parecía innecesario que pasara por mi departamento, que me dejara su número telefónico y yo se lo entregaría a mi hermano al llegar. Él le llamaría cuando lo considerara oportuno. Había que frenarlo, marcarle a cada rato los límites. Una vez me lo encontré en la planta baja del edificio. Parecía esperar a alguien. De pronto pasó Ida Werfel con su hija y el igualado me tomó del brazo, me hizo que nos pusiéramos frente a ellas y me dijo: «¡Por favor, presénteme

con la señora!» Cuando me di cuenta ya lo había hecho, siendo que hasta entonces nunca le había yo dirigido la palabra a esa mujer. Su falta de tacto me dejaba electrizada. En aquella ocasión en que le puse un alto, Martínez escondió la cola entre las piernas; era un astuto, un zorro, pero también una gallina; peor, una rata. Con el tiempo aprendí a conocerlo.

—¿Quiénes se la tenían jurada a tu hermano?

—¿Acaso no me estás oyendo? Te estoy hablando de la escoria con que Arnulfo estaba enredado. Martínez se ausentó una temporada, luego volvió a aparecer, más sereno en apariencia, más prudente... pero poco a poco comenzó a subir de nuevo el tono. Fue necesario que le pusiera un freno definitivo. Por fortuna llegó Arnulfo. Dionisio y yo no fuimos a recibirlo a Veracruz. Él, sí. A los pocos días se presentó mi hermano en la casa, con la novedad de una peluca entrecana, rojiza. Me pareció peor que cuando estaba calvo. Más viejo y ridículo. Me dijo que, cuando acabara de instalarse en su casa de Polanco, Dionisio y yo pasaríamos a conocer a Adele, su esposa. Debió haberme visitado con ella; era lo correcto ¿no? Pero, ¿ves?, Arnulfo fue una gente que nunca supo de modos. Era una manifestación de su egoísmo, del desprecio que sentía por los demás. Me dijo que su esposa, la alemana, tenía un hijo de un matrimonio anterior, que había viajado con ellos, y al cual tenía que arreglarle sus papeles, asunto bastante complicado, dada la situación internacional. «Algo ayudará el hecho de que es austriaco y no estrictamente alemán», me dijo. Di por hecho que se había casado con una viuda. Recuerden que, desde muy chico, él se había movido casi exclusivamente entre curas y sacristanes. Más fácil me hubiera resultado concebirlo viviendo en amasiato con la madre del muchacho que casado con una divorciada. No me explicó ese día nada de sus relaciones familiares. Quería ver el departamento, conocer la habitación en que teníamos guardados sus libros y papeles. Tú dormías allí en aquella época —le dijo a Amparo—. Comentó que la habitación le parecía bien, que se iba a instalar en ella; le resultaba bien porque tenía acceso directo al corredor exterior, contaba con un baño y con una especie de vestidor que podía utilizar si era necesario como cuarto de espera. Iba a reorganizarlo todo. Enviaría en esos días un archivero, un librero, una mesa escritorio, y un diván, por si necesitaba dormir una siesta. Ah, era fundamental que dijera yo en la portería, y si era posible a los vecinos, que iba a rentar ese cuarto. Decidió que entraría siempre por mi sala, que tendría la llave de la puerta que comunicaba su despacho con el resto del departamento y que no quería que las sirvientas hicieran el aseo, salvo cuando él lo solicitara, y siempre en su presencia. Yo podía quedarme con una llave, por lo que se ofreciera. Quienes lo buscaran lo harían por la puerta exterior. No me hablaba como a su hermana sino como a una portera. Me impartía órdenes. Volvía a repetirle que en esa habitación habíamos instalado el dormitorio de Amparo, como podía ver por los muebles y juguetes, y me respondió tan tranquilo que sí, que ya había oído, que debía cambiar a la niña de inmediato, pues quería utilizar el cuarto a más tardar en una semana. Su trabajo no podía esperar. Me enfurecí con ganas. Las revelaciones de

Martínez sobre las aventuras de mi hermano en Berlín me ofuscaron. Sus aventuras con las mujeres del jardín zoológico. Me pareció que las instrucciones que me daba con tono autoritario deseaban sólo encubrir que preparaba una habitación «con acceso a un baño», para sus aventuras. «¿Te propones cerrar tu despacho de la avenida Juárez?», le pregunté. Me miró con hosquedad, y me dijo que no, que qué me pasaba, que lo necesitaba más que nunca. «Entonces recibe a tus queridas allí y no en el cuarto donde duerme mi hija», le grité. Me parecía la falta de respeto más inconcebible para mí, para mi marido y mis hijos, el que considerase que podía instalar en mi casa una leonera, ¡perdón!, y se lo dije. Creo que hasta lloré, de rabia, no de otra cosa. Se me quedó mirando con estupor, luego con asco. Me lanzó una de esas miradas insoportables de repulsión que ya tantos enemigos le había ganado. No me respondió palabra; me dio la espalda, caminó por el pasillo interior hasta el comedor, donde Dionisio nos esperaba para tomar un café. Arnulfo le dijo a mi marido que no estaba dispuesto a tolerar mis insolencias, y que quería la habitación desalojada en un par de días. Tal había sido el trato. Había pagado regularmente; ahora nosotros teníamos que cumplir lo estipulado. Necesitaba organizar sus labores lo más rápidamente posible. Durante los días siguientes, apenas si me dirigió la palabra. ¡Un hombre con la dureza de una roca! ¡Así le fue! Luego vi que, efectivamente, todo estaba en orden. Insistió en que a las cuatro de la tarde encendiéramos las luces de su despacho. Llegaba todas las tardes más o menos a las cinco, es decir, una hora después de que se encendiera la luz, para que los vecinos no asociaran su llegada con la iluminación del despacho. ¡Tonterías! Entraba por la puerta principal, a mi sala, caminaba por un pasillo interior hasta su despacho, y ahí permanecía encerrado un rato. Lo visitó en todo aquel tiempo poquísima gente; unos cuantos hombres y a veces una mujer rechoncha, de media edad, con aspecto de monja retirada, que para nada podía uno asociar con aventuras amorosas. Poco antes de retirarse lo llegaba a recoger su colaborador.

—¿Martínez?

—Sí. ¿A poco te acuerdas de él?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que se llamaba Martínez?

—Porque esta noche lo has mencionado varias veces.

—¿Yo? ¡Ah, sí, claro! Te conté las versiones que me daba ese cafre de la vida ligera que llevaba Arnulfo en Alemania. Bueno, llegaba por él. Siempre le tocaba por mi puerta, no la del despacho. Una mañana, a primera hora, llegó Martínez con un albañil y pusieron al lado de la puerta del despacho una placa. «Manuel J. Bernárder. Licencias», decía. Le pregunté a mi hermano qué significaba aquello y él me respondió que nada. «¿Qué quiere decir licencias?» Me contestó, con una sonrisa desabrida, que todo y a la vez nada. Lo ideal para desorientar a los curiosos. Separamos el despacho, como si nada tuviera que ver con la casa. A nadie se le iba a ocurrir llegar a molestar. Nadie solicita una licencia en abstracto. Estaba permitido

subarrendar una o varias habitaciones. Pagué un poco más a los propietarios, eso fue todo. «¡Qué listo es!», me dije. «¡Las sabe de todas, todas!» Poco a poco volvió a restablecerse la confianza entre nosotros. Por las tardes, después de salir de su despacho, se sentaba a tomar un café conmigo. Hablaba de la gradual degeneración del mundo. Decía que de haber sabido, años atrás, cuando antes de embarcarse con destino a Hamburgo había rentado el departamento, en qué iba a convertirse ese edificio, no lo hubiese alquilado. Una Babel. En toda la ciudad pasó lo mismo. Gente que no sabía uno bien a bien de dónde había salido. Llegaban de todos los confines de Europa, hasta de Turquía, como un judío armenio, el riquísimo Androgán, procedente de Estambul, a quien toda la ciudad le hacía caravanas, y que, según decían, había comprado varias de las mejores casas del Sur de la ciudad, especialmente en San Angel. Yo le decía a mi hermano que en la colonia Roma ocurría lo mismo, y en la Juárez, y en la Cuauthémoc, no se hablara ya de la Hipódromo y la Condesa, donde se oía más el yiddish que el español, que eso pasaba en toda la ciudad, de manera que no debíamos preocuparnos demasiado. En el Minerva vivían refugiados alemanes, españoles, húngaros, holandeses, qué sé yo, de muchos otros lugares. Pero también vivía gente mexicana; alguna de la mejor, como las García Baños, que vivían, esas sí que pobres, en una austeridad monacal, y se mantenían encuadernando libros; encuadernaciones de lujo, muy caras, del mejor gusto, pero trabajo manual al fin y al cabo. También vivía allí gente salida de la revolución como Delfina Uribe, quien derrochaba el dinero con una ostentación abominable. Arnulfo me oía con mucho cuidado. Le interesaba saber quién era quién, quién hablaba con quién. Yo lo ponía en antecedentes. Traté de ponerlo en guardia contra aquel siniestro Balmorán, un periodistilla de poca monta, un rotales que había estado a punto de publicar un libelo contra nuestra familia, con toda seguridad pagado por alguien. Arnulfo me oía, decía que pronto acabaría todo eso, que estaba seguro. Si el mundo no buscaba la corrección terminaría por tronar, lo que no podía ser. El orden se había vuelto necesario y por eso el orden llegaría. Estábamos en los umbrales de una nueva historia. Se opusiera quien se opusiera. Cuando hablaba de esa manera le salía una voz tan sepulcral que me ponía la piel de gallina. Me le quedaba viendo. Sus ojos vidriosos estaban llenos de lágrimas. ¡Qué barbaridad! ¡Cómo había envejecido durante su última estancia en Alemania! La piel se le había apergaminado y manchado. Veía cada vez peor. Y esa mirada hacia arriba, al vacío, lo hacía parecer aún más anciano. Su modo de caminar, su bastón titubeante, el paso inseguro, todo eso hacía que pareciera más mi padre que mi hermano. ¡Qué vejestorio! Con seguridad estaba enfermo. Una tarde, también al salir de la Sagrada Familia, nos rodeó una turba de estudiantes que comenzaron a bailotear y a cantar en coro: «¡Cras, cras, cras, cangrejos al compás! ¡Cras, cras, cras, un paso pa'delante doscientos para atrás!» Algo así; no paraban de gritar, de hacer visajes, y no nos dejaban caminar. Un policía de tránsito nos libró de ellos. Yo estaba muy nerviosa, asustada. Cuando se dispersó la muchachada, un hombre alto se acercó a mi hermano y le dijo en muy mal

español, quiero decir con acento extranjero muy marcado, que se merecía eso y más. No tardaría el momento, le dijo, en que recibiría noticias de la firma, y se echó a caminar. Tuve casi que arrastrar a Arnulfo. Tropezaba a cada momento, parecía un idiota. ¡Qué hombre tan difícil era! Le disgustaba que hiciera amistades, que saludara a los vecinos, que hablara con Delfina. En una ocasión iba a hacer con ella un viaje a Guadalajara y me hizo un escena que no es para contarse. Prohibiciones, amenazas, palabrería, tal era Arnulfo.

—¿No le extrañó que estuvieras en la fiesta de Delfina?

—¡Calla! ¡Ya lo creo que le pareció mal! Pero me las ingenié para confundirlo. Erich, su hijastro, me dijo en casa de Delfina que alguien le había llamado por la mañana, de parte de un muchacho a quien había conocido en el deportivo, para invitarlo a la fiesta. Cuando le preguntó a la anfitriona, a Delfina, por su amigo, resultó que ella ni siquiera tenía idea de quién era. Según supe, alguien se encargó de hacer ese tipo de invitaciones fantasmales a personas que, en algunos casos, ni siquiera sabían quién era Delfina. Al día siguiente Arnulfo estaba hecho un energúmeno, un manojo de nervios y un hombre acabado, todo a la vez. Ya no vivió sino con miedo. Acababa de hacer los trámites para el entierro cuando llegué a verlo. Quería saber qué hacíamos Erich y yo en aquella casa. Le repetí lo que me había dicho su hijastro, y añadí, delante de Martínez (¡Y hay quienes se atreven a decir que no tengo valor!), que poco antes de comenzar la fiesta me telefonearon y una voz idéntica a la de Martínez me pidió que me reuniera con Erich en casa de Delfina. Estuve bien, ¿no? Se imponía darle una sopa de su propio chocolate a aquel tipejo, el «consejero» de mi hermano. Gesticuló, hizo muecas, con toda seguridad hubiera querido estrangularme, pero yo no me inmuté y con entera sangre fría repetí mi patraña y salí de la habitación. Me habría gustado saber cómo explicó él su propia presencia en el local y su asalto a la Werfel.

—No me imaginaba que fueran amigas Delfina y tú. «Su tía», me dijo, «es una de las pocas mujeres en México que tiene lo que se llama clase.»

—¡Pero cómo no iba yo a tenerla! Nos criamos en ambientes muy distintos. Mis abuelos vivieron todavía en el palacio de Canalejos. ¡Una maravilla! Una casa de tezontle con mascarones de piedra donde ahora hay bodegas creo que de azúcar. Yo recuerdo todavía haber estado en esa casa de niña. En cambio, los abuelos de Delfina fueron peones. Indios descalzos. Ella misma me lo dijo. Según Arnulfo, su padre era uno de los pilares de la masonería en México. ¡Quién sabe! Arnulfo veía por todas partes moros con tranchete. Tanto insistió, tanto me presionó y amenazó que mi trato con Delfina se hizo añicos. Me extrañó que me invitara a su fiesta, para que veas. Tal vez no fuéramos tan amigas, como dices, pero sí teníamos un buen trato. ¡Claro que sí! —dijo después de reflexionar—, la verdad es que nos veíamos a diario. ¡Quién lo dijera! En una ocasión me propuso trabajar con ella. Algo así como llevarle las relaciones públicas de su galería. Dicen que ha hecho millones, ¿tú crees? Se me hace que exageran. La fui dejando de ver por las manías de Arnulfo. Desconfiaba de ella y

de sus familiares. Paranoia pura, decía Antonio. Pensaba que todo el mundo lo vigilaba, lo perseguía y le tendía trampas. Bueno, viéndolo bien, no estaba tan equivocado. ¡Pero qué lata daba! Me interrogaba. ¿Quién es quién? Tenía miedo hasta de las hermanas Bombón, unas vecinas, cantantes inofensivas y medio de mal vivir sólo porque recibían a veces políticos en su departamento. Decían que las precauciones nunca eran suficientes. A veces me sacaba de quicio. He llegado a pensar que con tanta precaución atrajo sobre sí la desgracia. «No quieres que trate a nadie. Me exiges quedarme sin amigos, ¿verdad? Pero en cambio, no te preocupas por sustituir los amigos que pierdo con los tuyos», le dije un día que estaba de pésimo humor. Me fastidiaba sobre todas las cosas su reticencia para que Dionisio y yo tuviéramos el trato normal que nos correspondía con su mujer. ¿Éramos o no hermanos? Habíamos crecido bajo el mismo techo hasta el día que me casé. Nos invitó una vez muy ceremoniosamente a cenar cuando al fin se mudaron a su casa en Polanco. Hasta entonces ni siquiera sabía dónde vivían. Según deduje por indiscreciones de Martínez se alojaban en hoteles mientras terminaban las obras de la casa; cada cierto tiempo cambiaban de hotel. Vivían en habituaciones separadas, una para cada uno. La alemana no era nada simpática, pero ni modo, era mi cuñada. Su francés era malo, aunque bastaba para que nos entiendiéramos. Después salió con que sólo hablaba alemán, y el trato se volvió imposible. ¿Quién mejor que yo para orientarla en México? Presentarle gente, llevarle a los lugares que valía la pena conocer. Prevenirle de lo que podía ocurrir. Ni ella me dio luz verde, ni Arnulfo favoreció la amistad. Luego supe por qué. Me irritaba esa obsesión de que todos estaban contra nosotros. A veces yo también lo pienso, pero de otra manera. El mundo entero era nuestro enemigo, pero no movió un dedo cuando le hablé de uno, peligrosísimo: Balmorán. Le dije mil veces que ese hombre quería perjudicarnos, que con todo descaro me había hablado de un pariente de nosotros que enloqueció por llevar una vida licenciosa. Pero, ahí lo tienen, eso no le preocupaba. Le dije, ya molesta, que si a alguien le interesaba saber quién recibía en esa oficina de licencias tarde o temprano lo lograrían saber. Imposible que las criadas no se enteraran, a menos que pensara que debía yo prescindir de ellas, lo que no aceptaba, pues me sentía incapaz de llevar sola la casa. No advertía que eso era precisamente lo que él deseaba, que la gente pensara que aquél era una especie de despacho clandestino, para que no buscaran ningún otro. Nos había convertido en sus ratas de laboratorio. Si nos pasaba algo, ni modo, ¡mala suerte! Un día le dije que Martínez husmeaba demasiado en el edificio, y que tenía yo pruebas de su poca discreción. Pareció al fin salir de su letargo. ¿Por qué decía eso? Todo lo reducía a interrogatorios. Le dije muy seca que aquel mequetrefe me había puesto al corriente de ciertos aspectos de su vida en Berlín; ya sabía él a qué me refería. Algo en mi tono debió alarmarlo. Saltó de su asiento, sorprendido, asustado. Me sacudió por un brazo, me conminó a repetirle lo que Martínez había dicho. Todo lo que supiera. «¿Todo?», le pregunté; porque a mí al final ya no me espantaba, y su malos tratos sólo me hacían volverme pérfida.

«¿Todo?», repetí muy envalentonada. «¿Lo resistirás? Sabes bien a lo que me refiero. Tu primera mujer no lo resistió.» Me soltó, dio unos pasos hacia atrás y se dejó caer en un asiento. Parecía estar a punto de sufrir una hemorragia cerebral. Entonces salí con mi inocentada de que Martínez me había dicho que tenía mucho éxito con unas mujeres que deambulaban por los caminos del jardín zoológico. Se quedó pensativo, era evidente que lo había yo librado de un peso enorme; al fin se echó a reír a carcajadas. Tildó a Martínez de bromista. Luego, como de paso, quiso saber si Martínez me había hablado de Hermelinda, que era como se llamaba su pelada, de su enfermedad, de su tratamiento. Le dije que nada. Y era verdad. Pero, ¿te das cuenta?, ya allí surgía otro misterio y por dondequiera que le rascara uno era lo mismo. Al fin supe por qué Arnulfo y su esposa no tenían interés en tratarme. Ocultaban cosas de las que me enteré de una manera casual. Un día me detuvo aquella mujer monumental que llenaba el cubo de la escalera con su figura, la profesora Werfel. Dicen que era una eminencia, no lo sé. Iba con Lala Carrasco, la mujer de un banquero muy conocido entonces. Ella y su marido se las daban de mecenas, pero no eran sino unos tristes cursis a quienes todo el mundo les tomaba el pelo. Yo conacía a Lala desde niña, hicimos juntas el colegio francés, así que me detuve a saludarla. Saludé también, como era lo correcto, a la Werfel. ¡Por qué canales me tuvieron que llegar las revelaciones! Me dijo que sabía que era yo pariente política de una célebre cantante de ópera de Dresde. «Una voz maravillosa», le decía a Lala, a quien trataba de impresionar, y no a mí que era sólo un pretexto, «sobre todo genial en el repertorio mozartiano. ¡Una Doña Elvira prodigiosa!». Me tomó de sorpresa. «No, señora, perdone pero está usted equivocada», le respondí con ingenuidad. En ese momento ni siquiera me acordaba que tenía yo una cuñada y que era alemana, así me tenían de relegada Arnulfo y su mujer. «¡Qué extraño!», me respondió la judía, «debo de haberme confundido. Pero, ¿acaso un hermano de usted no está casado con Adele Waltzer?». «Sí, efectivamente.» En ese momento recordé las instrucciones de Arnulfo. Huir de aquella gente, no hablarles, no abrirse, no confiarles nada. Ahora que era imposible negar algo tan público como el matrimonio de mi hermano. Todo el que se lo propusiera podía enterarse de que Arnulfo estaba casado con esa alemana, de cuyo apellido me enteraba por primera vez, y que el matrimonio y un hijo de la esposa vivían en una casa de la calle de Anatole France, en Polanco. Me quedé en ascuas. Dejé que siguiera hablando. «Sí, así es», era lo único que podía yo decir. «Ve usted», continuó la maestra, «Adele es bióloga; Anette, cantante, una soprano asombrosa. Especializada en Mozart, pero también atenta a las formas musicales más nuevas. Lo último que le oí fue La mujer silenciosa, de Strauss, pero eso fue en Amsterdam; iba como cantante invitada. Hace unos días estuvo a visitarle el primer esposo de su cuñada, Hanno, el médico, con su hijo. Fue el joven quien me dijo que en este edificio tenía su madre parientes políticos. Me dio gusto saber que era usted. “Conozco poco a la señora”, le dije, “pero no es difícil intuir en ella una sensibilidad muy fina.”» «¡Gracias!», respondí, porque ¿qué otra cosa podía decir? Estaba

confundida, más bien perdida en aquel cuadro de parentescos que no acababa de entender, y con mucha curiosidad por saber más al respecto, ya que Arnulfo parecía sospechar hasta de mí, pues jamás me confiaba nada. «¿Así que vive aquí el marido de una cantante mozartiana?», comentó Lala. «Me gustaría saludarlo un día. Ida, a ver si lo convence para que nos dé una charla sobre Richard Strauss», y luego, haciéndose la niña ingeniosa, recurso que le salía falta, pero que siempre empleaba, añadió: «Nos hemos vuelto cosmopolitas, Eduviges. Hasta hace poco no tratábamos sino a nuestras amigas de Querétaro y Guadalajara. Hoy día residen entre nosotros cantantes alemanes, sabios y artistas del mundo entero, y este monumento internacional al saber, nuestra querida ciudadana del mundo, Ida Werfel.» ¡Ay!, Lala era demasiado redicha, melosa; una cursi, ya lo dije. Desde jovencita alimentó la ambición de tener un buen día un salón literario. «No, no es el marido de Annete Waltzer; me refiero al ex marido de Adele, la actual cuñada de la señora», insistió la judía; «un hombre que conoció el infierno, pero que logró escaparse de él y que está ya aquí». «Vivimos nuestros tiempos, Eduviges», dijo la estúpida de Lala, a quien yo hubiera podido matar, «ya el divorcio no es aquel Leviathan al que nos acostumbraron a temer desde que teníamos uso de razón, sino una institución moderna a la que recurre la gente civilizada en casos necesarios.» Me quedé sin palabras, fulminada, como si hubiera caído sobre mí una tormenta eléctrica. Subí como pude las escaleras, sin darme cuenta, hecha una autómatas. ¡El apóstol de la tradición! ¡El moralista a ultranza! ¡Semejante sepulcro blanqueado! Interrogué a Martínez, a quien encontré en mi departamento. Detestaba recurrir a él, pues lo veía cada vez más ensoberbecido, al grado de que entre Arnulfo y él no se sabía ya quién era el jefe y quién el subordinado. Fingió no saber nada. Yo lo bombardeé a preguntas y también él a mí. En sus tiempos, dijo, reinaba la bella taumaulipeca, a quien tan mal le sentó el clima de Alemania. Él había coincidido en Hamburgo con ella, había presenciado su enfermedad y su muerte. No sé por qué sentí un estremecimiento. A Adele la conoció en México, añadió, y eso, se podía decir, casi de vista. De pronto comenzó a despotricar contra mi hermano. Decía que sólo le encargaba las faenas sucias, pero que ese trabajo comenzaba a hartarlo. Algunos caballeros se daban la gran vida, pero cometían la equivocación del siglo si se obstinaban en tratarlo como a un pelagatos. «¡Dígale usted a su hermano que considero llegada la hora de que nos vayamos respetando! ¡Dígale que me voy cansando de estar sólo en las duras y que jamás se me tome en cuenta en las maduras! ¡Si se me ocurriera algún día abrir la boca...!» En eso Arnulfo salió de su despacho. Martínez se puso de pie como de rayo. Temió, yo creo, haber sido oído. Le cambió la voz. Puso los ojos en blanco mientras saludaba. «¿Algo nuevo, Martínez?» «Nada, señor.» «¡Vámonos entonces! Quiero todavía pasar al centro a comprar un libro.» No pude despedirme. No quería hablar con Arnulfo hasta no haber aclarado la situación. Me había engañado de nuevo, como siempre. Igual que cuando nos dejó sin herencia a mí y a Gloria. Hoy oigo hablar de divorcios, y como si nada. Me he acostumbrado. Es más, si me dijeran

que Antonio pensara divorciarse de Gilda, sería la primera en aplaudirlo. Entonces parecía algo anormal. Que eso le ocurriera a Delfina Uribe, era lógico, era una hija de nadie, de la Revolución. Pero que en casa de los Briones introdujeran a una divorciada, y que fuera Arnulfo quien iniciara ese desorden, ya era otra cosa. Mandé llamar a la hija de Ida Werfel, una especie de ratita temblorosa siempre asustada, y le dije: «Llama por favor desde mi teléfono a este número y pide hablar con Erich Pistauer. Dile que venga, que todos los años tejo algo para la familia, y estoy por hacerle un suéter; necesito sus medidas. Dile que pase esta misma tarde, a cualquier hora.» Llegó el muchacho, hice que bajara de nuevo la joven Werfel, para que fuese mi intérprete, y no quedaran dudas sobre nuestra conversación. ¡Todo era cierto! El padre de aquel joven había llegado hacía poco a México. Era cirujano. Había operado a la tamaulipeca. Había tenido muchas dificultades antes de salir, pero por fin ya estaba en México. ¿No te he contado esa historia?

—¡No!

—Amparo la conoce de memoria. ¡Ni modo! Le reclamé a Arnulfo, y su respuesta no fue del todo convincente, pero quizás en cuanto a lo religioso estaba en lo correcto. No lo sorprendí, no se alarmó, que era lo que yo esperaba.

Perdí fuerza. Estaba casado por la iglesia católica. Los requisitos eclesiásticos se habían cumplido. Adele se había hecho bautizar. Para mí todo el efecto estaba perdido. Cambié de tema; le repetí la amenaza que significaban para nosotros los documentos que Balmorán poseía. Por primera vez pareció tomarme en cuenta. Le repetí que estaba ligado a la familia del licenciado Uribe. En eso llegó Martínez, y me hizo un guiño que me pareció un mal presagio.

—Los documentos de Balmorán son de otra naturaleza —trató de intervenir Del Solar—, nada tienen que ver con tu pariente.

—No hables de lo que no sabes, por favor. ¿Te conté que un día vino a verme? ¡Déjame, por favor, terminar! Estaba entonces tanteando el terreno. A los pocos días volvió para decirme que habían asaltado su casa y robado sus papeles. Hasta habló con la policía. ¡A otro perro con ese hueso! Seguro quería hacerme creer que si los papeles se publicaban él no era responsable. La única manera de hacerla callar era mantenerlo perpetuamente aterrorizado. De cuando en cuando le hago saber algunas cositas. Tengo mis canales. Un día se me apareció el mamarracho de Martínez, contra quien yo acumulaba cada vez más rabia, y después de largos preámbulos me dijo que efectivamente le habían robado los papeles a Balmorán, pero que él conocía a alguien que podía conseguirme los documentos que me interesaban. Me podía enseñar un capítulo de muestra y el resto lo podía yo obtener a muy buen precio. Le respondí que su obligación era darle parte de eso a Arnulfo, decirle que esos documentos estaban en venta. Él decidiría si valía la pena comprarlos o no. Martínez ni siquiera se inmutó. Me dijo que el conocido de su amigo estaría feliz en dejarse perseguir legalmente, que le gustaba la publicidad. Acepté sus condiciones. Me dio fotos de unas catorce páginas escritas a mano donde mezclaba el español con algo parecido a

un italiano macarrónico que según el especialista que consulté era un mero español italianizado. Se trataba de una crónica vulgar y desvergonzada sobre una aventurera italiana que conocía a una india mexicana y trataba de hacerla pasar en Europa por eunuco. Todo era tan ordinario que daba asco. No daba yo crédito a lo que iban traduciendo. ¡Verdaderamente Martínez no tenía límites! ¿Con qué objeto me pasó esa crónica escandalosa? Todavía no me lo logro explicar. Al día siguiente pasó a conocer mi decisión. Le dije que aquellas páginas eran una basura, que no me hiciera perder tiempo con bromas de tan mal gusto. De alguna manera le hice sentir que entre nosotros había diferencias fundamentales, que consideraba aquello como la gota de agua que desbordaba el vaso y que no deseaba tener ya ningún trato con él. Que se conformara con que le dirigiera el saludo, no pensaba pasar a más. Comenté el incidente con Arnulfo. Le insistí en que se cuidara de aquel reptil. Se quedó muy preocupado. Vivía para entonces en la total angustia. Había días que se presentaba en un estado de tensión que yo decía: «Se va a quebrar, el día menos pensado se derrumba.» Y así fue. Bueno, lo quebraron, lo hicieron derrumbarse. Su último mes fue un perpetuo temblor. Iba de catástrofe en catástrofe. ¡Qué frenesí! Le mataron al hijastro; quiso sacar a su mujer del país, en el fondo lo que quería era huir en compañía de ella y no los dejaron pasar la frontera. Se quedó unos días en un hotel de Ensenada. Luego volvió con Adele; arreglaron los documentos, y no acababan de hacerlo cuando ocurrió lo que todos sabemos.

—También peleó en esos días con Goenaga, su primo.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Eduviges con aprensión.

—Derny. Pero se reconciliaron poco antes del final. El último día estuvieron juntos. Raro ese pleito, ¿no?

—Arnulfo peleaba con todo el mundo. Conmigo todos los días. No tiene nada de raro. Estaba muy nervioso. Lo tenían cercado. Pensar que Haroldo Goenaga se portó mal con él es un error, una injusticia que no debes cometer. Le preocupaban mucho las tonterías que estaba haciendo mi hermano. Como a todos. Había logrado una solución negociada, me dijo. Lo dejarían salir de México siempre y cuando declarara que no se metería ya en líos. El pobre Haroldo se sintió un Judas; ya no volvió a levantar la cabeza. Le habían hecho una promesa. Se confió; pensó que se movía entre caballeros, pero no fue así. Al llegar Arnulfo a la avenida Juárez le dieron un golpe en la nuca y luego le arrojaron un coche encima. Acuérdate que estaba casi ciego. Una cosa rápida. Nadie se dio cuenta. Era domingo, el centro estaba casi vacío.

—¿Quiénes lo mataron?

—¡Qué preguntas! ¡Cuántas veces no habré querido saberlo! Dionisio dijo que en aquel momento lo más imprudente sería investigar. Tal vez no estaría hablando contigo de haberlo hecho. Haroldo no volvió a abrir la boca después del entierro.

—¿Y la esposa? ¿Adele? ¿Se quedó aquí?

—Cobró la herencia y se marchó. Me imagino que con su primer marido.

Y nosotros, contra todo lo que Arnulfo nos había prometido, no recibimos un solo

centavo.

Habían terminado de cenar.

—Voy a proponerme localizar a Martínez... Por fuerza debe saber algo.

Eduviges miró el reloj. Se sobresaltó. Tenía que hacer una llamada de larga distancia. Se levantó de la mesa, se despidió apresuradamente y desapareció.

Amparo cambió de conversación. Le dijo que su madre se agitaba mucho al hablar del tema. Esa noche, para lo que acostumbraba, había estado tranquila, porque él ejercía una influencia sedante sobre ella. Volvió a agradecerle la dedicatoria del libro. Comenzaría a leerlo esa misma noche. Se ofreció para ocuparse de muchas cosas prácticas con las que seguramente tendría que enfrentarse en las próximas semanas. Ver casas, escuelas para los niños. Ella tenía todo el tiempo libre, un coche y un chófer. Se despidió. Al dirigirse hacia la casa de su madre, se dijo que era una bendición tener una prima como Amparo. Le interesaba oír sus comentarios sobre *El año 14*.

12. FINAL

DELFINA se despidió de una joven con aspecto de muñeca de porcelana, cara muy pálida, melena rizada, cejas y pestañas de negrura excesiva. Se trataba de una joven de la Universidad, le comentó a Del Solar, quien llegó en ese momento. Le hacía una visita una vez por semana y grababan durante hora y media o dos horas.

—Me hace contarle anécdotas sobre los pintores, las galerías, la vida diurna y nocturna de la ciudad en lo que va del siglo. Me gusta hablar con ella, pero me cansa. Nací cuando el siglo comenzaba. Traté a los amigos de mis padres, de mis hermanos, siendo muy joven. Es decir, he conocido prácticamente a todo aquel que ha figurado de una u otra manera en el país. Al pasar los setenta, me siento como una especie que sobreviviera al diluvio. Eso fatiga, Miguel, no se crea. La chica pone su grabadora, yo voy recordando, y a momentos me aterro porque siento que por la habitación desfila un ejército de sombras.

—¿El desfile del amor?

—No siempre, no se crea —de repente sonrió—. ¿Una película, verdad?

Y si no me equivoco, Lubitsch. ¿Sí?

—¡El desfile del amor y Delfina Uribe su bastonera de oro! —dijo sin poder contenerse. Ella lo miró como a un loco. La sonrisa se le congeló en los labios ante la sospecha de que Del Solar le faltara al respeto.

—¡Imagínese! —dijo con tono altivo—, hoy le conté a esta niña la boda de una hija de Carranza con el general Aguilar, en Querétaro. ¡Una fiesta rumbo-sísima! ¡El alto mando con todos los anexos de rigor! ¡Qué de brindis estruendosos! Miles de esos abrazos que se dan los políticos como para cerciorarse si el otro va o no armado. Infinidad de vivas a la unidad revolucionaria. Meses después la mitad de los concurrentes peleaba contra la otra mitad. Unos se levantaron y cayeron en el campo de batalla, otros en emboscadas muy viles, o fueron a dar a la cárcel. Algunos, como mi padre, optaron por el exilio. Sí, Miguel, a la muerte de Carranza nos embarcamos rumbo a La Habana, y después de unos meses seguimos para España. ¡Setenta años en México, se lo aseguró, son más que en cualquier otro lugar! He conocido demasiados sobresaltos. Cambios muy bruscos. Y como telón de fondo, la incertidumbre. No estoy segura de que no haya sido todo un gran fracaso. —Hizo una pausa, pareció reparar dónde estaba y con quién—. Me preguntará usted, con razón, ¿a qué viene este rollo? Bueno, a que leí su libro. Me hizo sentir un auténtico fósil. Sabe, yo viví y presencié muchos de los acontecimientos que usted describe. Debo de haber tenido entonces doce o trece años. A esa edad se tienen ya recuerdos precisos. Lo dicho: soy la vejez. —Se echó a reír con todo el cuerpo. La boca se le volvió de pronto enorme. De alguna manera el hecho de sobrevivir, y haberlo hecho con tanto éxito personal, debía producirle satisfacción—. Quería decirle que, aunque en lo general estoy de acuerdo, encuentro cierta intolerancia en su tratamiento. Vea usted,

varios de los caudillos, y a algunos pude conocerlos, así que no le exagero, provenían de estratos absolutamente bárbaros; y a esa gente de horca y cuchillo, con una intuición y una sensibilidad política asombrosas les exige usted comportarse y discutir como investigadores de tiempo completo del Colegio de México. ¡Piense sólo en la época! ¡Dios mío, qué nuevo era todo! ¡De qué ciénagas carentes de garantías, derechos y tradiciones civiles brotaron nuestros padres! Una cosa a mi juicio logra usted ver muy bien: en 1914 podían ya vislumbrarse las posibilidades de la Revolución. La pluralidad del espectro ideológico es sorprendente. En apariencia caótico, fue el año de las definiciones —y sin transición alguna le preguntó—: ¿No sé le antoja conocer mi casa? ¡Venga! Tengo dos o tres casitas que pueden interesarle.

Y lo llevo a recorrer la casa. En el segundo piso estaba la biblioteca, y el estudio. Un espacio inmenso, apenas cortado de cuando en cuando por algún librero que parecía esbozar, sin decidirse, una división del espacio. Tras una puerta que Delfina no abrió, debía quedar su dormitorio y un baño. En ese piso todo era moderno de diseño, funcional geométrico, pero de vez en cuando el espacio era interrumpido por alguna delgada columna, muy esbelta, recubierta de un terciopelo antiguo de un verde desleído, que introducía un elemento casi feérico en el ambiente. Miguel elogió la presencia de aquellas columnas en un cubo tan excesivamente ascético, y ella respondió complacida.

—Como habrá visto, Miguel, no me caracterizo por ser lo que llaman una mujer demasiado femenina, pero no pude resistir la idea de esas columnas de fieltro. Soñé siempre con tenerlas algún día en mi casa. De joven vi una sala parecida en Génova. Robles, el arquitecto, se negaba a construirlas. Le parecía una violación a su poética. Luego a regañadientes se fue convenciendo de mi acierto. Me han dicho que en obras posteriores repite esta solución con columnas de distintos colores.

El tercer piso, más pequeño, lo constituía otro estudio, y un amplio dormitorio, con una vista excelente del jardín. A lo largo de las tres plantas de la casa se mostraba una colección que cubría los últimos cincuenta o sesenta años de la pintura mexicana, excepcional tanto por la calidad de las obras como por su colocación: establecían una relación que surgía desde su interior hacia la casa, como si cada una fuera una pieza en movimiento de un juego de señales. La casa entera reflejaba el rostro de la propietaria, una mujer de gusto arduamente cultivado: cuadros, libros, muebles, objetos. Pero, a la vez, mientras contemplaba aquel acervo reunido a lo largo de los años, colocado con inteligencia, Miguel del Solar tuvo la impresión de que aquellos amplísimos espacios que circunscribían a Delfina Uribe y su mundo eran como una extensión de su incomunicabilidad, de su egoísmo físico, de su clausura.

Sonó un teléfono en alguna parte. Una sirvienta entró a informar que el doctor Gálvez deseaba hablar con Delfina. Ésta se levantó. Tomó un enorme libro de una mesita, y lo puso sobre las piernas de su huésped. Tiziano, la obra al fresco. Pidió que la excusara un minuto y le dejó solo.

Delfina estuvo ausente más de un cuarto de hora. En ese tiempo su invitado hojeó

distraídamente la bella edición italiana. Pensó en lo mal que conocía la pintura veneciana. Fragmentos sólo, igual que la florentina y la flamenca, el arte gótico, y el barroco, la escultura griega, todo. Hubiera sido estupendo pasar un mes en Venecia antes de volver a México. Se levantó y caminó hacia la pared más distante. Dos cuadros captaron poderosamente su atención: el famoso retrato ante el espejo de Matilde Arenal. ¡La diva! ¡Una figura patética, agresiva y conmovedora! Su expresión era de zafiedad, de desaliento y a la vez de tezón, hasta de reto. Una mujer con el maquillaje escénico a medio borrar, sentada ante el espejo de su camerino, contemplaba su estulticia y su desamparo a la luz misteriosa de un foco azul añil. Una especie de prematuro canto del cisne. El famoso cuadro que había desencadenado más de una borrasca. En otra pared, el retrato de juventud de Delfina, pintado por el mismo Escobedo. No, no había una gran diferencia entre esa joven, la inquieta estudiante de letras, y la mujer vieja y poderosa cuya casa y colecciones visitaba en ese momento. De ambos rostros, el actual y el de hacía medio siglo, se desprendía la misma voluntad de afirmación, la misma mirada desafiante. Feroz en la joven; hábilmente agazapada en la mujer de edad. El mismo estilo de vestir: blusa y falda; una chaquetilla corta. Ningún exceso, y en el fondo (en el fondo y en la forma, se podía afirmar) esa incapacidad de expansión, esa individualidad reconcentrada, que no exigía, pero que tampoco entregaba nada personal. Delfina, o la obstrucción de los vasos comunicantes. Delfina, o el sueño de Onán. Imposible imaginaria al lado de uno de los amantes o maridos que le había oído mencionar. En un lecho sólo podía uno concebirla con un libro en la mano o recostada sobre grandes almohadones, para ver un noticiero de televisión. No grosera; era demasiado civilizada para serlo. Feroz, sí; una de esas ferocidades que quien las posee puede mantener siempre bajo control. Desde la juventud había carecido de curvas. Todos sus rasgos podían conformarse en rectas. Le resultaba extraño que aquel retrato, el primer cuadro de su colección según le oyó decir una vez, le gustara tanto, cuando contenía algo que se aproximaba casi al insulto o, por lo menos, a la reprobación: Delfina y la administración de sus energías, Delfina y el ahorro de su alma. En ese sentido la vituperada «Diva» se podía considerar como un homenaje a la generosidad.

Todas las invitaciones de Delfina dejaban siempre el recuerdo de lo imprevisible. Lo había llamado por teléfono. Le había dicho que estarían completamente a solas, que por primera vez podrían hablar. Era cierto en cuanto a que por primera vez estaban a solas, pero no hablaban. Le pareció sentir en ella una necesidad de abrirse; pero, como siempre, esperaba que fuera él quien tomara las iniciativas, que la interrogara, la presionara, la pusiera entre la espada y la pared. Tal vez en una situación extrema decidiera responderle, tomando, claro, todas las precauciones del caso, conociendo los límites a los que debía aproximarse en la respuesta. La sabía Delfina, la reticente. Su petición de que abandonara el asunto de los llamados crímenes del edificio Minerva, había sido quizás el aguijón que lo indujo a proseguir esa especie de indagación en la que se halaba perdido. Lo había hecho, no le quedaba

duda, con la absoluta convicción de que actuaría como lo estaba haciendo.

Pero estaba ya harto de sus mañas. Dejaría de hacerle preguntas. ¡Que fuera ella quien condujera la conversación! Si no tocaba el tema, ¡paciencia!; dejaría pasar la oportunidad y volvería a hablar con ella en otra ocasión, y si no en una siguiente, hasta que al fin se decidiera a contarle lo que sabía.

Regresó Delfina. Se perdió en una larga y confusa conversación sobre un doctor Gálvez Moreno que le había aconsejado a Margot Cruces convencer al gobernador Parra para comprar una gran tela que alguien pondría pronto a la venta. Y se perdió explicando los motivos que esgrimía el doctor para que Margot convenciera al gobernador a comprar ese cuadro y donarlo a determinado museo. Del Solar apenas la oyó, porque la historia era mucho más complicada que eso, e incluía a una multitud de gente que a él no le interesaba en absoluto. Tenía la convicción de que tampoco a ella, que la utilizaba sólo para ganar tiempo. Le hizo algunos comentarios sobre sus cuadros y ella, feliz, comenzó a contar anécdotas sobre ellos: las circunstancias en que fueron pintados y adquiridos, la relación de los pintores con ella y su galería; hizo un relato con una precisión un tanto exasperante sobre su amistad con algunos de ellos. Cómo se tuvo que convertir en banquero, en enfermera, en confidente. Cómo, a veces, le exigían una interés que más bien debería corresponder a sus esposas, y luego le reprochaban la excesiva proximidad que ellos mismos imponían, acusándola de querer sojuzgarlos, de intervenir demasiado en sus vidas, etc. En un momento pareció desconcertarse por hablar de ese tema iniciado con tanto brío, como si esperase haber pasado ya a otras cosas. «Pero esas cosas, Delfina», pensó Del Solar, «no se te van a dar espontáneamente como hasta ahora; tendrás que ser tú quien salga a buscarlas. ¿Me entiendes?»

Del Solar se levantó e hizo un ademán de despedida. Ella, sorprendida, se lo impidió. Se refirió a la pintura de Escobedo una vez más con entusiasmo, añadiendo que le exigía mucho esfuerzo capotear las crisis de su carácter, que con los años se volvía cada vez más quisquilloso, y como tampoco en este tema él le dio alas, la conversación comenzó de nuevo a decaer. Delfina pareció desconcertarse.

—El mejor Escobedo es el que tengo abajo —dijo—. Angeles y nísperos. Me gusta cambiar de vez en cuando los cuadros. Hay sólo dos o tres que tienen lugar permanente en esta casa. Mi retrato juvenil, por ejemplo. No me gusta apartarme de él. Ni siquiera lo presto. Sin él me sentiría huérfana. Tengo también un retraso de mi hijo, una de las pocas cosas de Julio que no me gusta. Por alguna razón me pareció chocante desde el principio. Lo tienen Malú y Bernardo en su casa. Un día de éstos lo voy a reclamar para traerlo al despacho... Aunque de despacho este lugar sólo tiene el nombre. Nunca trabajo aquí. Me gusta en cambio recibir a algunos amigos. También quedarme a leer. El trabajo de la galería lo hago por entero en la oficina. Y aun allí, de hecho, no realizo ya sino una labor de asesoría, una forma más o menos nebulosa de relaciones públicas. Hablo con los artistas, atiando a algún cliente especial. El trabajo administrativo, ese que en verdad es una lata, lo lleva Rosario, mi

sobrina. Trato de preocuparme lo menos posible, y he formado un grupo de colaboradoras que trabajan a la perfección... Un día cerraré la casa y me dedicaré a viajar. No sé si lo resistiría, creo que sí, pero no tengo la seguridad. Estoy demasiado hecha a levantarme a primera hora, ducharme, vestirme a toda prisa y lanzarme al centro, llegar a la galería, leer la correspondencia, distribuirla a las chicas, revisar las cuentas bancarias. ¡La primera en llegar y la última en salir! ¿Triste? ¡No! ¡Nada de eso!

Era evidente que Delfina alargaba la conversación. Del Solar miró el reloj y decidió que tan pronto como terminara la taza de café que habían vuelto a llenarle, se marcharía. La oyó prolongar innecesariamente el tema de sus funciones en la galería; decir con desgana que, claro, ya no hacía sino unos cuantos actos formales, meros gestos para mantenerse enterada, porque a ella no le había gustado nunca vivir en las tinieblas. La claridad le era necesaria... Casi una manía.

—Creo que va siendo hora... —y explicó que tenía que pasar por sus hijos no lejos de allí.

—Nunca pensé —dijo la otra, sin poner atención en sus palabras— que mi vida fuera a resultar, después de todo, tan encajonada. Cuando construí esta casa me imaginaba el porvenir de otra manera. No me quejo, entiéndalo bien. He sido yo quien decidió que las cosas fueran como son, y creo ser consecuente. Sólo que a veces me hartó. —Y comenzó a dejar filtrar en la voz un tono de caprichoso mal humor—. La gente tonta me ha resultado siempre insoportable. Y en un oficio como el mío una debe tratar a mucha gente definitivamente imposible. ¡Gente absurda, tontísima! ¡Con qué clientes tengo que hablar algunas veces! ¡De no dar crédito! ¡Y qué mujeres! He llegado a la conclusión de que no hay mundo más apabullante que el de las esposas. No logro explicarme cómo sus maridos las toleran. ¡Qué lata les dan! No soy antifeminista, se lo advierto, por el contrario, a veces me parezco demasiado radical. Me formé en otra generación. Sólo unas cuantas mujeres, un puñado, teníamos voz propia. Nos habíamos ganado ese derecho a pulso. Las otras, la mayoría, no existían. Pero eran mejores que las de hoy, de eso estoy convencida. ¿No me lo cree? ¡Obsérvelas!, ¡óígalas! Ejercen derechos que no conquistaron. ¡Sencillamente no puedo tolerarlas!

Miguel del Solar pensó que de quedarse allí podría oír los puntos de vista de Delfina sobre el mundo de los sueños, la diatermia, los efectos del patrón oro como reactivador de las finanzas internacionales. Prefirió despedirse. Le preguntó antes de salir si podía darle una foto, en caso de tenerla, de alguno de los Lazos del piso superior. Nunca antes los había visto, ni siquiera en reproducciones.

—Vamos a ver, venga conmigo. —Volvieron a subir. Ella se dirigió a un armario y comenzó a buscar; en un momento se detuvo, tomó asiento y comenzó a decirle, mientras iba viendo unas fotos—: Cuando construí la casa, este piso estaba destinado a mi hijo. Algunos de estos libros fueron suyos. No podía yo creer, aunque todos los médicos me lo aseguraban, que estuviera tan mal. No quiero decir que no hice lo

adecuado, que descuidé su tratamiento. Nada de eso. Fui varias veces con él a clínicas de Estados Unidos, y tanto allá como acá no dejé ninguna posibilidad sin intentar. Siempre estuve segura de su recuperación. Cuando murió, mi sorpresa no tuvo límites. Estaba tan poco preparada como si hubiera muerto en la calle víctima de los disparos. Ricardo vivía feliz en esta casa. No podía salir, pero disfrutaba del jardín y de su estudio. Yo subía a diario a vigilar sus ejercicios. Los hacía dos veces al día. Ejercicios respiratorios. A veces no podía bajar a comer porque se sentía mal; entonces yo subía y comíamos aquí. Le leía en voz alta. Era, como yo, un entusiasta de Dickens. Fueron, de una manera sombría, los meses más felices de mi vida. No hubo un domingo que no viniera a verlo mi padre. Un día se resfrió... El catarro más insignificante que pueda uno imaginar lo ponía gravísimo; se le inundaba la pleura. Le metían una aguja por la espalda y le extraían cantidades asombrosas de un líquido que le oprimía el pulmón. Era tan intenso el dolor que perdía el conocimiento... Un día se resfrió, ya se lo dije. Ni siquiera sé cómo, porque esos días no había salido al jardín. Parecía un resfrió como cualquier otro. Por la mañana tenía las narices ligeramente moradas, y cuando volví de la galería estaba ardiendo en fiebre. Apenas me reconoció. Comencé a hablarle casi en un delirio. Le exigía a gritos que hiciera un esfuerzo, le decía que no era justo lo que ocurría, que pusiera algo de su parte. Levantó un poco la cabeza. Se me quedó mirando con sus ojos casi cerrados y me dijo: «¿No te das cuenta, mamá? Hago todo lo posible, no tengo ganas de morir. Tienes que creerme.» Fueron sus últimas palabras coherentes. Horas después murió. Si yo fuera otra mujer habría cerrado esta parte de la casa; pero no lo hice. Es un cuarto para huéspedes, como cualquier otro. Por cierto, ya que hablo de mi hijo... — lo miró con una sonrisa cruel, burlona—. ¿Logró al fin enterarse de lo ocurrido en el edificio Minerva?

Del Solar había sido premiado. El primer paso lo había dado Delfina. Debía continuar ese camino. Si le interesaba el tema, que hablara.

—Como saber, he sabido muchas cosas, pero el significado se me escapa. No logro entender, por ejemplo, en qué consistía la actividad de Arnulfo Briones. Usted tenía razón cuando me dijo que han pasado demasiado años.

—¿La actividad de Briones? Pero si se lo he dicho. ¡Haga el favor de sentarse! Fue un mocho absolutista y militante. Lo fue siempre. Estuvo metido hasta el cuello en el movimiento cristero. Hubo una época en que sus compinches lo desconocieron, por lo menos parcialmente. Se escondió en un rancho en el Norte, luego salió para Alemania.

—Lo sé. Pero no logro saber qué hacía en México en 1942. Sus negocios de exportaciones a Alemania debían estar virtualmente acabados. Ahora bien, me he enterado de que en algunos rumbos de la ciudad tenía oficinas. ¿Para qué? Tenía concretamente una, clandestina, en un edificio de la calle de Brasil. También el episodio matrimonial con la madre de Pistauer me resulta muy oscuro.

—¿Por qué le da tantas vueltas a las cosas, Miguel? ¿Qué hacía Arnulfo Briones

en 1942? Lo de siempre —repetía ella de manera mecánica—, conspirar contra el gobierno, aliado a un montón de turbios sacristanes. Nunca hizo otra cosa.

—¿Cree que sus actividades fueron riesgosas para el Gobierno?

Se quedó pensativa un momento. Luego respondió:

—La verdad no lo sé, pero no lo creo. En otra época sí, a comienzos del levantamiento cristero. Para las fechas que usted investiga me imagino que ya era un cartucho quemado. Es posible que haya amparado con su nombre propiedades de alemanes para que no fueran intervenidas. Así se crearon fortunas inmensas.

—¿A quién pudo haberle beneficiado su muerte?

—Briones era un personaje muy poco atractivo. Ahora, la verdad, yo seguí con poco cuidado las noticias sobre su muerte. Después de la operación, me quedaba el día entero en el hospital. Ricardo se estaba restableciendo. Cuando lo dieron de alta nos fuimos a pasar una temporada a Tehuacán —encendió un cigarrillo—. Sí, pasé una temporada en Tehuacán con Ricardo. ¡Qué lugar agradable! Fue ahí donde leí la noticia de la muerte de Arnulfo Briones. Atropellado por un coche. Un accidente. Los periódicos le dedicaban un espacio interior muy insignificante. Encargué que me fueran a comprar todos los diarios a ver si en alguno se añadía cualquier cosa. Pero no, eran datos irrelevantes, y algunos equivocados. Lo normal hubiera sido que apareciese una que otra columna ditirámica firmada por alguno de sus correligionarios. ¡Nada! Por un instante estuve a punto de llamar a Eduviges y darle el pésame. Claro que no lo hice. Arnulfo era detestable; igual que Eduviges, si a eso vamos.

—¡No exagere, Delfina!

—¡No lo hago! Sentí deseos de llamarle, por curiosidad. Las noticias en los diarios eran muy neutras y yo estaba ávida de sangre. Al día siguiente la prensa publicó unos cuantos renglones que nada añadían. Llamé a mi hermano Bernardo. Sí, por supuesto que estaba enterado; se trataba de aquel viejo mamarracho, me dijo. En lo personal, la noticia no le había disgustado. «Lo que te puedo asegurar», añadió, «es que quienes lo mataron eran aún peores que él.» Así me enteré de que era cierto lo que había yo intuido. No se trataba de un mero accidente casual.

—¿Quiénes lo mataron? —preguntó Del Solar.

—Eso mismo pregunté yo. ¿Quiénes? Gente de la misma ralea, al parecer. ¡Un ajuste de cuentas! Mi hermano mayor, Andrés, por razones que no viene al caso mencionar ahora, era uno de los hombres mejor informados del país. Bernardo me prometió ponerse en contacto con él y tenerme enterada. No había pasado ni una semana cuando un compinche de Briones confesó ser el autor del crimen, y fue encarcelado.

—¿Quién?

Delfina volvió a levantarse. Colocó con gran parsimonia uno de esos largos cigarrillos suyos en la boquilla y lo encendió. Se levantó. Cruzó el salón y se detuvo frente a un gran cuadro de Tamayo. Comenzó a moverlo, sujetándolo por el marco.

Por un momento, Del Solar pensó que lo iba a quitar o por lo menos a hacer a un lado, y que atrás, en la pared, aparecería, como en el cine, una pequeña caja de seguridad, de la que Delfina extraería unos cuantos documentos capitales que aclararían todo. Se levantó; le ofreció ayuda, pero ella no le aceptó. Había hecho aquellos movimientos sólo para colocar el óleo en una posición correcta.

—No tolero los cuadros mal colgados, no los tolero. Debe de ser una deformación profesional, pero me siento mal cuando veo un cuadro mal colgado.

Del Solar hubiera podido matarla.

—¿Así que el culpable se entregó? ¿Quién era? —casi gritó.

—Fue lo que dijeron, que él mismo se había entregado. Yo nunca creí que aquel tipo fuera el culpable. Usted se enoja, Miguel, hace acusaciones de negligencia si uno no le entrega definiciones estrictas, precisas. Pero en aquel caso dos más dos jamás fueron cuatro. Para esto, la prensa no publicó la noticia. Yo me enteré por mis hermanos. Pero, ya le digo, nunca creí que Martínez fuera el culpable.

—¿Martínez?!

—Sí, le he hablado en otras ocasiones de él, ¿verdad? Estuvo en mi fiesta sin ser invitado. Agredió a Ida Werfel. ¡Claro que se lo he contado!

—¡Pero no esto! ¡Así que Martínez resultó el culpable! ¡O por lo menos aceptó serlo! —Del Solar se sentía anonadado—. ¿Se da usted cuenta? Tengo meses de pedir información; he hablado con medio mundo y nadie me había revelado este final. ¡Es imposible continuar así, Delfina! Acabo de estar con Pedro Balmorán; por poco acaba conmigo a bastonazos. Me echó de su casa. Se la pasó hablándome de su castrado, de espacios astrales que no coincidían con los terrenales, de la redención que estaba por venir...

—Una manifestación de locura que no hay que estimularle. Ha llegado a creer que el personaje de ese falso documento que acabó con su cordura, el aparente castrado, no era tal sino un hermafrodita, el andrógino místico que llegará para redimir y salvar el mundo.

—En cambio no me dijo que Martínez fuera el culpable o que se hubiera reconocido como tal del asesinato de Arnulfo Briones, cosa para mí más importante que el destino de un castrado o de un hermafrodita. He andado por completo a ciegas.

—Yo siempre creí, y mi hermano me confirmó mis sospechas, que alguien debió de pagarle una buena suma por aceptar la culpa. Han de haberle ofrecido también cierta impunidad. Martínez por dinero podía ser capaz de todo. Aunque lo vi sólo unas cuantas veces, de eso estoy segura. Capaz de cualquier cosa por dinero. Creyó arruinarme la fiesta, invitando a un dueto muy famoso de mis tiempos, las hermanas Bombón, unas gorditas muy vulgares que se polveaban como pambazos. No lo consiguió; todos estuvimos felices con ellas porque cuando cantaban se volvían unas reinas. Hace poco que murió una de ellas, Rosita.

—¿Así que Martínez se declaró culpable? —Desde hacía unos minutos, Del Solar no estaba seguro de entender correctamente.

—¿De haber invitado a mi casa a las hermanas Bombón?

—De la muerte de Arnulfo Briones, Delfina. ¿Qué diablos pueden importarme sus hermanas Bombón? —la increpó Del Solar.

—Sí, es lo que yo creo. Debieron de haberle ofrecido dinero y, desde luego, protección. En dos o tres años, quizás antes, lo habrían sacado de la cárcel. Sería rico el resto de su vida. Tal vez pensaba volver a Hamburgo al final de la guerra e integrar un harén con rubias famélicas a quienes pondría en engorda. ¡Quién puede saberlo! ¡A lo mejor sus sueños eran más complejos de lo que uno se imagina!

—¿Cuándo salió? ¿Se conoce su paradero?

—Nunca salió. Lo mataron a las pocas semanas de haber entrado al penal. Una reyerta en su crujía. Al parecer eran bastante frecuentes en aquel tiempo. Y él tenía un carácter siniestro. Era uno de esos tipos que se crean enemistades al instante. Lo lincharon. Lo hicieron picadillo. Quedó convertido en una masa sanguinolenta. Será feo decirlo, pero estoy convencida de que se lo merecía.

—A lo mejor era otro. ¿Quién lo identificó? ¿Por qué nunca me habló de eso?

—No hubo la menor posibilidad de confusión. Andrés se habría enterado. Y usted no me preguntó nada al respecto. —Hizo un gesto de niña inocente que a Del Solar le pareció una mueca bastante repelente—. Si por mí fuera nunca hablaría de hechos de sangre. Permítame recordarle que nada de lo que me preguntó ha quedado sin respuesta. No le aseguro, por supuesto, que mis apreciaciones sean las correctas, pero eso se lo advertí desde un principio.

Se despidieron. Del Solar no tenía coche ese día. Al caminar, tuvo la seguridad de que desde hacía poco, poseía todos los datos que permitían resolver el enigma del Minerva. La conversación con Delfina venía a corroborar esa convicción. Pero su mirada no lograba penetrar un velo. Al pasar por la librería de San Angel vio su libro en la vitrina. Fingió por un instante que el hecho le fuera indiferente. Nada menos cierto. El hecho de que su libro estuviera allí implicaba cambios, entre otros el de sentirse liberado. Entró y recorrió el local. En una mesa se levantaba una columna de ejemplares de El año 1914. Podía dedicarse ya de lleno a su nuevo trabajo. No estaba ya convencido de elegir 1942. ¡Después de tanto, tanto amor...! La cercanía podía ser grave, aunque también la tentación mayor. Tendría que decidirse en los próximos días, y en caso de optar por ese año comenzar de inmediato a consultar las fuentes objetivas, a preparar sus fichas, a entrevistarse con los funcionarios de la época. Fijaría un índice básico. Tan sólo lo internacional podía proporcionarle material para un volumen inmenso: la declaración de guerra, sus consecuencias, las presiones directas e indirectas, el petróleo, las inversiones extranjeras, Roosevelt y el New Deal. Había que olvidarse del divertimento de nota roja con que se había estado entreteniendo y de los crímenes confusos del Minerva que, debía confesar, lo perturbaban más de lo deseable. Anular por el momento las tramas secundarias. Todo el mundo le había hablado con repugnancia, con temor, con sorna, de Martínez, el bastonero de oro. Todos, asimismo, parecían haberse conjurado para no mencionar su

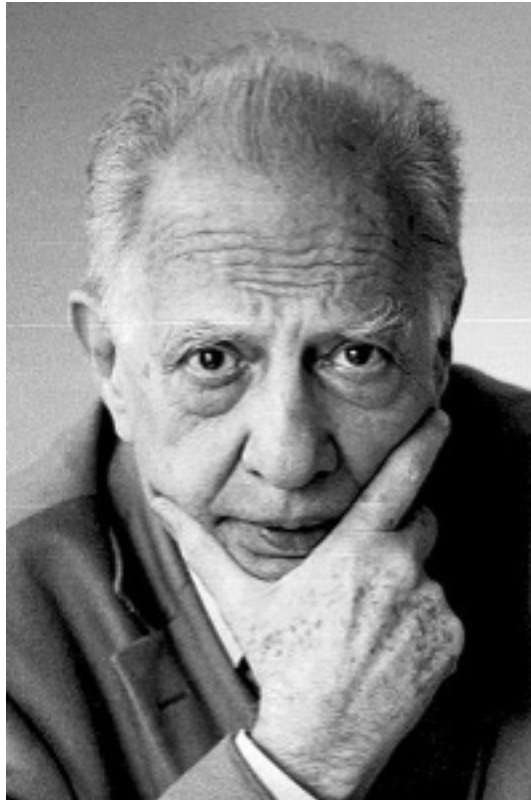
fin. Esa etapa había concluido. La presencia de 1914 en las vitrinas, mesas y mostradores de la librería era el mejor exorcismo para desvanecer todos aquellos ángulos enfermizos, vergonzosos casi, de su eventual proyecto. En unos días se pondría a trabajar en serio.

Miguel del Solar entró en la larga y estrecha calle de Galeana. Era posible que aún pudiera encontrar en casa de los Ortín, unos amigos de Amparo, a ésta y a sus hijos. Celebraban un cumpleaños infantil. La calle estaba vacía. Oía sus pasos. Un coche verde oscuro pasó casi rozándolo, disminuyó la velocidad y se detuvo unos cuantos metros delante de él. El automóvil, con una placa rota y un número ilegible, comenzó a retroceder con lentitud y cuidado, hasta situarse al lado del historiador. Del Solar advirtió de golpe la soledad. En la calle sólo existían él y el coche verde. Un odio ciego, animal, instantáneo y visceral contra Martínez lo inundó en aquellos momentos que supuso próximos al fin. Interiormente sólo pidió que todo fuera rápido e indoloro. El coche se había situado a su lado. La ventanilla delantera comenzó a descender, y una cara tosca, de boxeador joven, le preguntó por la calle de Santuario. Del Solar permaneció con la boca abierta, paralizado. Quiso hablar y no pudo. Comenzó a hacer gestos con una mano, señalándose la garganta y los oídos, y emitiendo sonidos guturales, estrangulados.

—... ¡un pinche sordomudo! —oyó decir al joven de la ventanilla. El automóvil volvió a avanzar, aceleró, llegó hasta el final de Galeana y allí desapareció. Del Solar dio la vuelta, comenzó a correr y no se detuvo sino hasta que llegó otra vez a la librería de San Angel. Jadeante, sudoroso, amedrentado, apoyó el cuerpo sobre el mostrador, no lejos del sitio donde las columnas de sombreros zapatistas de El año 1914 atraían la mirada del lector. Parecía a punto de echarse a llorar.

Praga, noviembre de 1983

Mojácar, junio de 1984



SERGIO PITOL (Puebla, México, 1933). Novelista y ensayista mexicano. Cursó la carrera de derecho con algunos cursos de filosofía y letras en la Universidad Autónoma de México. Ingresó en la carrera diplomática y llegó a ser embajador de Checoslovaquia. También fue traductor, docente e investigador. Ha recibido premios tan prestigiosos como el Herralde de Novela 1985, el Nacional de Literatura de México 1993 o el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 1999. En 2005 se le concedió el Premio Cervantes, el más importante de la literatura en español, por haber contribuido con su obra a enriquecer el legado literario hispánico, según señaló el jurado presidido por Víctor García de la Concha.

Su trayectoria intelectual tanto en el campo de la creación literaria como en el de la difusión de la cultura es bien reconocida, especialmente en la preservación y promoción del patrimonio artístico e histórico mexicano en el exterior. El escritor pertenece a la generación literaria de la Casa del Lago, formada por grandes lectores que completan su formación viajando por Europa y que tienen una visión cosmopolita y crítica, y pronto se convierte en un autor de culto. Su obra se caracteriza por su rigor formal y por la importancia que cobra la trama en sus relatos. El propio autor escribe: «casi toda mi narrativa guarda una estrecha relación con mi vida, hay una especie de juego biológico entre mis relatos y las distintas etapas estéticas, entre la evolución de mi propia vida y los muchos cambios que han existido en ella».